

ALESSANDRO BARICCO

Esta historia



Lectulandia

Ultimo Parri tiene cinco años la primera vez que ve un automóvil, diecinueve cuando combate en la batalla de Caporetto (uno de los episodios más sangrientos de la Primera Guerra Mundial), y veinticinco cuando conoce al gran amor de su vida (Elizaveta, una joven aristócrata rusa venida a menos tras la revolución bolchevique y con la que malvivirá vendiendo pianos). No será hasta años más tarde, sin embargo, que Ultimo logrará llevar a cabo su sueño. Esta historia es la historia de su vida.

La gente vive años y años pero, en realidad, únicamente durante un tiempo vive de verdad, y es cuando consigue hacer aquello para lo que nació. El hombre que no conoce o no cumple su destino es que lo está esperando o recordando. Ultimo se pasará toda la vida intentando llevar a cabo su ambicioso proyecto personal, una genial tentativa de resumir y poseer el espacio: «*Voy a construir una carretera, dijo. En algún lugar, no sé, pero la construiré. Una carretera como nadie se la haya imaginado nunca. Una carretera que acaba donde empieza... y, ¿sabe qué le digo?, la haré lo suficientemente larga como para que quepa toda mi vida, curva tras curva, todo lo que mis ojos han visto y no han olvidado.*» Diseñar y construir algo que todavía no existe, una pista de carreras perfecta con la que intentar poner orden en el caos del mundo, éste es el destino al que está ligado Ultimo Parri, un individuo solitario en constante búsqueda de sí mismo, así como de un amor imposible, surgido a destiempo y que atraviesa el siglo.

Escrita con la cuidada cadencia de la prosa del mejor Baricco, *Esta historia* es, como en el fondo todas las del italiano, la bella y dramática historia de la difícil consecución de un sueño más allá de la razón.

«El libro empieza con la aparición del automóvil y las pioneras carreras de los primeros bólidos... Las aventuras de Ultimo —alto, delgado, silencioso— tienen lugar en medio de una atmósfera de aceite y gasolina. Aprende a mirar la calle "escrutando el ritmo con que respiraban esos monstruos metálicos" y a leer el cuerpo femenino como si de un circuito de carreras se tratara» (Alberto Papuzzi, *La Stampa*).

«Ultimo tiene una especie de resplandor (una "sombra de oro") que le hace vibrar al unísono con la misteriosa mecánica del siglo incipiente y con la todavía más misteriosa mecánica de las mujeres... Feo pero seductor, enfermizo pero casi invulnerable, este héroe idea y finalmente realiza un proyecto exquisitamente literario (y por lo tanto muy Baricco): construir un circuito que represente fielmente su vida, un circuito-novela que dibuje, curva tras curva, las aceleraciones y las caídas, los amores y los miedos» (Michele

Serra, *La Repubblica*).

Lectulandia

Alessandro Baricco

Esta historia

ePUB r1.4

lezer 19.11.13

Título original: *Questa storia*
Alessandro Baricco, 2005
Traducción: Xavier González Rovira
Ilustración de portada: Gianluigi Toccafondo
Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: lezer
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Aclaración del editor digital

En esta novela Alessandro Baricco se permite algunas *licencias* en cuanto al estilo y a la ortografía.

Las enumero aquí, ya que no se trata de errores en la edición digital. Todos estos recursos del autor han sido comprobados en el original impreso.

- En el capítulo **Ouverture** (y en una ocasión en **Elizaveta**) el autor introduce espacios de separación entre las frases dentro de un mismo párrafo.
- En ambos capítulos (**Ouverture** y **Elizaveta**), se omiten algunos puntos y seguido.
- En **Ouverture**, Baricco escribe en minúsculas algunas palabras tras el punto y seguido.
- A lo largo del libro algunos párrafos comienzan en mayúsculas cuando el párrafo precedente no termina en punto.
- Es frecuente que algunas frases queden inconclusas, sobre todo en el capítulo **Elizaveta**.
- **Ouverture**, la primera parte de **Elizaveta**, **1947 Sinnington, Inglaterra** y el apartado de **Agradecimientos** carecen de sangrías.

Ouverture

Tibia era la noche de mayo en París, en mil novecientos tres. Saliendo de sus casas, cien mil parisinos se dejaron la noche a medias, y fluyeron en masa hacia las estaciones de Saint-Lazare y Montparnasse, estaciones de tren. Algunos ni siquiera se fueron a dormir, otros pusieron el despertador a una hora absurda, para saltar de la cama, lavarse sin hacer ruido y darse de bruces con las cosas, buscando la chaqueta. En algunos casos, eran familias enteras las que se marcharon, pero por regla general fueron individuos solos los que emprendieron el viaje, en gran parte en contra de toda lógica o sentido común. Las esposas, en las camas, más tarde, estiraban sus piernas hacia el lado ahora vacío. Los padres intercambiaban unas palabras, restadas a la discusión del día anterior, de los días previos, de las semanas previas. Estaban centradas en la independencia de los hijos. El padre se incorporaba y miraba la hora. Las dos. Era un ruido muy extraño porque cien mil personas a las dos de la madrugada son como un torrente que corre sobre un cauce de nada, desaparecidos los guijarros, mudo el lecho. Sólo el agua contra el agua. Así corrían sus voces, entre persianas cerradas, calles vacías y objetos inmóviles. Fueron cien mil los que tomaron al asalto las estaciones de Saint-Lazare y Montparnasse, porque tenían miedo de no encontrar sitio en los vagones que iban a Versalles. Pero al final todos encontraron un sitio en los vagones que iban a Versalles. El tren salió a las dos y trece minutos. Ya corre, ese tren que va a Versalles.

En los jardines del rey, pastando en la noche, provisionalmente dóciles bajo las carcasas de hierro, en torno a su corazón de pistones, los aguardaban 224 AUTOMÓVILES, quietos sobre la hierba, entre un vago olor a aceite y a gloria. Estaban allí para disputar la gran carrera, de París a Madrid, Europa hacia abajo, desde la niebla hasta el sol. Déjame ir a ver el sueño, la velocidad, el milagro, no me detengas con una mirada triste, esta noche déjame vivir ahí mismo, en el límite del mundo, sólo esta noche, luego volveré En los jardines de Versalles, madame, tiene su salida la carrera de los sueños, madame, Panhard-Levassor, 70 caballos, cuatro cilindros de acero perforado, como los cañones,

madame Podían alcanzar, esos AUTOMÓVILES, los 140 kilómetros por hora, arrancados a carreteras de tierra y baches, en contra de toda lógica y sentido común, en un tiempo en el que los trenes, sobre la brillante seguridad de los raíles, a duras penas alcanzaban los 120. Tanto era así que en la época estaban convencidos —convencidos— de que más rápido ya no se podía ir, humanamente hablando: ésa era la última frontera, y ése era el límite del mundo. Esto explica cómo fue posible que cien mil personas aparecieran por la estación de Versalles, a las tres de la madrugada, en la tibia noche de mayo, deja que me vaya a vivir allí abajo, al límite del mundo, sólo esta noche, te lo ruego, luego volveré Si era uno solo el que cruzaba la carretera del campo, corrían con la lengua fuera a través de los trigales para ir a encontrarse con esa nube de polvo, y de las trastiendas salían corriendo como niños para ver pasar uno por delante de la iglesia, diciendo que sí con la cabeza. Pero 224 todos juntos, eso era una pura maravilla. Los más veloces, los más pesados, los más famosos. Eran reyes^[1] —el AUTOMÓVIL era rey, porque todavía no había sido concebido como siervo; había nacido rey, y la carrera era su trono, su corona; todavía no existían los automóviles, existían los REYES, ven a verlos a Versalles, en esta tibia noche de mayo, en París, mil novecientos tres.

Para partir esperaron a que amaneciera. Luego, con la señal, emprendieron el camino hacia Madrid. El reglamento establecía que salieran a intervalos de un minuto. El recorrido había sido trazado en tres etapas: la suma de los tiempos determinaría quién era el ganador. También había motos, pero no era lo mismo. El coche de delante era una nube de polvo que había partido un instante antes que tú. Cuando entrabas en la nube, sabías que lo tenías a tiro. No lo veías, pero sabías que ahí estaba. Entonces a ciegas te metías allí adentro. Y eso podía seguir siendo así durante kilómetros. Cuando por fin veías la parte trasera, empezabas a gritar para que te abrieran paso. Permanecías en el polvo a ciegas hasta que lo alcanzabas y el morro se ponía por delante. Entonces se abría la nube y volvías a ver delante de ti. Fuera lo que fuera lo que apareciera, era para ti, te lo habías ganado en la locura del adelantamiento, y ahora te estaba esperando. Un recodo, el estrechamiento de un puente, el éxtasis de una recta entre los álamos. El caucho de los neumáticos rozaba zanjas, guardacantones, pretiles y rostros con los ojos en blanco de un público incrédulo. Uno nunca sabía cómo podían salir vivos de aquello. Los españoles, por su parte, allí en Madrid, esperaban la llegada de la carrera para la mañana siguiente, al amanecer. Por si acaso, decidieron pasar la noche —bailando. Con el pelo bien partido como hileras de trigo encima de la colina de mi *cabeza*^[2], yo soy el camarero jefe de esta mesa de invitados que ahora cuenta con 224 cubiertos, los mismos que ha mandado el rey,

bajo este entoldado azul, de esta España de mil novecientos tres. Justo delante de la pancarta de meta, este resplandor de platas y cristales.

Una a una he ido pasándoles un paño a las copas de cristal, y volveré a hacerlo dentro de unas horas, para eliminar la humedad de la mañana. He prometido que perfectas tintinearán con el estruendo de los reyes automóviles —por eso hago que rieguen los últimos cien metros de carretera a intervalos regulares de dos horas y media. Nada de polvo sobre mi cristal, *hombre*

Dame los labios de las señoritas que se posarán sobre el cristal, dame el aliento que lo empañará —dame el latido del corazón con que se están probando la ropa, en este momento, delante de los espejos españoles a los que toda mi vida envidiaré

Mientras tanto, los primeros automóviles llegaban a Chartres. A la entrada de las ciudades, frenaban y, a paso lento, escoltados por los comisarios de la competición en bicicleta, atravesaban la zona habitada, como bestias atrailladas. Todavía chisporroteaban por la carrera recién interrumpida, y tenían el olor denso de las cosas ya pasadas. Los pilotos aprovechaban la ocasión para beber, y limpiarse las gafas. Los que viajaban con el mecánico a bordo, en los automóviles más grandes, cambiaban dos palabras. Al llegar a la periferia, el comisario en bicicleta se apartaba, y los motores volvían a zumbar hacia el campo.

El primero en llegar a Chartres fue Louis Renault. En Chartres había catedral, y en la catedral había cristaleras. En las cristaleras estaba el cielo.

Los que habían acudido para mirar eran millones, amontonados en las cunetas de las carreteras como moscas sobre una baba azucarada, una larga gota que resbalaba sobre los campos de Francia.

El primero que se paró fue Vanderbilt, con un cilindro roto en el corazón de su Mors, que tenía el perfil de un torpedo. Vieron que se fue acercando a un canal.

El barón de Caters pasó por las tres aldeas de la Ronde, saludando con la mano, luego atacó a Jarrot y a Renault, en las largas rectas que bordeaban el río. Donde había quedado una curva inadvertida, se excedió en el derrape de su Mercedes, y acabó frenando contra un castaño. La madera tenía siglos, partió el acero.

Una mujer, en Ablis, hacía media hora que escuchaba aquel ruido inmenso, salió de casa y fue a ver qué pasaba. No dejó, ni siquiera, los huevos, dos, que llevaba en la mano para algo que estaba preparando en la cocina. Por el centro de la carretera esperó la siguiente nube de polvo, para comprender. Llegó con una velocidad que la mujer no conocía. La mujer se movió con una lentitud que el piloto había olvidado. La mano se cerró sobre los huevos. El crujido de las cáscaras tal vez lo oyera un dios, mientras la Panhard-Levassor de Maurice Farman arrancaba de la vida a la mujer, haciéndola volar unos metros más allá, donde la mujer primero sufrió, y luego murió con una muerte que, en teoría, no estaba a su alcance

Las primeras noticias se referían a Marcel Renault,

un accidente, pero nada más. Podía pensarse que se trataba de una avería. Luego, por la baba de la carrera fue subiendo la imagen de un Marcel Renault tirado en el suelo, al borde de la carretera, y de un párroco agachado sobre él, mientras como flechas iban pasando los otros automóviles, según la clasificación de la carrera, espolvoreando la extremaunción. Algo había saltado por los aires, dijeron luego, de manera que las cuatro ruedas sin control se habían ido contra la negra panza de la multitud. Nadie sabía decir por qué no había sido una catástrofe. En cuanto a Marcel Renault, había terminado con algo roto por dentro. La verdad es que había muerto.

Naturalmente, el viento va levantando las servilletas de Holanda y eso es molesto, por lo que hemos tenido que recogerlas y la mesa ya no es lo que era. En el centro, una cesta de flores con freesias. Rojas y gualdas, claro está, los colores del reino.

Llegada la noticia de la muerte de Renault a través de un cable, los españoles se imaginaron el minuto de silencio que guardarían en su honor. Y, mientras tanto, en los ánimos se iba abriendo camino la idea de que ahora sí, de que gracias a esa muerte la carrera adquiriría de verdad la altura que le correspondía, de manera que ninguna elegancia o riqueza parecería exagerada, ni infantil, en relación con ella. Lo comprendieron con cierto alivio.

Mientras, ella, que era la más joven, dijo que se quedaría en casa, hasta la puesta de sol, y que sólo por la noche iría a bailar. Por qué me haces esto, le preguntó su padre. Ella era de una belleza deslumbrante. Se colocó bien un rizo, en la nuca

Un tablero, cerca de la pancarta de meta, ofrecía noticias sobre la carrera, de manera que a partir del mediodía empezaron a llegar de todas partes de España los aficionados, y luego las primeras familias de la nobleza, algunas con niños. Muchos habían planeado regresar a casa por la tarde, para cambiarse de ropa y refrescarse antes de la larga noche.

Luego alguien dijo que el Wolsley de Porter había chocado contra un paso a nivel y se había incendiado.

Lo que no puedo olvidar es la ráfaga de los otros automóviles que pasan a mis espaldas, sin aminorar siquiera la marcha, mientras yo de pie miro a ese hombre que, con gran dignidad, la espalda erguida contra el respaldo, con los brazos bien puestos, está ardiendo, en el fuego de su automóvil —sólo la cabeza cuelga de lado, para indicarnos que ya está muerto. También están lo que llegan con cubos de agua, más tarde. El humo negro huele a cadáver al sol. Os digo que pasaban los coches a mis espaldas, no era una ilusión.

A la entrada de Angulema, a tres kilómetros del control, el campesino se dijo que le importaba un huevo lo que estaba pasando, que él tenía su trabajo, de manera que silbó al perro y éste azuzó a las tres vacas para que cruzaran la carretera. Richard llegó a ciento veinte kilómetros por hora, ni siquiera rozó el freno, sino que leyó en el espacio que había entre dos álamos la última rendija para el infinito. Su Mercedes respondió mal, y los dos álamos se

estrecharon lo inimaginable. Richard murió en el acto, con la brillante madera del volante convertida en una costilla oscura, entre las demás. Los cablegramas rebotaban contra París una historia ilegible, porque allí por donde la carrera pasara salpicaba el desorden de esquirlas telegráficas, como salidas de una explosión. Informo del accidente ocurrido. fantástico marco de multitud. tiempos parciales en el control de Bartam por muerte acaecida a las 11 y 46.

En medio de esa confusión, los encargados del tablero de Madrid se las veían bajo ese sol ya en lo alto, pegando y despegando carteles, dándole a la tiza, escribiendo en el negro de la pizarra. Les pasaban papelitos que luego ellos clavaban en un gran punzón, tras haberlos aprendido de memoria y transcrito con letra grande para los ojos ajenos. Cuando el punzón estaba lleno, un chiquillo lo vaciaba en la basura. Pero el chiquillo tenía cierto talento, por lo que no tiró nada y al día siguiente, en casa, se lo leyó todo. Luego, no logró leer nada más el resto de su vida, porque cualquier literatura le parecía una simplificación hecha para niños, o una inútil concesión al sentimiento

En cualquier caso, se llegó a la conclusión de que la palabra apropiada era *retirado*, porque no precisaba el matiz entre el estar aparcado con el motor averiado y el haber muerto para siempre en un amasijo de hierros y gasolina. Los *retirados* eran inscritos en la parte baja del tablero, en letra de imprenta. La gente miraba cómo iba creciendo la lista, y sonriendo empezaban a preguntarse si quedaría algo que ver, para ellos que estaban esperando en la recta final de Madrid.

La hermosura de mi hija, eso es lo que quedará que ver, pensó él

Precisamente en el mismo instante en que el enorme De Dietrich de Stead emprendía el vuelo en el pretil del puente, en Saint-Pierre de Palais, arrastrado por su propia velocidad. Juraron que las ruedas todavía giraban obsesivamente en el aire, quemando caballos, un instante antes de que todo acabara destrozándose contra el lecho del torrente. Vieron, las lavanderas, pasar el agua turbia de sangre y de gasolina, dos kilómetros más abajo del valle, aunque no podían entenderlo.

En París, en cambio, alguien empezó a comprender.

A una distancia de un tiro de fusil del río que todavía sangraba, en un lugar que se llamaba Bélamas, una niebla de cansancio se abatió sobre los ojos de Tourand, en el trigésimo segundo adelantamiento, y el automóvil se deslizó de lado, como si únicamente pretendiera marcharse de allí

tan sólo con la garganta bien abierta

El niño gritó, pero sin voz,

Entonces el soldado Dupuy, de permiso, se lanzó en medio, entre el automóvil y el niño, lo justo para interponerse en la línea mortal que el azar estaba trazando y que iba desde un monstruo a un niño. El enorme capó en forma de concha lo levantó del suelo igual que a un trapo, y antes de caer ya había muerto como un héroe

Desviado por el fantoche

soldado, el automóvil se vio de nuevo en medio de la carretera, pero como un animal

herido enloqueció de manera definitiva y se lanzó directamente hacia la derecha, precipitándose ciegamente contra el público, y golpeando al azar. Luego se supo que había muerto un hombre.

Pero los padres seguían llevando a sus hijos, y las chicas reían nerviosas moviéndose en grupos, adelante y atrás, a lo largo de la cuneta de la carretera. En las tiendas la gente se quedaba durante horas en los umbrales, meneando la cabeza. Y quien iba a comprar se quedaba, y miraba. Algunos ascendían a los campanarios para ver desde lo alto, porque todo, ese día, parecía posible.

Tres millones de personas, se dijo, alineadas por la maravilla, e hipnotizadas por el milagro

En las oficinas de París, poco a poco, los cables fueron dibujando la imagen de una larga serpiente que bajaba por Francia sin control, ciega de furor o de cansancio, salpicando con veneno al azar, exasperada por el polvo y por el ruido de la gente

Entretanto, en el tablero de Madrid todavía seguía una febril sucesión de carteles, limpia y silenciosa, de la que nadie podría colegir nada más que el justo bullicio de una competición y la intrépida alternancia de los acontecimientos deportivos. Las bandas ensayaban bajo el sol músicas de latón, y los primeros que bailaban se reencontraban con pasos aprendidos de niños y con los que alcanzaban una insospechada belleza. ¿Bailarán con nosotros, esos caballeros polvorientos?, ¿tú qué crees, bailarán con nosotros? Tengo sólo un pañuelito que quisiera darle, y guardado un beso, que hay que considerar precioso

En Versalles, donde todo empezara, los jardineros valoran los destrozos, en el regio silencio para entonces ya desierto, y como cuervos sobre el campo sembrado vagan sin trayectoria, agachándose para recoger los despojos de la fiesta. Uno se levanta y mira hacia España. Tiene algo así como la sospecha de que ve volver alguno, con los pies de plomo, vencido por un remordimiento que no sabría cómo explicar. Pero los automóviles no regresan.

Le preguntaron a monsieur le Président qué pensaba al respecto, y él respondió que era algo difícil de entender. Dijo que no estaba claro qué estaba pasando. Se volvió hacia Dupin, porque confiaba en él. Dupin hizo un gesto en el aire, como si dibujara el vuelo de unos pájaros. Una bandada que huyera por un disparo de fusil.

Mientras, los primeros automóviles llegaban a Burdeos, primera de las metas fijadas en la prosa de la carrera. Cronometradores con traje elegante estudiaban las agujas en los oscuros cuadrantes, descascarillando la poesía de números complicados que significaban el tiempo. Los pilotos, entonces, se bajaban de sus asientos y tambaleantes pedían algo para beber, mientras sonreían por obligación ante las bromas de la gente. Ante las palmaditas a la espalda. Cuando se levantaban las gafas sobre la frente, de la piel blanquecina asomaban ojos poseídos. Como los de alguien que hubiera visto fantasmas, o incendios.

De vez en cuando, echo un vistazo al tablero porque un camarero jefe tiene que saberlo todo, y no dejarse

sorprender por nada. Una broma acerca del ganador, por ejemplo, puede refinar el gesto con que se recoge un tenedor que se haya caído, y eso uno lo aprende sólo con el tiempo. Todo ese tiempo que he invertido haciendo piruetas alrededor de mesas ya servidas. Si pongo en fila india mis pasos, los pasos de una vida, podría llegar hasta París, levemente echado hacia delante, dejando tras de mí una estela, discreta, de Eau de Cologne. Un ángel a contrapié, *hombre*

Abrió la puerta, después de haber llamado, y le dijo que habían llegado a Burdeos, pero a la hija aquello no pareció impresionarle y, al contrario, ni siquiera se volvió, preguntando tan sólo, con voz de aburrimiento, si la jornada era de viento. No lo sé, dijo él. No lo sabes, dijo ella, lentamente.

En París, los diputados se entretenían por los pasillos, algunos pidiendo a voz en cuello la intervención del gobierno. Se podría decir que hasta el día anterior ni siquiera sabían de verdad qué eran los automóviles: como mucho se los imaginaban como hipertróficas joyas para hombres. Y ahora mataban. Y eso los asustó: como la mordedura imprevista de un perro fiel, o la maldad de un niño, o la carta páfida de una amante.

Las agujas dijeron que provisionalmente el primero era Fernand Gabriel, en el caos de Burdeos. Él dijo que desde la salida en Versalles hasta la línea de llegada había efectuado 78 adelantamientos. Las manos le temblaban, y se rió cuando no fue capaz de encenderse un cigarrillo. A su alrededor, todo el mundo se rió.

Levantando su mirada hacia Dupin, monsieur le Président preguntó cuántas horas serían necesarias todavía antes de que todos se marcharan del suelo francés, a ensangrentar las carreteras de España. Dupin consultó un papel que llevaba en la mano.

Disputando la carrera todavía, en el kilómetro doscientos setenta y uno, Lorraine Barrow sintió que sus brazos eran los de otra persona, y el volante, un extraño objeto delante de sus ojos. Viajaba con su mecánico al lado. Intentó gritar algo, pero de su garganta no salió nada.

Tal vez no he dicho todavía que a la mesa se sentará la familia real, y eso explica mi calma innatural, y el silencio de los gestos, y la dorada luz de este *après-midi*

Pero ser mecánico de carreras había sido su sueño, y por eso no sintió melancolía cuando vio el haya secular que salía a su encuentro, ni cuando se tragó el coche que se perdía a sí mismo entre los brazos dormidos de Lorraine Barrow.

Quién lo habría dicho, acabar como un verso de poeta español, tendido sobre una pizarra negra, *Retirado Lorraine Barrow* —la explosión se quedó en Francia, la sangre y el humo— en España sólo un verso, de poeta, para un baile

Dupin corrigió el dato, añadiendo la vida segada del mecánico a la contabilidad de la locura / la minucia de los cronometradores, los aplausos alegres de los viejos, al borde de la carretera / a la salida de Burdeos eran ya miles los que esperaban verlos partir de nuevo / recuérdame a cuántos se han cargado, dijo monsieur le Président, cansado

pero como sólo saben correr los niños, así corren ellos dos,

desde el campo hasta la carretera, al encuentro de la gran carrera, tan solos y tan pequeños, sin que nadie lo sepa, corriendo, luego caminando, y luego de nuevo a la carrera, GRITANDO cuando la carretera ya está a la vista, gritando sonidos, sin palabras, como los pájaros en el cielo de las plazas en verano: al final llegan hasta donde está la gente, se cuelan entre los pantalones de las esperas ajenas, hasta la primera fila, en sus ojos el trazado blanco de la carretera y, al fondo, el perfil de la colina, el último horizonte, regazo que ha de parir el milagro, la bocanada de una nube de polvo, un ruido que no conocen, y algo que recordarán para la eternidad como el primer amanecer de su vida. Agitados por el jadeo. Se intercambian una mirada. Amigos para siempre.

Pero: Dupin dobla la hoja y se la mete en el bolsillo. un golpe de viento español levanta la Holanda, bajo las copas de cristal. en Versalles los cuervos levantan de golpe la cabeza, como tras el toque de un campanario desconocido. *monsieur le Président hace un gesto brusco, con la mano abierta, una mano blanca, casi una cuchilla. Detened a esos idiotas, dice.* con la mano, el camarero jefe extiende de nuevo los pliegues del mantel, que el viento ha dibujado, y que él borra. el apacible Dupin esboza una reverencia y sale de la habitación. ya son cuarenta mil, en ese momento, los que bailan en Madrid, sin saberlo. Que *c'est fini*.

En efecto interrumpe la carrera, el gobierno de Francia, con decreto fulminante y solemne. Acabaron con el monstruo, antes de que volviera a matar. No estaba ausente, en los franceses, el miedo a molestar al rey de España, Alfonso XIII, quien en Madrid estaba esperando los automóviles reyes, entre el lujo y lo mundanal. De manera que se sugirió a los organizadores que transportaran los automóviles en tren desde Burdeos a los Pirineos. Y, en tierras de España, reanudar la carrera, hasta la prevista meta regia. Era una idea.

De todas formas, al rey español no le gustó, por motivos que no tuvo a bien clarificar. En señal de luto, hizo que desmontaran antes de que anocheciera los palcos que deberían haber albergado a lo mejor de España. Prohibió la música, y vetó los bailes, a partir de la puesta de sol, durante tres días. Se desinflaron los entoldados azules bajo los que estaba lista la magia de la luz eléctrica. Y lentamente, con trapos oscuros, alguien borró la tiza del gran tablero de pizarra, conmutando la gloria de los nombres y la verdad de los dictámenes cronométricos en polvo blanco, al viento, sobre las manos, y sobre la ropa

Me he enterado de la noticia echando la cabeza levemente hacia delante, y con una sonrisa. Les he exigido a mis camareros que no se quitaran los guantes de paño blanco, porque esta mesa se merece honores, y respeto. En estos casos —que pueden ocurrir— el orden que hay que observar, cuando se debe retirar la mesa, es el siguiente: cristalería, cubertería, vajilla, servilletas. Luego, la ornamentación. Para finalizar, levantaremos la gran mantelería de Holanda —como

una vela— doblándola en siete pliegues, allí donde el tejido conserva todavía la invitación de la plancha caliente. De este modo se cerrará el círculo de las cosas no acaecidas, que en nuestro oficio, como en la vida, guarda el secreto, y el significado más profundo, de todo lo que existe. Regresaré a mi casa lentamente, con la espalda erguida y un cigarrillo entre los labios. Por lo que a mí se refiere, puedo asegurar que no habría habido polvo sobre el cristal de mis vasos. Pero esto tampoco, exceptuándome a mí, está obligado nadie a saberlo. En la humedad de mis sábanas, en el sudor de la noche, lento vendrá el sueño. Dios me salve de mi soledad.

Hija, ¿por qué bailas tú sola en la pista desierta de esta noche fallida, entre hombres ya ausentes y suspiros imaginarios? ¿Qué tiempo es el que rige tu corazón, enfermo de lentitud y presunción, para que siempre llegue a la hora inútil? No seguirán esperando tu esplendor, y mi orgullo morirá de privaciones. Que sea clemente el castigo para tanto derroche. Y prudente el ángel que vela sobre nuestras soledades.

Los automóviles que quedaban fueron remolcados hasta la estación, y allí fueron cargados en un interminable convoy ferroviario que, a una velocidad moderada, los llevó de regreso a París.

La infancia de Ultimo

Ultimo se llamaba así porque había sido el primer hijo.

—Y Ultimo —había precisado de inmediato su madre, en cuanto recuperó el conocimiento tras el parto.

De manera que fue Ultimo.

Al principio parecía que no estuviera por la labor. En los primeros cuatro años pilló todas las enfermedades posibles. Lo bautizaron tres veces: el cura no se veía capaz de darle la extremaunción a algo tan pequeño, con aquellos ojos que tenía: debido a ello, cada vez se decantaba por el bautismo, aunque sólo fuera por no volverse sin haber suministrado un sacramento.

—Daño no le va a hacer.

Y, en efecto, Ultimo siempre salió vivo del paso: pequeño, delgado, blanco como un trapo, pero vivo. Tiene un corazón fuerte, decía su padre. Una flor en el culo, decía su madre.

Por todo ello seguía con vida cuando, a la edad de siete años y cuatro meses, en noviembre de 1904, su padre se lo llevó al establo, le señaló las veintiséis vacas de raza piamontesa, que eran todo su patrimonio, y le comunicó que todavía no debía decírselo a la mamá, pero estaban a punto de liberarse, de una vez por todas, de aquel montón de mierda.

Hizo un gesto amplio, tirando a solemne, que abarcaba todo aquel local, oscuro y pestilente. Luego escandió con lentitud:

—Garage Libero Parri.

Libero Parri era su nombre. Garage era una palabra francesa que Ultimo nunca había oído. De buenas a primeras pensó que debía de significar algo así como «criadero» o, como mucho, «lechería». Pero no comprendía cuál era la novedad.

—Repararemos automóviles —aclaró, lapidario, su padre.

Y ésa sí que era, en efecto, una novedad.

—Todavía no existen los automóviles —precisó la madre, cuando al final fue informada del asunto, una noche, en la cama, con la luz apagada.

—Es una cuestión de meses. Y en cuanto llegue ese momento, existirán —la informó Libero Parri, su marido, metiéndole la mano por debajo del camisón.

—Que está el niño.

—No hay problema: también habrá trabajo para él, aprenderá.

—Que está el niño, saca esa mano de ahí.

—¡Ah! —dijo Libero Parri, acordándose de que en invierno dormían todos juntos en la misma habitación, para ahorrar en estufas.

Se quedaron un rato así, en una ligera bonanza comunicativa. Luego él volvió al ataque.

—Ya he hablado con Ultimo del tema. Él está de acuerdo.

—¿Ultimo?

—Sí.

—Ultimo es un niño, tiene siete años. Pesa veintiún kilos y tiene asma.

—Y eso qué tiene que ver, es un niño especial.

Existía, en la familia, la idea de que era un niño especial. Por aquello de las enfermedades y de algunas cosas más difíciles de explicar.

—¿No sería mejor que antes hablaras del tema con Tarìn?

—Él no lo comprendería. Él es como todo el mundo, sólo tiene la tierra en la cabeza, la tierra y los animales, me trataría como a un loco.

—A lo mejor tendría razón.

—No, no tendría razón.

—¿Cómo puedes decirlo?

—Él es de Trezzate.

En su pueblo, eso era un argumento irrefutable.

—Pues entonces habla del tema con el cura.

Si Libero Parri no era ateo y socialista era únicamente por falta de tiempo. En cuanto encontrara un par de horas para informarse, acabaría siéndolo. Mientras tanto, odiaba a los curas.

—¿Algún consejo más? —preguntó.

—Estaba bromeando.

—No, no bromeabas.

—Te juro que estaba bromeando. —Y estiró una mano hacia los pantalones del marido. Era algo que le gustaba.

—El niño —barbotó Libero Parri.

—Tú haz como si nada —sugirió ella.

Se llamaba Florence. Su padre era un francés que había trabajado de viajante durante años por Italia, vendiendo un zapato para señoras que había inventado él. En líneas generales, se trataba de un zapato normal, pero al que podía incorporársele, en caso de necesidad, un tacón. Se podía poner y quitar gracias a un muy práctico sistema de tirantes. La ventaja era que con un único par de zapatos acababas teniendo dos, uno de trabajo y otro de noche. Desventajas, según él, no las había. Una vez estuvo en Florencia y se quedó como hechizado. Por ello a su primera hija le había puesto ese nombre. También en Roma, por otra parte, se lo había pasado de puta madre: de manera que al hijo varón que llegó al año siguiente lo llamó Romeo. Luego emprendió una deriva shakespeariana y en adelante hubo una retahíla de Julietas, Ricardos y nombres de este tipo. Es importante ver cómo escoge los nombres la gente. Morir y poner un nombre —no se hace nada más sincero, probablemente, en todo el tiempo en que uno está vivo y coleando en este mundo.

Florence completó el trabajito deslizándose por debajo de las sábanas y terminando con la boca. No era una práctica que fuera juzgada apropiada para una

esposa, pero en aquellos pagos era una forma de actuar que se llamaba *a la francesa*, por lo que ella se sentía autorizada.

—¿He hecho mucho ruido? —preguntó, después, Libero Parri.

—No lo sé, pero creo que no.

—Eso espero.

En cualquier caso, Ultimo no lo habría oído porque físicamente estaba en su cama, al fondo de la habitación, pero con la cabeza había acabado yendo por la carretera del río, en un día de dos inviernos antes, junto a su padre, esperando. Era por la mañana, temprano. Con el campo todavía crepitante debido a la escarcha nocturna, bajo la luz de un sol voluntarioso. Se había llevado de casa una manzana, para comérsela, y ahora estaba sacándole brillo en la manga de su abrigo. Su padre fumaba y canturreaba. Habían ido a pie desde casa hasta el cruce para Rabello, y ahora estaban esperando allí.

—¿Adónde te lo llevas? —había preguntado mamá.

Cosas de hombres, había contestado Libero Parri, y a partir de ese momento Ultimo tampoco se había hecho más preguntas, porque si tienes cinco años y tu padre te lleva con él, de esa manera, eres feliz y punto. Por eso había correteado detrás de él hasta el cruce para Rabello. Lo había hecho sin saber que en un sinfín de ocasiones, ya de mayor, volvería a ver esa imagen, precisamente ésa: la silueta maciza de su padre, caminando a grandes pasos por delante de él, contra el vuelo de la niebla matinal, *sin darse la vuelta nunca*, ni para esperarlo ni para verificar que todavía estaba allí. En esa severidad, y en esa ausencia total de dudas, residía todo lo que su padre le había enseñado del hecho de ser padres: que se trata de caminar, sin darse la vuelta nunca. Caminar con el paso largo de los adultos, sin piedad, pero un paso límpido y regular, para que tu hijo pueda comprenderlo y permanecer pegado al mismo, a pesar de su paso de niño. Y hacerlo sin darse la vuelta nunca, si es que uno tiene fuerzas para hacerlo: para que él sepa que no se perderá, y que caminar juntos es un destino del que no es necesario dudar en ningún momento, ya que está escrito en la tierra.

Luego, a lo lejos, Ultimo vio levantarse una nube de polvo. Su padre no dijo nada, pero tiró el cigarrillo y le puso una mano sobre el hombro. La nube bajaba desde Rabello, siguiendo las curvas de la carretera. Se acercaba, con ella, un ruido que Ultimo no había oído nunca, como el borbotar de un demonio metálico. Lo primero que vio fueron las grandes ruedas y el guiño de un enorme radiador. Luego, un hombre sentado increíblemente en lo alto, erguido sobre el polvo, con unos gigantescos ojos de insecto. Aquella cosa extraña apuntaba directamente hacia ellos, a una velocidad inaudita, y con el creciente estruendo de sus propias entrañas. Era una visión horrorosa, y Ultimo tal vez intuyera algo de su destino cuando se dio cuenta de que en su mente, en su corazón, en sus nervios no había, en ese momento,

miedo; en ningún sitio, ni tan siquiera una ráfaga de miedo, sino tan sólo deseo, sin condiciones; y prisa por ser absorbido por aquella nube de polvo que ya estaba traqueteando apuntándoles a ellos, bajando por la colina y lanzándose de lleno hacia el cruce: el hombre-insecto impassible allí encima, las ruedas encajando los baches del terreno, con un descoyuntado balanceo de balsa naufragada en el mar, pero una balsa segurísima de sí misma, que gritando hierro desde sus entrañas enfilaba el cruce y sin vacilaciones lo descifra; en cierta manera, lo secciona, doblando hacia la derecha la pareja de ruedas neumáticas. Último notó la mano de su padre presionando su hombro, y vio a aquel hombre echarse a un lado, colgado con sus manos del volante, como si fuera él quien desplazara a todo aquel animal encendido, con la única fuerza de aquel gesto audaz que, de inmediato, Último le envidió, casi como si lo sintiera encima de él, como si lo hubiera conocido desde el primer día —el cansancio de los brazos, la visión oblicua de la carretera, la fuerza invisible que tira de ti, el vuelo aparente con el viento en contra. Al final, desplazándose solemnemente en el debido cambio de dirección, el gran animal descubrió ante sus ojos su costado, y con gran elegancia reveló la silueta de una mujer, invisible antes porque estaba colocada en un más recóndito refugio entre las costillas metálicas, en un asiento más bajo que Último, de todas formas, percibió tan regio como un trono, tal vez debido al gran sombrero, rosa, que la mujer llevaba en la cabeza, anudado bajo la barbilla con un chifón de color ambarino. De esa mujer jamás olvidaría el cuello reclinado hacia un lado, como aceptando la invitación de la curva, con un gesto que reproducía la acrobacia del piloto, pero transformándolo en una inefable gentileza —o en un elegante escepticismo, quién sabe.

Sobre sus nuevas vías, virando la proa hacia el río y el sur, el animal desapareció rápidamente a las miradas, tragado por el polvo. Último y su padre permanecieron quietos donde estaban, escuchando las notas lejanas del concierto mecánico desfilando entre los álamos, hacia la nada. En el aire había un olor que no se podía eliminar del campo y que después, durante años, se convertiría en su perfume, el que sus esposas aprenderían a amar.

Libero Parri esperó a que el aire volviera a estar límpido, y silencioso. Luego aclaró:

—A mamá no le diremos nada de todo esto.

—No —convino Último.

Acababa de ver su primer automóvil. Para ser precisos, lo había visto en curva, esto es, en la perfecta y controlada exhibición de un cambio de dirección. Un hecho que podría explicar la locura a la que ese niño, convertido ya en adulto, dedicaría buena parte de su vida.

Chirriando en la curva, así estaba viéndolo de nuevo cuando el sueño lo envolvió, en la cama, a pocos metros de la cama en la que su padre y su madre acababan de

hacer el amor *a la francesa*. De manera que no oyó cómo se reían en voz baja y ni siquiera se dio cuenta de que su padre salía de la cama e iba a buscar algo por ahí. Al regresar, tenía en la mano una vela encendida y un papel. En el papel estaba escrito que el conde Palestro le compraba sus veintiséis vacas piamontesas por la suma, moderadamente elevada, de dieciséis mil liras. Florence Parri cogió el papel y leyó lo que tenía que leer. Luego apagó la vela.

Estaban el uno junto a la otra, bajo las mantas, inmóviles.

A Libero Parri le latía fuertemente el corazón.

Al final, fue ella la que habló.

—Libero, tú ni tan siquiera sabes cómo están hechos esos coches.

Él se había preparado.

—Si se trata de eso, nadie lo sabe, pequeña.

El libro en el que Libero Parri y su hijo Ultimo aprendieron cómo estaban hechos los automóviles estaba en francés (*Mécanique de l'automobile*, Éditions Chevalier). Eso explica por qué, durante los primeros años, cuando no había manera de que se las apañaran, echados debajo de un Clément Bayard de 4 cilindros, o agachados dentro de un Fiat de 24 caballos, Libero Parri solía salir de ese *impasse* diciéndole a su hijo:

—Llama a tu madre.

Florence llegaba con la colada bajo el brazo o sujetando una sartén en la mano. El libro lo había traducido palabra por palabra, por lo que se lo sabía de memoria. Hacía que le explicaran el problema, sin dirigirle siquiera una mirada al automóvil, buscaba mentalmente la página exacta, y lanzaba su diagnóstico. Luego se daba la vuelta y se llevaba la colada de regreso a casa. O la sartén.

—*Merci* —borbotaba Libero Parri, indeciso entre la admiración y el cabreo puro y simple. Al cabo de un rato, del ex establo, ahora garaje, surgía el ruido del motor resucitado. Así eran las cosas.

De todos modos, aquello sucedía muy pocas veces, ya que, durante los primeros años, el Garage Libero Parri se tuvo que plegar, para sobrevivir, a toda clase de reparaciones, sin andarse con demasiados remilgos. Eran pocos los automóviles que llegaban, por lo que arreglaban desde ballestas de los carros a estufas de hierro fundido, pasando por los relojes. Cuando, a petición popular, Libero Parri tuvo que abrir un servicio para herrar a los caballos de la zona, cualquier otro se lo hubiera tomado como una humillante derrota: pero él no, porque había leído en algún sitio que los primeros en ganar dinero construyendo armas de fuego habían sido los mismos que, hasta el mismo día anterior, habían vivido de afilar espadas. El hecho es que —como no había evitado revelar, en su momento, Florence— los automóviles no existían todavía, o en todo caso si existían no los hacían por aquellos pagos. De manera que la aparición en el horizonte de la salvífica nube de polvo con su correspondiente concierto mecánico era una rareza saludada con ironía por todo el

vecindario. Ocurría tan escasamente que, cuando ocurría, Libero Parri se subía a la bicicleta e iba a buscar a su hijo a la escuela. Entraba en clase, con el sombrero en la mano, y únicamente decía:

—Una emergencia.

La maestra ya sabía. Último salía disparado como un proyectil y media hora después ambos estaban engrasándose las ideas bajo unos capós que pesaban como terneros.

Así transcurrieron unos años de duro trabajo, que pasaron ahorrando cuanto podían, y esperando nubes de polvo que no llegaban. Lo que tenían para vender, lo vendieron; y al final Libero Parri tuvo que resignarse a ponerse la corbata e ir a hablar con el director del banco. Una emergencia, dijo, con el sombrero en la mano. En aquellas tierras, la gente era orgullosa hasta la enfermedad: cuando el hombre iba al banco sombrero en mano, las mujeres, en casa, escondían la escopeta de caza, por si acaso, para evitar tentaciones. Cuando Libero Parri regresó, había empeñado hasta la granja, pero ni siquiera ese día lo vieron dudar. Se rió y bromeó durante toda la cena. Sabía que el futuro tendría que llegar y que él, solo, podía esperarlo sin miedo. Porque había veinticinco latas llenas de gasolina, en su cabaña, y ésa era la única gasolina en cien kilómetros a la redonda. Porque era el único hombre, desde allí hasta el horizonte, que sabía lo que era una junta de cardán y cómo se arreglaban los cojinetes. Porque, fuera a donde fuera, era el primero de los Parri, en seis generaciones, a quien las manos no le olían a vaca. Y por eso comió, aquella noche, con apetito. Hasta repitió de sopa de verduras. Luego, satisfecho, salió a mecerse en una silla, apoyado en la pared del jardín, de cara al crepúsculo. También estaba Tarìn, su amigo, el que era de Trezzate. Había ido a saludar, como quien no quiere la cosa, por prudencia. Pero del asunto del banco, de eso ni hablaron. Libero Parri parecía estar pensando en otras cosas.

—¿Lo has notado? —dijo en un momento dado, inspirando con satisfacción el aire de la noche.

—¿El qué? —preguntó Tarìn.

—El olor a estiércol —aclaró Libero Parri, volviendo a inspirar teatralmente.

Tarìn inspiró un par de veces, pero sin convicción.

—No hay olor a estiércol —dijo.

—Exactamente —concluyó Libero Parri, triunfal.

Era el tipo de cosas que lo volvían loco.

Por la noche se metió en la cama y de inmediato comprendió que había algo que no estaba en regla.

—¿Qué coño hay aquí abajo?

Su mujer se levantó, sacó la escopeta de caza de debajo del colchón y se fue a colocarla de nuevo en su sitio. Cuando regresó debajo de las mantas, Libero Parri

estaba agitando una hoja de periódico.

—A ti es que no te da la gana de comprender —le dijo, y le pasó el periódico. Florence leyó que tres italianos, Luigi Barzini, Scipione Borghese y Ettore Guizzardi, habían recorrido dieciséis mil kilómetros en coche, saliendo de Pekín y llegando hasta París. Conduciendo un Itala de cuarenta y cinco caballos y mil trescientos kilos, habían atravesado el mundo y lo habían hecho en sólo sesenta días.

—Qué raro. No los he visto pasar por aquí —dijo Florence, pragmática.

—Yo sí —barbotó Libero Parri, de buena fe.

Porque él los había visto pasar. Los veía pasar a cada minuto de su vida, con inquebrantable confianza. Estaban cubiertos por el polvo; y con la mano, enguantada, saludaban.

El futuro llegó a pie, en 1911, una tarde de marzo en que llovía. Libero Parri lo vio desde lejos. Vio el largo sobretodo y reconoció las grandes gafas echadas hacia atrás, sobre el casquete de cuero. El automóvil no estaba allí, pero sí todo lo demás.

—Ya era hora —le susurró a Ultimo, que estaba enderezando la rueda de una bicicleta. Para evitar equívocos, escondió el bidón de leche que estaba parcheando y fue a sentarse cerca de una pila de neumáticos que acababa de comprar, usados, procedentes del cuartel de Brandate. Quedaban la mar de bien.

El hombre del sobretodo caminaba lentamente. Se protegía de la lluvia con un gran paraguas verde, y eso le proporcionaba cierto toque de irrealidad. Como de profecía, bien mirado. Llegó hasta el garaje y durante unos instantes estuvo mirando, inexplicablemente, a aquel chico y aquella bicicleta. Luego leyó el rótulo. Lo hizo con lentitud, con el aire de descifrar una inscripción antigua. Al final, bajó su mirada hasta Ultimo.

—¿Es verdad que aquí tenéis gasolina?

Ultimo se volvió hacia su padre. Libero Parri hacía como que contaba los neumáticos.

—Es verdad —dijo, con el tono de quien está ya cansado de contestar siempre la misma pregunta.

El hombre del sobretodo cerró el paraguas y se puso a cubierto, cerca de los neumáticos.

Se estuvo un rato allí, mirando cómo se iba inundando el campo, a su alrededor. Luego se dio la vuelta hacia Libero Parri.

—No quiero parecer descortés. Pero ¿qué coño significa abrir un garaje en medio de este barrizal?

—Tenemos una gran fe en los gilipollas que se quedan sin gasolina en mitad del campo.

El hombre miró atentamente a Libero Parri, como si hubiera empezado a verlo a partir de ese momento. Luego se sacó un guante y le tendió una mano.

—Encantado, conde D'Ambrosio. No se haga ilusiones: no soy tan gilipollas como aparento.

—Liberio Parri, encantado. No me hago ilusiones.

—Muy bien.

—Muy bien.

Años después, acabarían en los periódicos, el uno junto al otro, casi reducidos a un nombre único: D'Ambrosio Parri. Pero entonces no podían saberlo aún. Sólo estaban al principio.

—¿De verdad tiene gasolina?

—¿Cuánta quiere?

—¿Y un baño con agua caliente?

Al final, el conde se quedó para secarse el alma frente al fuego de la cocina. Luego, Florence puso un plato más en la mesa y la cena discurrió entre mil chácharas. Hablaron de motores de metano, de las fábricas de Turín, de cómo había que cocinar una cabeza. Cuando el vino hizo su efecto, fueron derivando de manera chabacana hacia historias de mujeres andaluzas y perfumes franceses. Hasta se les escapó un chiste sobre el rey, pero fue mientras Ultimo estaba por ahí, cogiendo algo, en su habitación.

Era noche cerrada cuando D'Ambrosio decidió que ya era hora de marcharse. Se puso el sobretodo, se caló en la cabeza el casquete de cuero, se metió las gafas en el bolsillo y, poniéndose los guantes con gesto teatral, se dirigió hacia la puerta. Fuera, el viento se había llevado la lluvia y ahora la negrura de la noche parecía recién pintada.

—Qué maravilla —comentó D'Ambrosio, en el umbral, respirando el aire fresco. Se inclinó hacia su público y, sin añadir una palabra, se alejó. Desapareció en la oscuridad, caminando con cierta energía en la dirección en que había llegado.

Liberio Parri fue a cerrar la puerta y luego volvió a la mesa. Se quedaron un rato allí, Florence, Ultimo y él, jugando con las migas sobre el mantel azul y blanco.

—Muy bueno el guiso —dijo Liberio Parri, para ganar tiempo.

—Parecía que le gustaba, ¿no?

—Hasta se ha olvidado del paraguas —apuntó Ultimo.

Liberio Parri hizo un gesto vago en el aire, como para decir que no tenían que ser demasiado intransigentes con él. Luego oyeron que llamaban a la puerta.

El conde D'Ambrosio parecía incluso más alegre que antes.

—Perdonadme el detalle, pero recuerdo claramente que cuando llegué yo tenía un coche.

Liberio Parri reconstruyó para él la secuencia de la jornada. Desde la gasolina hasta el vino.

—Pues las cosas deben de haber ocurrido así —concedió el conde. Luego dijo

que él se arreglaba perfectamente con un sillón. Nunca había tenido problemas de sueño.

Lo colocaron en la habitación con Ultimo, arreglando para ello un catre que se estaba estropeando en la bodega. Antes de apagar la vela, D'Ambrosio se precavió.

—No me hagas caso si hablo durante el sueño. Suele tratarse de cosas que no tienen interés.

Ultimo dijo que no era ningún problema, y que él también hablaba en sueños.

—Muy bien. Eso es algo que les gusta a las mujeres.

Luego añadió un comentario sobre el silencio del campo, pero no se entendió muy bien. Con un soplido apagó la vela. Ultimo se preguntó si sería conveniente decir algo del tipo buenas noches. Pero luego oyó un crujido y se dio cuenta de que el conde se había incorporado sobre un codo. Todavía le quedaba una duda por aclarar.

—¿Ya duermes?

—No.

—Tengo una pregunta.

—¿Sí?

—En tu opinión, ¿tu padre está loco?

—No, no, señor.

—Respuesta correcta, muchacho.

Ultimo oyó cómo se dejaba caer de nuevo sobre la cama, como si se hubiera quitado una preocupación de encima.

—Buenas noches, señor.

No se oyó respuesta alguna.

Sólo al cabo de un rato, Ultimo oyó una especie de refunfuño.

—Ya ves tú: hacía años que nadie me lo decía.

El día siguiente era domingo. Una vez lleno el depósito, el conde D'Ambrosio decidió que en una mañana tersa como aquella sólo se podía hacer una cosa: clases de conducir. Sentado sobre una pila de neumáticos, Ultimo vio cómo su padre se colocaba aquellas grandes gafas y ponía las manos sobre el volante. Ya lo había visto, de esa misma manera, en el pasado, pero lo que iba a continuación era que su padre hacía el motor con la boca e imitaba las curvas, removiéndose en el asiento: pero, ciñéndonos a los hechos, el automóvil siempre estaba muy quieto. Esa vez, en cambio, iba en serio. Libero Parri escuchó los ordenados consejos del conde, mirando fijamente un punto imaginario que estaba por delante de él. Luego hizo una pregunta que Ultimo no oyó bien.

—No diga chorradas —respondió D'Ambrosio, aunque sonriendo.

Durante un rato no sucedió nada. Libero Parri seguía allí clavado, con la mirada delante de él. Las manos aferradas al volante, los brazos rígidos. Una estatua. Florence, que se había asomado a la puerta, con una gallina en la mano, muerta,

movió la cabeza.

—¿Cuánto rato hace que no respira?

Antes de que Ultimo pudiera responder se oyó un chasquido mecánico. Luego el automóvil se movió dulcemente, perfecto, como una bola de billar sobre un tapete inclinado. Enfiló la carretera como si lo hubiera hecho toda la vida y se alejó sin prisas por el campo. Ultimo vio la nube de polvo que se levantaba redonda, sobre el campo, y durante un instante sintió que siempre estaría protegido, porque aquél era su padre, y su padre era Dios.

Estuvieron en silencio, hasta que el ruido del motor se perdió en la lejanía. Luego Ultimo dijo:

—Volverá, ¿no es cierto?

—Si consigue girar...

Más tarde sabrían que Libero Parri había querido entrar en el pueblo y, a pesar de las protestas del conde, lo había cruzado, a una velocidad constante, gritando frases inconexas que hacían referencia a las vacas, al director del banco y, tal vez, a las sotanas.

—No, yo no dije nada de sotanas.

—¡Qué raro! Juraría que escuché exactamente la palabra sotanas.

—Solanas, he dicho *solanas*.

—¿Solanas de mierda?

—Estercoladas, lo que quería decir es solanas estercoladas.

—¡Ah!

—Déjalo correr, conde, es algo que tú no puedes comprender.

Habían pasado a tutearse. Pero permanecían todavía en los apellidos.

—Te las has apañado bien, Parri.

—Tengo un buen maestro.

Tendría que haber acabado ahí, pero el conde sintió claramente que le faltaba un detalle a la disciplina de aquella jornada matinal. De manera que se dio la vuelta y se encontró con los ojos de Ultimo, suspendidos en el aire del patio, y que aguardaban. Parecía que estuvieran allí desde la prehistoria. Flotaban sobre el runrún del motor encendido todavía.

—¿Te gustaría dar una vuelta, muchacho?

Ultimo sonrió y echó un vistazo a su padre. Libero Parri dirigió su mirada a Florence. Florence se arregló un mechón de pelo detrás de la oreja y dijo:

—Sí, le gustaría.

De manera que trepó hasta el asiento, se colocó las manos debajo del culo y, para estar más alto, apretó los dedos cuanto pudo.

—¿Adónde quieres ir? ¿Pasamos por delante del colegio gritando «señorita de mierda»?

—No, quiero ir hasta el talud de Piasebene.

El talud de Piasebene era un inexplicable cambio de rasante en medio de la llanura. Nadie sabía muy bien qué es lo que había por debajo, pero, de hecho, el campo, que durante kilómetros discurría llano como un billar, allí daba un empujón hacia arriba, para luego volver a su mutismo. Y la carretera saltaba con el mismo. Cuando Ultimo y su padre pasaban por allí, a pie, siempre terminaban echando a correr, en cuanto llegaban abajo; y luego, en la cima del talud, le saltaban en pleno rostro a la llanura, gritando sus nombres. Después volvían a recomponer en silencio el paso ordenado de la gente de campo, como si nada hubiera sucedido.

—Vayamos hacia el talud de Tassabene.

—Piasebene.

—Piasebene.

—Todo recto.

El conde D'Ambrosio metió la marcha, preguntándose qué habría, en ese niño, que no era normal. Se acordaba de él el día anterior, en medio de aquella lluvia, agachado sobre la bicicleta, bajo el rótulo de GARAGE: por mucho que pudiera parecer absurdo, en aquel pequeño paisaje *sobre todo estaba él*: todo lo demás quedaba un paso atrás. De repente le vino a la memoria dónde había visto ya algo parecido, y era precisamente en los cuadros que relatan las vidas de santos. O de Cristo. Siempre estaban llenos de gente, y todos hacían cosas que incluso eran extrañas, pero el *santo* era a quien uno veía de inmediato, no había ni que buscarlo: el que entraba primero por los ojos era el santo. O Cristo. Tal vez estoy paseando en coche al Niño Dios, se dijo carcajeando: y se volvió hacia él. Ultimo miraba delante de él, con los ojos tranquilos, sin preocuparse por el aire o por el polvo: serio. Ni siquiera se dio la vuelta cuando dijo en voz alta:

—Más rápido, por favor.

El conde D'Ambrosio volvió a concentrarse en la carretera y vio el talud justo delante de ellos, absurdo y nítido, en la pereza del campo. En otras circunstancias, habría aflojado el acelerador para secundar la joroba del terreno con la fuerza ligera de una inercia controlada. Con cierto estupor, se sorprendió dando gas como un niño.

En el cambio de rasante, los 931 kilos del monstruo se despegaron del suelo con una elegancia que había sido guardada en secreto, desde siempre. El conde D'Ambrosio oyó el motor rugiendo en el vacío, e intuyó el batir de alas con que las ruedas se enroscaban en el aire. Con las manos agarradas al volante, gritó con un grito de sorpresa mientras el chiquillo, a su lado, con frialdad y alegría distintas gritaba, sorprendentemente, su propio nombre, a voz en cuello.

Nombre y apellido, para ser exactos.

El coche tuvo que ir a recuperarlo Libero Parri, con la carreta y los caballos. Lo arrastraron hasta el taller y luego tuvieron trabajo para una semana. Volar, había

volado bien. Lo único es que después se había desmontado un poquito.

Cuando el conde regresó para llevárselo, el domingo siguiente, parecía nuevo de fábrica. Libero Parri le había sacado brillo con una sabiduría a la que no eran ajenos los años transcurridos abriantando vacas para la exposición anual de la feria bovina. El conde lo comentó con un silbido de admiración, que ya había sido ensayado muchas veces en los burdeles de media Europa. Luego sacó una bolsa de cuero marrón y la lanzó hacia Libero Parri.

—Ábrela.

Libero Parri la abrió. Dentro había gafas, casquete de piel, un fular rojo y un chaquetón que llevaba cosida una etiqueta que decía: D'Ambrosio Parri.

—¿Qué significa esto?

—¿Has oído hablar de las carreras de coches?

Libero Parri había oído hablar de ellas. Eran cosa de ricos.

—Necesito un mecánico que corra conmigo. ¿Qué me dices?

Libero Parri tragó saliva haciendo un ruido extraño.

—Yo no tengo tiempo para cosas de éstas. Yo tengo que trabajar.

—Cuarenta liras al día, más gastos y la cuarta parte de los premios.

—¿Premios?

—Cuando ganemos.

—Cuando ganemos.

—Eso es.

Luego los dos se volvieron, instintivamente, hacia la puerta, como si los reclamara algún ruido. Todo estaba en silencio; y la puerta, abierta de par en par; y el umbral, desierto. Permanecieron un instante con la vista clavada allí, como a la espera. Ultimo pasó por el marco de la puerta, sin apercibirse siquiera de su presencia, atento como estaba a que no se le cayera de los brazos el haz que llevaba. Del mismo modo en que había aparecido, desapareció.

—¿Y quién convence a Florence? —dijo Libero Parri.

Pero el conde D'Ambrosio parecía no haber oído nada.

—Ese chiquillo tiene algo.

—¿Quién, Ultimo?

—Sí.

—No tiene nada.

—Sí, tiene algo.

Libero Parri levantó los ojos hacia el cielo, incómodo, como alguien al que han pillado haciendo trampas con las cartas.

—No tiene nada, lo único es que... Es que tiene la sombra de oro.

—¿Cómo dices?

—Es algo que se dice por aquí. Hay gente que tiene la sombra de oro, eso es todo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No sé..., son distintos, y la gente los reconoce. A la gente le gustan los que tienen la sombra de oro.

El conde no parecía muy convencido. Libero Parri aventuró una explicación.

—Es que él ya se ha muerto un par o tres de veces... Cuando era pequeño, siempre lo daban por difunto, pero él siempre se salía bien del paso. Quién sabe, a lo mejor son cosas que te cambian.

Al conde D'Ambrosio le vino a la cabeza la única mujer a la que había amado más que al tenis y que a los automóviles. Cuando uno entraba en una habitación llena de gente, podía *sentir* si ella estaba allí sin que fuera necesario verla o saber que se había quedado en casa. Y en el teatro no era necesario buscarla: era lo primero que veían tus ojos. No es que fuera muy hermosa. Y hasta era difícil averiguar si era, de verdad, inteligente. Pero la luz estaba donde ella estuviera, y *ella* era el cuadro. Tenía la sombra de oro, comprendió.

—De Florence me ocupó yo.

Libero Parri se echó a reír.

—Tú no la conoces.

—Eso lo arreglo en un momento.

El conde D'Ambrosio estuvo con Florence unos diez minutos, sentado a la mesa de la cocina. Le explicó lo que eran las carreras, dónde se disputaban y por qué.

—No —dijo ella.

Entonces él le habló del dinero y del público y de los viajes.

—No —dijo ella.

De manera que le explicó lo que significaba la celebridad en el mundo de los negocios. Y le aseguró que delante de aquel taller, dentro de algunos meses, habría cola.

—No —dijo ella.

—¿Por qué?

—Mi marido es un soñador. Y también lo es usted. Despiértense.

Entonces el conde D'Ambrosio estuvo un rato pensando. Luego dijo:

—Quiero contarle algo, Florence. Mi padre era un hombre muy rico. Mucho más rico que yo. Lo dilapidó casi todo persiguiendo un sueño absurdo, un asunto de ferrocarriles, una bestialidad. Le gustaban los trenes. Cuando empezó a vender las propiedades yo me fui donde estaba mi madre y le pregunté: ¿Por qué no lo detienes? Tenía dieciséis años. Mi madre me dio una bofetada. Luego me dijo una frase que ahora usted, Florence, tiene que aprenderse de memoria. Me dijo: si amas a alguien que te ama, nunca desenmascaras sus sueños. El más grande, e ilógico, eres tú.

Sin esperar siquiera una respuesta, se despidió con gran cortesía y salió al patio. Libero Parri estaba arreándole martillazos a un capó que había encontrado, meses

antes, en la cuneta de la carretera de Pièdene. Pensaba hacer con él un tejado para la leñera.

—Todo arreglado —escandió el conde, frotándose las manos.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que no.

—Ah.

—Empezaremos el domingo que viene. Se disputa la Venecia-Brescia. —Y empezó a encaminarse hacia su automóvil.

—Pero si ha dicho que no...

—Ha dicho que no, pero ha pensado que sí —respondió el conde, desde lejos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Que yo cómo lo sé?

—Eso mismo.

El conde D'Ambrosio se detuvo. Buscó unos instantes la respuesta. Pero no la encontraba. Se dio la vuelta. Se encontró a Florence delante de él. Sólo Dios sabía cómo había llegado hasta allí. Le habló en voz baja, para que sólo él la oyera, pero recalando las palabras. Con dulzura.

—Su padre no dilapidó nada de nada, es uno de los hombres más ricos de Italia, y probablemente los ferrocarriles no le han importado nunca un carajo. En cuanto a su madre, descarto que le haya dada una bofetada alguna vez en toda su vida.

Hizo una breve pausa.

—Admito que la frasecita sobre los sueños no está nada mal, pero frases como ésa sólo son verdaderas en los libros: en la vida, son falsas. La vida es endemoniadamente más complicada, créame.

D'Ambrosio hizo un gesto que quería decir La creo.

—De todas formas, tiene usted razón. He dicho que no, pero pensaba que sí. El porqué no se lo digo. Y, es más, ¿sabe una cosa?, no me lo diré ni a mí misma, de esta manera todos estaremos más tranquilos.

D'Ambrosio sonrió.

—Procure traérmelo de vuelta a casa. Que ganéis o que perdáis me importa un comino. Tan sólo procure traérmelo a casa de vuelta. Gracias.

D'Ambrosio contempló cómo se daba la vuelta y volvía para casa. Por vez primera, y sin ambages, pensó que era una mujer hermosa. Una visita al sastre no le vendría nada mal, claro: pero aquélla era una mujer hermosa.

—¿Entonces? —preguntó en voz alta Libero Parri.

El conde hizo un gesto en el aire que podía significar un montón de cosas.

La Venecia-Brescia la disputaron a lo grande durante tres cuartas partes del recorrido; luego, en un pueblecito que se llamaba Palù, el conde se arrimó a la acera y apagó el motor.

—Hay un sitio por aquí donde hacen un conejo que quita el aliento.

Libero Parri descubrió más tarde que la cocinera redondeaba con una habitación en el piso de arriba donde, decía, uno podía reposar un rato. El conde reposó un rato. Libero se limitó al conejo. Que, en efecto, no estaba nada mal.

—A mí ya me está bien, porque el dinero lo voy a ganar de todas maneras —dijo luego, cuando volvieron a subirse al automóvil—. Pero ¿qué voy a contarle a Ultimo?

El conde no respondió. Pero en la carrera siguiente se mantuvo pegado al culo del Peugeot de Alberto Campos —un argentino que no perdía ni una sola competición desde hacía cinco meses y once días— y no lo soltó hasta que, bajo un aguacero infernal, se inventó un adelantamiento por el exterior con el que la gente, la de aquellas tierras, todavía sueña hoy en día.

—Esto es lo que vas a contarle —dijo más tarde, cuando se bajó del coche, convertido en un monumento al barro.

Llegaron terceros en Turín, octavos en Ancona e, inesperadamente, en primer lugar en las montañas sicilianas. En un periódico apareció una fotografía de ambos en la que parecían insectos gigantes. El pie de foto decía: *D'Ambrosio Parri, la intrépida pareja que ha domado los virajes del Collado de Tarso*. Ultimo la recortó y se la pegó sobre la cama. Por las noches la miraba e intentaba imaginarse lo que eran, exactamente, esos *virajes*. Se mostraba inclinado a pensar que se trataba de animales salvajes, de larga pelambrera, y con su característico andar flexible. Vivían por encima de los mil metros: cuando estaban hambrientos, podían ser letales. Un día Libero Parri cogió una hoja de papel y se los dibujó. Hizo una montaña, y la carretera que iba ascendiendo, un viraje tras otro, hasta la cima. En vez de sentirse decepcionado, Ultimo se quedó encantado. Para un niño crecido en un campo cuya única anomalía en el horizonte era el cambio de rasante de Piasebene, aquella carretera que se deslizaba en ascenso con la frialdad de una serpiente era una hipérbole de la imaginación. Puso su dedo encima de ella y la recorrió desde el principio hasta el final.

—Por el otro lado es igual, sólo que de bajada —aclaró Libero Parri.

Ultimo hizo con el dedo la bajada. Luego le preguntó a su padre si podía hacerlo de nuevo.

—Puedes.

Esta vez le puso también el ruido del motor, con la boca, y el chirrido de los frenos. Con la cabeza seguía el ritmo de las curvas: bajo el trasero sentía el empuje de la fuerza centrífuga y, en sus manos, la sacudida de los bandazos. En toda su vida habría hecho más o menos cuatro kilómetros en coche, pero *conocía* todo eso. Porque el talento verdadero es tener las respuestas cuando todavía no existen las preguntas.

Más adelante, D'Ambrosio cogió mal una curva, cerca de Livorno, una vez que iba remontando, y del trance salió con una muñeca destrozada. De manera que

durante un tiempo no se volvió a hablar del tema. Tan sólo, un domingo, fueron todos a Mantua porque corría Lafontaine, y Lafontaine era, entre todos los pilotos, el más grande. Fue la primera y la única carrera que Ultimo vio en su vida.

En contra de todas las expectativas, también Florence había aceptado ir allí.

—Si es necesario que yo vea una carrera, que sea por lo menos una en la que sean otros los que se maten, y no vosotros.

El conde había conseguido unos sitios en la tribuna que se encontraba delante de la llegada, donde estaban las señoras de grandes sombreros, y donde los niños llevaban chaquetas con botones dorados. Libero Parri, que estrenaba una camisa de cuadros y se había peinado hacia atrás para la ocasión, empezó a sudar incordiado cuando todavía tenían que subir. Se comportó bien un rato, agitándose en el asiento, luego empezó a farfullar que desde allí no se veía nada. Al final, cogió a Ultimo de la mano y se largó, dejando a Florence con el conde, al que le hacía explicar qué era una carrera de automóviles. Enfilaron una callejuela que se internaba entre las casas y guiándose por el olfato cruzaron toda la ciudad hasta desembocar en la zona del río. La carretera de tránsito, que durante kilómetros iba por el campo flanqueando el agua, allí giraba bruscamente a la derecha, para embocar un puente, y luego se volvía a extender por la orilla opuesta, corriendo paralela a las murallas.

—Aquí sí que hay algo que ver —decidió Libero Parri.

Se abrió paso entre la gente, pero no había forma de poder llegar hasta el borde de la carretera. Al final le dio cinco liras a un zapatero que tenía un taller a dos pasos del puente y a cambio obtuvo dos sillas y un cinturón de ternera para Florence.

—Pero es horrible —objetó Ultimo.

—No pienses en ello y súbete a la silla.

Ultimo miró la página de periódico que el zapatero había colocado sobre el mimbre cuidadosamente, y casi le dio la impresión de que estaba poniéndole los pies encima a un rey y a un embajador prusiano. Pero, en cuanto hubo subido, se olvidó de todo, porque el puente y la ese blanca de la carretera estaban ante sus ojos, en la luz del mediodía, como un regalo del creador, dibujado expresamente para sus ojos de niño.

—Es bellissimo —dijo. Tan sólo estaban la carretera y el puente, no había ni rastro de un automóvil que lo encareciera, pero él dijo: Es bellissimo. Sin darse cuenta de nada, únicamente veía aquella ese de tierra batida, como un trazo de lápiz dejado sobre el papel del mundo por la mano precisa de un artista. La gente, los colores, los árboles alineados no eran nada más que una molestia destinada a apagarse. Ruidos y olores se abrían paso a duras penas en su percepción, como un eco lejano. En sus ojos, tan sólo existía aquel movimiento de danza y sólo eso: curva y contracurva, como el destilado de una sabiduría geométrica que, tras haberse equivocado miles de veces, allí había encontrado su perfección. Y cuando, al final, llegaron los

automóviles, anunciados por un escalofrío desordenado de la multitud, los vio a duras penas, porque la verdad es que sus ojos seguían mirando la carretera, únicamente ella, escrutando el ritmo con que respiraba aquellos monstruos metálicos —los tragaba, tal vez— uno tras otro, dando cabida a su violencia para convertirla a su inmovilidad, regla contra el caos, orden impuesto al azar, cauce para el agua, número para contar el infinito. Se evaporaban, aquellos automóviles regios, en una nube de polvo, derrotados.

En aquella mente chiquilla capaz de un axioma parecido —que fuera la carretera la que reclamara a los automóviles, y no lo contrario— ya estaba inscrita toda una vida. Qué curioso resulta que la gente sea ya ella misma antes de llegar a serlo.

Hasta que su padre vio una pequeña figura femenina remontar por el viento de la carrera con pequeños pasos: buscando algo entre la multitud, despreocupada del peligro.

—¿Qué está haciendo Florence ahí?

Se olvidó de todo y fue en su búsqueda, abriéndose paso entre la gente, dando codazos como un loco. Último saltó de la silla y se fue tras él. Llegaron delante de Florence justo a tiempo para poder ver cómo le pasaba a un palmo, como una flecha, el Lancia número 21, conducido por Botero.

—¿Qué haces aquí?

Florence estaba cubierta de polvo. Se dejó llevar de allí tranquila, con una quietud que no le pertenecía. Cuando Libero Parri intentó comprender qué diablos le había ocurrido, ella dijo:

—Nada, lo único que pasa es que quería estar cerca de ti.

Tenía en su rostro algo así como un reflejo de espanto.

Al final, cuando todo terminó, mientras la multitud se desperdigaba hacia sus casas, el conde los hizo entrar en el área reservada a los pilotos: allí se bebía *champagne* y se podían ver de cerca los automóviles. Muchos hablaban francés. Libero Parri se quedó en una esquina, cogiendo a Florence de una mano y controlando de lejos a Último, quien había ido a mirar el Fiat de Barthez. De vez en cuando pasaba algún mecánico que lo reconocía, y que lo saludaba haciéndole una señal con la mano. Él respondía haciéndoles un gesto con la cabeza, sin darles demasiada cuerda. No veía llegar el momento de marcharse. No sabía muy bien por qué, pero era así. En un momento dado vio a Lafontaine, quien con paso decidido iba hacia la salida, regiamente encerrado en sus cavilaciones, con la vista gacha, los labios apretados bajo el mostacho en forma de manillar, impecable. La gente se apartaba y lo dejaba pasar, porque él era el más grande. Ni siquiera se había sacado el casquete de cuero y sujetaba bajo el brazo la copa que acababa de ganar, con una despreocupación que rozaba el fastidio. Libero Parri nunca lo había visto en persona, pero lo sabía todo sobre él, incluida la historia aquella de que por la noche le gustaba

conducir con los faros apagados, para sorprender a sus adversarios y, según decía él, para no molestar a la luna. Estaba pensando en dar unos pasos hacia él e ir a estrecharle la mano, para darle un sentido a aquella extraña jornada, cuando vio que Lafontaine levantaba la vista, se daba la vuelta, y saludaba a un chiquillo llevándose en broma la mano a la visera que no tenía. Luego vio que se detenía y que volvía sobre sus pasos para acercarse a aquel chiquillo que, inmóvil, estaba mirándolo. Se acuclilló delante de él y le dijo algo.

Liberio Parri le dio con el codo a Florence, indicándole la escena.

—Tu hijo —le dijo, con el aire de estar señalando algo obvio.

—Y ese que está en cuclillas ¿quién es? —preguntó ella.

—Lafontaine.

—¿Lafontaine, el más grande?

—El mismo.

—¿Lo sabe Ultimo?

Liberio Parri se encogió de hombros. No sabía qué decir. No obstante, vio cómo su hijo señalaba algo sobre la cabeza de Lafontaine. Lafontaine se echó a reír y se sacó las grandes gafas del casquete de cuero negro. Se las pasó por una manga de la chaqueta, para quitarles el polvo. Luego se las tendió a Ultimo. Ultimo las cogió en la mano y sonrió. Lafontaine entonces se levantó: le hizo una nueva carantoña en la cabeza, diciéndole algo, y se marchó de allí. Siguió caminando con la mirada baja, encerrado en su realeza. Liberio Parri vio que pasaba por delante de él, pero no se movió, porque la idea de estrecharle la mano le pareció, de repente, superada.

Por la noche, en cuanto regresó a casa, Ultimo hizo que le colgaran las gafas en la pared, sobre su cama, junto a la foto de D'Ambrosio Parri en el Collado de Tarso.

—La verdad es que yo quería el casquete de cuero, no las gafas. Pero él no me ha entendido.

—Qué lástima —dijo Liberio Parri.

La temporada de las carreras acabó con la llegada de los primeros barros, a principios de octubre. Liberio Parri había guardado algo de dinero para mantener a raya al banco, pero la cola, delante de su taller, seguía sin aparecer.

—Es que estamos un poquito a trasmano —le explicó a Florence.

Secretamente, sin embargo, empezaba a tener sus dudas. Recorrer Italia con las carreras le había hecho comprender que todo el mundo soñaba con los automóviles, pero que eran poquísimos los que de verdad los tenían. Todavía eran una diversión para ricos a los que les sobraba el tiempo: trabajar de mecánico era como vender raquetas de tenis. Tal vez, pensó Liberio Parri, siete años después de haber trocado un establo por un garaje, el futuro se haya perdido por el camino.

En el mundo debía de haber un hombre que supiera de qué iba el tema: y Liberio Parri decidió que ese hombre era el señor Gardini. Gardini era un hombre genial de la

Liguria que a principios de siglo había decidido, de manera parecida a como hiciera Libero Parri, que el futuro era el automóvil. Así que, junto a dos hermanos suyos, había alquilado un hangar, en la periferia de Turín, y se había puesto a trabajar sobre algunas ideas suyas, aparentemente visionarias, pero que en realidad no tenían nada de imbéciles. Ya había tenido cierto éxito con la producción de bicicletas: tras siete meses, del horno salió un automóvil de nueva y brillante concepción. Cuando se topó con el problema de ponerle un nombre, eligió *Itala*. Eran tiempos en que todavía no se había decidido si los automóviles eran de género masculino o femenino. Había anuncios que decían: «He comprado un automóvil seguro y hermoso». Pero Gardini tenía otra opinión. Tenía en la cabeza algo que fuera dócil, que respondiera a los mandos, y cuya belleza se transfigurara únicamente en las sabias manos del piloto. Por tanto, teniendo en cuenta que era un machista vergonzoso —como todos, en aquella época— no tenía dudas: el automóvil era mujer. De manera que lo que inventara recibió el nombre de *Itala*. Como ya se ha dicho, diñarla y poner nombres: uno no hace nada más *sincero*, probablemente, en todo el tiempo en que está vivo y coleando sobre la faz de la tierra.

Libero Parri había aprendido a amar ese nombre en la época del raid Pekín-París, cuando un automóvil construido para la ocasión por el señor Gardini dejó atrás a todos los mejores fabricantes del mundo, cruzando en primer lugar la meta ante la incredulidad generalizada. Todavía se acordaba de cuando se puso a agitar el periódico bajo las narices de Florence, para demostrarle que los automóviles existían, y de qué manera, y además cruzaban el mundo. Es cierto que ella había contestado de aquel modo, pero de todas formas Libero Parri se acordaba de esos momentos con nostalgia. Años después, a la llegada de una carrera, allá por Rímmini, el conde le había señalado a un señor delgaducho, vestido con elegancia, y le había dicho que aquel señor era Gardini, el del *Itala*. Libero Parri había ido a estrecharle la mano y se habían quedado allí, charlando un rato. A Gardini le gustó toda aquella historia de las veintiséis vacas piamontesas. «Venga algún día a verme», dijo al final.

—Me voy a ver al señor Gardini —comunicó Libero Parri a su mujer, mientras estaban en el cementerio, el día de difuntos.

—¿Quién es?

Libero Parri se lo explicó.

—¿Y por qué vas a verlo?

Libero Parri le dijo que iba a verlo porque tenía que preguntarle una cosa. Era verdad. Se había preparado una pregunta sintética y clara porque sabía que los magnates de la industria no tienen tiempo que perder y todos van directos al grano. La pregunta era como sigue:

—Señor Gardini, dígame la verdad, ¿tengo que volver a comprarme las veintiséis vacas piamontesas?

Pero a Florence no se la formuló de esta manera, en toda su integridad. Se quedó en los términos generales y le dijo que tenía que pedirle un consejo sobre los nuevos modelos.

—¿Por qué no te llevas contigo a Ultimo? —dijo ella, sin profundizar en el asunto de los nuevos modelos.

Eso de llevar a Ultimo la verdad es que a Libero Parri no se le había pasado por la cabeza. De entrada estaba el problema del dinero. Y además había crecido en un mundo en el que ni siquiera los padres iban a la ciudad, no hablemos ya de sus hijos.

—De paso le enseñas Turín. Le haría tan feliz.

No se equivocaba. Seguía existiendo el problema del dinero, pero no se equivocaba lo más mínimo.

Partieron el 21 de noviembre de 1911, en el carro de Tarìn. Luego tenían pensado que ya encontrarían quien los llevara. Si las cosas se torcían, siempre les quedaría el tren. Llevaban una maleta para los dos, comprada para la ocasión. Ultimo había metido hasta las gafas de Lafontaine. Tenía catorce años, era pequeño y delgado como un crío de primaria, y estaba a punto de ver Turín.

Florence los besó a ambos como si se fueran a América. Había insistido en que su marido se llevara también una botella de conserva hecha en casa. No quería que se presentara ante el señor Gardini con las manos vacías. Y, además, algo le rondaba por la cabeza.

—Ya que estamos, ¿podrías hacerle una pregunta de mi parte? —le preguntó a Libero Parri mientras estaba abrazándolo.

—¿Cuál?

—Pregúntale si, en su opinión, tendríamos que volver a comprarnos las veintiséis vacas piamontesas.

Libero Parri intuyó de repente un montón de cosas sobre la institución del matrimonio.

—Lo haré —dijo, serio.

La secretaria del señor Gardini tenía una pierna de madera y un curioso defecto de pronunciación: ambas, características singulares en una secretaria. Los acogió con una simpatía algo formal. Les preguntó si tenían concertada una cita.

—El señor Gardini me dijo que viniera a verlo —respondió Libero Parri.

—No me diga.

—Pues sí. ¿Y eso cuándo fue, concretamente?

No pronunciaba bien las erres.

—Pues sería por el mes de junio, sí, fue en junio..., estábamos por Rímini.

—Pegfecto. Y el señor Gagdini le dijo que viniera a veglo.

—Correcto.

La secretaria permaneció un instante con la mirada perdida en el vacío, como si se

le hubiera caído un empaste.

Luego dijo:

—Un momento, nada más.

Y desapareció en algún lugar.

Libero Parri sabía exactamente lo que estaba haciendo. Era evidente que si hubiera pedido una cita con el señor Gardini nunca la habría conseguido. De manera que había concebido un plan. La primera parte era representar el papel de campesino palurdo. La segunda se había puesto en marcha tres horas después de que la secretaria hubiera estado yendo arriba y abajo, disculpándose muchas veces, y rogándoles que esperaran, que a lo mejor el señor Gardini encontraría tiempo para.

¿A lo mejor? Libero Parri se levantó. Detestaba recurrir a ese truco, y por regla general solía evitarlo. Pero allí se trataba de una cuestión de vida o muerte.

—Voy a salir un momento —le dijo a Ultimo—. Coge esto y no te muevas de ahí. Antes o después, volveré.

Ultimo cogió la botella de conserva y la colocó cerca de él.

—De acuerdo —dijo.

Libero Parri salió de la Itala y caminó sin prisas hasta el Po. Permaneció allí mirando las colinas al otro lado del río, sentado en un banco. Desprendían riqueza y elegancia. Cuando llegó la hora de comer, encontró una bodega en las que hacían una sopa que no estaba nada mal y un curioso pastel de castañas. En cuanto acabó de comer, se quedó fumando con un cartero anarquista que tenía tres hijas y las había llamado Libertad, Igualdad y Fraternidad. Bonitos nombres, dijo Libero Parri. Lo pensaba de verdad. Eran ya las tres cuando se presentó delante de la secretaria que tenía una pierna de madera. Ella lo miró con una sonrisa y sin dejar de sonreír le dio la buena noticia.

—Su hijo está con el señog Gagdini.

—Lo sé —respondió Libero Parri, con un tono neutro.

Entonces la secretaria lo acompañó hasta el taller y allí encontraron a Gardini y a Ultimo, inclinados sobre un motor, mientras estudiaban determinado sistema de lubricación.

—Éste es el padre del muchacho —comunicó la secretaria, remarcando aquella erre, que sin duda era de las pocas que le salían bien.

Gardini miró al recién llegado con la cara de alguien que está buscando en vano en su memoria. Pero cuando Libero Parri mencionó la historia de las veintiséis vacas piamontesas, entonces alguna cosa se le pasó por la cabeza. Fue cordial y amistoso, como su traje de corte inglés, deportivo.

—Le estaba enseñando a su hijo lo que los franceses no consiguen copiarnos.

Luego dieron una vuelta por el taller, y la cosa les duró sus buenas dos horas, porque Gardini hablaba de aquello como si de su hija se tratara. Era bastante increíble

lo que había conseguido levantar. Sólo en aquel taller habría unos doscientos obreros. Gardini los conocía a todos en persona y los saludaba por su nombre. De vez en cuando presentaba a Libero Parri: él ponía una sonrisa enorme e intentaba esconder su pena. Porque para quien ha nacido campesino, el obrero siempre es un perro encadenado. La visita terminó en la sección de peletería, donde se elaboraban los asientos y las capotas, y todos parecían sastres. Al final acabaron en el patio, viendo los automóviles flamantes que aguardaban alineados un futuro de polvo y de *champagne*. Sólo entonces Libero Parri volvió a acordarse de lo que había ido a hacer allí. Y halló la valentía de decirle al señor Gardini que necesitaba hablar un momento con él, en privado. Tenía una pregunta que hacerle.

—Pues entonces tendremos que volver a mi despacho —dijo cordialmente Gardini, para quien, a esas alturas, la jornada se había ido a la mierda.

Ultimo se quedó fuera, esperando. Sentado en un sofá de mimbre, se puso a analizar a la secretaria. En un momento dado le preguntó:

—¿Por qué tienes una pierna de madera?

La secretaria levantó la vista de la carta que estaba copiando. Instintivamente, se llevó una mano a la rodilla. Luego respondió con una calma y una dulzura para las que ni siquiera ella estaba preparada. Dijo que había sido un accidente. Un coche, un día que estaba lloviendo, allá en su pueblo.

—¿Un Itala? —preguntó Ultimo.

La secretaria sonrió.

—No.

Pero se dio cuenta de que de aquella forma no había contestado.

—Al volante iba el hermano del señor Gardini.

—Ah —comprendió Ultimo.

Luego preguntó si era verdad que de vez en cuando se notaba algo así como un cosquilleo, como si allí estuviera todavía la pierna de verdad. A la secretaria se le saltaron las lágrimas de los ojos. Hacía tres años que se encontraba con gente con ganas de hacerle esa pregunta, y ahora alguien, por fin, había tenido el valor de hacérsela. Fue como una liberación.

—No, eso son chogadas.

Se rieron.

—Chorradas —repitió Ultimo, porque aquella palabra había esperado tanto tiempo que ahora se merecía todas las erres que fueran necesarias.

Libero Parri salió del despacho de Gardini cuando ya hacía un buen rato que había oscurecido. Los dos hombres se estrecharon la mano con una energía que quería decir un montón de cosas. No se les escapó un abrazo porque eran gente del norte, de esos que se avergüenzan incluso de sus propios movimientos. Gardini le estrechó la mano también a Ultimo.

—En fin, buena suerte, muchacho.

—Que usted también la tenga, señor.

—Ten cuidado con los coches, pueden hacer daño.

—Lo sé, señor.

—Todo saldrá bien.

—Sí.

—Y a lo mejor volvemos a vernos dentro de unos años, tú al volante de un Itala, y campeón del mundo.

—No es eso lo que tengo en mente, señor.

Gardini movió la cabeza, como si le hubieran pillado a contrapié.

—¿Ah, no? ¿Pues, entonces, qué tienes en mente?

Para Ultimo no era fácil contestar a esa pregunta. Eran cosas a las que todavía no les había puesto nombre. Como animalillos recién encontrados en el bosque.

—No sé, señor, me resulta difícil explicarlo.

—Inténtalo.

Ultimo estuvo un rato pensativo.

Luego hizo un gesto en el aire, como dibujando una serpiente.

—Las carreteras —dijo—. Me gustan las carreteras.

No dijo nada más.

Él y su padre se marcharon de allí cogidos de la mano. La secretaria los acompañó hasta la puerta de entrada y todavía seguía despidiéndose de ellos cuando, una vez cruzado el paseo, se volvieron un instante hacia ella.

Aquella velada Ultimo la recordaría siempre. El padre estaba eufórico porque el señor Gardini le había dicho que él no tenía una respuesta para su pregunta: pero sí un consejo. Y una propuesta.

—A la zona donde usted vive, señor Parri, los automóviles llegarán cuando nosotros dos ya estemos muertos y enterrados. Escúcheme, allí necesitan otra cosa.

—¿Vacas? —había aventurado, pesimista, Libero Parri.

—No, camiones.

Automóviles para el trabajo, le había explicado. Camiones, máquinas para trabajar la tierra, furgonetas.

—Ya sé que es menos poético: pero con esas cosas se puede hacer dinero.

Había añadido que él no tenía a nadie que vendiera sus camiones en aquella zona del campo.

—¿Camiones Itala? —había preguntado Libero Parri, con dificultad, porque le parecía una blasfemia.

—Pues sí.

Media hora después se había convertido en el único vendedor autorizado de los camiones Itala en trescientos kilómetros a la redonda, contando a partir de su casa.

Cuando firmó el contrato que Gardini le había colocado bajo los ojos, notó claramente cómo el olor a estiércol se iba despidiendo, para siempre, de su vida.

Así que caminaban hacia el centro de la ciudad, Ultimo y él, decididos a festejar el inicio del descenso, después de tantas subidas. Llegaron a una plaza enorme, que tomaron por Plaza Castello, y emplearon un buen rato en buscar el palacio real. No lo encontraron, porque allí no estaba, pero en compensación se toparon con un pequeño restaurante que ofrecía fritos variados y un buen vino. Ultimo no había comido en un restaurante en su vida. Su padre le dijo que, de hecho, los campesinos no van nunca al restaurante. Luego añadió que los vendedores autorizados de camiones, en cambio, sí lo hacen. Y empujó la puerta para entrar. El batiente, de madera y vidrio, hizo sonar una campanilla con dos notas que resonó en la cabeza de Ultimo con un matiz de pecado que ningún burdel lograría ya igualar. Una vez en el interior, se comportaron con circunspección hasta el tercer vaso de vino. Luego todo lo demás fue como la seda. La camarera era de su tierra, y se olvidó de apuntar el postre en la cuenta. Al salir, sus pasos eran los pasos de los bailarines argentinos, y la campanilla de la puerta, el repique de campana en un día festivo. Fuera, la ciudad había desaparecido, tragada por una niebla que, en teoría, no debería haberlos sorprendido. Pero lo que en la oscuridad de sus campos era tan sólo leche negra, allí era un velo regio, sujeto por las luces de las farolas y levantado de tanto en tanto por el soplo de los faros que circulaban, ojos encendidos de automóviles. Con las solapas levantadas, las manos en los bolsillos, se dejaron llevar hacia el orden desgarrador de aquella ciudad en la que todo estaba alineado, como a la espera de un «rompan filas» que nunca llegara. Caminaban lentamente, respirando niebla. Con la melancolía que es el regalo último del vino, Libero Parri empezó a hablar, la cabeza gacha, pescando en algunos de sus recuerdos. Sentía los pasos de su hijo, a su lado, y hablaba porque era una forma de hacer que durara aquel momento y aquella cercanía. Le entraron ganas de contarle cosas de su madre, a la que Ultimo no había visto nunca: la manera que tenía de cascar las nueces, y las extrañas ideas que tenía sobre el Juicio Universal. El día en que había ido a sacar a su marido del río, y el otro en que decidió no volver a dormir nunca más. Le contó que en aquel entonces había dos caminos para volver a casa, pero que sólo en uno se percibía el perfume de las moras, siempre, incluso en invierno. Dijo que era el más largo. Y que su padre siempre cogía ése, incluso cuando estaba cansado, incluso cuando estaba agotado. Le explicó que nadie tiene que pensar que está solo, porque en cada uno de nosotros vive la sangre de quienes lo engendraron, y es algo que se remonta hacia atrás, hasta la noche de los tiempos. De manera que sólo somos la curva de un río que viene desde lejos y que no se detendrá después de nosotros. Ahora, por ejemplo, es fácil hablar de automóviles, y pensar que todo ha nacido así, de golpe. Pero el hermano de su padre no había trabajado la tierra y, antes de él, la mujer que lo había engendrado se había fugado con un

prestidigitador al que todos recordaban todavía porque fue el primero que había llevado una bicicleta al pueblo. A veces, no hacemos más que concluir trabajos que habían quedado a medias. Y empezar trabajos que otros terminarían por nosotros. Lo decía mientras seguía caminando, aunque a esas alturas hacía un rato ya que había dejado de saber adónde iba. Llevado por sus involuntarios pasos, había empezado a dar vueltas alrededor de una manzana, porque una forma de inercia prudente, tal vez engendrada por la niebla, lo había impulsado a rechazar, en determinado momento, cruzar la calle. Así, sin darse cuenta siquiera, había girado a la izquierda, siguiendo la orilla de los edificios, y desde allí, prosiguiendo con el giro hacia la izquierda, era como si hubiera encontrado un carril que fuera suyo, un amparo para sus palabras. Cuando acabaron la primera vuelta, Ultimo se encontró delante de un escaparate que ya había visto, y que no esperaba volver a ver en su vida. Se quedó estupefacto. Habían caminado sin pensar, como hacen los que se pierden: pero la ciudad los había llevado de nuevo hasta allí, como un perro pastor. Mientras su padre seguía recto, sin dejar de pasar el rosario de la sangre y de la tierra, él, al seguirlo, intentó comprender qué era, exactamente, lo que había pasado, y por qué una nadería semejante lo había turbado. Tal vez fuera la niebla, o las historias de su padre, pero se le ocurrió pensar que, de seguir así, durante horas, al final *acabarían desapareciendo*. Acabarían siendo tragados por sus pasos. Porque, por regla general, caminar es ir sumando pasos, pero lo que ellos estaban haciendo, en aquel lugar, era restarlos, en un cálculo exacto que periódicamente llevaba al cero. Pensó en la pureza, indiscutible, de ese camino al revés. Y por primera vez, aunque de una manera confusa, intuyó que todo movimiento tiende a la inmovilidad y que sólo es hermoso el caminar que lleva hasta uno mismo.

Unos años después, en el trazado de una pista de aterrizaje, en tierra extranjera, Ultimo haría de esa intuición el diseño consciente de su vida. Por eso mismo, aquella niebla y aquella ciudad, absurdamente ordenada, no podría olvidarlas nunca. En cierta ocasión, cuando se había convertido ya en un hombre solo, incluso pensó en regresar: pero luego las cosas salieron de manera distinta, y fue mejor así. Le habría gustado encontrar el punto de la acera en que su padre, tras cuarenta minutos de recorrido, con un total de once vueltas a la manzana, se había parado de golpe, y levantando la cabeza había hecho una pregunta maravillosa:

—¿Dónde coño hemos ido a parar?

No había una respuesta para aquella pregunta, le contó en cierta ocasión Ultimo a Elizaveta. Y eso era lo maravilloso. ¿Dónde va a parar alguien que durante una hora da vueltas a la manzana? Piénsalo. No hay respuesta.

Elizaveta pensó que nunca había respuesta, porque todo camino es circular, y demasiado densa la niebla de nuestro miedo.

Partieron de Turín de madrugada, después de haber dormido en una fonda que se

llamaba Deseo. Así, en español. Pero la propietaria no era española. Procedía del Friuli. Se llamaba Faustina Deseo.

—Ya no hay poesía —comentó Libero Parri.

En el tren, intentó venderle un camión cisterna Itala a un productor de leche del bajo Véneto. Pero así porque sí, para ir cogiendo confianza. No lo hacía en serio, era para memorizar las cosas que tendría que decir.

Cuando el lechero dijo que de acuerdo, que se lo compraba, Libero Parri sintió algo en su interior. Como en uno de esos días en que sales de casa, y el invierno ha terminado.

El último trecho del trayecto, después de la estación, lo hicieron a pie, porque no hubo manera de avisar a Tarìn. Hacía un viento frío que se había llevado la niebla y que ahora hacía brillar el campo, en la luz de la tarde ya entrada. Caminaban en silencio, el uno delante del otro. Libero Parri, de vez en cuando, canturreaba. La música era la de la *Marsellesa*, pero la letra estaba en dialecto, y hablaba de otras cosas. Salieron de la alameda y su casa estaba allí, sola como un sombrero olvidado, en medio del campo amigo. En el patio, frente al taller, se podían ver un automóvil, rojo, y a unos pasos del mismo, como un sirviente, una motocicleta, recta y erguida sobre el caballete.

—Fíjate, ya hacen cola —comentó, presa del entusiasmo, Libero Parri.

Pero en realidad no había nada de eso. En casa encontraron al conde, echado en el sofá, durmiendo a pierna suelta.

—Ha traído el coche nuevo para que lo veas —dijo Florence.

Llevaba un vestido beige que tenía muy poco de campesino.

—Es un regalo del conde. Ha querido que lo aceptara sin rechistar —explicó.

—Estás guapísima —dijo Libero Parri. Y lo pensaba de verdad.

Se abrazaron como dos chiquillos.

Quedaba por explicar lo de la motocicleta, y de eso se ocupó el conde cuando por fin se despertó. Cogió a Ultimo de la mano, lo llevó hasta el patio y le dijo:

—Es tuya.

Ultimo no lo comprendió bien del todo.

—Es una motocicleta —aclaró el conde.

—Lo sé.

—Es un regalo.

—¿Para quién?

—Para ti.

—Usted está loco.

Y, en efecto, era lo mismo que había pensado Florence. Y fue lo que le dijo Libero Parri.

—Tú estás loco.

Pero el conde no estaba loco. Tenía treinta y seis años y ningún motivo para estar en el mundo, pero no estaba loco. Procedía de un mundo sin ilusiones, en el que el privilegio de una libertad absoluta se pagaba, habitualmente, con el presentimiento de un castigo que lo cogería por sorpresa, un día u otro. El único oficio para el que le habían preparado, hasta unas habilidades casi místicas, era el de anticipar el inevitable apocalipsis en una liturgia infinita de refinados gestos vacíos, y desolados. La llamaban lujo. No tenía hijos, no los deseaba, y detestaba a los de los demás, considerándolos cómicamente inútiles, tan carentes de futuro como parecían estar. Le gustaban las mujeres, y quizá se casaría con una, para no complicar las cosas. Pero amaba a sus perros, y a nadie más. Un día el azar le había hecho darse de bruces con un absurdo garaje, perdido en el campo. Todo lo que, más tarde, había encontrado allí había sido como un viaje al reverso del mundo, donde las cosas todavía tenían una razón y las palabras todavía señalaban las cosas: cada día una fuerza desconocida separaba allí lo verdadero de lo falso, como el grano de la paja. No había deducido nada de todo aquello, ni había pensado, ni siquiera por un instante, que había que interpretarlo como una lección que tuviera que aprender. Para él, todo aquello era algo ya perdido, y nada cambiaría el curso de los acontecimientos. Pero, de vez en cuando, coger aquella carretera en el campo se había convertido en su anestésico personal contra la pena de la insensatez general. Y así había elegido los gestos apropiados con que deslizarse cada vez más en las costumbres de ese mundo, llegando a hacerse aceptar como una especie de polizón un poco extraño y digno de piedad. No se le pasaba por la cabeza hacerles daño, pero tampoco era lo bastante honesto consigo mismo como para comprender que hacerles daño sería inevitable. Tan sólo quería estar allí. Y, para hacerlo, nada sería demasiado insensato o alocado. Imaginémonos regalar una motocicleta.

—¿Cuánto pesa? —preguntó Libero Parri, pensando en los cuarenta y dos kilos de su hijo.

—Nada, eso en el caso de que la tengas debajo del culo y no dejes de darle gas.

De manera que unos días después sucedió que Florence, al levantar la vista hacia el campo, sin esperar nada más que la tranquilizadora inmovilidad de siempre, lo que recibió en vez de eso fue la sorprendente aparición de un animal con corazón mecánico que violaba las más elementales reglas de la física, doblando de costado, en una posición imposible, para dibujar la curva cerrada que llevaba hasta el río. El animal llevaba colgado de su espalda el cuerpo leve de un chiquillo, depositado sobre él como un trapo mojado, para secar al sol. Florence gritó un grito de madre, porque aquello era su hijo, y no había tierra por debajo de él, y se trataba de un vuelo que ella no le había enseñado a volar. Pero la motocicleta se enderezó, siguiendo la invitación de la carretera, que volvía a ir recta, y el trapo no revoloteó en el aire, perdido, sino que levemente se levantó, para coger el viento de frente, seguro y tranquilo: separó

una mano del manillar, apenas un poquito, lo justo para esbozar un gesto que parecía ser un saludo. Florence notó cómo el miedo le doblaba las piernas y se dejó caer de rodillas en el suelo. Sintió cómo las lágrimas asomaban en sus ojos y dejó de mirar al campo, y todo eso agachando la cabeza para mirar el infinito que había dentro de ella, como hacen los adultos cuando de repente ya no pueden comprender. Le habría gustado saber hacia dónde se dirigían, y cuán lejos de su tierra estaban yendo a parar. Le habría gustado estar segura de que sus ojos de verdad habían nacido para ver a su hijo en el aire, colgando, o para leer el nombre de su marido impreso en los periódicos. Le habría gustado saber que el olor de la gasolina era limpio como el de los campos, y que el futuro era un deber y no una traición. Necesitaba saber si las noches febriles pasadas en la oscuridad, recordando los besos del conde, eran el castigo por haber pecado contra la vida o la recompensa por haber tenido el coraje de vivir. Arrodillada allí, en el suelo, en mitad del campo, habría agradecido saber si era inocente. Si lo eran todos, y para siempre.

Ultimo detuvo la motocicleta justo delante de su madre. No entendía qué podía haberle ocurrido. Apagó el motor y se subió las gafas. No sabía muy bien qué decir. Luego dijo:

—No consigo colocarla yo solo sobre el caballete.

Florence levantó la mirada hacia él. Se pasó una mano por los ojos. Notó cómo desaparecía la oscuridad.

—Yo te ayudo —dijo.

Estaba sonriendo.

¿Dónde estabas, corazón mío, ligero y niño, dónde parabas?

—Yo te ayudo, fenómeno.

La infancia, para Ultimo, terminó un domingo de abril de 1912, y no antes, porque algunos chiquillos consiguen alargarla hasta los quince años, y él era uno de ellos. Se requieren un extraño cerebro y mucha suerte. Él tenía ambas cosas.

Al pueblo habían llevado, ese día, el cine. Lo había llevado el cuñado del alcalde, Bortolazzi, uno que trabajaba en el ramo de la lencería, y que hacía de viajante por toda Italia. El nexos evidente era que una buena sábana siempre podría funcionar como pantalla. El nexos no evidente era que en Milán tenía una amante que era la que cortaba las entradas en la Sala Lux, y eso lo inclinaba a sentirse parte del mundo del cine. Un poco por el placer de asombrar, otro poco porque se olía el negocio, había cargado en su camioneta un proyector y los rollos de una película y los había llevado con gran ostentación al pueblo. La camioneta era una Fiat de la primera generación. La película tenía algo que ver con Maciste.

Florence no había querido saber nada del asunto, y Libero Parri tenía una carrera con el conde, no muy lejos de allí: de manera que al cine Ultimo se fue solo. Ni siquiera sabía muy bien de qué iba todo aquello, y no esperaba gran cosa. Pero lucía

un hermoso sol, alto en el cielo, y la idea de ir caminando hasta el pueblo, pasando por las otras granjas a recoger a sus amigos, le había gustado. A su madre le dijo que volvería para la cena, y que no tenía que preocuparse.

En la sala municipal lo habían llenado todo con sillas. En la pared, al fondo, había una hábil composición con sábanas, colgada del muro, tan planchada que no se veía ni una arruga. Bortolazzi, que no era tonto, había organizado un pequeño espectáculo previo, consistente en la venta de sus artículos a precios especiales. Cuando Ultimo y sus amigos entraron, estaba desenfundando una almohada con gestos de prestidigitador, mientras gritaba algo sobre el algodón inglés. Sabía cómo actuar, pero la gente no compraba, en parte por despecho, y en gran parte porque no tenían ni una lira, y las sábanas no las tiraban aunque los viejos hubieran muerto dentro de ellas. Un buen lavado y ya está.

Ultimo se metió con los demás entre las sillas, buscando un sitio que estuviera libre. Al final, se colocaron sobre las cajas que el alcalde había hecho que pusieran al fondo de la sala, y que en su cabeza probablemente constituían el gallinero. Si uno se daba la vuelta podía ver, a pocos metros, izado sobre una mesa de la parroquia, el gran proyector: estaba esmaltado y era brillante, y un señor con sombrero lo iba engrasando con una seriedad de cirujano. A Ultimo le gustó mucho aquello, porque le recordaba su motocicleta: incluso tenía sus ruedas, aunque estaban en una extraña posición. Digamos que parecía su motocicleta después de un accidente. Un aplauso de sincero agradecimiento saludó a Bortolazzi, que se había decidido a recoger su género, y había pasado a presentar la película. Dijo algo sobre el hecho de que el cine era el invento del siglo, pero no se le escuchó muy bien porque la gente había empezado a silbar. Añadió que algunas escenas podían resultar «dolorosamente impresionantes» para el público local, y entonces Ultimo y sus amigos se pusieron a ulular de miedo, y la cosa tuvo cierto seguimiento. Al final se despidió de todo el mundo, dándole las gracias a la firma Ala Blanca que había permitido la realización de aquel espectáculo. La firma Ala Blanca era la suya. Lo que pasó después es digno de crédito si nos atenemos al perfil, llamémosle así, cultural de aquellos tiempos, y de aquellos lugares. Se levantó el párroco y acompañó al auditorio en el rezo del Salve Regina, en latín. Luego bendijo la sala y la pantalla, con la colaboración de un monaguillo que llevaba las ropas del santo patrón. Todos inclinaron la cabeza, sombrero en mano. Menudo disparate.

Fue apenas un instante antes de que se apagaran las luces cuando Ultimo vio deslizarse por la fila de delante de la suya —con pequeños pasos, disculpándose con una sonrisa memorable— a la mujer más hermosa que había visto en su vida. Le habían guardado un sitio libre, y el sitio era el que estaba justo delante de Ultimo. Ella llegó hasta allí y, también por el asunto de la sombra de oro, antes de saludar al hombre que la estaba esperando, se entretuvo un momento mirando a aquel chiquillo:

sin saber por qué le dijo Hola, inclinando un poco la cabeza. Último sintió que la sangre se le ausentaba momentáneamente de todos los lugares en que debería haber estado. Ella se dio la vuelta y se sentó. Con un gesto que de tan sabio llegaba hasta el punto de resultar invisible, dejó que se le resbalara el jersey por los hombros, dejándolo caer sobre el respaldo de la silla. Llevaba uno de esos vestidos que dejan los hombros y los brazos desnudos y que en el campo sólo se conocen porque han oído hablar de ellos. Uno se preguntaba cómo podía mantenerse allí arriba, sin tirantes, y sin nada. Último no osó decirse que era el pecho lo que mantenía todo en su sitio, por delante, pero lo pensó. De manera que durante un rato tuvo problemas para tragar. Intentó mirar a su alrededor, para desdramatizar, pero sus ojos seguían fijándose en aquel cuello delgado, perfecto, que el pelo, recogido en la nuca, dejaba al descubierto. Sólo algún mechón, dejado en libertad con arte, caía hacia abajo, para amortiguar el resplandor. Último sintió en sus labios la tibieza que aquella piel devolvería con la leve presión de un beso. De modo que, al apagarse la luz, ni siquiera oyó el estruendo de gritos y aplausos con que el auditorio exorcizaba la emoción. Ni levantó la mirada, como todo el mundo, hacia la lencería de Bortolazzi, que se teñía con mundos insospechados. Se quedó mirando fijamente el perfil oscuro que, contra la luz de la pantalla, bajaba desde la oreja derecha de la mujer, corría por el cuello, luego ascendía ligeramente junto al hombro, rodaba a su alrededor, y finalmente se dejaba caer hasta el codo, donde desaparecía en la oscuridad. Era una visión, aquélla sí, «dolorosamente impresionante», y Último descubrió en ella, por primera vez, cuán lacerante puede ser el deseo, cuando quien nos lo ofrece es el cuerpo de una mujer. Se quedó como asustado. Y quizá fuera por eso por lo que, lentamente, repasando adelante y atrás con los ojos aquel perfil sin mellas, por decirlo de algún modo, empezó a despojarlo de cuanto tenía de femenino, y a llevarlo hacia una belleza más secreta, donde la piel se convertía en simple línea; y el cuerpo, en un dibujo grabado y repujado sobre la claridad de la pantalla. Era algo que lo tranquilizaba, porque aquella belleza él ya la conocía. Se olvidó de la mujer y se entregó a otra perfección, repasando la línea pura y el dibujo hasta que se convirtieron en trayectoria y trazado —y carretera. Entonces tomó posesión de ella, como sabía hacer él. Descendía a lo largo del cuello, luego doblaba a la derecha, aceleraba sobre la recta levemente en ascenso, aflojaba en la cima del hombro, se dejaba caer hacia la derecha y salía hacia el exterior enfilando la suave recta del brazo. Primero lo hizo sólo con el cerebro, para ir tomando las medidas, luego empezó a notar la carretera en su cuerpo y, lentamente, a hacer el ruido del motor, con la boca. Si alguien lo hubiera visto, habría podido equivocarse, porque los movimientos de su pelvis recordaban otras cosas. Pero no era culpa suya si las motos se conducen, sobre todo, con el culo. En esa analogía, por otra parte, se revelaba, una vez más, que infinitas son las formas de poseer un cuerpo, y que no necesariamente la

más instintiva es también la más irrevocable. Ultimo, que nunca se habría atrevido, o podido, tocar aquel hombro, ahora estaba corriendo por encima de él, descubriendo sus secretos uno a uno. Allí, en medio de la gente, se aprovechaba de una intimidad que un amante refinado habría tardado meses en conseguir.

Créase o no, la mujer levantó una mano, y con los dedos se rozó el hombro, como para sacarse algo que no sabía lo que era.

Allí terminó la infancia de Ultimo. Pero no por la magia de aquel gesto inesperado. Terminó porque una voz se puso a llamarlo, y era la voz de Tarìn. Ultimo se dio la vuelta, se bajó de la moto, y vio que efectivamente era Tarìn el que lo estaba buscando, abriéndose paso, doblado en dos, entre la gente. Lo llamaba por su nombre, en voz baja, por miedo a molestar. Ultimo se levantó y salió de su fila, pidiendo disculpas.

—¡Ultimo!

—¿Qué pasa?

—Tienes que volver a casa.

—¿Por qué?

—Ve corriendo a casa, Ultimo.

—Pero es que la película no ha acabado —dijo Ultimo, que no había visto ni un fotograma siquiera.

—Tu madre ha dicho que vayas corriendo a casa.

—¿Por qué?

Tarìn tenía cara de saber muy bien por qué. Pero no estaba preparado para traducirlo en palabras.

—Te lo ruego, vete. ¡Rápido!

Entonces Ultimo se fue. Cogió el camino hacia su casa, primero corriendo, luego caminando, y poniéndose a correr sólo cuando llegaba a alguna curva. Se doblaba un poco hacia un lado y reducía gas con la boca. No pensaba en nada. No tenía nada en que pensar.

Cuando llegó a la vista de su casa, se detuvo. Había gente fuera, delante del garaje. Eran los de las granjas vecinas. Y un par de personas a las que no conocía. Estuvo un rato esperando. No estaba muy seguro de querer ir. Luego alguien lo vio y ya no pudo echarse atrás.

Lo llevaron hasta delante de la puerta de su casa. Estaba cerrada.

—No deja entrar a nadie —le dijeron.

Llamó.

—Soy Ultimo, mamá.

No le llegó respuesta alguna.

Ultimo giró la manija y empujó la puerta, lentamente. Entró y cerró la puerta a su espalda, sin hacer ruido.

Florence estaba de pie, en un rincón de la habitación, apoyada contra la pared. Como un animal que busca con la espalda el fondo de su madriguera. Lloraba.

Ultimo se le acercó. La abrazó. Ella, al principio, no hizo nada, luego empezó a golpearlo con los puños, sobre el pecho, cada vez más rápido, y fuerte. Él esperó a que se cansara y se rindiera entre sus brazos. Parecía que no pesara nada, y que se hubiera marchado de sí misma.

—¿Dónde está papá?

Ella no lograba hablar.

—¿Está vivo?

Florence hizo un gesto afirmativo, con la cabeza.

—Todo irá bien, mamá.

Ella asintió de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

Florence dijo algo sobre un automóvil en llamas.

—¿Y ahora dónde está?

—En la ciudad, en el hospital.

—Tenemos que ir a su lado.

Pero ella no se movió.

—Tengo que ir a su lado, mamá.

—Sí.

—Todo irá bien.

—Sí.

Ultimo pensó en su padre y no pudo de ninguna manera imaginárselo en la cama de un hospital. Con cierto esfuerzo lograba imaginárselo erguido en la pira de un automóvil; pero todo de blanco, en la cama de un hospital, eso no. Las cosas no podían ir así. O tal vez todo había ido así, y entonces el mundo no tenía ni pizca de lógica, y todos ellos estaban jodidos, desde siempre y para siempre.

—Deja que la gente entre. Lo único que quieren es ayudarte.

Florence no se movió.

—Ven.

La cogió de la mano y se la llevó hasta una de las sillas que había en torno a la mesa. Hizo que se sentara. Ella apretaba un pañuelo en la mano. Tenía los nudillos blancos porque lo apretaba con fuerza. Entonces Ultimo se acordó de la fuerza que siempre había tenido su madre, y se preguntó qué estaba ocurriendo que era capaz de quebrar a una mujer como aquella. Se agachó para darle un beso en el pelo.

—Tal vez lo mejor será que vaya yo corriendo junto a papá.

—Sí.

—Luego volveré.

—Sí.

Por vez primera levantó la mirada y buscó los ojos de su hijo.

—Dile que esto no puede hacérmelo.

Se lo dijo con un hilo de aquella dureza que era tan suya, desde siempre. Ultimo sonrió.

—Se lo diré.

Luego se fue hacia la puerta. Antes de salir, se dio la vuelta de nuevo y preguntó:

—¿Y el conde?

—No lo ha conseguido.

Y un instante después:

—El conde está muerto.

Lo dijo sin ninguna emoción en la voz. Y Ultimo comprendió en aquel momento que su madre tenía dos corazones y que ambos, aquel día, habían sido heridos de muerte.

Salió de la casa dejando a sus espaldas la puerta abierta. Por lo que parecía, el automóvil se había vuelto loco, en una recta cerca de un río. Había ido a estrellarse contra un plátano y se había incendiado. El conde había quedado atrapado entre los hierros. Su padre había salido expulsado por el choque y ahora estaba en el hospital, en la ciudad, con algo roto por dentro. Los médicos no sabían decir si se salvaría. Era necesario esperar a ver si llegaba hasta la noche. Llegará, es un pedazo de tío, dijo alguien.

Ultimo miró al cielo para ver cuánto faltaba para el anochecer. Cuando Baretto se ofreció a llevarlo a la ciudad en su carro, dijo No, gracias, iré yo solo. Y se fue a coger la motocicleta. Vieron cómo se ponía las gafas de Lafontaine y cómo se metía una hoja de periódico debajo del jersey. Alguien le dio una palmada en el hombro. Todos tenían la muerte en su corazón, viéndolo marcharse de aquella manera, tan solo. Pero, de repente, tenía movimientos de hombre, y nadie se atrevió a detenerlo. Sé prudente, dijo una mujer.

La carretera para la ciudad corría recta en mitad de los campos. Las sombras eran alargadas y la tarde estaba refrescando. Ultimo puso el motor a tope y se inclinó sobre la moto, porque tenía algo que decirle, y quería que lo oyera bien. Le dijo que él tenía que llegar antes que la muerte, y que lo lograría sin duda alguna pero sólo si ella se portaba bien. Le dijo que mirara cómo la carretera había decidido ayudarlos y que se había puesto toda recta, para que llegaran antes. Y le explicó que la belleza de una recta es inalcanzable, porque en ella están disueltas todas las curvas, todas las trampas, en nombre de un orden clemente y justo. Es algo que las carreteras pueden hacer, le dijo, pero que en cambio no existe en la vida. Porque el corazón de los hombres no corre recto, y no hay orden, tal vez, en su caminar. Luego dejó de hablar, y permaneció largo rato en silencio, preguntándose de dónde le vendrían aquellas palabras.

Minúscula, en la nada de aquella tarde, circulaba la motocicleta, un pequeño latido de corazón en la inmensidad del campo. A su paso levantaba un frágil penacho de polvo y dejaba tras de sí un perfume, ácido, a quemado. Luego el perfume se desvanecía y el polvo se disolvía en la luz. De esa forma se cerraba el círculo del acaecer, en la quietud aparentemente inmutable de las cosas.

Memorial de Caporetto

Frente italiano, septiembre de 1917

Eran tres. Regresaban a la trinchera, pero se explayaron un poco yendo hacia la vaguada, porque les apetecía ver el río —el agua limpia y, a lo mejor, a la gente. Chicas.

Brillaba el sol.

Cabiria, que tenía buenos ojos, vio el cuerpo aflorar a ras de superficie, dar una vuelta sobre sí mismo y luego encajarse en un remolino de ramas y piedras. Venía el muerto boca abajo, con la nuca y el culo hacia el cielo azul —los ojos mirando bajo el agua, como si estuvieran buscando algo. Algo olvidado.

Luego lo vieron los otros dos.

Ni un alma por allí.

El que se llamaba Ultimo dejó caer la mochila y dijo algo acerca de sus zapatos —aquellos malditos zapatos. Luego sacó algunas cosas de los bolsillos y se puso a masticar. El otro, que era el más joven, fue a acuclillarse en el pedregal del río. Desde allí se puso a tirar piedras hacia el muerto, y de vez en cuando le daba.

—Para ya —dijo Cabiria.

Ultimo miraba las montañas indiferentes. Siempre resultaba difícil explicarse el misterio de aquella silenciosa mansedumbre de animal doméstico que no reaccionaba ante el oprobio que los hombres le infligían, plagándolo de fuego de artillería y alambradas, sin respeto y sin sosiego. Por mucho que estuviera condenada a convertirse en un cementerio, la montaña permanecía despreocupada por los muertos, recomponiendo hora tras hora el dictado de las estaciones, y manteniendo su compromiso de legar la tierra. Crecían las setas, y las yemas se abrían. Había peces, en los ríos, y ponían huevos. Ruidos en la noche. Seguía sin tener una explicación cuál era la lección que había que aprender de aquel mensaje mudo de inalterable indiferencia. Si un veredicto referido a la irrelevancia humana, o el eco de una rendición definitiva ante la locura humana.

—Venga, para ya —repitió Cabiria.

—Es un alemán —dijo el pequeño, como si fuera una justificación. Pero tenía razón. El uniforme se veía bien, y aquél no era un muerto austriaco.

Cabiria dijo que en aquella zona no había alemanes, pero lo dijo sin convicción. Miró mejor, y la verdad es que el uniforme era el de los alemanes. De vez en cuando uno de los zapatos afloraba, y luego se hundía de nuevo.

—Eh, Ultimo, es un alemán.

Ultimo ni siquiera se dio la vuelta. Pero hizo un gesto que quería decir Guardad silencio. Los otros dos levantaron los ojos hacia el cielo. Con la mano contra el sol, entrecerraban los ojos y buscaban.

El avión llegó desde detrás del Monte Negro. Rozó la cumbre y descendió de altura, enfilando el valle. Era poco más que un zumbido —una mosca lejana.

—¿Quién se apuesta su ración? —preguntó el pequeño.

Cabiria dijo que él estaba de acuerdo.

—Austriaco —dijo el pequeño.

—Italiano —dijo Cabiria.

Solitario, allá en el aire, podía ser en efecto lo uno o lo otro. Les iba directamente de cara y lo único que había que hacer era esperar. Cuando descendió todavía más, el pequeño salió del pedregal y dio algunos pasos hacia los árboles. Todavía tenía en el rostro la sonrisa de la apuesta, pero con la mirada vigilaba el aire e iba verificando distancia e intenciones.

—¿Qué, te estás meando encima, eh, pequeño? —dijo Cabiria. Y se rió a carcajadas.

El pequeño le hizo un gesto que no quería decir nada. Se detuvo a medio camino, entre el río y los árboles.

Es que el miedo a los aviones todavía no lo conocían. Eran los ojos del cielo, para espiar trincheras y emplazamientos de artillería. Eran astucia, pero todavía no eran fuerza. No llevaban la muerte; en todo caso, presagios. Insectos revoloteando alrededor de la carroña —poco más que una molestia.

Un golpe de viento sacudió el cacharro de madera e hizo que se torciera un poco. Al torcerse, mostró el costado, y entonces se pudo ver la cruz negra del ejército regio-imperial enemigo.

—Venga esa ración —dijo el pequeño.

Cabiria escupió al suelo. Luego cogió el mosquetón.

Vamos a entendernos: hasta 1915 los alemanes no habían puesto a punto un sistema para sincronizar el disparo de una ametralladora, colocada en la proa, y la hélice que giraba delante de ella. El artificio tenía algo de milagroso. Los proyectiles, en vez de agujerear la hélice y hacer que aquello se cayera, se escurrían por en medio de aquella gran rotación e iban a dar muy lejos. Uno habría dicho que era la pala de madera la que disparaba, de alguna manera que no se sabía. Pero, sin embargo, tenía truco. Los franceses y los ingleses tardaron cierto tiempo en aprenderlo. Sincronizar ametralladora y hélice: para evitar problemas, tendría que haber algo de ese tipo para mantener unidos rabo y corazón, dijeron. Porque la guerra todavía no los había acallado.

Cuando el avión pasó por encima de ellos, a baja altura, Cabiria levantó el mosquetón y disparó dos veces, y luego una tercera, cuando ya se había alejado bastante.

—¡Muérete! —gritó a sus espaldas. Y se imaginó que los dos proyectiles entraban en la madera seca del costado, como tornillos brillantes en la nervadura de la caja de un violín. Y que el tercero perdía empuje en el aire azul de la elevada altura, hasta que se hacía ligero como un suspiro, y al final se quedaba inmóvil, durante una

fracción de segundo, estupefacto ante la pérdida de todo peso.

El avión viró hacia la izquierda y empezó a dibujar sin prisas un amplio giro de regreso.

—¿Qué demonios hace? —dijo Cabiria.

—Ese tío está volviendo —dijo el pequeño, que ya no se reía.

El avión dejó que por debajo de su panza pasara el costado de la montaña y se enderezó únicamente cuando los tuvo justo delante, como un blanco. El viento lo sacudía, pero eran reajustes en una calma sin remedio. Empezó a descender.

Cabiria y el pequeño empezaron a blasfemar y corrieron hacia los árboles.

—¡Ultimo!, ¡sal de ahí!

Pero Ultimo permanecía de pie, inmóvil, con la vista clavada en el avión. Seguía masticando, y mientras tanto resumía en voz baja:

—Fokker Eindecker E. 1, dotado de un motor de nueve cilindros de 100 caballos.

—¡Ultimo!, ¡la Virgen, ven aquí!

Cuando vuelan en patrullas, generalmente van armados con un pequeño cañón de proa. Pero el avión solitario indica sin lugar a dudas un vuelo de reconocimiento. Probablemente equipado con un aparato Kodak para fotografiar a gran altura. Luego elevó un poco la voz:

—Péinate un poco, Cabiria, que viene el fotógrafo.

Cabiria, que tenía buenos ojos, miró hacia el avión y vio salir un brazo de la carlinga. Luego vio despuntar la cabeza del piloto. Asomándose por el costado, para mirar. Al final vio también la pistola, que una mano empuñaba.

Salió a descubierto y se lanzó contra Ultimo. Acabaron por el suelo y lo mantuvo debajo de él mientras el motor del avión, en vuelo rasante, rasgaba el aire que estaba por encima de su espalda. Tenía los ojos cerrados cuando le pareció oír los chasquidos metálicos de tres disparos, y tal vez el silbido de un proyectil, a un palmo de la cabeza.

Permanecieron un rato así. Luego Cabiria abrió los ojos. El avión zumbaba en lejanía. Ultimo se reía.

—No vuelvas a hacerlo, cabrón —dijo Cabiria sin moverse.

Ultimo seguía riéndose.

—Cabrón —dijo Cabiria.

Se marcharon de allí casi de inmediato, porque la historia del avión les había estropeado las ganas de río, de luz y de todo lo demás. Caminaban uno detrás de otro, con el pequeño abriendo camino. El muerto aún estaba allí, atrapado entre la corriente y aquel amasijo de ramas y de piedras. Seguía buscando algo bajo el agua, pero no había manera de encontrarlo. Aquel alemán no tenía el día.

—¿Y qué hace por aquí? —preguntó Ultimo.

—Aquí no debería haber alemanes.

—Yo tampoco debería estar aquí.

Pero aquella *fraternidad*, la de hombres en guerra, nunca más volverían a sentirla. Era como si remotas razones del corazón se hubieran liberado para ellos bajo el abrigo del sufrimiento, descubriéndolos capaces de sentimientos maravillosos. Sin decírselo, se querían, y ésa les parecía, simplemente, la mejor parte de sí mismos: la guerra la había liberado. Era, por otra parte, justamente eso lo que habían ido a buscar, cada uno a su manera, al realizar ese gesto hoy incomprensible que había sido *querer la guerra* y, en muchos casos, ir *voluntariamente* a la guerra. Todos habían respondido, instintivamente, a una precisa voluntad de escaparse de la anemia de su juventud —querían que se les devolviera la mejor parte de sí mismos. Estaban convencidos de que existía, pero que era prisionera de tiempos sin poesía. Tiempos de comerciantes, de capitalismo, de burocracia —algunos empezaban ya a decir: de judíos. Ellos tenían en su imaginación algo heroico y, en cualquier caso, intenso, y, en todo caso, especial: pero sentados perezosamente en el café veían pasar los días sin más obligación que la de ser disciplinadas máquinas entre las nuevas máquinas, con miras a un común progreso económico y civil. Por eso hoy en día nosotros podemos mirar incrédulos las fotos de esos hombres que se levantan de la mesa y, abandonando vasitos de suaves bebidas alcohólicas, van corriendo hasta la oficina de reclutamiento, sonriendo al objetivo, con el cigarrillo entre los labios, y en las manos, agitándola, la primera página de periódicos que anunciaban la guerra —una guerra que acabaría machacándolos, de la forma más horrible y metódica, con una paciencia que ninguna ferocidad bélica, con anterioridad, había igualado. En cierto sentido, buscaban el infinito. Si quisiéramos resumir la tragedia de esos años, podríamos decir que fue la falta de fantasía la que los destruyó —no se había imaginado nada mejor para acelerar el latido de los corazones. Era todo lo que había.

Latía con fuerza ahora el corazón, en aquel talud nevado, mientras el capitán grita ¡A cubierto, maldita sea!, pero no hay ningún refugio, si por lo menos hubiera un árbol, algo, pero sólo están las mulas, que de todas maneras se han vuelto locas, encadenadas a las piezas de 149, no se puede huir con un cañón atado a los riñones, ¡pégate a la mula, Cabiria!, Maldición, nos van a liquidar a todos, ¡capitán, hay que salir de aquí!, ¡Capitán!, y el capitán tiene que salvar sus treinta años; a saber qué dejaría sobre la mesa, en su vaso, ese día en que empezó a correr una carrera que ahora se prolonga por la cresta gritando ¡A la bayoneta!; y él, Cabiria, tiene razón, larguémonos de aquí antes de que nos destrocen, Ultimo se marcha, Cabiria se marcha, se marcha el pequeño y se marchan todos, al encuentro del nido de ametralladoras excavado en la nieve, cincuenta metros ascendidos entre proyectiles que despiden la muerte a borbotones, un grito áspero en la garganta —qué fuerte late el corazón, Ultimo. Lo vieron de cara, al final, y luego de espaldas, en fuga —al *enemigo*. En la fosa excavada con prisas, encontraron a uno que tenía el brazo hecho

papilla, y a otro de pie, como si quisiera hacer una pregunta. Hazla, *Kamerad*. ¿Podría no morir?

Y Ultimo se acurrucó delante del pequeño, que estaba sentado en la nieve y sollozaba. Lo miró con atención, pero no estaba herido, nada. ¿Qué tienes, pequeño? Le cogió el mosquetón de las manos y lo dejó allí cerca. El capitán iba gritando órdenes para poner en marcha de nuevo a la tropa. El pequeño temblaba y sollozaba. Verlo causaba impresión. Era un muchachote de cien kilos, el más alto de todos. Por las noches, tras una apuesta, levantaba alguna mula, y por unas liras más bailaba un vals con ella, cantando en alemán. Ultimo le acarició los ojos. Porque calienta el corazón. Tenemos que marcharnos, pequeño. Y el muchachote sólo dijo: no. De manera que Ultimo se lo echó sobre la espalda, como si estuviera herido, y lo estaba; pero dónde, eso lo sabían únicamente ellos.

—Déjalo aquí —dijo Cabiria.

—Yo puedo —dijo Ultimo.

—Gilipolleces.

Se pasó un brazo del pequeño alrededor del cuello y se lo llevaron de allí de aquella forma. Había dejado de sollozar.

Era así como se encontraban con aquella especie de fraternidad, y era eso lo que habían buscado. Era la muerte, y el miedo, lo que les hacía sentir de esa forma —sin duda alguna— pero también tenía algo que ver aquella ausencia, hasta donde alcanzaba la vista, de niños y mujeres —una situación surrealista de la que ellos deducían una euforia bastante particular, casi fundacional. Allí donde no hay ni hijos ni madres, tú eres el Tiempo, sin antes ni después. Y allí donde no hay ni amantes ni esposas, tú eres de nuevo animal, e instinto, y puro estar. Experimentaban la primitiva sensación de ser, simplemente, *machos* —algo que tal vez hubieran notado apenas en los ritos de compañerismo de la adolescencia, o en fugaces veladas en un burdel. En la guerra todo era más verdadero, y completo, ya que en el obligado gesto de luchar esa identidad pura de animales machos hallaba su consumación y, por decirlo de algún modo, se cerraba sobre sí misma, dibujando la inabordable figura de una esfera perfecta. Eran machos, liberados de cualquier responsabilidad procreativa, y desligados del Tiempo. *Luchar* —eso no parecía ser más que una consecuencia.

Dado que, por regla general, no es posible percibir con tal pureza la simplicidad absoluta de una identidad propia, muchos consiguieron una ebriedad eufórica y una inesperada consideración hacia sí mismos. Compartían, al margen de la cotidiana atrocidad de la trinchera, esa sensación de que se trataba de vida en estado puro, de formaciones cristalinas de una humanidad llevada a su primitiva simplicidad. Diamantes, heroicos. Esa sensación no se la podrían haber explicado a nadie, pero cada uno de ellos la reconocía en la mirada del otro, como en un espejo —y así la hacía suya, y era el secreto en el que cimentaban su propia camaradería. Nada habría

podido romperla. Era la mejor parte de ellos, y nadie se la arrebataría.

Durante mucho tiempo, más adelante, los supervivientes la buscarían en la vida normal, en los días de paz, pero sin hallarla. Tanto fue así que al final llegarían a reconstruirla, en laboratorio, en la fraternidad de una utopía política que elevaba sus recuerdos a ideología, y militarizaba la paz, y las almas, buscando, por caminos atroces, la parte mejor de todos. Entregaron así a buena parte de Europa la experiencia de los fascismos —muchos creían honestamente que estaban enseñando en sus aldeas la pureza que habían aprendido en las trincheras. Pero la geométrica precisión con que ese experimento los acabó llevando a otra guerra —faldas hacia la luz— explica ante los ojos de la posteridad lo que ellos tal vez supieran, pero no querían admitir: que sólo en el olor del matadero podría llegar a hacerse real lo que para ellos era recuerdo y sueño. Cómo seres humanos avisados hayan podido entrar en guerra nuevamente, veintiún años después de la Primera Guerra Mundial, y muchos de ellos en el arco de una misma vida, es algo que debe hacernos reflexionar sobre lo muy deslumbrante que debió de ser, allí en la podredumbre de las trincheras de la Somme o del Carso, aquella sensación de fraternidad primordial —se diría que era el anuncio de una humanidad *verdadera*. No fue posible abstenerse de aguardarla en cuanto hubo estallado la paz.

Pero la paz, eso sí que era algo complicado.

Yo mismo la he cruzado con paso incierto y, a menudo, desorientado, sin comprender nunca, de verdad, su significado. Hasta el punto de que no me molesta admitir haber dilapidado estos veinte años en la preparación de este memorial, que finalmente hoy escribo, si bien bajo la insidia de unas prisas a las que me obligan las circunstancias. Tenía que buscar testigos y entender los hechos, y esto, como resulta comprensible, me ha ocupado mucho tiempo, teniendo en cuenta que no resulta sencillo relatar algo que no se ha vivido. Pero le debía este doloroso ejercicio de memoria al sentimiento más profundo y querido que me había quedado: y a cierto sentido de justicia que, eso sí, nunca me ha abandonado, ni siquiera en las horas más insignificantes de mi envejecimiento. De manera que he regresado, durante años, en cada momento de libertad que el ejercicio de mi profesión me lo permitía, a los días de una guerra que yo no libré: y ésta ha sido mi única misión, durante todo el tiempo de la paz. Casi no he vivido para nada más que eso, y cualquier decisión que yo tomara en todo este tiempo siempre ha sido la más obvia y la más sumisa. No estoy orgulloso de ello, pero tampoco siento que tenga que avergonzarme, porque el presente era para mí poco más que un zumbido molesto mientras remontaba el tiempo para encontrar las huellas de aquellos hombres y, en particular, de uno de ellos, para reconstruir su camino. De manera que podía pasar que mientras la vida me pedía que tomara partido, yo no pudiera prestarle más que una atención superficial, porque en ese momento toda mi energía estuviera volcada en intuir qué debía de representar, en

las trincheras del frente, la muda espera de los soldados de infantería, agazapados en el barro, a punto de atacar. Permanecían durante horas esperando a que la artillería arrasara por delante de ellos la tierra de nadie y la del enemigo, y eso era un ejercicio inhumano de sufrimiento pasivo. Las granadas silbaban por encima de las cabezas y, por error humano o deficiencia técnica, a menudo sobre las cabezas —el denominado fuego amigo. Así que uno moría por el plomo patrio. En un estruendo que aturdiría, los hombres permanecían abandonados a sus propios pensamientos, obligados a pasar en la más absoluta pasividad los que en muchos casos serían los últimos instantes de su vida. El vértigo de una soledad como aquélla quizá lo comprendí cuando tuve la pretensión de saber, de boca de quienes estaban allí, con qué truco habían conseguido sobrevivir a ella. Había quien rezaba, cierto es, pero también quien leía, y quien alineaba sus cosas, como poniéndolas en orden, al tener que marcharse. Algunos lloraban, simplemente, y otros iban poniendo en fila sus recuerdos, para obligarse a no pensar. Un hombre me confesó que él iba repasando mentalmente todas las mujeres a las que había besado, y eso era lo único que conseguía sofocar su angustia. Cabiria y Ultimo consumían aquella atroz espera el uno al lado del otro, mirándose. Habían experimentado con todos los pensamientos posibles, buscando los más apropiados para entretener aquel tiempo vacío. Pero, al final, mirarse había resultado ser la técnica más eficaz: se daba por supuesta la convicción de que mientras sus miradas se sostuvieran, la una a la otra, ninguna de las dos se habría apagado en un lamento, un destello, un charco de sangre. Y funcionaba. Cabiria mascaba tabaco, Ultimo hacía crujir los dedos. Y tenían su vida prendida a una mirada. A pocos pasos de ellos, el capitán, con sus treinta años que salvar, contaba los minutos y las explosiones, repasando las órdenes de los mandos. Era un muchacho metódico: confiaba en los números, porque era lo que había estudiado. Luchaba cada día contra aquella alocada trifulca llevándola hasta la elegancia formal de cifras en columnas. Muertos, heridos, calibre de los obuses, altitud de las cotas, kilómetros de frente, municiones, días de permiso. Qué hora es ahora. Qué día es hoy. Números. En el bolsillo llevaba una carta, eran muchos los que la llevaban. Era la *última carta*, esa que nunca enviaban, pero que siempre llevaban encima. Después de su muerte, sería abierta por las manos temblorosas de una madre, o de una novia, en la penumbra de un comedor, o de camino, bajo un sol absurdo. Era la voz que se imaginaban dejar tras de sí. La suya decía, ordenadamente, como sigue. *Padre, os doy las gracias. Gracias por haberme acompañado al tren, el primer día de guerra. Gracias por la maquinilla de afeitar que me regalasteis. Gracias por las jornadas de caza, por todas. Gracias porque nuestra casa era cálida, y los platos no estaban desportillados. Gracias por aquel domingo bajo el haya de Vergezzi. Gracias por no haber levantado nunca la voz. Gracias por haberme escrito cada domingo desde que estoy aquí. Gracias por haber dejado siempre la puerta abierta cuando me iba a*

dormir. Gracias por haberme enseñado a amar los números. Gracias por no haber llorado nunca. Gracias por el dinero metido entre las páginas del manual. Gracias por aquella velada en el teatro, vos y yo, como príncipes. Gracias por el olor de las castañas, cuando regresaba del colegio. Gracias por las misas al fondo de la iglesia, siempre de pie, nunca de rodillas. Gracias por haber llevado el traje blanco, durante años, el primer día de verano. Gracias por el orgullo y por la melancolía. Gracias por este nombre que llevo. Gracias por esta vida que aferro. Gracias por estos ojos que ven, estas manos que tocan, esta mente que comprende. Gracias por los días y por los años. Gracias porque éramos nosotros. Gracias mil veces. Para siempre. La artillería terminó su cortina de fuego. El capitán se puso a contar. Las órdenes determinaban que había que esperar cuatro minutos antes de atacar. Él los contó mentalmente, buscando los ojos de sus soldados, y tocándolos uno a uno, como una manecilla los segundos. Era el tercer asalto desde que estaba allí. Había que salir, gritando, y echarse a correr hacia delante, hasta las alambradas. Encontrar el paso abierto por las bombas y pasar al otro lado. Seguir corriendo; y la cosa solía terminar allí. Otras alambradas, nidos de ametralladoras, campos minados. A partir de ese momento, era una carnicería. La primera vez se había parado porque el subteniente había saltado por los aires justo delante de él y ahora estaba sin piernas gritando algo. Él se había parado. Había que acompañarlo en el gran adiós. Había tardado un rato. Al final, había acabado vomitando y todo lo demás era muy confuso. La segunda vez, y la tercera, había echado a correr hacia atrás casi de inmediato, no había nada que funcionara, la artillería italiana había abierto fuego justo cuando habían atacado, y todo el mundo gritaba que se retiraran. Por lo que él podía recordar, no había disparado nunca. Y a los austriacos no los había visto nunca. A los muertos claro que sí, despanzurrados en tierra de nadie, o colgados de las alambradas, como almas puestas a secar. Pero de cara, vivos, activos, en esos ataques nunca los había visto. Era un descenso a los infiernos, y nada más, estúpido y mortal, un absurdo paseo por el culo del mal.

Por muy loco que pueda parecer —me explicó el doctor A., cirujano de la compañía—, eso era lo que los altos mandos habían sido capaces de imaginar, en cuestiones de estrategia. Esa carnicería idiota era una táctica. Deliberada, precisa, consciente. El doctor A., cirujano de la compañía, había combatido en esa guerra, en sanidad, y desde entonces había dejado de pensar. Pero antes lo había hecho, y mucho, casi de manera obsesiva, precisamente para exorcizar el horror, y le había gustado estudiar el hecho militar como un entomólogo habría estudiado un hormiguero. Se tiene que entender —estaba en condiciones de explicar— que tras la aberrante crueldad de las órdenes impartidas no había tanto una bélica inclinación hacia la ferocidad cuanto una lentitud típicamente militar a la hora de interpretar la realidad. Los altos mandos deducían su saber de una tradición que se remontaba a las

guerras napoleónicas, y su moderada inteligencia no lograba darse cuenta de que la diligente observancia de aquellas reglas verificadas podía llevar, en la realidad bélica del día a día, a resultados tan trágicos y aparentemente casuales. Como si sospecharan que existía un inexplicable atasco en el sistema de causa-efecto, siguieron durante los tres primeros años de guerra repitiendo las mismas jugadas, confiando en que antes o después volvería a funcionar correctamente. Estaba fuera de su alcance imaginar, simplemente, que la realidad había cambiado.

En particular —aprendí con el doctor A., cirujano de la compañía— pervivía en ellos la idea de que el ataque era la esencia última del combate y, en definitiva, el único hábito mental capaz de cuajar el entusiasmo y el vigor de las tropas: considerando que defenderse era un gesto menor, al que por naturaleza ningún ejército se veía inclinado. Continuaron pensándolo incluso cuando la técnica de la defensa se perfeccionó, en el campo de batalla, hasta una artesanía de categoría, revelándose capaz de reinventar, instintivamente, nuevas formas de combate. Mientras las técnicas de ataque repetían tercamente esquemas con un siglo de antigüedad, el instinto de la defensa encontró movimientos de respuesta que no eran tan sólo eficaces réplicas, sino una modificación fehaciente de las reglas de juego e, incluso, del mismo terreno. En poco tiempo, los ejércitos atacantes se encontraron repitiendo fanáticamente las jugadas típicas de un juego que, a pesar de todo, ya no existía. Si quiere llegar al meollo del asunto —me dijo el doctor A., cirujano de la compañía— piense en lo que la memoria colectiva ha conservado luego, con un genial gesto de síntesis, como icono de esa guerra: la trinchera. Ésa fue la idea que lo redefinió todo. Una idea —insistía en subrayar— elemental e instintiva. Fue la infantería alemana la que empezó a esconderse en los cráteres abiertos por los obuses franceses, encontrando ahí una variante salvífica frente a la inexorabilidad del campo abierto. Cuando probaron a unir dos cráteres cercanos, excavando terraplenes en el suelo, debieron de intuir el nacimiento de un sistema: en la argucia de una jugada improvisada, alguien supo reconocer el germen de una lógica consumada. De manera que los hombres descendieron bajo tierra, como insectos con guaridas kilométricas y elaboradísimas. En pocos meses —hacía notar vivamente el doctor A., cirujano de la compañía— los dos fundamentos de la geografía bélica, la fortaleza y el campo abierto, fueron barridos por esa tercera opción, inédita, que en cierta manera asumía los otros dos, sin ser ninguno de los dos. Una vasta red de heridas talló la superficie terrestre, poniendo a punto una trampa que las tropas de asalto no sabían descifrar. Era como un sistema sanguíneo —empecé a comprender yo— que llevaba el veneno de la guerra por la carne del mundo, recorriéndolo invisible, a lo largo de miles de kilómetros, bajo la piel de la tierra. Por encima, contra la línea del horizonte, ya no había nada que se irguiera en alto, de piedra, hacia el cielo; ni ejércitos desplegados que recibieran el ataque, en el orden geométrico de los campos maduros para la siega.

En un paisaje que había sido vaciado, los soldados de infantería corrían al ataque, con la nada ante sus ojos, robados por un enemigo que había desaparecido en las pútridas llagas del terreno. Recibían una muerte que no tenía procedencia, y que parecía algo que se hubieran llevado consigo, y que de repente, y al azar, decidiera estallarles en su interior, llevándoselos de allí. La claridad de la confrontación se había perdido y con ella el brillo que durante milenios había enmarcado el heroísmo y el sacrificio. La presunta nobleza del gesto guerrero era todos los días refutada por el sórdido trasiego de hombres que habían vuelto a habitar las vísceras de la tierra.

Fue en esas vísceras donde maduró un nuevo tipo de guerra —la guerra de posiciones, la llamaron—, pero sobre todo fue allí donde, como hoy resulta ya claro, se verificó una derrota colectiva no inmediatamente perceptible y, pese a ello, profunda y devastadora, algo que tenía que ver con la definición de los espacios y, tal vez, incluso de un horizonte moral. Hay que tener en cuenta que el descenso de la guerra hasta el subsuelo de las trincheras significaba la admisión de un veredicto que retrotraía al hombre hasta la prehistoria: significaba admitir que el campo abierto había vuelto a ser el lugar de la muerte. Incluso el tímido asomarse de una cabeza por el borde de las guaridas encontraba el rápido proyectil de invisibles francotiradores que decretaba que definitivamente no quedaba ninguna posibilidad de vida ni siquiera en los límites del aire. La regresión animal que había empujado a los humanos bajo tierra había generado una contracción desmesurada del espacio donde vivir: algo así como si el contador del mundo se pusiera a cero. Las fotografías aéreas del frente de Verdún nos hablan de un desierto de muerte tal que los únicos reductos de vida, las trincheras, parecen las suturas de un cuerpo después de una autopsia.

En el terreno que existía entre las primeras líneas, este paradójico efecto de destrucción alcanzaba una intensidad casi mística. Lo llamaban la tierra de nadie, y es dudoso que la creación haya alcanzado en otro lugar un estado de indigencia más vertiginosa. Cuerpos y objetos —la naturaleza misma— yacían allí en una inmovilidad sin límites, fuera del tiempo y del espacio, donde parecía haberse concentrado toda la muerte disponible. Habría que preguntarse cómo era posible hasta el hecho mismo de *posar la mirada* en aquel fragmento del apocalipsis; y pese a ello hay que imaginarse que en aquel paisaje se despertaron millones de hombres, durante días, y meses, y años; y eso debería llevarnos a intuir el horror inenarrable que debió de paralizarlos, en todos y cada uno de los instantes de su lucha, más allá de cualquier límite tolerable, hasta llevarlos, tal vez, a considerar hasta qué punto la muerte individual, la menuda muerte de un hombre, su muerte, era al fin y al cabo un incidente accesorio, casi una consecuencia natural, dado que ellos estaban en la muerte desde hacía ya tiempo, la respiraban desde hacía una eternidad y, en definitiva, estaban contagiados por ella ya antes de haber sido por ella golpeados, como llegó a pensar Ultimo, en el frente, descubriendo que en otro lugar la muerte

sería un acontecimiento, pero allí era en cambio una enfermedad, de la que resultaba inimaginable curarse. Saldremos de aquí, vivos, pero seguiremos muertos para siempre, decía. Y Cabiria le hacía saltar el sombrero con una tortazo, diciéndole, venga ya, idiota, que tú siempre piensas demasiado, pero en realidad sabía lo que Ultimo quería decir, y sabía que era verdad, y lo había sabido de forma definitiva desde el día en que el pequeño había reventado, y eso no porque hubiera reventado el pequeño, sino por la manera en que había reventado, es decir, por lo que había pasado a continuación. Le había alcanzado una esquirla de granada mientras regresaban a la carrera hacia la trinchera, tras el último asalto fracasado. Casi habían llegado ya al terraplén, pero luego había habido aquella explosión, cerquísima, y cuando la polvareda se deshizo el pequeño estaba allí, por el suelo, con la cabeza girada de una forma extraña, y gritaba. Entonces Cabiria se había parado y había vuelto hacia atrás, aunque a su alrededor todo fuera el infierno, porque dejar al pequeño allí, estuviera vivo o muerto, de eso ni hablar. De manera que fue a recogerlo, y aunque el otro gritaba, lo cogió por las piernas y empezó a arrastrarlo hacia la trinchera, sin preguntarse siquiera dónde lo habría destrozado la granada. Sólo quedaban una veintena de metros por recorrer. Tal vez un poco más. Se puso a arrastrarlo. Luego algo estalló por allí cerca, de nuevo, algo que levantó a Cabiria del suelo y lo lanzó lejos, como a un trapo. Sintió un miedo inmenso y cuando se dio cuenta de que todavía estaba entero, entonces se olvidó de todo lo demás y únicamente pensó en salir de allí, en alcanzar el terraplén, en saltar y ponerse a salvo. Tan sólo después, una vez estuvo a cubierto, volvió a pensar en el pequeño, y aunque no fuera una buena idea se asomó por el terraplén para ver dónde había acabado, y lo vio casi de inmediato, estaba apoyado en una alambrada, pero seguía con la cabeza girada hacia atrás, y gritaba todavía, porque se le podía oír bien, en medio de todo aquel barullo y de las otras quejas —Cabiria pensó que sólo se le oía a él. Era algo que partía el corazón. Pensó que serían los de sanidad los que irían a buscarlo, pero lo que sucedió fue que los austriacos no dejaron de machacar el terreno con la artillería y las ametralladoras, porque se habían encolerizado, y la sanidad esa vez ni siquiera salió, dijeron que si las cosas se habían puesto de aquella manera era inútil salir, y que los austriacos eran unos cabrones. Cuando Cabiria me contó esta historia, encerrado en la celda en que después de cuatro años de búsqueda había conseguido encontrarlo, se paró en ese instante y luego añadió que no tenía ganas de seguir contándome lo que faltaba. Con paciencia, entonces, yo regresé, cada día, durante cincuenta y dos días, y sólo el quincuagésimo tercero Cabiria se convenció de que debía proseguir y me explicó que entonces se había puesto a buscar a Ultimo, para ver si él se había salvado, y para no quedarse a solas con aquella desgracia del pequeño. Había un caos enorme. Lo encontró después de largo rato, cuando ya empezaba a oscurecer. Ultimo, me explicó Cabiria, no hablaba nunca; cuando regresaba de una misión, se quedaba

tranquilo en una esquina y no hablaba durante horas, tampoco escuchaba; evidentemente, estaba perdido en algún lugar que sólo él sabía. Así que ya estaba oscuro cuando logró contarle lo del pequeño, y todo lo demás. Fueron a escuchar, y el pequeño todavía estaba allí, quejándose, con menos convicción, pero lo hacía, a intervalos regulares, como si hiciera los deberes. Estuvo así durante toda la noche. No había amanecido todavía cuando los austriacos empezaron a machacar con la artillería, tal vez tenían pensado salir ellos aquel día, y de los mandos llegó la orden de que estuvieran preparados. A ver si acabas ya de una vez con tu amigo, dijo uno de los veteranos a Cabiria. Quería decirle que era necesario dispararle, que por lo menos así terminaría de sufrir y de entristecerlos a todos. Cabiria miró a Ultimo y Ultimo dijo Yo no voy a hacerlo. Lo dijo tranquilo. Cabiria cogió entonces su fusil y se colocó lo mejor que podía, sin quedar demasiado a descubierto. Apuntó y disparó. Una vez, y luego otras dos. Luego bajó el fusil. No puedo, dijo. Y se echó a llorar. Entonces llamaron a uno de los francotiradores, uno de los Abruzos que apagaba los cigarrillos de los austriacos, cuando estaba de buen humor. Podía ocurrir que le pidieran cosas de ese tipo, y él no decía nada y lo hacía. La tarifa eran dos cajas de tabaco y el vale para el burdel. Disparó un solo tiro, y el pequeño dejó de quejarse. De golpe. Algo bonito que tenía el pequeño es que sabía tocar el acordeón, y sobre todo era bonita la cara que ponía cuando lo tocaba. No sabían nada de eso, hasta que acabaron de atravesar un pueblo, en la zona de Cividale, y desde una ventana se oyó a alguien que tocaba el acordeón. El pequeño se había salido de las filas entonces y había entrado en la casa. Unos momentos después, era él quien estaba en la ventana y quien gritaba que todo el mundo se parara. ¿Qué demonios está pasando, pequeño? Sin responder, él se había puesto a tocar. Había que ver lo que conseguía hacer, con aquellos dedos suyos tan enormes. Pero no era sólo eso, lo que era fantástico era la cara que ponía mientras tocaba. Dónde miraba. Nadie le había visto antes esa mirada que tenía, es más, él solía tener una mirada un poco obtusa, como alguien a quien siempre le hicieran la misma pregunta. Se ve que el acordeón era la respuesta. Se le abrían los ojos, y se le iban hacia lo lejos. De todas maneras, ahora los ojos los había cerrado, allí, apoyado en la alambrada, con el tiro del de los Abruzos que le había traspasado la cabeza, de lado a lado, quirúrgico. Cabiria pensó en todos los acordeones que ya no serían tocados por sus manos y pensó que era una verdadera lástima. Y luego en todas las personas que ya no volverían a bailar, y en las lágrimas que ya no caerían, y en los pies que ya no llevarían el ritmo sobre el suelo. Uno no se hace a la idea de cuántas cosas mueren cuando muere una criatura. Aunque sólo sea un perro. Pero sobre todo, claro está, cuando es un hombre. Ultimo, en cambio, cogió su trozo de espejo, que tenía envuelto en un trapo, lo colocó como solía hacer en la punta del mosquetón y luego lo levantó por encima del borde del terraplén, para poder ver en la tierra de nadie sin jugarse la cabeza; y en la tierra de nadie, el cuerpo

del pequeño; y en el cuerpo, su cara. No debería haberlo hecho, sólo debería haber olvidado, pero el hecho era que el cuerpo estaba allí, a corta distancia de ellos, ¿cómo podía uno olvidarlo? Adiós, pequeño, lo siento. Adiós, pequeño, tal vez sea mejor así, venga. Vio que la piel había cambiado su forma de estar sobre los huesos, y su expresión era algo que, la verdad, nunca se había visto en la cara del pequeño. No era como cuando dormía, era otra cosa: parecía que tuviera las huellas de la vejez en el rostro, los restos de la vejez, como si hubiera muerto joven después de haber sido largo tiempo un viejo, en una extraña vida a la inversa. Pero vete tú a saber. Los austriacos los mantuvieron inmovilizados allí durante doce días y doce noches, bajo un fuego que cuando cesaba lo hacía únicamente por dos horas, y que luego empezaba de nuevo. Flotaba en el aire la posibilidad de un ataque, de manera que no se podía dormir, y eran jornadas como para poner de los nervios a cualquiera, constantemente bajo el fuego. Tal vez también fuera por eso, pero la historia del pequeño se convirtió en una agonía inimaginable. No se podía salir para llevárselo de allí, y él iba muriendo la larga muerte de la carne. Primero se hinchó, luego se vieron los labios apartándose de los dientes, sus dientes pequeños, blancos, y las mejillas fueron desapareciendo. El séptimo día una granada explotó cerca de él y su cuerpo se partió por la mitad. La cabeza, unida a los hombros y a una parte de las vísceras, rebotó hacia la trinchera y al final se giró de una manera que parecía que fuera a propósito, con los ojos dirigidos hacia los suyos, los que habían sido los suyos, sus compañeros. Bajo el sol la carne iba desapareciendo un poco cada día. Se le veía el hueso de la mandíbula, y los ojos se le hundían dentro del cráneo, en la nada, llevándose la piel hacia atrás, a hilachas. Era el rostro del pequeño, pero ahora parecía que hubiera estado comiéndoselo un animal, pero sin pulirlo bien, como si algo lo hubiera interrumpido. Era un suplicio. De manera que un día Cabiria se había puesto a gritar, un único grito, como un cuchillo, luego había subido por el terraplén, pasando de los austriacos, y desde allí había lanzado una granada justo sobre el pequeño, sin fallar, justo encima de él. La columna de tierra se levantó vertical en el aire, esparciendo alrededor los jirones de lo que había quedado del pequeño, y lanzándolos a lo lejos. Algunos terminaron en la trinchera, y tuvieron que recogerlos con la mano —con la mano— y volver a echarlos a la tierra de nadie, de donde habían venido. Por eso Cabiria sabía lo que quería decir Ultimo cuando decía aquello sobre la muerte, y que ellos estaban muertos, y que lo estarían para siempre. A lo mejor no creía que tuviera que ser así, pero podía comprender lo que Ultimo tenía en la cabeza. Era algo por lo que habían pasado, y nada podría borrarlo nunca. Se lo llevarían consigo en el doble fondo de su alma, como contrabandistas del horror. Hermana muerte.

Las cosas siguieron así —me explicó el doctor A., cirujano de la compañía— hasta que en los altos mandos algo cambió y empezó a asomarse, tardía, la intuición

de que el tan anhelado hundimiento había sido imaginado con una mentalidad ingenua más allá de cualquier medida, y que se encontraba en el revés de lo que hasta ese día había aparecido como lógico. Fueron los alemanes los primeros en sentirse capaces de una acrobacia conceptual como aquélla, me explicó. La experimentaron primero en el frente oriental y luego en el Isonzo, justo donde se enfrentaban los dos ejércitos que más parecían encastillados en la retrógrada perversidad de las viejas reglas: austriacos e italianos. Allí también la que dictaba sus leyes era la guerra de trincheras, que la durísima conformación del terreno había hecho todavía más absurda. Lo que en el frente francés era una telaraña tendida sobre el suave perfil del campo, se transformaba, en la montaña, en una atroz labor de bordado que iba a excavar las líneas de defensa sobre paredes prohibitivas y en altitudes donde el hielo sustituía a la tierra. El cansancio y el sufrimiento se veían por ello multiplicados, pero los resultados no eran distintos a los de otras partes. Las once batallas del Isonzo, con las que los italianos intentaron hundir el frente austriaco, produjeron cifras ilegibles: para modificar la frontera unos quince kilómetros, desaparecieron del terreno más de un millón de soldados, entre muertos y heridos. Si uno lo piensa, una locura —me dijo el doctor A., cirujano de la compañía—. Es probable —añadió— que, a pesar de ese patente horror, los italianos, de un lado, y los austriacos, de otro, hubieran seguido así hasta algún imprevisible apocalipsis final. Fue la intervención de los alemanes la que lo puso todo a cero en aquella guerra tribal, desmantelándola con el bisturí de una lógica en la que argucia e ingenuidad formaban una mezcla letal. Con una labor de paciencia y de astucia, acumularon tras el abrigo de la primera línea enormes cantidades de hombres y de medios, sin que los italianos percibieran poco más que una vivaz a la vez que insignificante reorganización de las tropas. Asumieron el mando de las operaciones, relegando a los austriacos al papel de principiantes llamados a morir y a aprender. Y en las primeras horas del 24 de octubre de 1927, en Caporetto, en el alto valle del Isonzo, desencadenaron el ataque más absurdo, y devastador, que se había visto en aquellas tierras. No tiene usted que pensar en un ataque por sorpresa, porque no lo fue —me puso en guardia el doctor A., cirujano de la compañía—. Los italianos sabían, gracias a mil señales, que era inminente una ofensiva de los austriacos. Se la esperaban y estaban convencidos, no sin razón, de que estaban suficientemente bien desplegados para poder contenerla. Veinticuatro horas antes, el mismo rey de Italia, comandante de todas las fuerzas de tierra y de mar, había venido en persona para comprobar la eficacia del dispositivo de defensa. Se había marchado visiblemente satisfecho. Pero lo que se les estaba viniendo encima era algo que no conocían, y que la obtusa lógica militar no tenía la suficiente agilidad como para comprender ni, mucho menos, para prever. Incluso después, cuando todo había ocurrido ya, seguirían intentando comprender durante años, en vano.

Hay que decir que el doctor A., cirujano de la compañía, exponía estos hechos con una especie de complacencia que nunca me agradó, algo parecido a la fría admiración del científico por el objeto de su estudio. Pero resultaba difícil soportar la idea de que alguien le reconociera una forma de inteligencia a la brutal dinámica de la muerte, e incluso una especie de elegancia formal al gesto de quien mataba: pero cuando le expresé este malestar mío, el doctor A. fue despiadadamente duro conmigo, y en varias ocasiones me acometió con un tono desagradable, preguntándome si de verdad quería saber cómo habían ido las cosas, e incluso poniendo en duda que estuviera capacitado para llevar a cabo la tarea que me había encomendado yo mismo, es decir, de hacerle justicia a mi hijo, condenado a muerte por desertión, y fusilado la noche del 1.º de noviembre de 1917, ocho días después de Caporetto.

Entonces yo le dije que era eso lo que quería, y que eso sería lo que haría.

Y dije que la memoria de mi hijo era todo lo que me había quedado.

Así que él adoptó un tono más suave —todavía lo recuerdo— explicándome las dos leyes que cualquier maniobra de ataque tenía que respetar, según los manuales de guerra. La primera era tan antigua como el arte de combatir, y decretaba que para vencer era necesario conquistar las cotas, los puntos desde los que se podía dominar el terreno. Más que un principio estratégico era una categoría mental, mil veces confirmada por las fortalezas que en cualquier lugar del mundo sancionaban la ubicación del poder colocándolo en lo alto, desde donde cualquier movimiento humano permanecía bajo control. La segunda regla, innegablemente lógica, señalaba la necesidad de un despliegue compacto, conservando una línea de frente lo más amplia posible, de manera que no se corriera el peligro de perder, más adelante, algunas unidades de la tropa destinadas a desgajarse del grueso del ejército y acabar encontrándose, primero, aisladas de los suministros y, luego, inexorablemente, cercadas. Desde un punto de vista geométrico, un razonamiento irreprochable. Se trataba de reglas que los alemanes conocían a la perfección. Se podría decir que habían contribuido activamente a fundarlas. Atacaron, aquel 24 de octubre de 1917, confiando en una estrategia que podría ser resumida de la siguiente manera: una vez establecidas las reglas, hay que hacer todo lo contrario. Despreocupándose de las cotas, avanzaron por la vaguada, donde las defensas eran más débiles y estaban menos precavidas. Y lo hicieron con pequeñas unidades de asalto, a las que se les había dado la orden, impensable, de que penetraran en las líneas enemigas y de que no se detuvieran en ningún caso, perdiendo cualquier tipo de contacto con el grueso del ejército y decidiendo autónomamente sus propios movimientos y sus propias misiones. La idea era la de ir avanzando en las líneas enemigas como termitas que, una vez elegida la vía de acceso en la que la madera fuera más blanda, excavarán luego en los interiores del despliegue enemigo hasta que las cotas, sin conquistarse siquiera, cayeran por sí mismas. Fue exactamente lo que sucedió.

Pero es en la particular geometría de las almas y de las mentes donde convendría buscar —habría objetado el capitán, con sus treinta años que salvar—, porque el hecho militar desnudo, por muy virtuoso y fascinante que fuera, no puede explicar lo que hemos vivido, y que es por lo que ahora me encuentro aquí, mirando atentamente un pelotón de fusilamiento. Las nubes bajas cubrían la vaguada —relataría— y las termitas no podíamos verlas, mientras se arrastraban a *nuestras espaldas*, siguiendo el fácil camino del río. Nosotros, en las laderas elevadas del monte, estábamos aislados, con las comunicaciones de repente interrumpidas; y únicamente las voces nos traían ráfagas de chismes, que apestaban a derrotismo. Y resplandores de incendios, de acuerdo, desde la vaguada, que teñían las nubes, pero un incendio puede significar muchas cosas, en la gramática de la guerra. Lo único cierto eran aquellas dos horas de martilleo con que la artillería austriaca había devastado la noche, y luego el silencio de inmediatamente después, un silencio que nunca habría olvidado si no hubiera acabado aquí, delante de estos fusiles que me están apuntando, y que ahora, en cambio, voy a olvidar, junto con todo lo demás. Porque lo que uno se esperaba era ver cómo aparecía ese grito del enemigo al ataque, pero no apareció nada, tan sólo la prolongación inverosímil de aquel silencio, más allá de toda espera soportable, hasta anegarse en un tiempo vacío que no significaba nada, excepto la imprevista suspensión de la lógica que conocíamos, y la inminencia de alguna prueba no asimilable por nuestra experiencia. Era tal el silencio y el aislamiento que se llegó a pensar en algo sobrenatural, como una imprevista deserción de las montañas, y nuestro consiguiente flotar en la nada de una guerra desaparecida. ¿Podéis imaginaros —preguntaría el capitán— hasta qué punto el cansancio y la soledad pueden llegar a extraviar las mentes?, porque si no podéis imaginároslo este pelotón de fusilamiento es inevitable, e incluso hasta justo, y nadie podrá comprender lo que sucedió cuando ese oficial alemán, empuñando un revólver, salió de entre las nubes, a nuestras espaldas, ascendiendo desde la vaguada con cuatro o cinco hombres armados, y empezó a gritar en italiano que nos rindiéramos, sin vacilar lo más mínimo, incluso con calma, como si anotara el obvio resultado de una operación banal. Como veis, desde un punto de vista exquisitamente militar —concedería el capitán con sus treinta años por salvar— la situación era muy clara, al ser nosotros 278 y ellos, cuatro o cinco; pero es la geometría de las mentes y de las almas lo que tiene que ser comprendido en este momento —objetaría el capitán, dando de lleno en el blanco y, tal vez, rozando el misterio de lo que sucedió en Caporetto. Porque eran animales entrenados para cierto tipo de guerra muy concreta, en la que tener al enemigo *enfrente* era la única geometría conocida: haber dedicado tanto tiempo, así como innumerables sufrimientos, a esa única figura había conseguido elevarla a forma del ser, y a esquema inmutable de la percepción. Lo que acaecía lo hacía en las formas apriorísticas de esa geometría; y cuando recibían la muerte, ésta llegaba desde

la trinchera de delante; y cuando llevaban la muerte, la llevaban justo enfrente, a la trinchera que los esperaba. En el interior de ese esquema férreo habían madurado un saber refinadísimo y una inefable disponibilidad para el sacrificio: pero cuanto más cuajaba en ellos la intimidación con ese único movimiento preciso, tanto más se esfumaba la memoria de las infinitas posibilidades del espacio, y se desvanecía la capacidad, incluso moral, de afrontar la anomalía de un movimiento que no fuera el frontal. Por eso, la hipótesis de verse atacados por la espalda había dejado de figurar en su índice de lo imaginable, y cuando se transformó en realidad fehaciente, en el marco irreal de un aislamiento total, les tuvo que parecer no tanto una situación de combate que tenían que interpretar como, más bien, una mágica suspensión del combate en sí mismo, un imprevisto declinar de todas las cosas, que los liberaba de la misión de reaccionar. No fue una simple cuestión de cobardía, y yo lo percibí claramente, de inmediato —testificaría el capitán—, mirando a los ojos a mis soldados, en ese instante que imponía la prisa de una decisión, y viendo con qué simplicidad salían de la trinchera para observar, arrastrando el mosquetón por el suelo. No eran los gestos del miedo, era más bien la lenta sorpresa del animal que sale de la guarida cuando ha pasado el temporal. En los primeros que levantaron los brazos, sonriendo, no había ni sombra de derrota, sino más bien la sospecha de que todo había terminado. Ni la pesadilla del cautiverio pareció rozar la mente de nadie, inexplicablemente cambiada por el inmotivado presentimiento de que todos estaban a punto de volver a casa. Yo empuñaba con fuerza el revólver —subrayaría el capitán— y lo mantenía en alto, apuntando al cielo, y grité que se detuvieran, y que volvieran a cubierto. ¡A cubierto, es una orden!, pero es indudable que no me atrevía a disparar —admitiría el capitán— por muy absurdo que pueda parecer, no me atrevía a disparar; y ante los ojos de los soldados que buscaban en los míos alguna certeza, yo no supe más que restituir la absurda dilatación de ese instante, es decir, mi ridícula esperanza de que se pudiera detener todo durante el tiempo necesario para comprender, mientras que aquel oficial alemán, en cambio, seguía tejiendo el tiempo real de la acción, caminando hacia nosotros; seguía muy tranquilo, gritando que nos rindiéramos, hasta que los primeros soldados dejaron caer los mosquetones al suelo, y algunos se pusieron a sonreír, soltándose con alguna palabra en alemán, moviéndose con una lentitud que para mí se ha convertido en el símbolo de lo que viví en aquel instante, instante que de hecho recuerdo con una lentitud rayana en lo inverosímil, con aquel movimiento de soldados que salían imparables de la trinchera como el aceite por el borde de un vaso, empujados por una paciencia que se derramara al llegar a su límite, deslizándose lentamente hacia los alemanes, y rebosando suavemente sobre el manto inclinado de la nieve. Si además me preguntáis qué fue de mí —concluiría el capitán—, lo que recuerdo es la huella oscura de un movimiento rápido, en el raballo del ojo, el único movimiento rápido que parecía haber escapado

al hechizo de lentitud, tan nítido que instintivamente me aferré a él, intuyendo que era el único resquicio en aquella situación sin salida. Me di la vuelta —relataría el capitán con sus treinta años por salvar— y vi a dos soldados que saltaban de nuevo a la trinchera y que agachados empezaban a correr, hacia la izquierda, donde los terraplenes se prolongaban todavía unos cientos de metros, bajando por la cresta de la montaña. A mi alrededor estaba todo aquel aceite, a aquellas alturas ya imparable, y yo me dejé tragar, mudo, renunciando a mis prerrogativas como oficial, me doy cuenta de ello, pero convencido ya de que aquellos dos soldados eran la única esquirla de realidad que había quedado por allí, como la persistencia residual de un mundo que había dejado de existir y al que todavía, con todo, yo pertenecía. Así que dejé que la ola de aceite me envolviera hasta esconderme, y cuando me sentí invisible, me eché a caminar hacia atrás, lentamente. Me deslicé de nuevo dentro de la trinchera y me puse a correr, sin más dilación, por donde había visto correr a los dos soldados. Tuve el tiempo justo para oír, tras de mí, la voz de mis hombres antes de amagar y, después, de repetir obsesivamente una única breve frase, que ahora no puedo pronunciar si no es con una profunda emoción, casi como si fuera el nombre de un niño perdido.

La guerra ha terminado.

—No digas animaladas y corre.

—¡Ultimo!

—Te he dicho que corras.

—¡Pero es que la guerra ha terminado!

—Ya basta, Cabiria.

—Vamos a ir a darnos de bruces con los austriacos.

—Es que ya estábamos en medio de los austriacos.

—Volvamos atrás, venga, volvamos allí y nos quedamos escondidos para ver qué pasa.

—Yo no me vuelvo atrás.

—Tú estás loco.

—Vuélvete tú, si tienes ganas.

—¡Por Dios!

—Corre.

—¿Dónde demonios vas?

—Al bosque, tenemos que bajar hasta el bosque.

—Es una locura, por ahí se va al pueblo, ese pueblo ya estará lleno de austriacos.

—No lo sabemos.

—Sí que lo sabemos, nos han rodeado por la espalda, ¿no lo has entendido?

—Eran alemanes, y eran cinco, Cabiria.

—Y eso qué, en el pueblo estarán todos los demás.

—No lo sabemos.

—Claro que lo sabemos.

—No, no lo sabemos.

—¡Mira!, el capitán..., el capitán va detrás de nosotros.

—¿Lo ves? El capitán no es un idiota.

—¡Capitán!

—Y no grites, Cabiria.

—¡Capitán, estamos aquí!

—¡Calla!

—¡Ultimo!

—¡Al suelo, maldita sea!

Había unos alemanes que subían por el bosque, sin hablar, en fila india, ordenadamente. Miraban a su alrededor. Tenían aspecto de saber lo que estaban haciendo. No vieron a los tres italianos echados entre las hojas secas, pasaron a unos cincuenta metros de ellos, y no los vieron. Inmóvil, con la cabeza aplastada contra el frío de la tierra, Ultimo pensó que el mapa de la guerra se había jodido definitivamente. ¿Qué representaban aquellos enemigos que iban ascendiendo, desde Italia, atacando en dirección hacia su propia patria? ¿Y qué representaban ellos tres, aplastados en el suelo con el único objetivo de dejar pasar al enemigo, sin dejar que los descubrieran, después de haber puesto en peligro su vida, durante dos años, con el único objetivo de no dejarlos pasar, nunca? Se preguntó si habría nombres para lo que estaba sucediendo. Y en ese preciso momento percibió nítidamente la suspensión de toda geometría legible —eso es lo que me dijo, años después— y el advenimiento de un caos que todavía no sabía si considerar trágico o electrizante. Usó exactamente esas palabras, «la suspensión de toda clase de geometría legible», y esto era algo inesperado, sobre todo porque en apariencia era un joven sencillo y, evidentemente, no tenía una cultura refinada. Pero, como descubrió pasando a su lado días enteros, poseía una sensibilidad innata para la percepción de las formas, y una imprecisa sensibilidad para la percepción de la realidad según su disposición en el espacio mental. Ante las secuencias del acaecer, no mostraba ningún interés por leer en él una distinción entre el bien y el mal, o entre lo justo y lo injusto, dado que su única preocupación parecía ser el desciframiento de la eterna oscilación entre el orden y el caos, tal y como estaba inscrita en el inagotable formarse y disgregarse de figuras geométricas. Era algo extraordinario que rara vez había podido encontrar, ni siquiera en el mundo de los científicos que tuve que frecuentar durante tanto tiempo, debido a mi profesión. Tanto es así que no me sorprendió saber, cuando Ultimo me consideró digno de la más íntima de sus confesiones, que precisamente de esta particular disposición mental había deducido él la misión de su vida, con la puesta a punto de un proyecto que nunca he dejado de considerar tan inútil como genial. No me ha sido

dado saber si de veras lo llevó a cabo después, pero ahora, desde lejos, me sorprende teniendo la esperanza de que nada haya sido capaz de detenerlo. Recuerdo que me preguntó si me parecía infantil la idea de dedicar la vida entera a una única tarea: yo le dije que estaba consumiendo toda mi vejez en la única misión de redactar un memorial.

—¿Para restituirle el honor perdido al capitán?

—Sí —dije.

Cuando supo de mi trabajo como matemático (llevado a cabo, tengo que apuntar aquí, durante cuarenta y dos años, sin vistosos éxitos, en la praxis de la investigación y de la docencia) debió de intuir el porqué de la atención hipnótica con que lo estaba escuchando. Quizá comprendió que, gracias a su extraña forma de ver el mundo como un complejo de formas en movimiento, era capaz de contarme, traducida a una lengua que conocía, una realidad que de otra manera sería inalcanzable por mi inútil erudición. De otra manera no me explico la minuciosidad con que era habitual en él regresar a escenas aparentemente insignificantes, y en particular la atención con que quiso contarme repetidas veces lo de aquella vez, en aquel bosque otoñal, donde aplastado contra el suelo, junto a mi hijo y Cabiria, tuvo la primera revelación instintiva del caos al que habían arribado. Esto tendría que servirle de ayuda, decía, para su memorial. Y volvía a explicármelo, con insólito esmero. De manera que ahora sé que mientras mascaba la tierra intentando hacerse invisible al enemigo, le volvió desde lejos el recuerdo del camino circular que una noche, mucho tiempo atrás, había excavado en la niebla de Turín, dando vueltas alrededor de una manzana, al lado de su padre, y mientras escuchaba sus palabras. Y sintió una incurable nostalgia por aquello, porque era la última memoria que tenía de una figura geométrica en la que parecía conservarse, sin imperfecciones, la forma de la vida. Después de entonces, únicamente la larga recta que desde casa lo había llevado hasta un hospital, en un día de dolor, le había parecido una partícula de orden que tuviera consideración hacia él y hacia su existencia, mientras que todo lo demás se había revelado más adelante como una informe superposición de dibujos incompletos donde parecía estar inscrita la insensatez de todo y la irremediable decadencia de toda línea divisoria entre el destino y el azar —tal vez entre el bien y el mal. Hasta tal punto se había extraviado allí su pasajera juventud que, ya en la guerra, había llegado a sentir una forma de gratitud por la elemental contraposición de las trincheras que, en su simplicidad de primitivo esquema formal, parecía por lo menos ofrecer un rasgo de permanencia que era capaz, incluso, de repeler cualquier agresión por parte de lo humano. Frente a la inutilidad irracional de los ataques frontales, varias veces se había encontrado pensando que precisamente ese rasgo, que era objetivo, de estabilidad era algo que ningún ardid bélico había podido reemplazar, casi como si fuera *la forma*, y no los hombres, aquello contra lo que arremetían: en la invencibilidad de los defensores

quedaba demostrada la objetiva resistencia de las cosas a permanecer aferradas al último reducto de orden que el eclipse de la razón, consumado en esa guerra, habría permitido. Pero ahora sabía que había sido suficiente una anomalía formal de un oficial alemán procedente de una dirección insospechada para que todo el sistema quedara colapsado, pulverizando en el tiempo de unas pocas miradas indecisas lo que hasta el día anterior era todavía un granítico fundamento, y ahora poco más que un recuerdo a sus espaldas, mientras que lo real invitaba a un caos carente de dirección. Ahora puedo decir que fue escuchando esas palabras tuyas como yo empecé, de verdad, a comprender: y por primera vez *tuve la íntima certeza de que el honor de mi hijo no se había malogrado*. Último me enseñó que aquel día, abrazado a la tierra en un intento infantil de hacerse invisible, mi hijo era ya inocente, porque estaba en todas partes y en ninguna, perdido en un escenario sin coordenadas donde cobardía y valor, deber y derecho, eran categorías pulverizadas. Ahora es fácil ver en su huida el inequívoco perfil de una figura que llamamos habitualmente *deserción*: pero creedme, quien había desertado, en primer lugar, había sido el mundo: mi hijo no iba dibujando nada, eran trazos perdidos; era un muchacho y a su alrededor ya no había ninguna figura, nada, que estuviera completo, sólo fragmentos; corría posando los pies sobre los fragmentos que iba encontrando: esto no es huir, es estar flotando en la nada; esto es sobrevivir, no es desertar. Quiero decirlo con palabras que los altos mandos militares y las autoridades competentes puedan comprender: os lo suplico, tened la nobleza de convenir conmigo que en esas horas las termitas alemanas habían suspendido la idea misma de frente, y hasta de frontera, geográfica y moral, al caer la región comprendida entre el Isonzo y el Tagliamento en una geografía caótica, como si fuera hija de algún gesto artístico, y vanguardista. Bajando por el fondo del valle y ascendiendo después por las crestas de las montañas en todas direcciones, habían suspendido de hecho las nociones de avance y repliegue, desarticulando la guerra en una estructura en forma de piel de leopardo, donde cada choque era una historia en sí misma, independiente de todas las demás. Dado que *ellos* habían deseado aquella guerra, y la habían establecido en teoría, *ellos* sabían luchar aquella guerra, pero no los italianos, quienes inevitablemente buscaban todavía en cada hecho la articulación de un movimiento colectivo y global, creyéndose todavía, como era lógico, en los términos de un único ejército, desplegado en un tablero de ajedrez todavía intacto, y completo. Sólo en el caso de que comprendáis esta disimetría en la percepción podréis explicaros esa cifra de la que os avergonzáis, que nunca os habéis explicado y que ninguna estadística militar admitiría nunca, una cifra considerada vergonzosa hasta tal punto que fue ocultada durante años, y que de todas maneras en su limpidez relata con exactitud cómo fueron las cosas, señalando que en pocas horas, en Caporetto, *trescientos mil soldados italianos fueron hechos prisioneros y terminaron en manos del enemigo, en muchos casos sin combatir*. Es ahí donde se ve

cuantificada de una manera escandalosa la reiteración de un único gesto de rendición, siempre el mismo, que, pese a ello, injustamente vosotros confináis en los angostos límites del término *cobardía*, cuando en vez de eso relata un grandioso movimiento colectivo de autosuspensión, una vez enfrentados a la indescifrabilidad de una geometría que, literalmente, había desaparecido. Vosotros sabéis mejor que yo que en las sesenta y dos horas que siguieron al avance austroalemán, todas las tropas italianas en el frente del Isonzo vivieron lo que acaece en la ausencia total de comunicaciones: podéis imaginaros a la perfección, por tanto, el efecto surrealista que la aparición del enemigo pudo adoptar ante sus ojos. A una generación de combatientes a la que le había sido concedida la nítida experiencia del infierno en la praxis inhumana de la guerra de posiciones, ahora le era ofrecida, sin aviso previo, la inhabitable experiencia de un caos sin explicación. Sé que cuando mi hijo empezó a correr ya era inocente, porque a esas alturas la guerra se había diluido en singulares sucesos sin sentido, casi como naves desarboladas y a la deriva: no puede sorprendernos que, irracionalmente, y con la simplicidad de un animal que está sufriendo, la mayoría asimilara aquel naufragio con una certeza instintiva, derivada del deseo.

La guerra ha terminado.

Todos lo creían un poco, me explicó Cabiria, y todavía hoy en día sigo sin comprender cómo pudo ocurrir una locura como aquella. Tiraban las armas e iban al encuentro del enemigo, eso es todo, no había nada que fuera complicado, ni siquiera triste. Todo parecía muy natural. Había tanta gente que se rendía que no había austriacos suficientes para mantenerlos a raya, y ellos se quedaban allí, como animales pastando, mansos. Los que pensaban que las cosas no eran así eran pocos. El capitán, uno de ellos, y también Ultimo. Ellos decían que no había que soltar las armas. Si la guerra ha terminado, ¿por qué los austriacos no sueltan las armas?

Sucedió exactamente —me explicó el doctor A., cirujano de la compañía— lo que los alemanes tenían previsto: después de tres días de silencio, los mandos italianos dieron la orden de repliegue: y, desde las cotas, los soldados, incrédulos, empezaron a bajar hacia el valle, abandonando, sin haber sido atacados, posiciones que les habían costado miles de muertos. La idea era hacer retroceder el frente hasta el Tagliamento, y reorganizarse allí, poniendo a punto una defensa que detuviera a los austroalemanes. Pero una vez más la modesta inteligencia de los militares no había sabido comprender la simple realidad de los hechos. Las termitas habían seguido avanzando y para entonces resultaba claro que al Tagliamento llegarían ellos antes. De manera que más de un millón de soldados italianos se vieron descendiendo por la llanura, teniendo a sus espaldas un ejército que los perseguía y, por delante, a las termitas que los estaban esperando. En términos técnicos se denomina cerco, y es la pesadilla de todo combatiente. Pero si tengo que decir la verdad —me explicó Ultimo

— no era tanto miedo lo que uno sentía, sino otra cosa, algo extraño, una especie de euforia, una especie de borrachera. Cuanto más retrocedíamos, más gente había, por todas partes, pero no parecían los personajes de una misma historia, era como si cada uno de ellos tuviera su propia historia, muy personal, incluso privada, que tenía que seguir. Las había para todos los gustos. El capitán nos había convencido de que no tiraríamos las armas, pero eran miles los que iban por ahí sin el mosquetón, sin nada, mientras que otros, en cambio, las coleccionaban, las armas me refiero, las recogían donde fuera y se las colgaban encima, y se reían. Recuerdo que cuando llegamos al campo, fuera del bosque, después de haber pasado la noche escabulléndonos de los alemanes que estaban por todas partes, salimos al campo; era al amanecer, y en medio de los prados había un grupito de soldados italianos, y lo que estaban haciendo era disparar a las vacas, con la pistola, o con el fusil: disparaban a los animales y los dejaban secos, riéndose y hablando con fuerza. Nos dijeron que no debíamos dejar nada al enemigo, tierra quemada, como los rusos con Napoleón, lo decían y se reían, y esto es lo más raro que recuerdo, era como una especie de borrachera que se hubiera instalado en el cerebro de todo el mundo. Esto es algo que no tiene que olvidar, ¿sabe?, si de verdad quiere comprender a su hijo —me dijo Ultimo—, si usted no comprende esa locura sutil, no puede comprender nada. Era irreal, todo era irreal. Recuerdo que cuando llegamos a las primeras casas de Údine, sin saber siquiera si los austriacos ya estaban allí o qué pasaba, caminábamos manteniéndonos a cubierto, y con las armas cargadas; recuerdo que estábamos en las primeras casas cuando por una esquina salieron tres putas, tres chicas de burdel: corrían, semidesnudas, con los pies descalzos, las recuerdo con sus camiones al aire, parecían un sueño, y corrían, Dios sabe adónde, con los pies desnudos, sin hablar ni gritar, nada, corrían y punto; silenciosas desaparecieron por un callejón, parecía que las habíamos soñado, lo juro. Era como si alguien nos las hubiera puesto allí, para advertirnos de la locura en la que habíamos caído. Y más tarde también: no hacíamos más que descubrir cosas absurdas. Llegamos a una pequeña plaza y aquello estaba lleno de soldados italianos, pero estaban todos sentados, y no había nadie que llevara un arma, nada, se diría que estaban todos de permiso, o no sé qué. Y lo mejor es que no había austriacos por allí, ni sombra de ellos, habían hecho como cuando se va a por leña: habían hecho los haces y luego los habían dejado allí, para volver luego a por ellos, cuando tuvieran tiempo. El capitán preguntó si la ciudad estaba en manos del enemigo y entonces un oficial le gritó que todo estaba en manos del enemigo, y lo dijo levantando una garrafa de vino, que sujetaba por el cuello, como para un brindis, mientras que los demás nos gritaban que la guerra había terminado, y que lo mejor sería que dejáramos las armas, que si los austriacos nos pillaban armados nos liquidarían. Tenemos que replegarnos hasta el Tagliamento, les gritó entonces el capitán. Pero nadie respondió, ni hizo nada, no era algo que les concerniera ya.

Deberíamos haber dejado la ciudad de inmediato —me dijo Ultimo— y las cosas no nos habrían ido como nos fueron, pero había algo, en aquella ciudad, irresistible, que nunca habíamos visto, algo así como una sensación de muerte y de fiesta al mismo tiempo, y flotando todo como en una especie de magia: el silencio y los disparos, las persianas que daban golpes, el sol en las paredes, las casas vacías, un montón de cosas abandonadas por ahí, los perros que no sabían qué pasaba, las puertas abiertas, la ropa tendida en los alféizares, y de vez en cuando se oía cantar en alemán, a través de los tragaluces de las bodegas: Cabiria incluso se detuvo para mirar, apuntando el mosquetón, y dijo que estaba completamente encharcado de vino, y que había austriacos e italianos bailando, dijo exactamente que estaban bailando, revolcándose en el vino, eso es lo que dijo. Ya no era posible entender qué estaba pasando. Delante de una iglesia nos encontramos con dos sicilianos, también desarmados, grandes y gordos, eran un extraño espectáculo porque a su alrededor había un montón de cosas, pero de cosas increíbles, había hasta una máquina de coser, y luego trajes, chaquetas, cosas por el estilo, bien planchadas, y conejos en una jaula. Había hasta un espejo, con el marco de oro. Y uno de los dos sicilianos lloraba. El otro no, fumaba tranquilamente. Dijo que los austriacos utilizaban ese sistema. Cogían todo lo que les parecía, de las casas, luego elegían a un italiano grande y gordo entre los prisioneros y le decían que se lo cargara todo a la espalda y los siguiera. ¿Y ahora dónde están?, le preguntó el capitán. El siciliano hizo un gesto hacia la casa de enfrente. Era una casa bella, de ricos. Pero a los austriacos no se les veía. Venid, dijo el capitán. Pero el que lloraba siguió llorando y el otro movió la cabeza, sin decir nada.

Ahora usted quiere saber si *técnicamente* lo que estaba haciendo su hijo era *huir* —me dijo el doctor A., cirujano de la compañía, cuando le pregunté si aquel andar desorientado le parecía algo por lo que uno podía ser fusilado—. Honestamente, no sé qué contestarle, dijo. Lo que sucedió en aquellos días, entre las montañas y el Tagliamento, no puede definirse en términos militares por la simple razón de que acabó desapareciendo, irónicamente, el presupuesto para cualquier clase de lógica bélica: el campo de batalla. La frontera había sido pulverizada y la particular estrategia alemana había contribuido, y no poco, a enturbiar las aguas. Se dieron situaciones que no dudaría en definir como grotescas, si me acepta el término. En un momento dado, los mandos italianos empujaron a las tropas de retaguardia hacia delante, hacia el frente, para frenar la penetración del enemigo. Podía ocurrir, y ocurrió, que al avanzar no localizaran a las termitas, y que las superaran, sin verlas siquiera, y las dejaran a sus espaldas, prosiguiendo con su avance y con el único resultado de toparse con columnas enteras de soldados italianos desarmados que con cierta alegría se replegaban hacia el Tagliamento, con el consiguiente intercambio de bromas que puede imaginarse. Eso sin contar con los civiles que, por decenas de millares, empezaban a evacuar la zona, llevándose consigo lo que podían, y

obstruyendo las escasas carreteras disponibles. En un caos como aquél, usted me pregunta si su hijo, en términos estrictamente técnicos, estaba huyendo, o si simplemente estaba obedeciendo las órdenes que le imponían un repliegue. Honestamente, no sé qué contestarle. Tal vez dependa también de cómo se estaba replegando. Quiero decir, de cómo alcanzó el Tagliamento.

En coche, dije yo —era lo que Cabiria me había explicado cuando le pregunté cómo habían logrado salir de Údine. En coche, dijo. Dijo que de repente habían llegado a una calle grande, un paseo arbolado, y que esa vez habían encontrado austriacos a montones, todos ellos en formación de combate, con los oficiales pasando revista a las tropas, y piezas de artillería, por todas partes, hasta el punto de que uno se preguntaba cómo habían podido llegar hasta allí. Había incluso una banda que estaba tocando. Era divertido, me dijo Cabiria, porque en dos años de guerra a tantos austriacos, todos juntos, yo no los había visto. Si por mí hubiera sido, habría dejado las armas allí mismo y fin de la historia. Pero Ultimo echó a correr, y el capitán fue tras él, de manera que ¿qué iba a hacer yo?, pues eché a correr también, para quitarme de en medio. El hecho es que nos habían visto y que ahora iban detrás de nosotros, gritando en alemán cosas incomprensibles. Cuando dispararon las primeras ráfagas, el capitán se metió en una callejuela, y nosotros dos detrás, esperando que no hubiera una pared, o quién sabe qué, para jodernos. Hicimos media ciudad así, y se oían los pasos y los gritos de aquella gente que no aflojaba. Corríamos al azar, pero nos iban bien las cosas, y en un momento dado caímos de nuevo en aquella plaza donde estaban los soldados italianos, los que parecían de permiso. La atravesamos a la carrera, sin decir nada, y tal vez luego hicieran algo, a lo mejor se cruzaron un poco, pero el hecho es que los pasos y los gritos los oímos más lejanos. Entonces el capitán sin decir nada se metió por un portal, y desde allí cruzamos un patio, donde encontramos una escalinata, una escalinata elegante, y empezamos a subir. Me di cuenta de que en determinado momento Ultimo se había parado y había vuelto hacia atrás, pero yo llegué con el capitán hasta el primer piso, donde había una entrada, una especie de entrada, un pasillo que llevaba a una casa. Lo hicimos con el fusil preparado, porque no podíamos saber qué era lo que nos encontraríamos, y al final llegamos hasta allí. Por Dios, es ahora y, cuando lo pienso, es algo que todavía me deja de piedra. Había una sala grande, pero grande de verdad, llena de cosas de valor, alfombras, espejos, cuadros, y en el centro, justo en el centro, había una gran mesa preparada y, a su alrededor, una familia que estaba comiendo. Pero, ya le digo, había una vajilla puesta, los platos grandes, cosa fina, y aquellos cinco, elegantísimos, que estaban comiendo, en silencio. El padre en un extremo de la mesa; la madre, en el otro; y tres hijas, una de ellas pequeña, a los lados. Llevaban el pelo bien peinado, con lazos, todos del mismo color. No dijeron nada. Nos detuvimos, en la puerta, con nuestros fusiles en la mano, y ellos no dijeron nada. Ni

siquiera se volvieron para mirarnos. Siguieron comiendo. Carne, era carne, y en el plato había unas patatas muy amarillas, me parecieron muy amarillas. Se oía el ruido de los cubiertos sobre la porcelana de los platos. Dimos unos pasos adelante, el capitán y yo, y entonces una de las muchachas levantó la mirada. Se había quedado con el tenedor a medio camino, entre el plato y la boca. Se oyó la voz del padre diciendo Adela, come. Y ella bajó la mirada. Y el tenedor se puso de nuevo en movimiento. Había pan blanco, en un platito, delante de cada uno de ellos. Y dos jarras de agua, limpias. Yo me acerqué a la mesa, sin pensar en nada, haciendo únicamente lo que me iba saliendo. Cogí el vaso del padre, que estaba lleno de vino, y me puse a beber. Él no hizo nada. Entonces le cogí del plato un trozo de carne, así, con las manos, y empecé a comer. Carne caliente hacía meses que no la comía. Vi que el capitán, por el otro lado, también se había acercado a la mesa, y estaba haciendo como yo. Comía del plato de una de las niñas. El padre dijo entonces que no teníamos derecho. Dijo que bastaba con pedirlo civilizadamente y que en la cocina sin duda alguna nos habrían preparado algo. Lo dijo sin mirarme. Fue esto lo que hizo que me pusiera hecho una fiera. Lo que había dicho, también, pero sobre todo que no me hubiera mirado. Esto resulta largo de explicar, profesor —me dijo Cabiria—, tendría que explicarle muchas cosas. Hazlo, le dije. Sobre aquel permiso en casa, dijo. Cuéntame, dije. Cuando fuimos de permiso a casa, Ultimo y yo, a mi casa, dijo. Ultimo no había querido ir a su casa porque tenía problemas. Su padre se había lisiado en no sé qué accidente, se había quedado inválido y él no tenía ganas de volver. Por esa historia, y por otras que tenían que ver con un hermano suyo, no lo sé. En fin, que a algún sitio tendría que ir, de manera que se vino conmigo. No quiero alargarme, pero fue todo un lío de narices. Tardamos días en llegar, y por el camino la gente te miraba de una manera..., era obvio que prefería que te hubieras quedado en el frente. Y en el pueblo las cosas tampoco fueron mejor. Una noche lo llevé a una fonda en la carretera estatal, porque estaba allí la hija del dueño que era una preciosidad, y cuando te servía en la mesa, se agachaba para que pudieras ver, formaba parte del servicio, ¿me comprende? Queríamos divertirnos un poco, y olvidar toda aquella mierda. Y, en fin, que nos fuimos hasta esa fonda, hasta nos habíamos lavado a conciencia, perfumado y todo, pero con nuestro uniforme, porque estábamos orgullosos de él. Nos sentamos a una mesa y el dueño era todo él grandes sonrisas, aunque nos dijo que si podíamos colocarnos al fondo, porque aquella mesa era para alguien que estaba a punto de llegar. De manera que fuimos a sentarnos al fondo, donde él quería. Y luego vino a servirnos un chico al que nunca había visto. La otra, la chica que era una preciosidad, estaba allí, pero no venía hacia donde estábamos nosotros. Iba lanzándonos miradas, desde lejos, pero luego el dueño la enviaba a las otras mesas. Y nosotros con aquel chico, lleno de granos. Entonces, en un momento dado me levanté, me fui derecho hacia el dueño y le dije con resolución

que nosotros teníamos dinero para pagar, pero que él no tenía que hacer el capullo y tenía que enviarnos a la hija. Él dijo que la cena era gratis, como homenaje a la patria, pero que si nos atrevíamos a molestar a los clientes él nos iría dando de patadas en el culo hasta el lugar de donde veníamos. Y lo dijo sin mirarme. Porque le daba asco mirarme. Nadie quería mirar, ¿comprende?, querían ganar la guerra, pero no querían mirarla a la cara. No habían mirado a la cara nunca a nada, leían los periódicos y ganaban dinero, y no querían saber la verdad, tenían un miedo de la hostia, se *avergonzaban* de la verdad. Sentíamos nostalgia de la trinchera, fíjese, se lo digo sinceramente, te veías contando los días y deseando que pasaran deprisa y te arrojaran de nuevo allí abajo, a la mierda, que por lo menos era de verdad, bien lo sabe Dios lo verdadera que era. Y, en resumen, fue por todas estas historias por las que aquel ricachón hizo que me pusiera como una fiera, aquel que comía carne y ni siquiera nos miraba. Tal vez fuera toda aquella mesa lo que me parecía una ofensa, pero si él me hubiera mirado ni me habría dado cuenta de ello, era todo una locura, pero qué carajo. Pero él dijo que teníamos que ir a la cocina, y que si lo pedíamos civilizadamente nos darían algo para comer. Y sin mirarme. Lo golpeé con la culata del fusil, en pleno rostro. Se fue al suelo, con la silla y todo lo demás. Me acuerdo de la servilleta blanca, que salió volando. Levanté la mirada. El capitán seguía comiendo. Las tres chicas y la madre, en cambio, estaban quietas, correctas, miraban el plato, con el tenedor en la mano. Eran tan hermosas. En la guerra no hay ángeles como éstos, todo aquello era una locura. De manera que me acerqué a la mayor y le toqué el pelo. Una de sus hermanas empezó a lloriquear, pero en silencio. Yo tiré de una de las cintas, y el pelo se vino abajo, con una ligereza que había olvidado. Luego todos levantamos la mirada hacia la puerta, el capitán, yo, y ellos, los ángeles también, todos levantamos los ojos hacia la puerta, y en el umbral estaba Ultimo. Eso era algo especial que él poseía: era alguien que, cuando estaba, te dabas cuenta. Es algo que algunos llevan consigo, una especie de don. En mi pueblo se dice que tienen la sombra de oro, pero no sé por qué. Él la tenía. De manera que todos levantamos la mirada y él estaba allí, y dijo en voz baja:

—Hay un coche, abajo.

A lo mejor querría añadir algo más, pero se sintió como deslumbrado por aquella mesa, vio que las palabras le desaparecían de la boca, y que devoraba la mesa con los ojos. Se acercó con lentitud, y lo hacía de tal forma que ni se nos pasó por la cabeza, al capitán y a mí, decirle nada; se veía que había que dejarlo hacer, él estaba hecho de aquella pasta. Llegó a la mesa y empezó a rozar con un dedo el borde de aquel mantel. Seguía andando arriba y abajo con los ojos, de una punta a la otra de la mesa, como si tuviera que medirla, o que abarcarla toda con una mirada. Tenía una extraña sonrisa en la cara, como si estuviera allí para encontrar algo que había perdido. Con las manos lo tocaba todo, la panza de las jarras, el borde de los platos, el perfil de los

vasos; pasaba los dedos por encima, con gracia, casi como si hubiera sido él quien los hubiera hecho, como hacen los artesanos cuando han acabado y dan el último vistazo, o hacen algún retoque más. De las personas ni se había percatado, eran *los objetos* los que lo sorprendían; vamos, que ni siquiera había mirado al padre que estaba tendido en el suelo, sin sentido, con la cara ensangrentada, y acariciaba, en cambio, el anillo de plata de las servilletas, haciéndolo rodar sobre el mantel. En un momento dado se acercó a la más pequeña de las tres hermanas, una muñequita, de veras; estaba allí, inmóvil, con la vista clavada en el plato, sin llorar, nada; él se acercó y con dulzura le quitó el tenedor de los dedos, un tenedor de plata, bien labrado. Se puso a contemplarlo y con los ojos iba desde la punta hasta el mango y luego de nuevo hasta la punta, estaba como hipnotizado. En aquel momento al capitán le pareció que ya era bastante y entonces preguntó qué quería decir con la historia del automóvil. Último pareció volver en sí, como si regresara de un sueño. Dijo que había un automóvil, en el garaje, en el piso de abajo.

—¿Y qué hacemos con un coche? —preguntó el capitán.

—Pues irnos hasta el Tagliamento, eso es lo que vamos a hacer.

—Tú estás loco, un coche hay que saber conducirlo.

Último sonrió. Luego se inclinó hacia la niña y le dijo

—*Merci*.

Y se metió el tenedor en el bolsillo. Y se marchó de allí. Salió por la puerta, sin mirar nada más. El capitán y yo nos miramos, y luego él siguió a Último. Y también yo lo seguí. Pero todavía no había salido cuando una idea se me cruzó por la cabeza y volví hacia atrás y me fui hasta la madre, a quien le dije

—*Merci*.

Y luego le arranqué el collar del cuello, un collar muy fino, un hilo de oro. Ella no se movió, de manera que, ya puestos, cogí un par de aquellos anillos de plata, para las servilletas. Ellas dejaban hacer. Era todo tan fácil que se me ocurrió llevarme todo lo que pudiera, y al final tuve la idea de hacer las cosas seriamente, así que regresé hasta donde estaba la madre y le pregunté dónde estaba todo lo demás. Ella seguía sin mirarme, contemplando el plato, pero se sacó de los dedos tres anillos, diciendo en voz baja No nos haga daño. Cogí los anillos y repetí la pregunta: Dónde tenéis escondido todo lo demás. Había tenido la intuición de que escondían a saber qué tesoro, por lo locos que estaban en aquella casa. Ella permaneció quieta, sin decir nada. Entonces le metí una mano por el escote, diciéndole algo así como ¿Acaso tengo que buscarlo yo? Una bravuconada. Tenía los pechos blandos, entre los encajes. Por favor, dijo ella, y se levantó. Me llevó hacia la librería y allí, de algún lugar escondido, sacó todas las joyas, una fortuna. Yo no había hecho nunca algo parecido, se lo juro, pero allí todo era raro, todos estábamos raros: el mundo, en aquellos días, era raro. Y en alguna parte dentro de mi cabeza debía de tener la idea de que

únicamente estaba recuperando lo que me habían arrebatado. Aquella mujer seguía sin mirarme y yo pensé entonces que no me detendría hasta que me mirara. Empecé a destrozarlo todo, con el fusil, y luego, con la bayoneta, a rasgar los sillones, los cojines y todo lo que se me ponía por delante. Estaba montando un destrozo monumental. Las tres hermanas y la madre estaban en silencio, seguían tan quietas que las hubiera matado. Para mí eso quería decir que efectivamente tenían algo escondido. Al final lo encontré detrás de un panel de madera, de esos que en las casas elegantes están sobre la pared, porque la pared ya les parece un poco pobre, pared y nada más que pared. Detrás del panel había un agujero, excavado en los ladrillos. Dentro había algo así como pequeños ladrillos, como pequeños libritos, no sé, como baldosines: y eran de oro. Gilipollas. Con todo aquel oro y se quedaban allí, dejando que la guerra los alcanzara, en lugar de marcharse a cualquier parte a disfrutarlo. Pensé que eran unos gilipollas. Vací mi mochila por el suelo, y metí en su interior el oro y todo lo demás: las joyas, los anillos de las servilletas, todo. Me temblaban las manos, por la emoción. Había para ir tirando toda la vida, yo, Ultimo, y a lo mejor hasta el capitán, y con todos los lujos, no como pobretones. Desde abajo se oía un ruido de motor encendido. Parecía todo tan perfecto, como si lo hubiéramos planificado sobre el papel. Antes de salir me acerqué a la madre, y con la mano le levanté la barbilla, para que estuviera obligada a mirarme. Tenía unos grandes ojos grises, como algunos animales. Me miró. El padre seguía allí en el suelo, pero yo cómo iba a saber que estaba muerto, sólo le había dado un gran golpe en la cara; sólo lo supe más adelante, eso de que había muerto, pero tampoco es seguro que me hayan contado la verdad; a lo mejor se murió de un ataque al corazón, nada que ver con el golpe, o el golpe se lo darían sus hijas, como pago a toda aquella severidad suya de gilipollas, qué sé yo. Con esa excusa me metieron aquí dentro, y de aquí ya no me han sacado, me dijo Cabiria.

Yo sabía que estaba en aquella celda desde hacía trece años porque el hombre al que había matado era un pez gordo, pero también porque el oro nunca apareció, y él se obstinaba en no decir dónde lo había escondido. Le dije que lo dejarían pudriéndose en la cárcel toda su vida, y que por tanto no podría disfrutar de su oro. Él se echó a reír. Eso lo dice usted, me dijo. Eso lo dice usted.

Puedo atestiguar que, contra toda lógica, mi hijo, con Cabiria, salió de Údine en un Fiat 4, conducido por el soldado Ultimo, dejando a sus espaldas la ciudad y enfilando hacia el Tagliamento por carreteras secundarias, y de cuando en cuando, a campo traviesa. Cuando le pregunté al doctor A., cirujano de la compañía, cómo había sido posible eso, él se rió con fuerza y me dijo que si había ocurrido quería decir que era posible, añadiendo que a decir verdad todo lo que había ocurrido en aquellos días, en aquella zona de campo, fue algo irracional. Aquello ya no era la guerra, me dijo. Verá, en las maniobras contempladas en los manuales de estrategia

militar, hay una que supera a las demás en dificultad, hasta el punto de ser considerada, por muchos, esencialmente irrealizable: la retirada. La cosa es que los manuales se obstinan en imaginarla como un movimiento al que se le puede dar cierto orden, cierta forma de racionalidad. Mientras que la verdad de los hechos es que un ejército que se retira es, de hecho, un ejército que ya no existe. Una de las frases más estúpidas que puede haber usted escuchado a propósito de Caporetto es que «la retirada se convirtió en repliegue». Vea usted los sofismas del lenguaje militar. Se obstinan en considerar una maniobra de guerra lo que en cambio suele ocurrir justo cuando el cascarón de la guerra se resquebraja e increíbles cantidades de energía física y moral se escapan del perfil de la lógica bélica y se echan, simplemente, hacia atrás, arrastrando consigo jirones de paisaje, de humanidad y de muerte. No hay una forma ordenada de hacer algo semejante. La guerra sí, ésa sí que es ordenada, pero cualquier retirada es una intermitencia de la guerra, una experiencia vacía en la cadena de los acontecimientos, una latencia incontrolable de todas las reglas y, por tanto, una derrota. La de Caporetto fue de dimensiones bíblicas y, déjeme que le diga, de un deslumbrante caos formal. En pocos días, más de tres millones de personas fueron afluyendo sobre una pequeña porción de tierra, haciendo converger en ella todo tipo de ilusiones y de razones. Más de un millón de soldados italianos llegaron allí desde las montañas: hasta unos días antes se estaban macerando en el infierno de la primera línea y ahora veían el campo abierto y los rostros de la gente, voces de mujer, casas abiertas, bodegas para saquear y, por todas partes, lugares ya sin dueño. Algunos de ellos todavía marchaban con la íntima convicción de que obedecían a una orden, la de retirada, pero la mayoría, inexplicablemente, seguía la inercia de las carreteras sintiéndose, simplemente, *libres*, aliviados del peso de la guerra, y caídos de repente sobre un mundo en suspensión, donde no existía ya la Historia que los juzgaría. Los acosaba, a sus espaldas, el ejército austroalemán, es decir, un millón de soldados agotados, succionados por un avance que nadie había imaginado que sería tan profundo: todos los planes logísticos se habían desbaratado de manera que la única posibilidad para aprovisionarse era el saqueo, y hasta cierto punto la única posibilidad de supervivencia era seguir avanzando. Añádanse a ello los civiles, casi trescientas mil personas salidas de sus casas para huir de la invasión: imagínese sus carritos, los viejos y los niños, los enfermos en camas cargadas a la buena de Dios, los animales que serían toda su fortuna. Imagínese las carreteras transformadas por las lluvias otoñales en ríos de barro. Y ahora piense en las variables enloquecidas: las termitas alemanas, todavía pululando por el sistema sanguíneo de esa retirada, a menudo por delante de los italianos, provocando choques al revés, en los que los nuestros tenían que luchar para poder seguir retrocediendo, para poder liberar las carreteras. Y los puntos cruciales del tablero estratégico, estaciones de ferrocarriles, puentes, nudos de carreteras donde la guerra prendía de

nuevo, de repente, por la posesión de pequeñas posiciones que podían significar la vida o la muerte. Y los primeros civiles que llegaron a los ríos, y que allí fueron rechazados, obligados a volver sobre sus pasos, hacia sus casas abandonadas. Y las retaguardias italianas, echadas hacia delante, en sentido inverso respecto al de la retirada, para hacer más lento el avance del enemigo. Y los prisioneros, que habían bajado de las montañas, y ahora volvían a subirlas, perdida la libertad, para alcanzar los campos de internamiento en suelo austriaco. ¿Se ve capaz de imaginarse una eclosión tan vertiginosa como ésta? Si quiere saber lo que pienso verdaderamente al respecto, entonces le diré que cualquier cosa que sucediera en aquellos días, en las carreteras que van al Tagliamento, no puede ser comprendida situándola en la lógica de la guerra, sino más bien, créame, comparándola con otro tipo de experiencia muy distinta: la experiencia de la fiesta. Sírvese usted de la gramática del Carnaval y conseguirá descifrar la retirada de Caporetto. Tiene usted que imaginarse —me dijo el doctor A., cirujano de la compañía— aquel río de humanidad, bajo un cielo de octubre, en el marco espectacular de miles y miles de piezas de artillería abandonadas, hechas trizas, boca abajo; tiene que imaginarse a tres millones de personas que ya no tienen nada que perder y que se entremezclan en un único camino lentísimo; tiene que imaginarse el cansancio y la pena, pero también el alivio y la alegría, y la suspensión del pensamiento y el babel de lenguas y palabras. Tal vez entonces podrá intuirlo, la fiesta, bajo la piel de lo que luego nos fue explicado como una catástrofe, sin miedo a reconocer el estremecimiento carnavalesco, la burla monumental, incluso el *baile*, si es que consigue verlo, el baile en que se convirtió aquel camino en el barro, sobre la tierra, ligera. Le digo que este país no había vivido nunca un día de fiesta como aquél. De revolución, me gustaría decir. Piense en cómo se cagaron encima los burgueses, en sus casas caldeadas, protegidos, cuando se despertaron una mañana y se dieron cuenta de que se les estaba echando encima la ola incontrolable de un cortejo de locos, henchido de rencor y liberado de toda clase de disciplina. ¿Dónde estaba usted, profesor?, ¿en la penumbra de algún salón?, ¿resguardado en la universidad?, no me diga que no sintió el escalofrío, con las primeras noticias, con los primeros titulares de los periódicos; eran exactamente los días de la pesadilla bolchevique, eso no puede haberlo olvidado, los días de la revolución rusa; y precisamente en esos días el cortejo de los locos baja de las montañas, los locos tascados con el freno durante tres años, a saber con qué saña estarán descendiendo hacia la llanura, y si irán todos armados: esto les aterraba, toda aquella desesperación armada, no me diga que por unos instantes no pensaron que aquello era el final, no de la guerra, no simplemente de la guerra, sino de todo, de su estafa, de sus trucos, todo lo barrerían aquellos harapientos armados que habían sido entrenados en los sufrimientos más atroces, iban bajando hacia ustedes y nadie los detendría porque no tenían miedo a nada, llegarían y les devolverían todas las

crueledades y todos los abusos.

Pero no.

Marchaban sumisos.

Esto lo dicen todos los testigos. Firmes, decididos, pero sumisos. Al lado de los oficiales, abriendo paso a los automóviles de los generales que se habían quedado atrás, desenroscando diligentemente los percutores de las piezas de artillería que abandonaban, desarmándose por sí mismos, y gritando la guerra ha terminado. Estaban en la paz, ¿comprende? Nada de revolución. Una fiesta, créame. No es fácil comprender el porqué, pero lo que podía haber ardido con la violencia de una revolución pasó como una jornada festiva en el calendario de las atrocidades impuestas por el Tiempo. No se deje engañar por las brutalidades, los saqueos, las chicas de la Cruz Roja que fueron violadas o por las iglesias convertidas en escenario de francachelas. Es el remate habitual de un día de fiesta. La verdad es que les perdonaron la vida, sin razón y sin saberlo, con la misma incomprensible mansedumbre con que habían aceptado las trincheras. Podían haberles barrido y en vez de eso les perdonaron la vida, a cambio de un único día de fiesta y de anarquía. ¿No le convence, profesor?

Le dije que desde hacía tiempo no sentía ningún interés por ese género de reflexiones. Añadí que sólo me importaba el honor de mi hijo y que por tanto me era importante sobremanera comprender el lado militar de las cosas, que en sí mismo me repugnaba, pero que consideraba necesario para lograr mi fin. Le concedí que su teoría sobre la fiesta de Caporetto tenía algunos aspectos fascinantes, pero que lamentaba sinceramente no tener tiempo para profundizar en ella ni, en caso de que fuera posible, juzgarla. Disculpándome, me vi obligado a rogarle que volviera a la dinámica de los hechos militares, para así hallar en los mismos el escenario en el que situar lo que sabía de los movimientos de mi hijo.

Ya le he dicho que la retirada es una suspensión de la guerra, me dijo.

No es posible, le dije. El ejército austriaco iba pisándoles los talones, y las termitas vagando por allí, cortando el camino a los fugitivos, mientras la retaguardia italiana todavía estaba luchando.

Todo aquello fue una locura, me dijo.

Hábleme de ello, le dije.

Sólo una locura, dijo.

Parecía cansado. Me agaché, entonces, y de la bolsa saqué otra botella de coñac, y la dejé sobre la mesa, como señalaban las reglas de aquel extraño diálogo nuestro. Él hizo un gesto con la cabeza, pero permaneció en silencio. A mí se me pasó por la cabeza preguntarle dónde estaba, en aquellos días, durante Caporetto. No formaba parte de nuestro pacto que le preguntara cosas personales, pero la botella estaba llena, resplandeciente, y parecía merecerse un precio especial. Él permaneció en silencio, y

sólo cuando le pregunté de nuevo si quería decirme dónde se encontraba él, en los días de Caporetto, entonces dijo:

—Me está usted tocando los cojones, profesor. Usted y sus preguntas.

—Lo hago por mi hijo —dije.

—Ya estoy harto de ese hijo, pero a quién coño le importa ese hijo, ¿es que no se da cuenta? Su hijo es una gota en un océano, hace años que usted busca una gota en el océano, ¿qué quiere que importe si era o no inocente?, en un mar de tres millones de personas en plena desbandada, ¿qué es lo que importa?, ¿qué importa más?

Hice ademán de retirar la botella de coñac, y él tuvo como un destello de angustia en sus ojos. De maldad y de angustia. Me detuvo la mano y cogió la botella. La abrió, arrancando con los dientes el tapón de corcho. No bebió. Miraba la botella. Luego la dejó sobre la mesa, pero seguía aferrándola en su mano, y se echó un poco hacia mí y me miró fijamente a los ojos. Habló sin interrumpirse, sin beber siquiera un sorbo de coñac, y siempre con una voz monocorde, y malvada.

Yo estaba en los Puentes de la Delicia. Sobre el Tagliamento. Había allí un hospital de retaguardia, en la orilla occidental, donde prestaba mis servicios. La oleada de los fugitivos y de los soldados que se replegaban llegó de repente, maciza, incontrolable. Las aguas del río bajaban crecidas y los puentes eran la única vía para pasar. Había un caos inimaginable, y desde la gran panza del campo se iban apiñando cientos de miles, para acabar embotellándose ante aquel atolladero sádico de los puentes. Llovía y por la noche hacía un frío de perros. Los alemanes llegaron por la mañana, bajando desde el norte, siguiendo la orilla opuesta del río. Cayeron sobre aquella muchedumbre infinita como los lobos sobre el rebaño. Se oyó el grito de agonía que el gran vientre de la multitud escupió, de un solo golpe, y luego vimos a la gente en desbandada, huyendo, tirándose al agua, aplastando cuanto se pusiera por delante. Los alemanes querían los puentes, y con una rapidez increíble llegaron hasta ellos, dispersando a la multitud. Nosotros abrimos fuego. No era fácil para ellos, nosotros estábamos en nuestras posiciones; ellos, al descubierto. Intentaron pasar pero al final tuvieron que retroceder. Tardaron un tiempo en organizar otro intento. Se presentaron de nuevo ante la embocadura de los puentes, escudándose tras los prisioneros italianos. Los empujaban hacia delante, y se escondían detrás de ellos. Éste sí que es un buen dilema, profesor. ¿Qué habría hecho usted? ¿No me pregunta si, *técnicamente*, disparar contra aquellos rehenes era una forma de obedecer las órdenes o una mezquina exhibición de miedo? Los prisioneros italianos avanzaban con las manos en alto y gritaban que no disparásemos. Abrimos fuego, con las ametralladoras, y los austriacos comprendieron, y se echaron hacia atrás. Muchos prisioneros se quedaron en medio del puente, para morir. Lloraban y nos suplicaban, pero esta vez también pretendían de nosotros algo que no podíamos hacer. Luego los alemanes atacaron por tercera vez. Nos dimos cuenta de que nunca cederían, que

seguirían intentándolo todo el día. Entonces el general ordenó que voláramos el puente. Ése era un asunto delicado. Si lo volábamos, dejábamos aisladas a cientos de miles de personas, condenándolas al cautiverio. Pero, por otra parte, si dejábamos pasar a los alemanes, eso significaba el fin. Había que asimilar, un instante antes de ser derrotados, que habíamos sido derrotados, y volarlo todo, para mantener a los alemanes al otro lado. Un trabajo delicado. Al general que tenía que hacerlo lo conocía yo, era de mi tierra. A veces uno puede comprender la guerra fijándose en los detalles. El general vivía con su madre, viuda, y era conocido porque una vez a la semana recibía en casa a una puta, siempre distinta, y quienes la elegían eran sus hermanas, por él, y quien la pagaba era su madre. Era alguien así. Y ahora la vida de millones de personas estaba en sus manos. Hizo volar el puente, y fue como cortarle las amarras a un barco, esa otra parte de Italia pareció salir despedida, a la deriva. Por los aires volaron también unos cuantos alemanes, y todos los cadáveres que estaban allí en medio, y animales, y objetos. En el pueblo, a tres kilómetros de distancia, todos los cristales se hicieron pedazos. Fue una señora explosión. Pasado el peligro, los que estábamos de este lado del río empezamos a reorganizarnos. Se recogía a los soldados dispersos y se les enviaba otra vez a la retaguardia, para encuadrarlos de nuevo, y rearmarlos. Cuando entre los dispersos había un oficial, en cambio, la policía militar le preguntaba por qué razón no estaba con sus tropas. Ni escuchaban, casi, su respuesta: los llevaban a la orilla del río y los fusilaban. Deserción. A lo mejor su hijo era uno de éstos. Tal vez fuera él uno que gritaba, y que se meó encima, delante del pelotón. Era el más joven.

Se detuvo. Tal vez había terminado. Seguía agarrando el cuello de la botella de coñac, pero sin beber.

No tenía intención de dejarme distraer por su maldad, de manera que mantuve la calma, y conseguí dominar la pesadumbre. Me limité a comentar, con un inútil atisbo de polémica, que me costaba un gran esfuerzo encontrarle algún sentido festivo a todo aquello.

Él hizo un gesto, como diciendo que la objeción era sensata. Pero inmediatamente después se echó a reír de una forma ácida, como para asustarme.

—Usted no pude comprender nada de nada —dijo entre una carcajada y otra.

Se veía que había acabado odiándome.

De nuevo me miró, serio, a los ojos, como antes, y con la misma voz, monótona y cruel, me dijo una cosa más, antes de echarme de allí.

Le regalo la última imagen que tengo de Caporetto, dijo, haga con ella lo que le plazca. Una jornada lluviosa, fría como si fuera invierno. Íbamos dando tumbos, al azar, créame, no había ni orden ni honor. Yo había ido a tomarme un descanso del enorme esfuerzo. Estaba bajo el tejado de un gallinero, mirando la lluvia caer, desoladora. Era algo que a uno lo mataba. Entonces di una voz, y llegó un joven

recluta alpino, tendría unos veinte años. Sabía perfectamente lo que quería de él. Se arrodilló delante de mí, me abrí los pantalones y me saqué el rabo. Mientras su cabeza iba arriba y abajo, me puse a acariciarle el pelo, que llevaba cortísimo. Tenía esa sensación en la palma de la mano cuando levanté la mirada hacia la carretera y los vi, a unos cien metros de nosotros. Un batallón de austriacos, en perfecto orden, en marcha, silenciosos. Serían unos doscientos, o algo más, y lo extraño era que cada uno de ellos llevaba en la mano un paraguas abierto para protegerse de la lluvia. Sujetaban el fusil en una mano y con la otra el paraguas. De verdad. Cientos de paraguas, desplegados a la perfección, contra el gris del campo, ligeramente oscilantes, pero al unísono, como boyas negras, medidas por el oleaje del mar.

De vez en cuando pienso en ello, me dijo, y cada vez que lo hago tengo algo así como la sensación de haber visto el sueño de mi funeral. Pero ya no es un sueño, es una fotografía. Quédesela. Es suya. Yo ya no la necesito.

Dos años después, como pude saber a través de un conocido común, el doctor A., cirujano de la compañía, se quitó la vida con un disparo de fusil, un domingo por la mañana, mientras llovía. A pesar del desagradable recuerdo que aquellas conversaciones me habían dejado, sentí piedad por él, y no pude por menos que pensar en todos aquellos a quienes la guerra había seguido matando después de que las armas hubieran cesado de disparar. Era como un animal que se hubiera llevado a sus víctimas a lo más oscuro de su guarida, y que ahora las devorara con calma, manteniéndolas con vida el mayor tiempo posible, para conservar la tibieza de la carne viva. En cierto sentido, podría catalogarme entre las filas de esas desgraciadas presas, a la vista de cómo la guerra acabó royendo después mis últimos años, hurtándolos a las justas ocupaciones del tiempo de paz. Pero no pretendo atribuirme méritos con la fortuna de los que no puedo vanagloriarme: fue por mi propia voluntad por lo que deserté de la vida, condenándome durante años a morir la muerte de mi hijo, en el intento de comprenderla, o tal vez de tenerla a mi lado, simplemente. No hay heroísmo en las penas que uno mismo se inflige; ni siquiera son penas, en verdad, sino inescrutables placeres. De una manera que no sé cómo percibir, me resultaba indispensable mantener en vida a mi hijo, y recorrer su fuga con él fue una forma, no mucho más refinada, me doy cuenta, de hacerlo. Sé que en sus pasos está escrita su inocencia y quiero creer que este memorial mío podrá inclinar a las leyes militares para que descifren las pruebas de un veredicto imprudente. Pero si no fuera así, he de decir que mi trabajo no habría sido en vano, en cualquier caso, porque me ha llevado hasta las puertas del final en compañía de mi hijo, al que tanto quise, sin saber siquiera por qué. Ha sido mi placer supremo malgastar mis días a cambio de su compañía. Y me supone un goce tan grato, en estas horas que son mis últimas horas, poder traer a la mente, cada vez que quiero, y mil veces al día, la imagen final que de él arrebaté al olvido de los acontecimientos. Puedo verlo, en el corazón de un caos

espectacular, llevando su uniforme y escrutando las aguas del río crecido, marrones y turbias, bajo la lámina de plata de un cielo gélido. Cientos de miles de hombres empujados al final de largos sufrimientos hacia la miseria de un puente, en las Delicias, que los tragaba con una lentitud culpable. Ya no se podía ni avanzar ni retroceder, y una especie de inmovilidad febril era el ejercicio que cada uno practicaba, con las fuerzas que le quedaban. Cabiria había insistido en que tenían que tirar los uniformes y ponerse ropa de civiles, pero mi hijo no quiso, y tampoco Ultimo. De manera que Cabiria era el que ahora iba por ahí con un traje demasiado estrecho, oscuro, absurdamente elegante. Aferraba todavía su mochila militar, en la que había metido su tesoro. Se había convertido en lo único importante, para él, y ahora cruzar aquel río se había convertido en un asunto condenadamente importante. ¿Y qué vas a hacer cuando estés al otro lado?, le había preguntado Ultimo. Te lo van a quitar. Pero él se había reído. Antes tendrán que encontrarlo, había dicho. Y luego: nos vamos todos para casa, había dicho. Y con una energía que los otros dos a esas alturas ya habían perdido, los empujaba, en medio de todo aquel estruendo, para salir al descubierto y llevarlos a donde él sabía, hacia un atraque río arriba, donde le había comprado con su oro unos pasajes a un barquero. Los barcos no pueden pasar, había dicho mi hijo, mientras vaya crecido no van a pasar, pero Cabiria sabía, en cambio, que las barcas navegaban, y de qué manera: bastaba con pagar. De ese modo los empujaba a salir de allí, aunque parecía una tarea imposible, porque la gran masa de fugitivos se abría y se cerraba en torno a ellos como una niebla, como una tormenta de arena. Parecen peces en la red, dijo Cabiria. Hablaba de los demás como si ellos tres fueran algo diferente, tres viajeros que hubieran acabado accidentalmente allí en medio, por una broma divertida de la vida. Había un caos de locos, y corría la voz de que los alemanes estaban a punto de llegar, por la espalda, e incluso que los italianos no querían dejar pasar a nadie para ponerle las cosas difíciles a la avanzada enemiga, y ganar algunos días, algunas horas. Encima de un carro, sentada en una silla, había una vieja que no dejaba de gritar Cobardes, cobardes, cobardes, como un pájaro nocturno encaramado a una rama, sólo graznaba esa palabra, pero sin cansarse nunca, cobardes. Cállate de una vez, vieja, le gritaban los soldados, pero ella no hacía caso y repetía hasta el infinito la misma palabra, haciendo que flotara sobre el tumulto generalizado, como una maldición, o una plegaria. Cobardes. Mientras, a lo lejos se oían explosiones; y cerca, el ruido de los pasos en el barro y, de vez en cuando, el canto de un soldado o el sonido de un instrumento, y cristales rotos, junto a los llantos, o un motor enloquecido, un claxon, un lamento, mil lamentos. Hasta que Ultimo distinguió a una mujer, en medio de aquel concierto de soledades, mancillada por un rostro devorado por la angustia, vagando como borracha, y murmurando algo. Acabó cerca de ella, llevando detrás a Cabiria, quien seguía abriéndose paso entre la gente. Así pudo escuchar lo que murmuraba, y lo que murmuraba era: mi hijo.

¿Dónde está tu hijo?, le preguntó. Mi hijo, dijo ella. ¿Dónde está? ¿Me oyes?, ¿dónde está tu hijo? Entonces ella pareció darse cuenta de su presencia. Y dijo: he perdido a mi hijo. Ultimo hizo un gesto con la cabeza, para señalarle que la había entendido. Ahora vamos a ir a encontrarlo, dijo. ¿Dónde lo has perdido? Ella dijo que era un niño. Tiene cuatro años, dijo. Venga, lárgate de ahí, gritó Cabiria, con su elegante traje, lárgate de ahí, que éstos no van a esperarnos. Espera, dijo Ultimo. Luego se volvió hacia el capitán, para ver lo que pensaba al respecto. El capitán se acercó a la mujer y le preguntó dónde había visto a su hijo por última vez. Sois unos idiotas, gritó Cabiria. No lo sé, dijo la mujer, estábamos detrás de un camión de soldados, luego el camión se paró, yo fui para adelante, y luego ya no lo vi más. Tiene cuatro años. Lleva un jersey verde. Miraron a su alrededor, buscando al niño y el jersey. Pero era como buscar en la noche. El capitán señaló un camión del ejército, unos cincuenta metros por detrás de ellos, y le preguntó a la mujer si aquél era el camión. He perdido a mi hijo, repitió ella. No puede ser más que ése, dijo entonces el capitán. Intentemos regresar hasta allí. ¿Pero es que os habéis vuelto majaras?, se puso a gritar Cabiria. ¿Un ejército entero se está yendo al carajo y vosotros queréis que encontremos ahí en medio a un niño?, pero ¿qué os pasa?, tenemos que largarnos de aquí, ¿qué tendrá que ver con nosotros ese niño?, ¿queréis o no queréis salvar el pellejo? Pero mientras él estaba gritando, a Ultimo se le apareció el extraño pensamiento de que, todo lo contrario, aquel niño tenía que ver con todo el mundo y que, todavía más, de algún modo era el principio de todo. De repente se le ocurrió pensar que bastaría con reunir a aquella madre y a aquel hijo, para que luego todo volviera a estar en su sitio, como cuando uno encuentra el cabo de un hilo y a partir de ahí se puede empezar a desentrañar el nudo en el que uno se había quedado enmarañado. Pensó que su error había sido agitarse neuróticamente en la red, cuando lo que tenían que hacer, en vez de eso, era colocar el mundo en su sitio, empezando por el lugar exacto en que se había quedado enmarañado. Se imaginó el instante exacto en que de la mano de la madre se habían escapado los dedos del niño, y no le cupo duda de que todo había empezado allí, y de que aquélla era la herida anterior a cualquier otra herida, el aleteo de alas que había provocado un tornado, y el crujido que había cuarteado aquella tierra. Vamos a ir a buscarlo, le dijo a Cabiria. Tú estás loco, vete tú a buscarlo, yo me voy a la barca, dijo Cabiria, fuera de sí. Tú no te largas, nos esperas aquí, dijo Ultimo. Por favor. Y lo miró a los ojos, para saber lo que haría. Cabiria sacudió la cabeza, no sabía adónde mirar. Ultimo seguía mirándolo, para saber. Entonces el capitán sacó su pistola de oficial, y con ella apuntó a Cabiria. Deja la mochila, dijo. Cabiria no comprendía. Dame tu mochila. Así estaremos seguros de que no te irás. Cabiria no quería creer lo que estaba sucediendo. Pero el capitán se lo había tomado en serio. La mochila, dijo. Cabiria se la sacó de la espalda y la dejó caer al suelo. El capitán la cogió. Espéranos aquí, dijo. Cabiria miró

a Ultimo. Parecía que ya no fuera capaz de encontrar palabras. Ultimo le sonrió. Todo saldrá bien, no me dejes aquí tirado, Cabiria, dijo. Cabiria no dijo nada. Vio cómo se alejaban, con la mujer, abriéndose paso entre la gente. Antes de que desaparecieran en medio del caos, Ultimo se volvió otra vez, y Cabiria lo vio bien, porque aunque fueran miles los que estaba por allí, alrededor, Ultimo tenía la sombra de oro, y era imposible perderlo. Vio cómo se volvía y le daba una última ojeada, como el nadador que va mar adentro y lanza un vistazo a la orilla, por precaución. Cabiria le hizo un gesto con la cabeza. Desde lejos, se miraron a los ojos. Fue la última vez que se vieron.

En el camión de los soldados encontraron al niño, y la madre lo cogió de la mano, y el mundo ahora ya no tenía más razones para la confusión. El capitán dijo que podían llevarlos con ellos, en la barca, y Ultimo pensó que a esas alturas ya no importaba, que probablemente ya no serían necesarios ni barcas, ni ríos, ni nada; que el mundo habría regresado al orden y punto: pero dijo que era una buena idea, y que seguro que encontrarían un sitio también para ellos en la barca. Empezaron a remontar el gentío nuevamente para regresar a donde estaba Cabiria. Pero al llegar a donde lo habían dejado, no lo encontraron. Ultimo dijo que no podía estar lejos. Se pusieron a buscarlo. Tal vez se haya encaminado hacia el río, dijo. Era un embarcadero que estaba río arriba, detrás de esas tres casas, dijo. Salieron de entre la multitud y al cabo de poco tiempo estaban caminando entre los campos, llamando en voz alta a Cabiria, y teniendo cuidado de no alejarse demasiado del río. Ultimo, el capitán, la mujer y el niño. Siguieron avanzando un rato, luego se detuvieron porque lo que estaban buscando no tenía intención de aparecer. Entonces el capitán, sin decir nada, dejó la mochila de Cabiria en el suelo y la abrió. Dentro había latas de carne, ropa, un par de zapatos. Hijo de puta, dijo el capitán. Ultimo se acercó y desparramó la mochila. Cabiria, dijo en voz baja. Por detrás de ellos el gran animal de la gente en fuga seguía apiñándose contra el puente. El río corría por su lado, henchido de agua y de barro. El niño se sentó sobre una piedra. La madre seguía cogiéndolo de la mano. Nadie dijo nada más. Luego, desde el perfil de la colina que tenían delante de ellos, despuntaron las sombras oscuras de soldados armados, en un silencio irreal roto únicamente por una voz que daba órdenes en una lengua extranjera. El niño se levantó. Ultimo permaneció sin moverse. La cumbre de la colina vomitaba soldados como insectos. Bajaban sin prisas, pero con un paso que parecía inexorable y definitivo. No, prisionero no, dijo el capitán. Y luego dijo: Yo quiero volver para luchar, Ultimo. Ultimo se dio la vuelta y sonrió. Buena suerte, dijo. Ha sido usted un buen capitán, dijo. Nos veremos en casa, dijo. El capitán sonrió —mi hijo. Y huyó, una vez más, estimados señores del Estado Mayor, huyó como venía haciendo desde hacía días, no por miedo, sino por coraje; no para salvarse, sino para condenarse, hacia el plomo que se imaginaba que sería enemigo, y que en cambio iba a ser el

vuestro, ilustres justicieros de mierda.

Ultimo pensó que esperaría a los alemanes inmóvil, con los brazos en alto, incluso con la curiosidad de experimentar un gesto tan cobarde y, al mismo tiempo, elegante. Pero antes de que consiguiera hacerlo, notó la mano de la mujer, buscando la suya, y estrechándosela, tibia y tranquila. En aquel apretón estaba el reflejo de la mano del niño, y la fuerza con que las cosas se transmiten a sí mismas. De manera que se rindió sin levantar los brazos, pero manteniendo sujeto el corazón del mundo.

Aquí termina este memorial mío, redactado durante once días y once noches con el propósito de restituirle el honor a mi hijo, injustamente condenado por desertión el 10 de noviembre de 1917. Habría preferido escribirlo con la atención que una serena vejez me habría permitido, pero, como ya he dicho, las circunstancias decidieron que fuera de manera distinta. De un momento a otro vendrán a detenerme, y yo me despediré de esta habitación donde nací y viví, para no volver a verla nunca más. No sé muy bien cuál es mi culpa, pero me han hecho comprender que mi pena tiene que ser pagada con la vida. He asumido responsabilidades en el partido, en todos estos años, y está claro que permití que se perpetraran crímenes que no me tomé la molestia de valorar: lo hice por no ser molestado, y porque no era mi intención actuar de otra forma más que como fuera necesario para salvaguardar mi indiferencia ante lo que estaba sucediendo. Los hombres que me juzgaron abrigan grandes esperanzas, y su fe en el mañana necesita beber en la fuente de alguna forma de justicia. Si necesitan el sacrificio de un viejo fascista, yo soy lo que están buscando. No he intentado defenderme, y me es indiferente mi destino. Tal vez debería hacerme reflexionar el hecho de que, con treinta años de distancia, un padre y un hijo hayan acabado encontrando, por caminos distintos, una idéntica y vergonzosa meta: pero no podría inferir de ello más moraleja que ésa, tan inútil, referida a nuestra culpable mansedumbre. En el seno de toda gran mutación viven legiones de hombres sumisos, y para ellos es inescrutable el camino de la salvación.

No he intentado saber nada más sobre la muerte de mi hijo, porque eran los últimos días de su vida los que me interesaban, y nada más. No sé quién estaba al mando del pelotón de fusilamiento, ni quién firmó su condena a muerte. No quiero hacer recaer sobre ellos culpa alguna: es posible que hicieran, simplemente, lo que tenían que hacer. Ignoro en qué punto escondido de la burocracia el nombre de mi hijo permanece en la actualidad acompañado por el título de desertor. Pero quiero creer que si mi relato ha contribuido a iluminar en parte los días de Caporetto, la diligencia de algún proceso legal sabrá llegar hasta ese lugar recóndito de las memorias militares, y llevar hasta allí el testimonio de un juicio sereno y justo.

Solamente me resta dar las gracias a las muchas personas que me han permitido, con sus recuerdos, reconstruir una guerra que no hice. Algunos figuran en el memorial con sus nombres, pero a todos los demás no les debo menos

reconocimiento. Sé que cada uno de ellos ha sido muy valioso y, de algún modo, inolvidable. No puedo ocultar, de todas maneras, que en estos días oscuros la de Ultimo ha sido la voz por la que he sentido una nostalgia más acentuada. Para llegar a escucharla tuve que recorrer un largo camino, yo, que nunca creí en los viajes. Y para él no debió de resultar agradable, al verme llegar, pensar que todos aquellos kilómetros no le habían protegido contra el pasado. Pero, no obstante, conseguimos reconocernos, y encontrar juntos cierto gozo en el rito del recuerdo y en la ardua tarea de la comprensión. No he vuelto a verlo desde entonces, y, como ya debo de haber dicho, me queda la curiosidad por saber qué fue de su vida y de su sueño. Me gustaría de veras que no se hubiera desencantado del mismo. El día antes de que me marchara de allí, me dijo que le gustaría contarme algo, porque tenía la sospecha de que yo, más que cualquier otra persona, podría entenderlo. Algo que le había ocurrido no en Caporetto, me dijo, sino después, en los días de su cautiverio. Le contesté que para mí sería un privilegio escucharlo. Me miró con cautela, para saber si lo estaba diciendo únicamente por cortesía. Luego empezó a contarme. Me preguntó si sabía algo respecto a los campos de internamiento donde habían acabado los italianos que se rindieron en Caporetto. Nada de comida y mucho trabajo, me dijo. Un frío inmenso. Él estaba en Spitzenburg, en el campo austriaco. Los llevaban cada día a trabajar en el mantenimiento de las infraestructuras militares del ferrocarril. Ocho, diez horas. Éramos como esclavos, me dijo, y esa humillación te iba matando un poco cada día. Uno se acababa convenciendo de que ya no existía para nadie más, ni siquiera para uno mismo. Pero un día, me dijo, nos llevaron con un camión hasta un enorme descampado, en medio de la nada. Nunca habíamos estado allí, y era difícil poder saber qué era lo que había por hacer en un lugar como aquél. Había un par de casetas, y nada más. Nos hicieron bajar y caminar por la hierba. Y al cabo de un rato comprendimos: estábamos en una larga pista de aterrizaje, en medio de los prados: una franja de tierra batida que corría rectilínea, perfecta, durante un par de cientos de metros, tal vez un poco más. Se la habían arrebatado a los hierbajos y al trigo, y luego la habían dejado allí, quién sabe por cuánto tiempo. Tan inútil y tan olvidada era: pensé que se trataba de la primera cosa hermosa que veía desde hacía un montón de tiempo. Tal vez habían decidido ahora que la necesitaban, de manera que nos habían llevado hasta allí para ponerla a punto de nuevo. Rellenar los baches, reconstruir las casetas, cosas por el estilo. Había, a nuestro alrededor, un gran silencio, y tan sólo el viento que corría, libre, en aquel espacio. Yo miraba aquella franja de tierra y poco a poco me fue invadiendo la extraña sensación de que había regresado, por fin, a casa. No había regresado de la guerra, ni tampoco regresado a mi pueblo, era distinto: había regresado de mí mismo, si es que puede comprender lo que quiero decir. *De mí mismo.*

Me dijo entonces que lo pusieron a trabajar y que él se vio caminando por aquella

pista, con una pala en la mano, llevando la tierra de un sitio a otro. Me dijo que le gustaba tener que encargarse de aquella franja de tierra e incluso lo hacía como en trance, porque su mente seguía intentando descubrir qué tenía de sagrado aquel lugar. Dijo exactamente eso: sagrado. En su boca, era una palabra sorprendente. Como una palabra extranjera. Seguía trabajando, me dijo, pero escrutando siempre aquella pista e intentando comprender. Y al final comprendió. De repente consiguió ver *la carretera*. Era el pensar en los aviones lo que me había estado jorobando, pero luego lo logré, conseguí ver la carretera bajo el disfraz de aquella pista. *Una carretera*. Oh, usted no puede comprender lo que significaba para mí, yo crecí con la cabeza llena de carreteras, durante años no vi nada más: todo lo que veía, para mí era una carretera, una carretera y un motor; eso es lo que me regaló mi padre, y estaba sólo en nuestra cabeza; en todo aquel mundo que estaba a nuestro alrededor, sólo nosotros oíamos el ruido de los pistones y pensábamos en términos de carretera, siempre, ya fuera el perfil de una colina, ya las caderas de una mujer; nosotros veíamos la carretera y conducíamos por ella, créame, yo no dejé de conducir ni un instante en todos los años de mi juventud, conquisté el mundo de esa manera, y fue exactamente eso lo que mi juventud me prometió: que habría carreteras y que nosotros seríamos capaces de recorrerlas sobre la furia de nuestros motores, de nuestra fantasía y de nuestra valentía. ¿Me comprende, profesor?

Quizá, le dije.

Para mí las carreteras han sido lo que para usted fueron los números, me dijo.

Entonces comprendí. La promesa de un orden al alcance de nuestro genio.

Las carreteras, dijo, se me apagaron, todas, el día en que una de ellas rompió a mi padre. A partir de ese momento ya no fui capaz de ver nada. Tan sólo había figuras confusas. La vida misma parecía haberse enmarañado de tal forma que no había nada que hacer. Me fui a la guerra para hallar de nuevo algo que no fuera únicamente niebla ilegible. En su seno me encontré con Caporetto, una larga experiencia en el vacío de toda clase de certezas, el eclipse total de todas las carreteras. Quien no estuvo allí no puede comprenderlo. Pero en aquel desastre yo toqué el fondo de cualquier forma de extravío. Ya no era nada, cuando me hicieron prisionero, y como prisionero estaba a punto de desaparecer para siempre. Luego, bajo el disfraz de una pista de aterrizaje, vi aquella carretera. Tenía algo extraño, como le he dicho, algo sagrado. Y es que a su alrededor no había nada más, ni la gente, los árboles, las casas, las voces, la vida, nada; era algo más que una carretera, era *la idea* de una carretera, el armazón de algo que no había siquiera soñado, la perfección de todos mis pensamientos, esculpidos en el vacío del campo. Era el tesoro que había perdido. Me detuve. Sentí en mi interior una calma que ya había olvidado. E hice algo que hacía mucho tiempo que no me salía. Coloqué mis posaderas en un coche y encendí el motor. Había aquellos cien metros de franja recta, en la nada. Y estaban allí para mí.

Puse la marcha e hice que se fueran deslizando bajo las ruedas, primero lentamente, luego cada vez más rápido. Al llegar al final, empecé de nuevo, una vez, y luego otra, cada vez más rápido, hasta el final de la recta y luego otra vez desde el principio. Los guardias me gritaron algo. No les gustaba que alguien se escaqueara. No podían comprenderlo. Yo notaba los baches y el viento, las vibraciones del volante en la palma de las manos y los titubeos del motor debajo del culo. Sentía cómo volvía, desde lejos, una fuerza que había perdido, veía cómo se recomponían en aquel trozo de carretera los retazos de un mundo que había sufrido durante años, y que no había conseguido mantener unidos. Los guardias se me acercaron. Gritaban enfurecidos entrecortadas frases que parecían morder. Yo iba a seis mil revoluciones, justo al final de la pista. Comprendí que esta vez los verdugos estaban demasiado cerca para echarme atrás, y supe que no frenaría. Ya no había más carretera, pero no me detendría. Tal vez por un instante pensé en convertirme en avión y pájaro, pero sabía perfectamente que la fútil ebriedad del vuelo no era la solución, y que nunca lo sería. Yo vengo de la gente del campo, somos gente de tierra, y no volamos. Sobre esta tierra es donde nos salvaremos. Sobre estas carreteras de tierra. Se me colocó delante un soldado, y a un palmo de la cara me gritó algo, lívido. Pero yo no lo veía. Todavía quedaban unos veinte metros de carretera por delante, y el tiempo de un batir de alas para encontrar una curva por la que huir. No tuve tiempo de tener miedo. Volví a ver, con unos ojos como hacía años que ya no tenía, la primera letra de mi nombre como mi madre la había escrito, en rojo, mucho tiempo atrás, en la caja de cartón de mis secretos. Volví a ver el gesto nítido con que la trazaba, limpia, sin parar. Y me di cuenta de que lo poseía, de que poseía ese gesto, en mi interior. Y que sería capaz de hacerlo. En la suave curva de esa letra dejaría libres mis caballos, y me salvaría. Apreté con fuerza el volante y eché todo mi peso a la izquierda. Oí el gemido de los neumáticos, que mordían el suelo, y el cansancio del automóvil, que nadaba como un pez contracorriente. Y la carretera se convertía en curva, para mí, majestuosa curva, sólo para mí. Apenas noté los primeros golpes que me caían sobre las costillas. Tal vez la culata del fusil. No lo sé. Caí de rodillas. Habían llegado otros, y todos gritaban. Pero a esas alturas era imposible pararme. Giré a la derecha con dulzura, siguiendo el borde de una falda deslumbrante que nunca había olvidado y volví a dar gas sobre el lomo arqueado de los peces que de vez en cuando llevaban hasta la mesa de nuestra casa la promesa del mar. Cuando una patada me derribó, con el rostro sobre el suelo, estaba subiendo a gran velocidad por el talud de Piasebene, y salté al vacío gritando mi nombre mientras los golpes caían sobre mí, acompañados por aquellos gritos insoportables. Cerré los ojos, y para mí fue fácil descender por el cuello de la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y dar gas con prudencia antes de alejarme de la visión de sus hombros. Estaba volviendo a tomar posesión de toda una vida. Me cogí la cabeza con las manos, porque no quería perder el

conocimiento. Ya no sentía nada. Tan sólo el peligro de que la muerte se me llevara antes de que hubiera acabado. Sabía adónde quería ir a parar. Era una idea inaudita, y algo que nunca había concebido de una forma tan lúcida. Con los últimos coletazos de fuerza, giré una curva de paella que había aprendido en los virajes del Collado de Tarso, y a toda pastilla reclamé el meandro del gran río, donde para nosotros estaban las playas de verano, y a ella le encomendé la tarea de llevarme solemnemente a donde quería llegar. Oía los gritos cada vez más lejos, y la respiración borbotando en la sangre. En algún sitio, seguía latiendo todavía mi corazón, aferrado al volante. No me traicionó la antigua sabiduría del río, y a 140 kilómetros por hora me vi enfilando la recta donde la banalidad de la guerra se imaginaba hacer despegar aviones y donde yo había reencontrado la carretera de la que había partido. Había aprendido años antes, en una noche de niebla, al lado de mi padre, que ése era el único camino verdadero que lleva al corazón de las cosas, y a la respiración del tiempo. Ahora sabía que también existía dentro de mí, y que lo único que hacía falta era desenterrarlo, cada día, de entre los escombros de la vida.

Ultimo se detuvo, y finalmente dirigió su mirada hacia mí. Estuvo largo rato mirándome. Se veía que todavía le quedaba un último secreto. Esperé. Pero él seguía callado, de manera que le pregunté: Y a partir de entonces ¿cómo te fueron las cosas? Él sonrió. Agachó un poco la cabeza. Trabajosamente, dijo. Las cosas no son como uno se las espera. De todas maneras, añadió, tengo un plan. ¿Qué plan?, le dije sonriendo. Es un buen plan, me dijo. Acercó su silla un poco hacia mí. Se le habían iluminado los ojos. Voy a construir una carretera, dijo. En algún lugar, no sé, pero la construiré. Una carretera como nadie se la haya imaginado nunca. Una carretera que acaba donde empieza. La construiré en medio de la nada, ni una caseta, ni una empalizada, nada. No será una carretera hecha para la gente, será una *pista*, hecha para correr. No llevará a ninguna parte, porque llevará hasta sí misma, y estará fuera del mundo, y alejada de cualquier posible imperfección. Será todas las carreteras de la tierra ceñidas en una, y estará en el lugar al que soñaba con llegar quienquiera que haya partido. La diseñaré yo y, ¿sabe qué le digo?, la haré lo suficientemente larga como para que quepa toda mi vida, curva tras curva, todo lo que mis ojos han visto y no han olvidado. Nada se perderá, ni la curva de un crepúsculo, ni el pliegue de una sonrisa. Todas y cada una de las cosas no habrán sido vividas en vano, porque se convertirán en tierra especial, y en dibujo sempiterno, y en pista perfecta. Quiero decirle una cosa: cuando acabe de construirla, me subiré a un automóvil, lo pondré en marcha y empezaré, yo solo, a dar vueltas, cada vez más rápido. Seguiré así, sin detenerme, hasta que ya no sienta los brazos y tenga la certeza de haber recorrido un anillo perfecto. Entonces me detendré en el punto exacto del que había partido. Me bajaré del automóvil y, sin darme la vuelta, me marcharé de allí.

Sonreía. Orgullosa.

¿Lo dices en serio?, pregunté.

Sí.

¿En serio?

Es la razón por la que vivo.

Moví la cabeza, riendo.

Vas a necesitar un montón de dinero.

Lo encontraré.

Lo dijo con el aspecto de alguien que iba a encontrarlo. Me lo imaginé, al volante, quieto sobre la recta de la pista, un instante antes de encender el motor y de retomar su vida.

Lamentaré no estar en ese momento, dije.

Él se inclinó hacia mí y con la punta del dedo rozó la curva de mi frente, como para aprendérsela.

Allí estará, dijo.

Elizaveta

2 de abril de 1923

Empiezo a escribir este diario el 2 de abril de 1923. Nada de poético. Únicamente necesito dar fe de mi empresa. Como un índice.

Para no olvidar. Un índice.

Quién soy. 21 años. Nombre: Elizaveta. Rusa. De San Petersburgo.

Nací en un palacio que tenía cincuenta y dos habitaciones. Ahora ya no existe, dicen, y en su lugar han construido un depósito de madera. Es tan sólo una de las transformaciones que en los últimos seis años Esta decisión mía de no recordar nada de mi vida precedente, y en particular nada de mi tierra, que ya no me pertenece, y que es algo que quiero poner a cero. No por odio, sino por indiferencia. Me es indiferente. Rusia me es indiferente.

Mi nueva tierra: los Estados Unidos, por ahora.

No creo que *crezca* en los Estados Unidos.

Esto es lo quiero:

Mis padres murieron durante la Revolución de 1917. Se mataron, con una dosis de veneno, en su propiedad de Basterkiewitz. Indiferencia.

Yo, salvada por el embajador americano. El tren que en la noche se me llevaba de allí tenía dieciséis vagones. Nosotros en el primero. Mi hermana Alma, el embajador americano, yo, otros once fugitivos notables. Es de mi hermana de quien cayó enamorado el embajador americano. Pero nunca me marcharé sin mi hermana Elizaveta, dijo.

Y aquí estoy.

Qué más decir.

Sin dinero. Pobreza de verdad. Vivo porque sé tocar. La música la aprendimos como bagaje necesario de nuestro estatus de mujeres casaderas. También el italiano, el francés, la pintura, la poesía, el ballet y la jardinería. Pero lo que ha quedado es la música.

Por ahora es suficiente.

Me voy a la cama a las 9 y 20 de la noche.

Mi cuerpo

Mi hermana era la hermana bonita. Yo: rasgos tristes. Boca grande. Ojos vulgares. Pelo demasiado fino. Color negro. Un bonito negro. Los hombres, sin embargo, se sienten atraídos por mi cuerpo. Soy delgada. El pecho. Las piernas. La tez perlada. Los tobillos. El escote. Los hombres se sienten atraídos por mi cuerpo. Dado que soy fea de cara, para ellos es más fácil descubrir directamente su apetito sexual, sin pasar por preliminares poéticos o amorosos. A mí me va ese juego. Me gusta enseñar mi cuerpo. Agacharme y dejar el pecho a la vista. Pasearme con los pies desnudos. Subirme las faldas hasta los muslos. Apoyarme con el pecho contra los hombres, mientras les hablo. Mantener la mano apretada entre los muslos mientras miro alrededor, silenciosa. Y otras cosas.

Los hombres son todos unos niños.

Volverlos locos.

Me he ido a la cama con once hombres. Todavía soy virgen. No me ha disgustado dejar que dos de ellos me poseyeran por detrás. Se diría que a ellos no les gustó, puesto que no los he vuelto a ver. Creo haberlos humillado. Esto me gusta. El sexo es una venganza. Por ahora es así. No siempre será así. Pero ahora lo es.

De qué tengo que vengarme.

De qué tengo que vengarme.

3 de abril de 1923

Pregúntame lo quieras saber, y yo te lo diré.

Entonces él dice No sé, no sé nada de ti.

Pregúntame.

Dónde está tu familia.

No tengo.

No es posible.

Hazme otra pregunta.

Eres una chica difícil.

Mi padre siempre me decía que era una chica difícil, y ahora sé que con esas palabras quería decirme\1—\2 quería decirse— que no habría forma de acercarnos, a nosotros dos, y él acabaría ateniéndose a un sentimiento de lejano afecto, añorando cada instante de su vida no poder nadie en realidad es *difícil*, sino simplemente

Enseño a los niños a tocar el piano. A veces también a los adultos. Me pagan los de Steinway&Sohns, fabricantes de pianos. Ésa es la historia. A principios de siglo.

Qué tontería, escribir un diario.

A principios de siglo,

4 de abril de 1923

Vaya nombre: Ultimo. En italiano quiere decir *the last one*. Lo ponen las familias que no quieren tener más hijos. De manera que también llaman Primero al primogénito.

Nombres italianos:

Primero

Segundo

Cuarto

Quinto

Sexto

Séptimo.

¿Tercero?

Le he preguntado a Ultimo si, en efecto, en su familia no habían tenido más hijos. Más o menos, me ha dicho. Su padre y su madre lo tuvieron sólo a él. Luego su madre se enamoró de un conde italiano, era un amigo de ellos, un amigo de su padre. Murió durante una competición automovilística. Seis meses después la madre tuvo un niño, un varón. Era del conde. El padre lo reconoció, pero todos saben que es del conde.

Mi padre en cambio había tenido seis hijos con cuatro criadas de la casa. Cuando pasaba cerca de ellos, en el campo, los acariciaba con la palma de la mano en la cabeza. Pero sin mirarlos.

Este vicio de mirar el pasado.

Es del *presente* de lo que debo dar fe. Para eso sirve el diario.

Hoy, clase en casa de los Stevenson. Luego, trece millas en furgoneta, y otra clase en casa de los White. Dos pequeñas gemelas. Mozart. Quiero decir, que intento que ellas toquen a Mozart. No quiero decir que toquen como Mozart. Pero tienen la misma edad que Mozart. Cinco años. La paga de Steinway&Sohns es de medio dólar por cada hora de clase. Cuando conseguimos vender un piano, el porcentaje que nos corresponde es del 4,5%. Lo divido con Ultimo, 50 y 50. Quiero recordar esta miseria. Cuando sea nuevamente rica, me resultará *fundamental* recordar esta miseria. Es seguro que seré nuevamente rica. Estoy dispuesta a todo para que eso suceda, y sucederá. Quiero sentir de nuevo la caricia de sábanas immaculadas, perfumadas, y sentir otra vez la naturalidad del derroche. Deseo tirar cosas que apenas haya usado, y enviar de vuelta a la cocina platos cuyo fondo no se vea. Reconocer la devoción en los ojos de los demás, la servidumbre en sus manos, el miedo en sus palabras.

Lo recuerdo todo de cuando éramos ricos. No he desaprendido nada. En cualquier momento puedo empezar de nuevo.

Empiezo a contar aquí los días en que me voy a dormir hambrienta. Uno, esta noche. Dos, mañana, ya lo sé. ¿Cuántos días como éstos necesita una princesa para aprender todo lo que hay que aprender y poder comer de nuevo? 500 días. Ni uno más.

Es una promesa.

499 días, todavía.

No soy tan mala como parezco.

No soy tan mala como parezco.

No soy

Me voy a dormir a las 10 y 14 de la noche.

Una oración.

5 de abril de 1923

La primera pianola mecánica la vi en el campo, en casa del señor Brandisz. Era algo sorprendente, tengo que admitirlo. Cuando la hacía funcionar, el señor Brandisz se ponía de pie junto al mueble y sonreía. A veces se emocionaba y pequeñas lágrimas le caían por su rostro de viudo. Otras veces la hacía funcionar a escondidas, sin avisar a nadie, y haciendo como si tal cosa. Podía ocurrir que todos estuviéramos en el jardín y, de repente, desde las habitaciones de la casa nos llegaran las notas de una pieza de Chopin. Si algún joven, entonces, se hubiese lanzado hacia la casa para conocer a la muchacha que tocaba con tan luminosa tranquilidad, se habría encontrado con la fúnebre soledad de un salón donde teclas blancas y negras subían y bajaban por sí mismas, en la ausencia, discutible, de alma. Se habría quedado turbado por ello.

Es algo parecido a lo que yo siento, ocasionalmente, delante de los cuerpos masculinos que hacen el amor conmigo.

Cuando se perfeccionó la técnica de las pianolas, obteniendo resultados sorprendentes y, en el fondo, mágicos, los fabricantes de pianos dedujeron que su época se había terminado. Estaba claro que si la gente podía reproducir perfectamente a Chopin sin tener que tocarlo, someterse a largos estudios para asegurarse a la casa el privilegio distintivo de la música se convertiría, en breve, en un lujo inútil. Así que la mayoría empezó a tomar en consideración la posibilidad de fabricar pianolas mecánicas. No obstante, a todos les pareció obvio, casi de inmediato, que se trataba de un trabajo deprimente. Era mucho más fácil que construir un piano, y era generalizado el presentimiento de que en ese cambio se estaba perdiendo el corazón de la música, fuera lo que fuera lo que quisieran decir con «el corazón de la música». De manera que les quedó una especie de malestar sin soluciones.

Steinway&Sohns, uno de los mayores y más prestigiosos fabricantes del mundo,

decidió entonces profundizar en el problema. Lo estudiaron largo tiempo. Lo pensaron largo tiempo. Al final llegaron a la convicción de que debería venderse el piano con, inserta en su interior, la capacidad de tocarlo. Téngase en cuenta que era una fase de estudio en la que la intuición todavía estaba apenas esbozada. El paso sucesivo fue pensar que lo ideal sería vender un piano Junto a un pianista que lo tocara cuando la gente lo pidiera. De esta manera se habría igualado la comodidad de la pianola mecánica, salvando, al mismo tiempo, el corazón de la música, así como la insustituible aportación del toque humano, del que dependía, verosímilmente, el alma humana. Estudiaron con detalle la posibilidad de hacer realidad una hipótesis como ésta. Cuando llegaron a la conclusión de que desde un punto de vista económico el asunto no se sostenía en pie, adoptaron la solución a la que yo le debo, en la actualidad, mi supervivencia. En 1920, Steinway&Sohns presentó una singular iniciativa comercial, consistente en proporcionar clases de piano gratuitas a todos aquellos que tienen la intención de acercarse al sublime arte de tocar música. Cientos de maestros de piano fueron seleccionados en todo el mundo, y enviados de viaje por las ciudades y por los campos para difundir el verbo de la técnica pianística. Nos movemos con una furgoneta de la compañía, una camioneta, y vamos acompañados por un técnico-conductor. Lo que resulta genial es que, a las familias que así lo solicitan, les llevamos, gratis, el piano, se lo montamos donde ellos eligen y luego, durante tres meses, nos presentamos a dar clase, cada día, gratuitamente, para que puedan superar el primer, y tan comprensible, momento de dificultad. A quien, después de la prueba, decide proceder a la adquisición, Steinway&Sohns le regala otros tres meses de clases al precio simbólico de diez centavos la hora. Hay que convenir que lo han estudiado a fondo.

A veces podemos llevarnos, como permuta, viejas pianolas mecánicas.

Luego las venden a los cafés.

Me gusta escribir de esta forma, como si estuviera escribiendo un libro. Es algo parecido a bailar. Un orden. El esfuerzo de la elegancia. Redondear el movimiento. Abrir y cerrar. Hacer cosas que terminas. Frases.

Después de una página, me siento agotada, de todas maneras.

A saber si los escritores harán el mismo esfuerzo. No lo creo. No me cansa tocar durante horas, podría seguir así hasta el infinito. El trabajo de uno es el que se realiza sin esfuerzo.

Hace sólo algunos años, la mera hipótesis de asociar mi nombre con la expresión «tener un trabajo» me habría parecido ridícula y vulgar.

Me voy a dormir a las 9 y 33 minutos de la noche.

Por Dios, qué soledad

6 de abril de 1923

Como media, he calculado que me quedo con una familia unos 112 días. Algunos se rinden tras las primeras clases: entonces nos llevamos de allí el piano y borramos el nombre de la lista. Muchos dejan pasar los tres primeros meses y luego compran el piano, pero renuncian a las clases: se han encariñado con el mueble. Piensan que es un toque de distinción el mero hecho de tenerlo, aunque esté mudo: no importa. Son pocos los que aprovechan los tres meses suplementarios de clases. Son los que luego, al final, desearían que yo me quedara, aunque fuera como aya de los niños. Pero nunca he querido hacerlo. De manera que sigo viajando por el campo de Nueva Inglaterra, con una furgoneta que nos lleva a mí, a Ultimo y, según en qué momento, dos, tres, o cuatro pianos desmontados.

No hay nada más deprimente que el campo de Nueva Inglaterra.

Así fue como engendré mi plan. Por el hecho de tener una misión. La secuencia de los días completamente iguales, macerándome en el campo, me habría matado.

Me marqué el objetivo de *corromper* a todas y cada una de las familias con las que trabajo. De media tengo unos 112 días de tiempo. Pueden ser, de vez en cuando, muchos menos. Pero no importa, yo tengo que conseguirlo.

Este diario es el índice de esa empresa.

No es difícil *corromper* a una familia. Las familias están todas corrompidas.

Me voy a dormir.

Recibida una carta de mi hermana. Vive en El Cairo. Lleva una existencia entre algodones. Cualquier cosa podría matarla, porque sus nervios se quebraron al llegar a Egipto.

Ella lo sabe, lúcidamente, y no se queja de ello. Cultiva su propia belleza y eso es todo. Me da noticias. Nunca le he contestado.

Algo curioso es que Ultimo recibe una carta cada semana.

Él no sólo no responde, es que ni siquiera las abre.

Ultimo suele dormir en la furgoneta. Ahorra el dinero de los hoteles y se lo guarda. Él también tiene un plan.

Un piano^[3].

Ja, ja.

Me voy a dormir a las 10 y 11 de la noche. Hambrienta. Como estaba previsto, día n.º 2.

Quedan 498, si Dios quiere.

Si Dios quiere era un frase típica de mi padre.

Con el debido respeto.

Salvando las distancias.

Hablar en voz alta en vez de *pensar en voz alta*.

Ciñéndonos a lo ocurrido.

Cosas por el estilo.

Los muertos mueren, pero siguen hablando en nuestra voz.
En fin.

8 de abril de 1923

Cuando se tienen pocos días hay que actuar deprisa. Me bastan cuatro, cinco clases para detectar cuál es el punto por el que tengo que atacar. Las familias son como fortalezas: siempre tienen un punto débil. A los Patterson, tras una semana, les envenené el perro. Actué deprisa porque Mary, la hija, bostezaba durante las clases. Nada le importaba lo más mínimo. No habría durado demasiado. Ni siquiera tenían aspecto de poder permitirse un piano. De manera que les maté el perro. El señor Patterson lo odiaba, la señora Patterson lo adoraba. El veterinario dijo que alguien lo había envenenado. Dos más dos, cuatro. La señora Patterson no tuvo dudas; a partir de ahora matará a su marido todos los años venideros, cada día. Por regla general, nadie, nunca, sospecha de la profesora de piano, una joven princesa rusa maltratada por las injurias del destino. Al contrario, yo suelo aparecer como un ángel enviado por el cielo para avivar su agonía. Se diría incluso que me *necesitan*. Están esperando que yo los salve. Eso facilita mucho mi misión.

Patterson: 17 días. No hay piano.

Una tarde, la señora Patterson y yo, en el porche, durante dos horas. Un trabajo de artesanía. Solidaridad femenina. La desafortunada crónica de su vida sexual con su marido. Nunca se la había contado a nadie. El episodio de la pistola. Hay gente que apunta a su mujer con una pistola para que le haga una mamada. Cuántas cosas me quedan por aprender.

Al quedarme sola con Mary, le dije: el perro lo envenené yo. Podía ser un error. Niña idiota: se rió.

No hay que pasarse nunca.

Desmontando el piano, Ultimo rayó las paredes tapizadas.

Tuvimos que dejar dinero.

En la furgoneta, los pianos se descomponen, pero Ultimo sabe cómo arreglarlos. Ha trabajado largo tiempo con motores, y dice que, para un mecánico, meter las manos en las tripas de un piano es como

Un cirujano que opera a un niño.

Lo único que no cambia, dice, es que ambos están vivos.

El piano y el automóvil.

Vivos, ¿en qué sentido?

Tienen un alma que puede apagarse.

El otro día Ultimo tomó una carretera secundaria, luego detuvo la furgoneta en mitad del campo. Lo ayudé a descargar un piano. Lo montó. Luego me dijo: toca algo.

Qué estúpido.

Pero toqué un buen rato.

Toqué bien, como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Podía *verme* tocar, como desde lejos.

Ultimo no sabe nada de mi plan. Nunca le he dicho nada.

Cuando estoy dando clases, él se queda en la furgoneta, o se va a dar una vuelta. No le gusta entrar en las casas, o conocer gente. Siente *terror* de que le ofrezcan una taza de té. Se queda en la furgoneta y, a menudo, dibuja.

Esa sensación mientras tocaba en medio del campo.

No olvidarla.

Tener cuidado de no vivir completamente privada de toda clase de *dulzura*. Tener la presunción de alimentarme únicamente

Clemente. Repetirme mil veces la palabra *clemente*.

Clemencia. Invoco la clemencia de

Un temporal clemente.

Una respuesta clemente.

Seré clemente.

Llévame a cenar esta noche, Ultimo. Hemos ido a una fonda y hemos comido en silencio. Yo pensaba en mi piano.

No he de hacerlo.

11 y 7 de la noche.

20 de abril de 1923

Soy el réquiem que suena en vuestras puertas de campo soy en vuestra mente el morbo que viene desde lejos soy el polvo en los ojos y lo negro de debajo de las uñas —soy el réquiem hermosos labios que besar —soy princesa y príncipe, dragón y espada —soy una noche de incendios que hay que dominar.

Soy un réquiem princesa.

Amén.

Les dije a los Giggs que su hijo era un genio. Campesinos. Miserables. No tenían dinero, pero aceptaron el piano por miedo, no conocían las palabras apropiadas para negarse. Campesinos. Gente pobre. Les dije que su hijo era un genio. Increíble capacidad de aprendizaje. Talento innegable.

Un ceporro, en realidad, no llega ni a mediocre.

Su hijo es un genio.

Cambiaron. Empezaron a vender cosas para comprar el piano. Aceptaron el segundo trimestre de clases. Por su orgullo, por su emoción, incluso cambiaron su forma de caminar. Se hicieron odiosos para el vecindario, pueblo pequeño. Con un módico desembolso suplementario aceptaría encantada doblar las horas de clase. Aceptaron.

¿Está usted segura de que el chico...?

Bastaría con que tuviera un piano mejor para que pudiera desarrollar verdaderamente todas sus habilidades. El toque es importante. Siguieron vendiendo cosas y encargaron a la ciudad un Steinway de media cola que estaba de oferta. Por la noche, invitan a los vecinos para que oigan tocar a su hijo. Nadie viene. Crece el rencor.

Aquellas veladas con los pasteles sobre la mesa y el chico tocando, en la habitación vacía. Yo soy el réquiem que suena en las

Me marché de casa de los Giggs tras los seis meses contemplados por el reglamento de Steinway&Sohns. No antes, sin embargo, de haberles dicho que el muchacho necesitaba, mejor dicho: tenía derecho a ir a la ciudad a estudiar. No puede ir solo, dice el señor Giggs. No, convengo yo. Yo no puedo ir a la ciudad, yo tengo que trabajar la tierra, dice el señor Giggs. Le comprendo, digo yo. La tierra es todo lo que me queda, dice el señor Giggs. Todo lo que le queda es su hijo, digo yo.

Cuando me despido de ellos, el señor Giggs está llorando.

No sé cómo terminaron las cosas. No me importa. A esas alturas, ya estaban atrapados. Lo único que podían hacer era elegir entre agonizar durante años por el remordimiento o marcharse a la ciudad a morir en la miseria.

Giggs. Seis meses, dos pianos.

Newman. Procedamos.

Cole.

Farrell.

Martin. La niña.

Helmond. Como con los McGrath.

Cambiar el dedeo al Boccherini.

¿Escribir un manual sencillo para la técnica del pedal?

Tres ejemplares del Hanon.

A Ultimo: no funciona el retorno de la octava baja de los Newman.

Afinación.

Largo parlamento de Ultimo. Nunca habla tanto. Adora este trabajo. Señala en el mapa todos nuestros desplazamientos con una pluma negra. Cada diez días superpone al mapa una hoja fina de papel blanco y calca con lápiz la línea negra. Luego recoge los papeles en una carpeta. Son como dibujos, pero sin sentido. Por la noche los estudia largo rato. ¿Qué son? Una carretera, dice.

Son garabatos.

No, dice.

¿Tú qué ves?

Tentativas, dice.

Tentativas ¿de qué?

De resumir el espacio, dice.
¿Qué quiere decir resumir el espacio?
Quiere decir poseerlo, dice.
¿Y qué haces tú con el espacio, en cuanto lo posees?
Lo pones en orden, dice.
¿El espacio está desordenado?
Sí, dice.
El espacio está desordenado.
Sé dónde esconde esas cartas que nunca abre. Las guarda.
Un día las leeré.
Pero a Ultimo no deseo corromperlo. Él es un cristal que hay que salvar.
Mañana, a casa de los Farrell. Luego, Sloman y Jenks.
No lo estropees todo, pequeña.
9 y 46 de la noche.
Déjame dormir sin sueños.

21 de abril de 1923

Familia Martin.

Desde la primera lección pude notar la mirada febril con que el señor Martin miraba a su niña. Fue un trabajo muy delicado y estoy orgullosa de mí. El señor Martin asistía a las clases sentado en una butaca, en una esquina de la habitación. Nunca decía nada. Tan sólo al final se levantaba y me estrechaba la mano, dándome las gracias. A la hija le decía: Muy bien, Rachel.

Estaba literalmente aterrorizado por el amor que sentía por ella.

La chiquilla tocaba bastante bien.

14 años. Muy bonita, tengo que admitirlo.

Un día, cuando acabó la pieza, me incliné sobre ella y le di un beso en los labios. Ella no reaccionó. Hicimos de ello una costumbre. Cada vez que tocaba bien, me inclinaba sobre ella y le daba un beso en los labios. Era como un premio. El padre miraba, sin decir nada.

Un beso más largo, en cierta ocasión. Me demoro allí, en sus labios. Con los ojos cerrados.

Preparamos muy bien *La cloche de loin*. A cuatro manos. Tantas veces hecho.

Venga y siéntese aquí cerca de nosotras, le digo al padre.

Tocamos *La cloche de loin para él*. Venga y siéntese aquí cerca.

Él arrastra la butaca junto al piano.

Luego tocamos todo desde el principio hasta el final. La verdad es que ella lo hace muy bien. Estoy contenta, al finalizar. Me inclino hacia ella y le doy un beso en los labios. Luego sonrío y miro al padre. Él no sabe muy bien qué hacer.

Ha tocado bien, ¿verdad?, le digo yo.

La chiquilla sonrío.

El padre, en su butaca, se echa un poco hacia delante. Se besan. Muy poquito.

La chiquilla se ríe, nerviosa. Yo doy un aplauso, pero como en broma. Ahí termina la cosa.

Tal vez haya olvidado decir que es viudo.

Él es viudo.

Ahora, siempre arrastra la butaca junto al piano. Cuando acaban los tres meses, compra el piano. Otros tres meses más de clases.

Le doy un beso en los labios a Rachel, cierro los ojos y deslizo mi lengua. Ella se aparta. Me mira. Sonrío y me acerco de nuevo. Abro sus labios con mi lengua. Siento cómo responde su lengua. Me separo de ella y sonrío. Has estado muy, muy bien. Ella se vuelve hacia su padre. Él tiembla. Se besan. Veo cómo se abren sus labios. Luego se ríen.

Me marché de allí al cumplirse los seis meses. Recuerdo al padre y a la hija de pie, delante de la puerta, despidiéndome cogidos de la mano. El señor Martin parece enfermo, dice Ultimo, tiene los ojos de un enfermo.

Lo está, le digo yo.

Me voy a dormir hambrienta. Ya no puedo más. Odio la miseria. Tengo que empezar a construirme un futuro. Ya no puedo esperar. Tengo que marcharme de aquí.

Posibilidades:

reunirme con mi hermana

encontrar un marido

pegarme un tiro

reunirme con mi hermana, encontrar un marido y pegarle un tiro. *Voilà*.

No quiero dormir sola. Salgo y me voy a dormir con Ultimo, en la furgoneta. De vez en cuando lo hago. Él me deja los asientos de delante y se coloca detrás. Me gusta acariciarme mientras él duerme. Siempre pienso que no está durmiendo. Eso me excita. Cuando me corro no me preocupa hacer ruido. Quiero que me oiga.

Me gustaría que él también lo hiciera. Ahora voy a dormir donde está él y le pido que lo haga. Espera a que yo me duerma y mastúrbate. ¿Quieres hacerlo por mí?

No, no me atreveré a decírselo.

Naturalmente no me atreveré.

Pero me gustaría.

9 y 40 de la noche.

22 de abril de 1923

Se lo he pedido. Debo de estar loca.

Cuando me he despertado, le he preguntado si lo había hecho.

Sí.

¿Te ha gustado?

No ha contestado.

Qué raro. No debo pensar en ello.

Pero lucía un hermoso sol y hemos viajado con las ventanillas bajadas.

Tenía ganas de tocar. En la clase en casa de los Cole he tocado durante todo el rato yo. Scarlatti, Schubert. La señora Cole estaba contenta. Es a ella a quien enseño. Tiene 34 años. Un poco tarde para empezar. Pero tiene tantas ganas. Era su sueño. Le he cogido afecto. Siento tener que corromperla también a ella. No se lo merece. Pero tampoco yo me merezco esta vida que llevo. Culpa de los bolcheviques, y de la revolución, dice la señora Cole. Pero no es verdad.

Yo me niego a creer en la Historia. La Historia es una ilusión óptica. Son sólo asuntos de unos pocos, vendidos como si fueran la vida de todos. Pero no es verdad. Es cosa de ellos.

Lo que tendríamos que hacer, frente a la Historia, es *no participar*. Es idea de ellos eso de que deberíamos participar. Necesitan que nosotros actuemos en el escenario de su locura.

Los colaboracionistas de la Historia: aquellos para quienes es un deber participar en la

No estoy en ningún lugar, y me es indiferente quién gane. Si quien gana me lo roba todo, yo, de todas maneras, no seré su enemigo. Podría perderlo todo en una mesa de juego, o por un terremoto. Una causa vale lo mismo que otra. Me quedo al margen de su lucha. ¿Qué tengo yo que ver? Tendréis que pasar sin mí.

Hay gente que ha ido a *luchar* por los intereses de aquéllos: únicamente porque no tenían fuerzas para eludir su extorsión. Hay gente que *ha muerto* por esa causa.

Una locura.

La señora Cole tiene cuatro niños y un marido. Bonita familia. Uno de los niños es raro. Es pequeñísimo, no habla nunca. La piel blanquísima. Tiene una mirada tan penetrante que los adultos la rehúyen. De vez en cuando, dicen, hace cosas inexplicables. Hace cosas mágicas, dice el padre, riéndose. Pero se ve que, en el fondo, tiene cierto miedo. En esa casa, todos tienen cierto miedo.

Empecé a decir, como de pasada, que en esa casa hay un aire extraño. Fascinante, dije. No entendieron muy bien si se trataba o no de un cumplido.

Es increíble, pero cada día es necesario afinar el piano, señalé un día. Y antes de las clases, siempre, abro el piano y lo afino. En voz baja musito cosas como Increíble, o Verdaderamente increíble.

Me divierto mucho. Pero lo siento mucho por la señora Cole.

Compraron el piano. Ultimo dice que con nuestros porcentajes sobre las ventas ya hemos ganado 19 dólares con 60 por cabeza. Yo se lo mando siempre a mi hermana, que sea ella la que piense en Ultimo esconde el dinero en un doble fondo de la furgoneta. Es el mismo sitio en que tiene esas cartas. Un día cogí una. La abrí y la leí. No entendí mucho de lo que decía, tengo que leer todas las demás. Aquella había sido escrita por un sacerdote italiano. Venía de una ciudad que se llama Údine. O Ádine, no me acuerdo.

Tengo que leer todas las demás.

Ultimo en cambio ni siquiera las abre. Pero las guarda. A saber qué querrá decir. Muchas de las cosas que hace no tienen mucho sentido.

Para llegar a Sheftbury, a casa de los Martin, había un talud en la carretera. Cada vez que íbamos él tenía que aminorar, porque la furgoneta estaba llena de pianos. Y en todas las ocasiones decía: lástima. Una vez se dio la vuelta y me dijo: Ayúdame. Vaciamos la furgoneta, colocando los pianos desmontados en un prado que había junto a la carretera. Son pianos que tienen el armazón de madera: No resulta cansadísimo moverlos. Nos dieron aquéllos a propósito. Luego Ultimo volvió al volante. Me dijo que subiera con él. No debes tener miedo, es algo bonito, me dijo. Cogió carrerilla y se lanzó por el talud a máxima velocidad. Yo empecé a gritar cuando todavía estábamos en la subida. Pero no gritaba nada en particular. Él en cambio estuvo en silencio, tranquilo, hasta que estuvimos en la cima del talud, y cuando la furgoneta se separó del suelo, entonces él gritó fuerte, muy fuerte, su nombre. Ultimo Parri.

Luego la furgoneta se escacharró un poco. Cuando volvimos hacia atrás lenta, lentamente, desde la cima del talud se veían allá abajo los pianos, desmontados, sobre la hierba; trozos de piano, puestos desordenadamente en medio del prado. Parecían un rebaño de algo que estuviera paciando, dócil. Era hermoso. Ultimo paró la furgoneta. Nos quedamos allí mirando.

¿Por qué siempre estás triste?, le pregunté.

No estoy triste.

Sí que lo estás.

No se trata de eso, me dijo. Me dijo que en su opinión la gente vive años y años, pero que en realidad es sólo en una pequeña parte de esos años cuando vive de verdad, y esto es en los años en que consigue hacer aquello para lo que nació. Entonces, en ese momento, es feliz, el resto del tiempo es tiempo que se pasa esperando o recordando. Cuando esperas o recuerdas, me dijo, no estás ni triste ni feliz. *Pareces* triste, pero se trata únicamente de que estás esperando o recordando. No está triste la gente que espera, ni tampoco la que recuerda. Simplemente, está lejos.

Yo estoy esperando, me dijo.

¿Qué?

Estoy esperando hacer aquello para lo que nací.

Su idea es que él nació *para construir una pista*. Ya ves tú. Quiere construir una pista para coches de carreras. Eso exactamente significa una carretera que la recorren únicamente los coches de carreras. Que no lleva a ninguna parte, es más, está cerrada, y uno sigue dándole vueltas y no acaba en ninguna parte. Es un invento suyo que no existe.

No es verdad que no acabe en ninguna parte, dice él. Me contó una larga historia sobre él y su padre, dando vueltas en la niebla en una ciudad cuyas calles eran todas ortogonales.

Siempre con el asunto ese de su padre.

Pero tal vez es cierto eso que él dice, y que todo camino es circular, y que no lleva a ninguna parte, sino al interior de uno mismo, porque muy densa es la niebla de nuestro miedo, e ilusorias las calles que parecen llevar a otro lugar.

Pues yo, entonces, ¿para qué habré nacido? ¿Cuándo estaré viva de verdad? ¿O cuándo lo estuve?

Ultimo hasta sería simpático. Pero una siempre tiene la impresión, al estar a su lado, de que está siendo un obstáculo para algo serio. Es absorbente. Estar con él es como *trabajar*.

De todas maneras sabe Dios dónde va a encontrar ese dinero para construir su pista. No creo que sea algo que uno pueda montar con 389 dólares.

Es un niño.

Yo no soy una niña.

Yo soy una mujer.

Una mujer

Una mujer

Una mujer

Una mujer

Hambre. Qué mierda de mundo.

10 y 6 de la noche.

Recordar: otro vestido.

23 abril de 1923

Cosas que sé hacer:

1 tocar (Schubert, Skrjabin, no Bach, no Mozart)

2 hablar con la gente sin que la gente comprenda adónde quiero llegar

3

4 saber qué está pasando

5 sexo

7 no rendirme

8 estar con gente rica y educada

8 viajar sin problemas

9 estar sola

Cosas que no sé hacer

1

2

3

Fui a ver al pastor Winkelman y le dije que en casa de los Cole pasaban cosas inquietantes. Ese niño es inquietante.

Pero se lo ruego, se lo suplico, no le diga a nadie que he venido a hablarle, perdería mi trabajo, y sin mi trabajo estoy perdida, no tengo familia y tampoco tengo bienes, prométame que no se lo diré a nadie.

No, se lo ruego de verdad, no le diga a nadie que he venido a hablarle, porque si se supiera que he venido a hablarle yo perdería mi trabajo, y sin mi trabajo

Por otra parte, yo le digo esto por el bien de esa familia, y de toda la comunidad de este pueblo, créame, mi única intención es la de

Le dije que el niño un día se sentó al piano y tocó, lo juro, una música tirando a complicada, que yo no conozco pero que era una música, por decirlo de alguna manera, *diabólica*.

No, nadie más la oyó tocar, fui inmediatamente a llamar a la madre, pero cuando la madre llegó, él estaba jugando en un rincón y parecía un ángel.

Seguro que habrá notado que los otros niños se sienten cohibidos por él, y que los adultos están, por decirlo de alguna manera, turbados.

Por no hablar de esas cosas raras que puede hacer. Yo no lo creía, pero ahora...

No, rotundamente no, el niño no sabe tocar, nadie le ha dado nunca clases, yo sólo le enseñé a la señora Cole.

¿Es cierto que los animales, cuando pasan por delante de la casa de los Cole, sueltan extraños gemidos?

No, es que me habían llegado unos rumores.

Prométame que no me traicionaré. Lo hago únicamente por su bien. Yo quiero a la señora Cole. Es una buena señora.

Y ahora se trataba sólo de esperar unos días.

Sigo afinando el piano cada vez que damos clase. Último me ha preguntado por qué lo hago. Siempre está desafinado, le he dicho. Tal vez tenga que cambiar las claves.

No, no tienes que hacer nada.

Hace un año que llevo esta vida. Me lo ha recordado Último. Es nuestro aniversario, podríamos decir. Le he preguntado qué quería de regalo. Bromeaba. Pero él me ha

dicho: déjame dormir contigo.

¿En qué sentido?

Dormir contigo, en tu cama.

Me he echado a reír. ¿Estás loco?

Me has preguntado qué quería de regalo.

Sí, pero bromeaba. Y, además, yo no pensaba en algo de ese estilo.

Se trata sólo de un regalo, me has dicho.

Lo sé, pero...

Por el aniversario.

Uff, ¿a ti qué más te da dormir conmigo o no?

Tú no te preocupes.

Y yo, ¿qué voy a tener yo de regalo?

Pídeme lo que quieras, me has dicho.

Me lo he pensado un rato.

Déjame leer tus cartas.

¿Qué cartas?

Las cartas que nunca abres. Total, ya sé dónde las escondes.

¿A ti qué te importan mis cartas?

Tú no te preocupes. Déjame leerlas.

Se lo ha pensado un rato.

Pero luego vuelves a cerrarlas y no se habla más del tema.

De acuerdo.

De acuerdo.

Espera a que me cambie y luego te vienes a dormir.

De acuerdo.

Dame las cartas.

¿Ahora?

Sí.

Y se ha ido a buscarlas.

Es una historia absurda. Las cartas se las escribe siempre un sacerdote, un sacerdote italiano, desde Italia. Dice que se llama don Saverio. Primero quería asegurarse de que era él, Ultimo Parri, y quería estar bien seguro. De manera que le hacía preguntas, todas referidas a la guerra, sobre cosas sucedidas en la guerra, y si Ultimo se las contestaba convenientemente entonces estaría seguro de que era de verdad Ultimo Parri. Pero, naturalmente, Ultimo no le contestó nunca nada. Y entonces el sacerdote le decía que si por él fuera, habría dejado de escribirle, porque no se fiaba, pero que Cabiria insistía en que siguiera escribiéndole. Precisamente que no contestara, decía ese Cabiria, quería decir que se trataba realmente de él. Cabiria debe de ser uno que hizo la guerra con Ultimo. Debían de ser grandes amigos. Ahora está

en la cárcel, y ahí se quedará un montón de tiempo. Por eso no puede escribirle él, pero hace que le escriba el sacerdote. Le controlan el correo, por lo que parece. Y toda su historia es un secreto que no quiere que conozca la policía. El sacerdote no parece estar nada contento con que

Es Ultimo, que está llamando a la puerta.

Le abro no le abro.

24 de abril de 1923

La solución más banal quería evitarla, pero con los Farrell no tenía ganas de inventarme nada nuevo, era una familia aburrida, sólo quería marcharme de allí cuanto antes. El señor Farrell seguía mirándome. Era de los que creen que antes o después ocurrirá. Se lo hice creer. Durante un par de semanas lo mantuve a raya. Luego, esperé a quedarme a solas con él. Me desgarré la blusa, en la parte delantera, y le dije que o me daba veinte dólares o me ponía a gritar. De repente ya no estaba tan seguro de sí mismo. Me dio los veinte dólares. Entonces le dije que, ya que había pagado, podía tocar. Me puso las manos sobre el pecho. Me besó los pezones. Ahora basta, le dije. Y me abroché la chaqueta, en la parte delantera. Nos las arreglamos para quedarnos a solas, otras veces, aquella semana. En todas las ocasiones, él pagaba. También me dejé tocar entre las piernas. La última vez él sacó los veinte dólares, pero yo le dije que no quería dinero. Desabróchate los pantalones, le dije. Él temblaba por la emoción. Luego me desgarré la blusa, sobre el pecho. Y me puse a gritar. Llegó su esposa, con el niño pequeño correteando tras ella. El señor Farrell intentaba subirse los pantalones. Yo lloraba. No podía ni hablar. Hacía como que me tapaba la parte de delante, pero no lo hacía de verdad. Quería que ella viera lo bonitos que eran mis pechos.

Me dieron dinero para hacerme prometer que no le diría nada a nadie. También compraron el piano. Nadie lo volverá a tocar. Pero se quedará allí, recordándoles cada día aquella asquerosidad.

Pero el señor Farrell debió de decirle algo a alguien, porque en las casas empezaron a recibirme con malas caras. Comprendí que las cosas pintaban mal y escribí a Steinway&Sohns para pedir que me cambiaran de zona. Y así es como hemos acabado en Kansas.

Pero se trataba de una de las primeras veces, todavía no era lo bastante hábil. Hoy no volvería a hacer nada parecido. Demasiado peligroso. Ahora ya no me equivoco. Ahora llevo a cabo obras de arte. Como en casa de los Cole, los de ese niño raro. Mientras estaba tocando con la señora Cole, me paré de repente y rompí a llorar. Una pequeña y auténtica escena de histeria. La señora Cole no comprendía qué pasaba. Lo siento, lo siento, pero ya no puedo más, dije entre sollozos, esta casa tiene algo, tengo

miedo, lo siento, lo siento de verdad, tengo miedo. ¿De qué tienes miedo?, tengo miedo, y seguía sollozando. ¿Qué es lo que te da miedo?, también ella empezó a llorar, sabía perfectamente qué era lo que me daba miedo, quería oír cómo le decía de qué tenía miedo, porque temía que le dijera que de su hijo, y no se lo dije, pero ella sabía perfectamente que era por aquel niño, y era de él de quien tenía miedo, porque había algo raro en él, aunque nadie quisiera decirlo en voz alta, y tampoco yo conseguía decirlo, pero no podía de ninguna manera seguir allí ni una hora más, en aquella casa donde vivía un niño que era

EL DEMONIO

pero yo no se lo dije, lo que hice fue recoger mis cosas y salir corriendo, llorando, y despidiéndome de la señora Cole, abrazándola de verdad con el afecto de una hija, mientras Ultimo desmontaba el piano y yo le gritaba que no quería aquel piano en nuestra furgoneta, es un piano embrujado, y los vecinos salían de las casas para ver qué pasaba, pero sin atreverse a acercarse, porque lo que estaban viendo era a la profesora de piano que sollozaba y abrazaba con fuerza a la señora Cole, mientras Ultimo iba llevando una a una las piezas del piano a la furgoneta, y ahí se puede ver que yo de verdad me había encariñado con la señora Cole, porque no me habría costado nada hacer que se comprara aquel piano que yo veía salir de su casa con los ojos devorados por el terror, pero al final impedí que lo hiciera, aunque a esas alturas ella estaba dispuesta a hacerlo, pero me fui corriendo antes de que se lo comprase para liberarme de aquel terror, y aquí se ve hasta qué punto me había encariñado con ella, yo, que me he impuesto la regla de que nada perjudique mi plan de corromper a cualquier familia que el destino me

¿Qué le pasa a este piano, que no funciona?, me preguntó Ultimo.

Nada.

27 de abril de 1923

En Butford, el sábado, se disputaba una carrera de automóviles. Eran las fiestas de la ciudad. Pero Ultimo no quería ir. Tú estás loco, siempre dándole vueltas a los coches de carreras, con eso de la pista y todo lo demás; *tu sueño* es hacer una pista, y luego hay una carrera y no vas a verla.

Eso es un circo, dijo él.

Me explicó que todos están de acuerdo, hacen como que disputan la carrera, a lo mejor incluso resulta divertido, pero en el fondo ya saben quién va a ganar. Sirve para las apuestas, y porque a la gente le gustan los automóviles.

Me fui yo sola.

Ultimo, he visto la carrera como tú explicabas, justo lo que tú decías. Era una elipse de tierra, alrededor del parque, y los coches iban dando vueltas, exactamente igual

que

Cenizas. No es tierra, me dice él. Utilizan cenizas que luego riegan con agua, o con aceite. Lo sabía todo. Le pregunté qué sentido tenía llevar consigo un sueño que ya había sido hecho realidad en un lugar de mierda como Butford. Se puso muy nervioso.

En primer lugar: ésa es una pista para caballos. La utilizan para los coches, pero está ahí para caballos. Segundo: es una elipse. ¿Qué clase de pista es una pista en la que siempre estás girando en el mismo sentido? Está bien para un caballo, pero el automóvil es otra cosa.

Me parecía haber entendido que tú también querías hacerla así, redonda, perfecta, como la manzana de tu padre, ¿no me habías dicho que era como la manzana de tu padre?, y que llega al sitio desde donde partes, pero ¿es que eso era llegar a *otra parte*? Ya no entendía nada.

Escucha, Elizaveta. ¿Quieres intentar comprenderme?

Sí.

Pues entonces escúchame bien.

Sí.

Por las elipses corren los caballos. Los automóviles van por las carreteras y las carreteras van por en medio del mundo. E infinitas son las curvas que pueden hacerse. ¿Te entra en la cabeza esta maravilla?

Sí.

Pues ahora sácala del mundo. De los árboles contra los que se acaba chocando, de la gente que atraviesa la carretera en los cruces que nadie puede estar vigilando, de los carritos que van y vienen, del polvo y del barullo. Quédate sólo con la maravilla, el gesto límpido que corta el espacio y el tiempo, la mano del hombre que sobre el volante redibuja el trazado de la carretera, y la *absuelve*. Y colócala en medio de la nada. ¿La tienes?

Sí.

Muchas curvas, Elizaveta, todas las que he visto en mi vida. El perfil del mundo. En medio de la nada.

Sí.

Enciendes el motor y en marcha. Y gira. Gira hasta que cada curva desaparece en un único gesto que empieza y termina en el mismo punto, y desaparece dentro de sí mismo. Entonces te parecerá un círculo perfecto, cerrado y perfecto. Toda tu vida en ese círculo. Pero ese círculo está en tu cabeza, no en la realidad. Sólo está dentro de ti.

No sé.

Es una sensación.

Sí, tal vez.

Es eso de ahí.

Sí.

Y ahora piensa en Butford, Elizaveta.

Butford.

Sí.

Okay, estoy pensando.

¿Qué te parece?

Un asco.

Pues ya está.

Pero ¿nadie ha pensado nunca en hacer algo como lo que tu dices? ¿Una pista como ésa?

No lo sé, nunca he visto una.

Y tú la harás.

Sí

Estás loco.

Esta noche tengo fiebre. Siento que tengo fiebre. Hace frío, me gustaría tener otra habitación, otra manta, otra vida. Ya no puedo más. Ya no puedo más.

11 y 24 de la noche.

Mañana no voy a trabajar. Cuando no trabajamos, no nos pagan. Somos esclavos.

Todo esto tiene que terminar.

Tres noches de fiebre. Fiebre elevada. Tengo miedo. Por favor por favor.

2 de mayo de 1923

Venido el médico, manos pringosas, voz gruesa, cuando ha entrado yo

Fiebre, medicinas, siento que me quemo por dentro.

No puedo trabajar.

Ahora un poco mejor.

3 de mayo de 1923

Escrito a mi hermana. Ya no puedo más. Es humillante, pero le he preguntado si tiene alguna idea para poder salirme de toda esta

Una carta *humillante*.

La vecina es una rusa. Historias de Rusia. No me importa un pimiento.

Mi madre era *constantemente* humillada.

Algo debemos de haber aprendido.

Todas las medicinas por el suelo.
Ultimo me ayuda.
Lluvia.
Escribir me cansa. Me cansa todo.

4 de mayo de 1923

Una hermosa canción cantada por alguien esta mañana por la calle. A veces basta con poco.

He de retomar mi trabajo, mi plan.

Le he preguntado a Ultimo por qué no se va a buscar ese tesoro. Te dije que podías leer las cartas, pero que no tenías que hablar nunca del tema. Estoy enferma, Ultimo; dime por qué no vas a buscar ese tesoro.

La historia es que su amigo Cabiria escondió un tesoro en casa de un sacerdote en Italia, un tesoro que habían robado mientras se retiraban del frente; se lo dejó a un sacerdote y luego él acabó en la cárcel. No saldrá nunca de allí, de manera que ese Cabiria quiere que Ultimo vaya a recogerlo y a disfrutarlo, también por él.

Podrías hacer tu pista, le he dicho a Ultimo.

No quiero ese dinero.

¿Por qué?

En su opinión, Cabiria los había traicionado, por aquel entonces, durante la guerra; los había abandonado cuando estaban a punto de huir. Y así fue como él había acabado en el cautiverio. Y otro había sido fusilado.

¿Entonces?

Cabiria ya no existe, ha dicho.

Yo creo que es una locura eso de que uno tenga que estar pendiente de todos los que le han traicionado, no es algo inteligente. Ultimo es estúpido porque no sabe perdonar. No es cuestión de perdonar, a Cabiria yo lo perdoné. Pero ya no existe para mí. La memoria es importante. No existen culpables, sino que existen personas que dejan de existir. Es lo mínimo que puedes hacer. Es lo justo.

Tú estás loco, Ultimo. Coge ese dinero.

Te he dicho que no hables más de esas cartas.

Pero tú las guardas, no las tiras.

Se ha levantado y se ha marchado.

Luego ha vuelto. Para decirme que es necesario volver a poner en orden el mundo cuando alguien lo ha puesto en desorden. Está loco.

Mi plan de *corromper* a todas las familias con las que trabajo, ¿es un modo de poner en orden el mundo?

A propósito. Problemas con la policía. Pero no estoy en peligro. Es por aquella historia de los Curtis. No pueden demostrar nada.

Espero la respuesta de mi hermana.

Mañana vuelvo a trabajar. Guinness, luego Lambert y Calkerman.

Qué coñazo.

Iré yo a buscar ese tesoro.

7 de mayo de 1923

Con los Curtis al principio pensé en la mujer. Gente rica, aburrida. Ya tenían piano, pero yo les gusté. La mujer lo había dejado hacía años, pero se había puesto a tocar de nuevo. No tenía nada que hacer. Me trataba como a una hija. Pero la cosa se podría hacer sólo en el caso de que adquirieran otro piano. Lo compraron. Por aburrimiento éstos hacen cualquier cosa. La señora tenía un grupo de amigas con las que, por aburrimiento, acababa haciendo esa clase de jueguecitos. Supongo que formaba parte de su idea de *fidelidad* montárselo con mujeres. Es obvio que yo pensara en ella. Un día me pregunta si quiero probarme sus vestidos. Le digo que sí. Me visto y me desvisto, delante de ella. Le gustaba y yo fingía que me gustaba. Estuvimos a punto de terminar en la cama. Pero quería cocinarla a fuego lento. Sólo un beso. Luego ya iría como tendría que ir, pero llegó el día de aquella fiesta.

La señora había decidido dar una fiesta en la que yo tendría que tocar. Naturalmente te pagaré por eso, me dice. Por la noche me encuentro sentada en el coche con el señor Curtis. Bebe. También para él debo de haberme convertido en algo así como una hija. La gente está tan sola que

En un momento dado él rompe a llorar. Luego me dice que no tiene dinero para pagarme, no tiene dinero para pagar nada de esa fiesta; ya no tiene ni un céntimo y cada mañana hace como que va a trabajar a una oficina que ya no existe. Se queda en un café y desde allí intenta arreglar las cosas. Soy un hombre arruinado, me dice. Primero pienso que esa gente se ha corrompido ella sola, luego se me pasa por la cabeza que, a pesar de todo, puedo darles un empujoncito. Así, siquiera por mantenerme fiel a mi plan. Le digo al señor Curtis que tengo una idea. No sé cómo se me ocurren ciertas ideas; tengo talento. De manera que en determinado momento de la fiesta saco unas fotos de Siberia y de los que fueron enviados hasta allí por los bolcheviques. Es el tipo de cosas que me envía mi hermana. A mí la verdad es que no me hacen ningún efecto. No me importa nada lo que sucede allí. Y desde hace mucho tiempo tengo decidido que Yo no tengo nada que ver. En fin, digo algo sobre esa pobre gente y luego digo que el señor Curtis me ha animado a recoger fondos para enviarlos allí y él mismo ha iniciado las donaciones con la sorprendente suma de 300 dólares. Todo el mundo se ha puesto a aplaudir. En esa clase de mundo, la

beneficencia es una especie de deporte. Es importante la clasificación. Todo el mundo se puso a aflojar sumas de escándalo. Lo recolecté todo fingiendo conmoverme. Incrédula. Luego se lo pasé todo, en secreto, al señor Curtis. Lo devolveré todo, me dijo él, que probablemente era hasta una buena persona. Estoy segura de ello, le dije. Luego, cuando se cumplieron los seis meses, me despedí de ellos y me marché de allí. Antes, sin embargo, escribí una carta anónima a todos los benefactores de Siberia, aconsejándoles que comprobaran dónde había acabado su dinero. Creo que el señor se pegó un tiro, unos meses después. De todas maneras, lo habría hecho igualmente.

La estafa es suya, no tengo nada que temer de la policía. Es inútil que busquen. Tiempo perdido.

Lo importante es cambiar de zona con frecuencia, eso sí. Ultimo no comprende por qué, pero yo sí.

América es grande, no hay problema.

¿Cuánto me quedará aquí?

¿Cuánto se quedará aquí Ultimo?

Tal vez algún día, a fuerza de cabalgar, los bolcheviques lleguen hasta estas llanuras y nosotros debamos nuevamente despedirnos.

Quisiera vivir donde la Historia no llegue. ¿Existe algún lugar que esté ausente de la Historia? Entonces me gustaría vivir allí.

Yo soy una polizón que duerme escondida en el gran barco de la Historia.

Ultimo es un polizón.

Son los cobardes los que se han embarcado con sus billetes y todo lo demás. A ellos sí que les importa adónde va el barco. A nosotros no.

Pero luego no sé.

9 y 55 de la noche, la polizón se va a dormir.

14 de mayo de 1923

Respuesta de mi hermana. Esta mujer es incorregible.

Hay un tal Vasilij Zarubin, un terrateniente que me eligió cuando tenía 10 años. Me convertiría en su esposa, así lo había decidido mi padre. A mí no me importaba un pimiento. La cosa se había ido posponiendo un poco, por ciertas enfermedades mías, y luego llegó la Revolución. Pues bien, ese Vasilij Zarubin sigue estando por ahí, vive en Roma y es el doble de rico que antes. Era un hombre amable. La noticia es que él seguiría dispuesto a casarse conmigo. Mi hermana no tiene dudas sobre el hecho de que yo Tiene una esposa, en la actualidad, pero parece que no habría problema si yo Mi hermana dice que yo sabría qué hacer. Es verdad. No se equivoca.

Vasilij, amor mío.

Me gusta pensar que podría volver a ser rica en una veintena de días. El tiempo de un viaje hasta allí. Muy bien. Bien bien bien.

De tan feliz que estaba le he dicho a Ultimo que se viniera a dormir conmigo.

Ahora está ahí, girado del otro lado. Tiene una nuca esbelta y grandes orejas ridículas. Largas piernas delgadas. Duerme.

Y esto es lo que voy a hacer: me meto desnuda y luego me aprieto contra él. Le paso la lengua sobre la piel de la nuca, él se despierta, yo le susurro al oído: No te des la vuelta, quédate quieto, está pasando un ángel. Luego cojo su miembro con la mano y lo acaricio. Largo rato. Me detengo siempre un instante antes de que se corra. Luego empiezo de nuevo. Al final hago que se corra, acariciándolo muy lentamente.

Luego me duermo con la cabeza entre sus hombros.

10 y 34 de la noche.

No voy hacer nada de nada.

Ganas de acariciarme.

17 de mayo de 1923

Ha venido la policía. Era precisamente por la historia esa de los Curtis. Les he dicho todo lo que sabía. El señor Curtis se pegó un tiro, en efecto, unos meses después. Bien. Dicen que tal vez tendré que ir a algún sitio a declarar. Cuando ustedes quieran, he dicho. Lamento lo del señor Curtis, he dicho.

Sólo un poco de miedo.

Las veces que tuve verdaderamente miedo:

El incendio en Balkaev, de pequeña.

En el tren, aquel día.

Y antes, cuando los bolcheviques pasaban al galope por las calles.

Todas las veces que he subido a un barco.

Luego todas las veces que tengo miedo sin que haya nada de lo que tener miedo. Es como un piano que se pone a tocar él solo, sin que nadie lo toque. Pianolas del corazón.

Cuando viva con el señor Vasilij Zarubin no querré ningún piano en mi casa, ni pianolas, ni nada. Lo sentimos mucho pero la Señora no soporta oír música, ningún tipo de música. Sólo hace una excepción con *Going back*. Sí, es una canción. La Señora sólo soporta ésa.

Cantarán para mí *Going back*.

Vasilij, amor mío.

A Ultimo no le gusta la policía. Le da miedo. Un día, hace años, la policía fue a su casa en el campo y se llevó de allí a su padre. Estaban investigando acerca de aquel accidente, aquel en el que había muerto el conde, y no todo les cuadraba. De manera

que cogieron a su padre y durante dos días lo interrogaron a conciencia. Estaban convencidos de que tenía algo que ver con aquel derrape. Parecía que algún testigo había visto algo raro.

En el fondo era una cuestión de dinero, me dijo Ultimo.

Pero no quiso explicármelo.

No le gustaba eso de que tomaran a su padre por un asesino. De manera que, desde aquel día, no tragaba a la policía.

Pero es una historia de la que no quiere hablar.

Una de las muchas.

Así que durante todo el tiempo que la policía ha permanecido por aquí, él ha estado dando vueltas por el campo con la furgoneta.

Aquí el campo es fantástico, por todas partes parece la tierra prometida.

De vez en cuando una casa, pero siempre en el silencio, como si estuviera ahí únicamente para ser contemplada.

Estar aquí únicamente para ser contemplada. Es el principio de mi hermana. Mi hermana es una granja en el campo, en una eterna luz de crepúsculo, oh yes.

También me gustaría tener un perro. Cuando sea rica. Un perro. Tendré que tener niños, pero sobre todo querré tener un perro. Fiel.

Un día, en un feroz invierno, allá por Valstock, o más lejos, allá por la casa de Norma, de repente apareció por el bosque un

11 y5 de la noche.

19 de mayo de 1923

De repente, Ultimo ha desaparecido. La furgoneta la han encontrado en el pueblo. Abierta. Todo estaba bien, pero él no estaba. Alguien lo ha visto subir a un camión en la carretera de Pennington. Pero no es ni siquiera seguro que fuera él.

He ido a mirar en el doble fondo bajo los asientos. Su dinero no estaba. Tampoco las cartas, ya no estaban. Todas sus cosas en la furgoneta parecían estar allí.

Volverá.

Lo he aprovechado para no ir a trabajar. Todo el rato fantaseando sobre Vasiliij, amor mío. No era ni guapo ni feo. Tal vez, para mí, un poco gordo.

Cuando los hombres disputaban la carrera de caballos, en la pradera, y todas nosotras nos quedábamos en la empalizada, vestidas con gran elegancia, observando la carrera como muchas madres que

Me he puesto delante del espejo y me he peinado como me peinaba entonces.

Aquí en América no tienen buen gusto, y las señoras ricas lucen joyas que me hacen reír. Nosotros teníamos joyas magníficas. Cada joya tenía una historia, y no había prácticamente ni una sola perla sobre nuestra piel por la que un hombre no se hubiera, en el pasado, matado: o por amor o por deudas. Así que llevar las joyas era como

llevar encima nuestra atávica vocación por la tragedia. Sabíamos que por nada en el mundo debíamos interrumpir aquella cadena de sangre. Ésa era nuestra vida.

Dónde están ahora mis joyas.

No debo pensar en ello.

Ya no existen.

Yo ya no existo.

20 de mayo de 1923

He hecho que me llevara al trabajo el señor Blanket. No me gusta, porque el señor Blanket conduce de pena. Está convencido de que está en contacto directo con Dios. Se hablan. Dios le ofrece consejos y sugerencias. Ha ocurrido ya que le diese útiles indicaciones sobre la bolsa. Ya ves tú.

He telegrafiado a Steinway&Sohns para avisarles sobre lo de Ultimo.

Por si sabían algo. Espero una respuesta.

Ultimo está loco. Lo van a echar.

No será por lo ocurrido la otra noche.

Óptimos resultados con los Stevenson. Prácticamente la hija ya no come nada. Ellos se atormentan con esa preocupación y ya han empezado a echarse la culpa el uno al otro. Los he convencido de que el estudio del piano es una espléndida medicina.

Otros tres meses de clases.

10 y 51 de la noche.

Duermo con la luz encendida.

21 de mayo de 1923

Tormenta. Odio las tormentas. Los truenos eran tan fuertes que he tenido que dejar de dar clases. Hemos ido a la ventana a ver cómo caía el granizo. En un primer momento me he imaginado que veía a Ultimo, bajo un gran paraguas, que volvía.

Ninguna respuesta de Steinway.

Tengo que escribirle a mi hermana para saber cuánto dinero he ahorrado. Pero no tengo ganas de hacerlo. En estos días, no tengo ganas de hacer nada.

Elizaveta. Tan sólo se me ocurre escribir mi nombre.

Elizaveta.

Elizaveta.

Elizaveeeeeta.

No quiero tormentas, esta noche.

22 de mayo de 1923

Ninguna noticia.

Ultimo. Qué demonios estás haciendo.

He pensado que quizá tenga algo que ver con aquella maldita historia de la pista. Tal vez ha encontrado a alguien. Tal vez se ha decidido a recuperar aquel tesoro.

He vuelto a la furgoneta y he mirado entre sus cosas. Los dibujos también se los ha llevado consigo. De todas maneras podría haberme dicho algo.

He escrito la carta a mi hermana.

11 horas, Stevenson.

15 horas, Mc Mallow.

17 horas, Stanford.

Los Stanford desean que sus dos hijos no toquen música compuesta por judíos.

¿Scarlatti era judío? Y yo qué sé. Tengo que buscar música de judíos para hacer que la toquen a escondidas. Música *kosher*, je, je.

Están todos locos

11 y 17 de la noche.

23 de mayo de 1923

Fonograma de Steinway&Sohns. Ultimo se ha despedido del trabajo. Me mandan a otro. Me preguntan si Ultimo se ha llevado dinero. O material de la empresa.

Ultimo, ¿qué ha pasado? ¿Por qué ni una línea para mí?

27 de mayo de 1923

Ni siquiera una línea para mí, que te he regalado tantas. Ultimo, me gustaba cómo metías las manos en los pianos, parecía que tuvieras miedo de hacerles daño. Ultimo, me gustaba cómo contabas las historias a medias. Ultimo, me gustaba tu nombre, y cómo dormías. Ultimo, me gustaba que hablaras en voz baja. Me gustaba que yo te gustase.

Y me disgusta lo de aquella noche.

Pero qué podemos hacer si

Farewell, amigo mío.

Hoy, 27 de mayo de 1923, termino de escribir este diario, porque Ultimo ya no va a volver.

Elizaveta Seller, 21 años.

Hasta que vuelvas.

ITALIA, Lago de Como, 6 de abril de 1939

Dieciséis años después

Parece increíble. Lo que hace uno de joven. He releído el diario, después de tanto tiempo. ¿Yo era esa chiquilla? Me cuesta trabajo reconocermelo. Pero ¿cómo podía inventarme todas esas cosas? Ya no tengo la fantasía de antaño. Cuántas virtudes se pierden. Tal vez las inútiles.

La historia más increíble es esa de las familias. *Corromper* a las familias. Pero cómo se me ocurriría. Nunca hice nada parecido. A algunas de esas familias todavía las recuerdo. Los Cole, por ejemplo. Buena gente. El hijo era una peste, me gustaba un montón. Pelo rojo, pecas. Parecía salido de un libro. ¡Nada que ver con el demonio! Le llevaba un regalo cada vez que iba. Cosas pequeñas, porque era verdaderamente pobre, eso no me lo inventé. ¡Caramba, qué pobre era!

Era sólo una chiquilla silenciosa que no tenía a nadie. Vista desde aquí, desde estos cuarenta años, me veo lejana y pequeña, completamente equivocada, pero tan orgullosa, a pesar de todo, una niña que caminaba con la espalda erguida, el pelo bien peinado, sin saber absolutamente adónde ir.

¿Y el señor Farrell, tan alto y elegante? La verdad es que no le hice terminar nada bien. Con los pantalones bajados delante de su mujer, un mar de lágrimas. No se lo merecía. En realidad, lo recuerdo como un hombre amable, y limpio. Tenía clase, para ser un americano. Ni que decir tiene que me había enamorado de él. ¿Era malicioso cuando me acompañaba a casa? Quién sabe. Todavía recuerdo su perfume, aquella vez que se echó sobre mí, antes de que bajara del coche, y me besó en la mejilla. Ahora que tengo su edad, leo en ese beso muchas cosas. También malicia, es cierto. Ahora que he conocido esa punzada hiriente, la de cuando sientes deseos mucho más jóvenes que tú, ahora me parece reconocerla en la sonrisa con que me dejó bajar del coche. Pero entonces... Me quedé un poco decepcionada. Me pareció un beso de padre a hija. Tampoco sabía yo qué era lo que tenía que esperarme. No sabía nada. Es impresionante cómo se vive ya, y como adultos, cuando uno todavía no ha comprendido nada de la vida verdadera, de la vida adulta.

Todo lo escribía para Ultimo, esto lo sé. Olvidaba mi diario por todas partes, cada día, él leía y lo volvía a dejar en el mismo sitio. Nunca me dijo nada. Pero yo sabía que leía. Teníamos aquellas dos juventudes recluidas, aquella especie de exilio insensato, y lo único que nos quedaba era imaginar todo lo que no teníamos. Historias. Él tenía su pista en la nada, hecha con todas las curvas que le había robado al mundo. Yo escribía para él. Para mí. Quién sabe.

Estábamos lejos de todo. Demasiado lejos.

Sólo ahora sé que es una de las cosas más hermosas que he hecho. Aquellos meses con Ultimo. Llevando los pianos por ahí y escribiendo por las noches para él.

De vez en cuando reescribía las historias que él me había contado. Me gustaba hacer que se convirtiera en un personaje de novela, una invención. Quería que supiera que era una persona especial, de esas que se leen en los libros, de esas que él leía en las historietas. Un héroe. Eso es, tal vez quería que él supiera que era un héroe.

Decírselo, eso nunca.

Yo no hablaba nunca. Incluso ahora soy una mujer educada, cordial, pero nada más. Enmudecí en algún instante olvidado de mi infancia, y luego ya no hubo nada que hacer.

Escribir, he escrito mucho. Pero escribir es una forma sofisticada de silencio.

Me marché hace una semana, cogí un tren en Roma y me vine hasta aquí. Tardé un poco en encontrar el pueblo exacto, porque Ultimo era siempre un poco vago cuando hablaba de lugares. He tenido mil veces la tentación de volverme atrás, pero al final llegué frente a la vieja alquería, en mitad del campo. Allí estaba todavía, la sombra sobre la pared del rótulo de antaño. Garage Libero Parri. Sé que es absurdo. Pero qué buena gente somos, por ser capaces de hacer cosas de este tipo. A mi marido le dije que tenía que ir a ver un sitio fuera como fuera, y que tenía que verlo sola. Lo comprendió. Tal vez tendría que decir que me casé, en efecto, con Vasilij Zarubin (Vasilij, amor mío), y que tuve dos hijos con él, y el privilegio de una vida rica y reposada. Tenemos una casa bellísima, en Roma, detrás de la Piazza del Gesù, y en verano vamos a la playa, a Menorca, donde todavía llega el viento del océano. Nuestra casa está llena de cuadros. Ningún piano, como prometí. En eso no mentí. Canturreo, de vez en cuando, *Going back*. En voz baja.

Soy una mujer feliz, como debería serlo cualquier mujer en la reverberación de esta edad luminosa. Tengo debilidades elegantes, y cicatrices *charmantes*. Ya no tengo ilusiones sobre la nobleza de las personas, y por eso sé valorar su inestimable arte de convivir con sus propias imperfecciones. Soy clemente, por fin, conmigo misma y con los demás. De manera que estoy preparada para envejecer prometiéndome hacerlo en los excesos y en las tonterías. Si la edad adulta te ha dado lo que querías, la vejez tiene que ser una especie de segunda infancia en la que vuelves a jugar, y ya no hay nadie que pueda decirte que pares.

Soy una mujer feliz y es probablemente por eso por lo que me encontré sola, delante de aquella sombra del rótulo de garaje. Juro que durante años no pensé lo más mínimo en él, en Ultimo, en los pianos, y en las lecciones a diez centavos. Ese diario lo conserve sólo porque nunca tiro nada. Tengo todavía las entradas de los parques de atracciones de los domingos, ¿por qué iba a perder precisamente ese diario?, pero era una historia terminada, una de tantas. Luego, lo que pasó no lo sé exactamente, pero debe de tener algo que ver con la percepción, imprevista, que se tiene del propio pasado, en un día impreciso de nuestro envejecer. Primero eran figuras en el fondo, apenas iluminadas; y de repente éstas se te van acercando llenas de forma y de luz,

como un espectáculo tardío. Es imposible eludir la impresión de que las debes *recibir*, como invitados, como a visitas imprevistas, como

Estoy cansada.

22 y 45.

Quiero hacer exactamente como antes. 10 y 45 de la noche.

Cama vacía.

No voy a dormir hambrienta. Ya no he vuelto a ir a dormir hambrienta.

Elizaveta.

Elizaveta espalda erguida pelo bien peinado.

El día después

En la alquería se veía la sombra del rótulo Garage, pero ellos ya no estaban. Una señora amable me ha dicho que los Parri se habían trasladado a la ciudad, y eso había sido un montón de años atrás. Una veintena, ha dicho. Me ha preguntado si sabía algo del accidente. Un poco, le he dicho. Se trasladaron a la ciudad, ha concluido ella. Todavía están vivos, ¿verdad?, he preguntado. Se ha encogido de hombros.

El padre de Ultimo era lo único que podía encontrar, después de todos estos años. Ultimo la verdad es que no sé dónde para. Y además no sé si de verdad me gustaría verlo de nuevo. Únicamente necesitaba saber algo más de él. Tal vez para saber algo más *de mí*. O a lo mejor es nostalgia. Como una necesidad de respirar el mundo que estuvo en sus ojos. Tocar objetos que lo hubieran conocido.

He preguntado si había quedado algo del garaje. La señora ha dicho que no y luego ha hecho un gesto hacia la carretera. Había viejas cubiertas, viejos neumáticos desteñidos y grises, medio enterrados en el suelo, uno al lado del otro, como una breve valla. Marcaban el camino a lo largo de unos metros y luego nada más. He ido a tocarlos. Ultimo, he dicho en voz baja.

Tal vez habría podido intentar encontrar a aquel sacerdote, en Údine, pero no era fácil, y además me gustaba la idea de ver en persona a ese padre mítico, Libero Parri. Quería saber si Ultimo lo había soñado o si de verdad era real. De niños, los padres son un sueño, y respecto a esto no hay nada que hacer. Son el más grande de los sueños.

No es cierto que mis padres se mataran con una dosis de veneno en su propiedad de Basterkiewitz. Murieron en Siberia, como esclavos.

Así que me he ido a la ciudad. Libero Parri tiene una pequeña furgoneta con la que se dedica al transporte. La aparca en un minúsculo garaje donde también tiene un pequeño despacho. Hay un cartel que dice: Transportes. En las paredes, numerosas fotos de carreras de coches. Y de motores. Bajo los marcos siempre hay un pie,

escrito a mano con una caligrafía ordenada que siempre se inclina un poco a la derecha. Los virajes del Collado de Tarso, dice una.

Me he quedado fuera, durante horas, esperando a que volviera. Y cuando lo he visto no me he atrevido a acercarme. Me he quedado mirándolo de lejos. Perdió una pierna, en el accidente. Y debe de tener algo en la mano derecha, porque siempre la mantiene guardada, sin usarla, excepto en algunos gestos básicos. Agarrar el volante, echarse atrás el pelo. Libero Parri. Así pues, existes de verdad.

Yo de vez en cuando escondo las manos en el regazo, bajo un chal o una chaqueta, y toco a Schubert. Me gusta sentir cómo corren los dedos. La música pasa por mi cabeza y eso no lo sabe nadie. Simplemente, tengo el aspecto de haber acabado en algún lugar de mis pensamientos. Y, en cambio, estoy tocando a Schubert.

Al día siguiente me he animado a mí misma y he cruzado la calle. Le he dicho quién era. Le he dicho que había vivido con Ultimo, durante algunos meses, hace años. En América. Vendíamos pianos. Me llamo Elizaveta.

Ha repetido el nombre, como si buscara un recuerdo. Sí, quizá, ha dicho. Quizá Ultimo me dijera algo.

Hacía un montón de tiempo que no escuchaba ese nombre pronunciado por una voz que no fuera la mía. Es estúpido, pero quizá sólo en ese momento he tenido la certeza de que Ultimo existía de verdad, prescindiendo de mí.

Esta misteriosa circunstancia de que las cosas de nuestro pasado sigan existiendo incluso cuando salen del radio de acción de nuestras vidas y que, es más, maduran, trayendo frutos nuevos en cada estación, para una recolección de la que nosotros ya no sabemos nada más. La persistencia ilógica de la vida.

Nos hemos sentado el uno frente a la otra. En el pequeño despacho. Ha sido fácil para los dos hablar, no sé por qué. Él tenía la angustia de que debía volver a casa, de que Florence estaba esperándolo. Parecía un poco *asustado* por su mujer. Todos los hombres lo están, a partir de cierta edad, pero en él había una inflexión particular, como la docilidad de los animales domésticos. En un momento determinado ha decidido que a esas alturas definitivamente ya iba a llegar tarde y que, total, no merecía la pena seguir pensando en ello. Se ha reído. No por nada me llamo Libero, ha dicho, riendo. Con aire de intentar convencerse sobre todo a sí mismo.

—No veo a mi hijo reparando pianos —me ha dicho.

—Se le daba bien.

—Todo el tiempo preguntándose dónde estaba el radiador, me imagino.

—No, se le daba bien, de veras.

—¿Pagaban bien?

—En fin...

—Por otra parte, para él eso no era un problema...

—¿Ah, no?

—Bueno, es inmensamente rico.

—¿Quién, Ultimo?

—¿No se lo ha dicho?

—Éramos pobres como las ratas los dos, por lo que yo sé.

—Error, querida señora mía.

—Y entonces, ¿por qué se ganaba la vida vendiendo pianos?

—Digamos que él podría ser rico, bastaría con que lo quisiera. ¿Quiere saber la historia?

—Me gustaría.

—Es un poco complicada.

—No tengo prisa.

—Muy bien, yo tampoco. Ya no. ¿Le contó Ultimo algo del conde?

—Sí, sé quién es. Sé cómo murió. Y sé que es el padre de su hermano.

—¡Caramba!

—Lamento haber sido tan brusca.

—No, no, está bien así.

—Perdóneme.

—También Florence es así. Estoy acostumbrado. Es más, si tengo que decirle la verdad, siempre me ha gustado. Sólo las mujeres saben hacerlo.

—Perdóneme.

—Está bien; en fin, el hecho es que el conde le dejó una herencia que no estaba nada mal. Casas, acciones, un montón de dinero. Un patrimonio.

—¿El conde?

—Tenía una fijación con Ultimo, decía que era un chiquillo especial. Y así, sin decirle nada a nadie, había escrito un testamento en el que le dejaba esto y aquello. Quien disputa carreras de coches hace siempre testamento, ¿comprende?

—Sí.

—La cosa es incluso un poco cómica porque, dado el caso, lo mejor hubiera sido que le hubiera dejado todo a su hijo de verdad, no a Ultimo. Pero aún no lo sabía, ¿comprende?, cuando escribió el testamento aún no sabía que...

—Ya.

—De manera que le dejó todo aquello a Ultimo.

—Increíble.

—Lo más increíble es que todavía está todo en el banco. Ultimo no ha querido tocar nunca nada. No quiere saber nada de esa historia. De manera que el dinero permanece allí dentro y se va multiplicando.

—¿No lo ha cogido?

—Que yo sepa, no.

Y entonces se me ha ocurrido pensar en aquella historia del tesoro, y de su amigo

en la cárcel, y del sacerdote de (Mine. Sobre la cabeza de Ultimo había una montaña de dinero. Y él no quería saber nada al respecto. Yo he conocido hombres ricos, pero una riqueza absurda como la de Ultimo nunca la había visto.

—Son cosas tuyas —he dicho.

—¿En qué sentido?

—No sé, no es que yo lo conociera muy bien, pero me parece propio de él no tocar ese dinero. Él era así, si había algo en su vida que no le había gustado, entonces ese algo ya no existía, lo borraba. Ese dinero ya no existe para él. No le gustaba esa historia del accidente, del hermano, toda esa historia.

—No está siendo buena conmigo.

—Perdóneme.

—Déjelo.

—Pero yo no he querido decir que él no les quiera, él los adora, créame, es que se trata de su manera de echar cuentas con el dolor, lo borra todo, no es capaz...

—Déjelo.

—Créame, Ultimo hablaba siempre de usted.

—¿Ah, sí?

—Dios mío, me puso la cabeza así. Yo viví meses con las aventuras de Libero Parri, usted no puede creer...

—No diga tonterías.

—Se lo juro. Aquella vez en Turín, se acuerda usted de cuando fueron a Turín, los dos solos...

—A ver al doctor Gardini, habíamos ido a ver al doctor Gardini. Tenía una secretaria con una pierna de madera. Y ahora aquí estoy, yo también, con una pierna de madera, tendría que ir hasta allí para enseñársela...

—¿Se acuerda usted de esa noche, que se fueron a dar una vuelta en la niebla?

—No sé, fuimos a un restaurante, eso sí; sería la primera vez...

—¿Se acuerda de que después acabaron dando vueltas a una manzana, en la niebla, durante horas, y que usted hablaba y hablaba...?

—No, no lo recuerdo, habíamos bebido un poco también...

—Ultimo nunca lo olvidó, ¿lo sabe?

—¿Dando vueltas a la manzana?

—Caminaban y se perdieron, dando vueltas a la manzana.

—No sé. Me acuerdo de que dormimos en un hotel que se llamaba Deseo. De entrada había pensado que era un burdel y hasta le había echado el ojo.

—Ultimo creció durante aquella caminata suya, ¿puede creerme?

—Es posible.

—No sabe las veces que me la contó.

—Es posible.

—Perdóneme otra vez, no quería ser brusca.

—No lo piense. Hablemos de otra cosa, ¿le parece?

—De acuerdo.

—Usted es rica, ¿verdad?

—Yo el dinero sí que lo cogí. Me casé con un hombre muy rico.

—¿Es un buen hombre?

—Malo no es, no. Nunca lo es.

—¿Y usted lo ama?

—Sí, creo que sí.

—Eso ayuda.

—Sí.

—¿Sabe cómo se puede ver si alguien te ama? Te ama de verdad, quiero decir.

—Nunca he pensado en ello.

—Yo sí.

—¿Y ha encontrado una respuesta?

—Creo que es algo que tiene que ver con la espera. Si es capaz de esperarte, te ama.

—Bueno, pues entonces no tengo problema. Mi marido me eligió cuando yo era una niña de diez años. En aquella época era lo que se estilaba. Me vio, me habló una vez, él era un señor de treinta años. Fue a ver a mi padre y le pidió mi mano. Y luego se puso a esperar. Esperó durante doce años, no, más, trece, catorce, ni siquiera me acuerdo bien. Pero, en fin, durante un montón de tiempo desaparecí en la nada, y cuando regresé, él estaba ahí, esperándome. Había habido una revolución de por medio, habíamos acabado en los extremos opuestos del mundo, pero cuando me vio regresar, ¿sabe qué dijo?

—Espere a que me ponga cómodo. Quiero disfrutarlo.

—No, nada de especial, no es un hombre con una gran fantasía.

—Inténtelo.

—Vino a mi encuentro y me dijo: No importa.

—Bravo.

—Besándome la mano. No importa, Elizaveta.

—La ama.

—Sí.

—¿Y ahora dónde está?

—En casa.

—¿Le ha dicho lo que venía a hacer aquí?

—No ha sido necesario.

—Dígamelo a mí, entonces.

—Qué.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Una pregunta difícil.

—¿Quiere pensárselo un poco?

—No..., es que no es sencillo..., quería ver el garaje. Tal vez quería verlo a usted. Creo que tenía necesidad de colocar algunas cosas en su sitio. Cuando uno es joven se va dejando atrás un montón de cosas a medias... Luego la vida te deja más tiempo..., te apetece volver atrás para poner un poco de orden por última vez. Pero, en el fondo, no lo sé. Tal vez mi felicidad me estaba aburriendo un poco.

—¿Ha vuelto a ver a Ultimo?

—No. ¿Y usted?

—No, no volví a verlo. Se marchó de aquí un día y no volvimos a verlo. De entrada no me preocupé, por todas partes había gente que volvía de la guerra, y nadie se reencontraba ya con la vida normal, de manera que muchos se ponían a vagabundear. Estaba seguro de que volvería. Y en cambio él se había marchado realmente para siempre.

—¿Le escribe alguna vez?

—Alguna vez. Una, dos cartas al año. Pregunta si necesitamos algo. Pero cuenta pocas cosas. Dice que todo va bien. Y luego siempre se disculpa. Es algo que me cabrea. Pero ¿por qué siempre pide disculpas? Si nos ponemos ahora a pedir disculpas, no vamos a acabar nunca.

—Usted ha sido un magnífico padre.

—Es posible.

—Si tiene que marcharse, no me haga más cumplidos, dígamelo.

—Sí, la verdad es que es un poco tarde.

—Su mujer estará preocupada.

—Sí. ¿Quiere venir conmigo, quiere conocerla?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No, no creo que..., no, está bien así.

—No muerde, ¿sabe?

—Lo sé, no se trata de eso, es que no sé, está bien así.

—De acuerdo.

—En otra ocasión, a lo mejor.

—¿Me dice una última cosa, Elizaveta?

—Sí.

—Mi hijo, ¿qué le contó del accidente?, quiero decir, ¿le dijo alguna vez que..., en fin, que algunos pensaban que era culpa mía, que lo había matado yo, al conde?

—No le gustaba hablar de esa historia.

—Sí, lo sé, pero alguna cosa le diría.

—Algo.

—¿Y usted se hizo alguna idea de lo que tenía él en su cabeza?

—No pensaba que fuese hijo de un asesino.

—¿Pero estaba realmente seguro?

—Sí, creo que estaba realmente seguro.

—Gracias. Se lo agradezco de verdad.

—¿De verdad lo acusaron de asesinato?

—Fue la familia del conde... Aquello tan raro de la herencia los enfureció, de manera que... salieron con esa historia del homicidio.

—¿Para quedarse con el dinero?

—Creo que sí. A esa idea del homicidio llegaron por lo que habían contado algunos testigos. Decían que de repente, sin ningún motivo, el automóvil se había encaminado hacia una hilera de plátanos, fuera de la carretera, y que en el momento del impacto yo estaba fuera de mi asiento y agarraba con ambas manos el volante.

—¿Habían pagado a los testigos?

—No. Todo era verdad.

—¿También lo de las manos en el volante?

—Sí. Alguien dijo incluso que había oído la voz del conde que gritaba «No, no».

—Pero era absurdo, habría muerto usted también, allí dentro.

—Ahora le pido que tenga paciencia, pero la verdad es que no tengo ganas de decirle nada más.

—¿No va a decirme la verdad?

—No.

Entonces yo le pregunté si él lo había matado.

Libero Parri sonrió.

—Es usted realmente como Florence. Y no los tiene miedo a las palabras. ¿Sabe lo que pasó esa mañana, la mañana de la carrera? Viene el conde a recogerme y Florence se nos pone delante, delante de los dos, tras haber enviado a Ultimo a algún sitio. Y nos dice: Estoy esperando un hijo. Y no sé quién de vosotros dos es el padre. Me mataría por lo que he hecho, pero ahora ya es demasiado tarde. No digáis nada. Id a correr esa estúpida carrera. Después encontraremos una solución. Lo siento. Id y no hagáis ninguna tontería, que de eso ya me he encargado yo. Y se marcha de allí. Y yo

sabía que había algo entre ellos, es decir, lo sabía y no lo sabía, en fin: *me lo esperaba*, no me pida que se lo explique. Pero fue un mazazo terrible. Subimos en silencio al coche y fuimos hasta la salida. Todavía quedaba un poco de tiempo, y fuimos a emborracharnos. En un momento dado el conde me dijo que habríamos tenido que liarnos a puñetazos o algo parecido. Dijo que los hombres de verdad así lo hacían. Seguimos bebiendo. Cuando salimos, estábamos borrachos. ¿Puede usted imaginarse a dos hombres así, con toda esa historia, que salen disparados a 140 por hora en mitad del campo?

—Tal vez.

—Si quiere saber la verdad, pregúntesela a Ultimo. Él la sabe. A él se lo conté todo.

—A Ultimo no volveré a verlo nunca más, señor Parri.

—Tengo que marcharme ya.

—Como quiera.

—No quiero verla con esa cara. Son viejas historias de hace treinta años, si lo piensa bien no le importan nada de nada. Es por Ultimo por lo que usted ha venido aquí. No se deje llevar por la curiosidad de saber quién es el asesino. Eso está bien para las novelas policiacas. Son los peluqueros los que leen las novelas policiacas.

—¿En serio?

—Entre nosotros, es así. Las lee el barbero y luego nos las cuenta mientras nos afeita. Así nos ahorra el trabajo, ¿comprende?

—Es un buen sistema.

—Lo hemos probado también con los libros de verdad, pero no ha funcionado.

—¿No?

—La idea que nos hemos hecho sobre los libros es que si uno no consigue contarlos en el tiempo de un afeitado, entonces son literatura. Y ésta no está hecha para nosotros. ¿Usted lee?

—Sí. De vez en cuando, también escribo.

—¿Libros?

—También.

—Fantástico.

—Sí.

—¿Sabe que Fangio nunca sale a la pista si no está recién afeitado? Es una obsesión suya.

—No estoy yo muy segura de saber quién es Fangio.

—Eso no lo diga ni en broma.

Y muchas más cosas que, de todas formas, ya no recuerdo, o que son difíciles de

escribir. Durante horas hemos estado allí en aquel despachito. Luego le he preguntado si podía acompañarlo. Me ha dicho que sí. Dios, qué cansada estoy. He escrito un montón.

11 y 41 de la noche.

El día después

Caminando a él le costaba un poco de trabajo, debido a lo de su pierna de madera. Me ha dicho que yo no era la primera persona que aparecía por allí, y que venía desde él, es decir, que procedía de la vida de Ultimo. Un viejo profesor de la universidad, un matemático, había estado allí años antes. Quería saber si Ultimo había conseguido hacer realidad su sueño. Una pista en la nada.

—Yo no sabía nada de aquello tan raro. Intenté que me lo explicara el profesor pero entendí muy poco. ¿Usted sabe algo sobre el tema?

Le he contado toda la historia de la pista en la nada con todas esas curvas robadas por Ultimo al mundo.

Menuda idea, ha dicho. Ya están las carreteras para las carreras de coches. No se necesita nada más.

Si hay algo que siempre me ha fascinado es la ceguera que tienen los padres respecto a los sueños de los hijos. Realmente, no los ven. No lo hacen por maldad.

Luego se ha parado y me ha dicho que no podría comprender nada de Florence y de él si no comprendía de dónde venían. Para usted es difícil el mero hecho de imaginárselo, me ha dicho. Nosotros venimos de un mundo que no sabía qué era la alegría de la vida. Ésta era sólo una agonía, un castigo. Vida de campesinos. Usted no tiene ni idea. Quiero decirle algo sobre mi hermano. Trabajó como un animal toda su vida, con la tierra y el ganado, hasta que consiguió comprarse una vivienda en la ciudad. Desde aquel día se instaló en su vivienda y prácticamente no volvió a poner el pie fuera de allí. Era feliz. Cuando le preguntaba qué diablos hacía todo el día, él me contestaba con una frase que lo dice todo sobre ese mundo. Disfruto de mi vivienda. ¿Se da cuenta? Ahora usted nos mira a Florence y a mí y pensará que lo único que hicimos fue montar un buen follón, pero créame, era precisamente por eso por lo que nos rompimos el lomo, por ese follón, para salir de aquella ciénaga. Un trabajo bestial, se lo aseguro. Pero nadie habría podido detenernos. ¿Se da cuenta de lo que para mí representaba un automóvil, echando humo en el horizonte? ¿Comprende que me lo había jugado todo sólo por tener una única oportunidad de echar humo con él, a lo lejos?

O un conde bien vestido que sabía encontrar las palabras apropiadas y que olía a un mundo que nunca habíamos visto.

Ahora usted me ve así, con mi pierna de madera, un hijo que no es mío, otro

desaparecido en la nada, y una furgoneta de inválido para llevar cajas de fruta, y pensará que soy un hombre triste, o fracasado. Pero no se deje engañar por las apariencias. ¿Sabe?, la gente vive muchos años, pero en realidad está verdaderamente viva sólo cuando consigue hacer aquello para lo que nació. Antes o después no hace otra cosa que esperar y recordar. Pero no está triste cuando espera o recuerda. *Parece* triste. Pero lo único que ocurre es que está un poco lejos.

Sí, lo sé, le he dicho.

Tendría que haberme visto cuando vendía vacas en vez de gasolina, me ha dicho. Qué placer.

Y usted, ¿ya ha hecho aquello para lo cual ha nacido?, me ha preguntado. ¿Está tan lejos porque está esperando o porque está recordando?

Tal vez las dos cosas, le he dicho.

Se ha echado a reír.

Luego se ha parado. Quería mirarme bien a los ojos mientras me hacía la pregunta que desde hacía un rato le daba vueltas en la cabeza. ¿Y usted qué le ha hecho a Ultimo, para ser borrada así, peor que yo?

Lo ha dicho sonriendo, como si los dos tuviéramos claro que a esas alturas ya no había nada que hacer.

—No es seguro que me haya borrado del todo.

—Se marchó sin una palabra siquiera, me lo dijo usted. Tampoco le ha escrito nunca. ¿Cómo le llama a eso?

—Ser borrada.

—Es su manera de echar cuentas con el dolor, me lo ha explicado usted. ¿Qué le hizo? Dígamelo, total, ¿qué importa ya?

Qué le hice, qué le hice, querido viejo señor Parri, Libero Parri, Garage Libero Parri. Tendría que preguntárselo a aquella chiquilla de siempre, la que corrompía a las familias, espalda erguida y pelo bien peinado. Para mí, en la actualidad, es difícil comprenderlo. Había tantas cosas en mi cabeza, en aquel entonces, que el mundo exterior apenas lo notaba, pasaba como una sombra; la vida estaba toda en mis pensamientos, yo a aquel chico apenas lo vislumbraba, era más auténtico en mi diario que en las carreteras de América, era un sonido que apenas percibía, pero que yo cantaba con los ojos abiertos en mis sueños. A Ultimo me parece que nunca llegué a verlo como a una persona real, auténtica. Era demasiado pronto para mí. De manera que si ahora lo pienso, desde la atalaya de estos mis cuarenta años, veo, a lo lejos, un rosario de gestos que no sabría cómo interpretar. Los cuerpos, querido señor Parri, los cuerpos los teníamos como juguetes sin instrucciones, ninguno de nosotros dos sabía cómo usarlos, el mío lo ajustaba como maestra en las páginas de mi diario, pero era un modo para no utilizarlo de día, a la luz del sol. Y Ultimo, por lo que recuerdo, lo llevaba por ahí como un impermeable demasiado grande. Sí, debí de hacerle algo,

claro que debí de hacerle algo, e incluso recuerdo vagamente una noche penosa, en la que yo me reía, y en la que hubo un vals de gestos que no quería comprender, y palabras que suplicaba no oír. Pero qué le hice, exactamente, eso no lo sé.

Lo que le hice es que todavía no había nacido, y esto, para la gente, es algo difícil de comprender.

Necesité mucho tiempo para nacer. Eso es lo que ocurrió.

Pero al señor Parri sólo le he dicho:

—No estaba enamorada de él.

Cosas que pasan, ha dicho.

He hecho las maletas, en mi habitación de este hotel lujoso, a orillas del lago. Es hora de que me marche. Una habitación de hotel, cuando lo has recogido todo, y detrás de ti sólo queda el desorden, *tu* desorden, es una huella bellísima, y es una lástima que quienes la lean y la borren sean camareras aburridas, con el corazón en otra parte. Cogeré el tren, y volveré a Roma. Tengo dos hijos y muchas cosas de las que ocuparme. Tengo un marido junto a quien es delicioso regresar. Me gustará ver pasar el paisaje, por la ventanilla, mientras toco a Schubert, con las manos escondidas bajo el chal de seda india.

Me ha resultado extraño volver a escribir, después de tantos años, un diario. Pero es una de las muchas cosas que me ocurren en estos tiempos y que no sé descifrar. ¿Qué estación del corazón es ésta, en que uno se encuentra corriendo para ir a ayudar a unos años olvidados, fingiendo haber oído que gritaban socorro?

Antes de separarnos, Libero Parri ha tenido tiempo todavía para explicarme bien quién es Fangio y cómo se puede trucar un carburador sin que los jueces se den cuenta de ello. Puede serle útil, me ha dicho.

Y todavía una cosa más, ha añadido.

Ultimo era flaco como una rama, tenía aquel par de orejas, y los ojos color de ratón, eso ya lo sé. Tenía el aspecto de alguien que siempre tenía que estar poniéndose inyecciones, ¿verdad?

Sí, ése era su aspecto.

Lo sé, ha dicho Libero Parri. Pero él tenía la sombra de oro y usted estaba enamorada de él. Y todavía lo está. Y no dejará nunca de estarlo porque usted nació para eso.

Le he preguntado qué era la sombra de oro.

Déjelo. Los que la tienen no pueden entenderlo.

Me ha tendido la mano. La mano lastimada, la que utiliza para unos pocos gestos importantes.

Lo he visto marcharse, de espaldas, con ese paso renqueante y seguro.

Sólo ahora me doy cuenta de que, pese a lo mucho que hemos hablado, no se me ha ocurrido preguntarle qué es de Ultimo ahora, y si sabía dónde estaba, y qué hacía.

Y él también me ha contado muchas historias pero siempre sobre un niño que corría tras él, como si el hombre en que Ultimo debe de haberse convertido, entretanto, ya no fuera algo que nos concerniera. Qué absurdo. Habría sido tan natural hablar de ello, juntos, y en cambio no lo hemos hecho, y ni siquiera sé por qué.

O tal vez lo sé.

3 y 47 de la noche.

Sinnington, Inglaterra, 7 de mayo de 1969

Muchísimo tiempo después

Vale, vale, hagamos esta tontería. Por qué no. Total, no puedo conciliar el sueño. Una anciana mujer de sesenta y siete años retoma su diario de cuando era una chiquilla y

Querido diario, te debía una última página: ésta es. He tardado un poco de tiempo. ¿Ves estas letras largas y cansadas?, son mías. Estaban dentro de aquellas otras ágiles de los veinte años, y de la hermosa grafía de la espléndida mujer que ya no soy. Eran la flor en la semilla.

¿Qué has hecho en todo este tiempo? Has estado en mis maletas, eso es lo que has hecho. Incluso cuando lo he tirado todo, tú has permanecido. Te debía una última página. Ésta es.

Escribo en el saloncito, a la luz de una pequeña lámpara. He dejado en la cama a esos dos, y he cerrado la puerta. Quiero que duerman mientras yo permanezco despierta esperando este mañana singular que me aguarda. De tanto como lo había deseado, él me ha buscado desde el fondo de mi pasado. Va a ser un gran día. No hay nadie que comprenda nada, ni nadie a quien yo pueda contarle algo. Todos creen que estoy loca. Que piensen lo que quieran. No tengo ganas de explicarlo. Esta historia no va con ellos. Piensan que soy una vieja loca, y una mala mujer. No es cierto, pero me gusta que lo piensen. Tampoco quisiera que se olvidaran, además, de que soy rica, rica de una manera irrevocable e irritante. Es un privilegio que no me he merecido, y que, no obstante, me coloca en situación de poder disponer de los demás. Es lo que siempre deseé. De pequeña soñaba con ello. Ahora lo hago cada día. No sé qué es lo que lleva a un niño a crecer con el sentimiento de venganza, pero es lo que ocurrió conmigo; y han sido inútiles todos los años empleados en convencerme de que se trataba sólo de un hábito infantil que había que combatir. Chorradas. Es el resentimiento, la ebriedad del resentimiento, la vitalidad del resentimiento, lo que me dio la vida, y estuve muerta durante todo el tiempo en que no quise comprenderlo. Cuando era joven me sentía tan cerca de él, era mi compañero de cama, estaba bajo mi ropa, era mi olor. *Vivía* para vengarme. Pero la juventud... es indigencia, pobreza, o al menos lo fue para mí. Era demasiado pequeña, y dura, no estaba a la altura de mi verdad; de joven, nadie lo está, nadie. Pero cuánto quiero a aquella chiquilla que por las noches, con la pluma en la mano, corrompía a las familias, y mataba a los caniches con pesticida, y se desgarraba la blusa delante de contables cachondos. Estaba contigo, Elizaveta mía, era yo, pero no podía ayudarte, intentaba gritar, pero no me oías. Me gustaría que supieras que no te traicioné; aunque me equivocara tanto al final no te traicioné. Soy una vieja loca. Riquísima y malvada. Te lo debía. Te debo los dos muchachos que están en mi cama, son guapísimos y son tuyos. Ella se llama

Aurora. Él es un egipcio, ni siquiera sé cuántos años tiene. Un muchacho. Al principio a esos muchachos los compraba. Cuando me desperté del embobamiento de los cuarenta años, a esas alturas ya era demasiado vieja para conseguirlos con mis encantos. Tenía tanto dinero que me puse a pagar por ellos. Las primeras veces era horrible, pero con un poco de alcohol se me pasaba todo, créeme. Luego aprendí a hacer lo que me venía en gana. Les pagaba para que vinieran a dormir conmigo: eso es algo que proviene directamente de ti. Ni siquiera por un momento olvidé que tenía unos labios viejos y una piel cansada. No quiero que me besen y nunca me desnudo para ellos. Es por sus cuerpos por lo que estamos ahí, no por el mío. Los miro, los toco, paso mi lengua sobre su piel. Siento sus olores y escucho su voz mientras gozan. No me gusta follar con ellos, y si lo hago, de vez en cuando, es por cansancio. Se está demasiado cerca al follar, eso también me lo enseñaste tú. Con el tiempo comprendí que podía hacer algo mejor. Me puse a comprar muchachas. Las más hermosas que encontraba. No porque me gustaran, eso es algo que no he vuelto a sentir; tal vez tú lo sintieras, pero yo lo perdí por el camino: no me gusta hacer el amor con una mujer más hermosa que yo. No sé. Pero les pago para que estén cerca de mí y, mientras están junto a mí, hacer que me seduzcan los muchachos. Yo los elijo. Los que me gustan. Con los pobres es todo más sencillo. Ellas los atraen, nos los llevamos de allí. Las primeras veces dejo que actúen por su cuenta. Yo leo un libro, en la habitación de al lado, y es una sensación que tendrías que experimentar. Luego las cosas salen con mucha normalidad. Al rato estoy allí con ellos, mirándolos. Me gusta recoger las migajas de su fiesta, porque no son migajas sino milagros. Me gusta acariciar el pelo de ese chico que está follando, y tener su miembro entre los labios mientras él besa una boca joven que yo ya no tengo. ¿Verdad que reconoces algo de todo esto? Tú eras así, Elizaveta, no estabas a la altura de tu verdad, pero eras así, incluso podías esconderlo bajo el acero de tu figura feúcha, descolorida y ofendida, pero eras así. ¿Cómo hiciste para no romperte en dos, en la niebla de aquellos días todos iguales, derrotados por el miedo, con aquel deseo en tu interior, y con aquel mundo ciego fuera? Lo conseguiste, no te rompiste, y ahora estás aquí. Diviértete, Elizaveta.

Y no repares en esos cuarenta años de mujer espléndida, esposa y madre, mujer hermosísima. Dios mío, qué sufrimiento leer esas páginas. Qué apuro. Cómo se puede vivir en la ficción, con tanta nobleza y ceguera... Y qué días vivía, en aquellos años, que Dios me perdone, qué días más *justos*... Esa capacidad mística que tenemos de crecer, mezclando lo que somos con la imperfección, cuando no con el error. Habría que avergonzarse y punto. Y, a pesar de todo, hay algo grandioso en ese paso de la edad en el que los humanos a los que todavía les quedan fuerzas para gastar las invierten todas en el esfuerzo titánico de *hacerse mayores*. Y encuentran esa belleza de estatua griega, donde el perfil grotesco de lo que eran de jóvenes se

recompone, magistralmente, en formas y proporciones áureas, dictadas por el sentido de responsabilidad, por la astucia de la experiencia, por el *ralentí* de los cuerpos maduros. Incluso los rostros, a menudo, encuentran una compostura luminosa en la que se lee una verdad que no estaba en los rasgos sin prudencia de los años jóvenes. Es esa larga estación en la que nos convertimos en madres y padres, y en la que se pone orden en la vida, con el paciente gesto de legarla. ¿Puede uno ser capaz de eludir un paso de este tipo? No lo creo. Unas vidas sin invierno, ¿qué clase de vida serían? ¿Qué clase de vida son vuestras vidas de niños perennes y estivales? La permanencia de la semilla bajo la nieve: también esto nos es dado conocer. Y valorar. Yo adoré de esos cuarenta años el crepitar subterráneo e incesante, el grito obstinado bajo la nieve, la desesperación muda en el corazón de la calma, la fragilidad infinita, la pétrea firmeza en vilo sobre la arena —la invencible angustia de ser felices *de esa manera*. Siempre con la sospecha de que bastaría una mirada por la calle, un momento de soledad, algún minuto de más esperando a una amiga, para que todo se derrumbase de repente, sin condiciones. Y volveríamos hacia atrás, como naves que fueran llamadas de nuevo al puerto, tras la batalla. Al puerto que éramos de jóvenes.

Además, también es verdad que a menudo no pasa nada y que para muchos se aleja toda clase de deshielo, y el invierno permanece vigilando todos los años que quedan por venir, en vejeces aseadas, sin sol. Pero no fue así para mí —para mí, y para ti, Elizaveta, espalda erguida, pelo bien peinado. Me ayudaste a ver morir lentamente a nuestro Vasilij, amigo querido, marido mío y nuestro. Cuando él se marchó, miré a mis hijos a la cara y de pronto ya no comprendí por qué tenía yo que vivir por su juventud y no por la mía. Así que volví hacia ti. A lo que habíamos dejado a medias. Era tiempo de acabarlo.

Lo primero que hice fue dejar de ser clemente. Lo segundo, pagar a los muchachos. Lo tercero, buscar a Ultimo. Me ha costado mucho comprender por qué tenía necesidad de ello, pero tuve mucho tiempo para comprenderlo. Ahora sé que Libero Parri se equivocaba cuando pensaba que yo había nacido para amar a Ultimo. Ninguna mujer nace sólo para amar a alguien. Yo nací para vengarme y la verdad es que estoy viva ahora, por fin, cuando me vengo cada día, sin arrepentimientos. Pero, no obstante, también es cierto que, querida pequeña Elizaveta, tú estabas enamorada de él, y que yo lo estaré para siempre. En eso el viejo Parri no se equivocaba. Tú no podías comprenderlo, yo no quise saberlo durante mucho tiempo. Pero es así. Nosotras dos no hemos amado a nadie más. Era feo, raro e inaccesible. Pero nosotras siempre supimos que en su sombra de oro nos salvaríamos. Él recompondría el mundo cada vez que nosotras lo hubiéramos roto, y junto a él habría sido posible ser nosotras mismas. Y así ha sido.

Fui a buscar a Libero Parri, pero ya no lo encontré. Se lo había llevado un ataque al corazón, inmediatamente después de la guerra. En su casa había una pequeña

mujer, orgullosa, con rasgos infantiles. Florence, al final te vi. Le dije que lo sentía. La abracé. Era una mujer dura. Maravillosamente inclemente. Le conté toda mi historia y luego le pregunté dónde podía encontrar a Ultimo. Ella me tendió un sobre, grande, blanco. Ultimo dejó esto para usted, me dijo.

En el sobre había una hoja grande, doblada varias veces. Tan grande como un mapa. En el papel gris, con tinta china de color rojo, estaba dibujado el trazado de un circuito. Dieciocho curvas. Se movía en el espacio con una elegancia inequívoca. El trazo era limpio y neto; los radios de las curvas, exactos. Y en el gris de alrededor, muy apretada, la pequeña grafía de Ultimo explicaba cada uno de los metros de esa carretera. Lo había prometido: estaba allí toda su vida.

Luego no había nada más para mí, ni una línea, ni un mensaje, nada. Sólo el circuito.

¿Consiguió construirlo?, pregunté.

Pero Florence no respondió.

Estaba sentada al lado de su hijo, y lo tenía cogido de la mano. El hijo del conde. Parecía ausente. Con cuerpo de adulto, pero parecía un niño. Mudo. Un idiota.

Consiguió construirlo, ¿verdad?, dije.

Es un dibujo, dijo Florence.

Sí, pero lo consiguió, ¿verdad?

Me dijo que le dejara el dibujo, eso es todo, dijo ella.

Sí, lo logró, y usted sabe también dónde.

Yo soy su madre.

Y luego, tras una pausa: es sólo un dibujo.

Seguía manteniéndose cerca de aquel hombre niño, como si fuera un justo castigo del que se sintiera orgullosa.

Me entretuve un rato, antes de despedirme escuchando de nuevo aquella voz de la que Ultimo me había hablado, y que ella parecía haber perdido. La voz de aquella Florence que allí estaba.

Usted es asquerosamente rica y tiene un montón de tiempo. Búsquelo. Dijo. Con dulzura.

No sabía siquiera si aludía a Ultimo o al circuito.

Pero respondí sin titubeos.

Claro que lo haré.

Y el hombre niño, entonces, sonrió.

Lo he buscado, Elizaveta, y lo he encontrado. Tienes que estar orgullosa de mí.

Tal vez duerma un rato. Pero lo que quiero es despertarme al amanecer. No quiero perderme ni un solo rayo de este día que surge para mí, y sólo para mí.

Perdóname todos estos sentimientos, Elizaveta, pero los viejos están abocados a la emoción.

Qué silencio a mi alrededor.
Qué maravilla.
Me gusta todo de este instante.
Que acaece a las 2 y 12 de la noche.

Jodido diario, ¿ahora estás contento?

1947
Sinnington, Inglaterra

Mi hermano me coge de la mano, Mi hermano me coge de la mano y yo en la otra mano cojo la cartera del capitán Skodel, Mi hermano me coge de la mano y he de tener cuidado de no arrastrar por el suelo la cartera del capitán Skodel que cojo con la otra mano, He de tener cuidado de que la cartera del capitán Skodel no se arrastre por el suelo de tierra batida de la pista, de manera que mantengo los ojos sobre el suelo de tierra batida tostada de esta pista de aviación. Mientras caminamos.

Pero de repente ya no me acuerdo de dónde he puesto la moneda, El capitán Skodel me ha dado una moneda y yo ahora no me acuerdo de dónde la he puesto, El capitán Skodel me ha pedido que llevara su cartera y a cambio me ha dado una moneda que yo ahora ya no me acuerdo de dónde he puesto, Tendría que buscar en todos los bolsillos para acordarme de dónde la he puesto, pero ¿cómo voy a buscar en los bolsillos si mi hermano me coge de la mano y en la otra mano yo tengo cogida la cartera del capitán Skodel?, Tendría que dejar la mano de mi hermano o la cartera del capitán Skodel. Pero no puedo.

Además podría ser también que no estuviera en los bolsillos, Podría haberla dejado en cualquier parte en vez de metérmela en los bolsillos, Pero no puedo saber si la he dejado en cualquier parte si primero no me paro a mirar en los bolsillos, Tendría que dejar de caminar y mirar en los bolsillos para ver si encuentro la moneda, En cambio sigo caminando sin atreverme a pararme porque junto a mí caminan mi hermano y el capitán Skodel, a grandes pasos, en la pista de aviación, Mi hermano y el capitán Skodel son muy amigos y caminan a grandes pasos, el uno junto al otro, riéndose, de manera que yo no puedo pararme a buscar mi moneda. Tengo que dejar de pensar en eso.

Somos tres los que caminamos, Somos tres, solos, en esta pista de aviación construida en la nada, Somos muy pequeños mientras caminamos en esta pista de aviación porque alrededor la nada llega hasta el horizonte, En la luz de la tarde somos tres pequeños hombres que caminan por una pista de aviación en la nada y yo he perdido mi moneda, La luz de la tarde y el cielo son una gran catedral y nosotros somos pequeños mientras caminamos en esta pista de aviación, como peregrinos, Somos tres pequeños peregrinos que caminan a grandes pasos en una catedral en medio de la nada. Y uno ha perdido su moneda.

El capitán Skodel camina con seguridad y además él conoce esta pista como sus

bolsillos, La razón por la cual el capitán Skodel conoce esta pista como sus bolsillos es que ha aterrizado en ella 86 veces, En esta pista el capitán Skodel ha aterrizado 86 veces en el espacio de cuatro años, En los cuatro años de guerra él ha podido conocerla muy íntimamente, al haber aterrizado 86 veces, y despegado otras tantas, claro está, Son muchas las veces que ha despegado y aterrizado en los cuatro años de guerra en que Inglaterra ha tenido que defenderse de la agresión nazi. En la guerra ganada a los nazis.

Yo no he luchado en esta guerra, Yo y mi hermano no hemos luchado en esta guerra, Yo no he luchado en ella y mi hermano ha luchado de una manera muy especial, Mi hermano ha luchado en esta guerra como perito mecánico voluntario, No ha luchado de verdad, por tanto, pero ha participado en ella como perito mecánico voluntario destinado a esta pista de aviación, La misión de mi hermano era la de ser el perito mecánico destinado a esta pista de Sinnington, Inglaterra, en medio del campo, En esta pista de Sinnington, Inglaterra, no ha disparado nunca. Reparaba aviones.

Por eso mi hermano y el capitán Skodel son muy amigos, Mi hermano y el capitán Skodel se han hecho muy amigos porque han vivido en esta base de Sinnington, Inglaterra, durante cuatro años, Cada día, durante cuatro años, han pensado que sería el último día, pero el capitán Skodel siempre regresaba de sus misiones, de manera que han acabado por convertirse en grandes amigos, En 86 ocasiones, durante cuatro años, se han despedido pensando que sería la última vez, y ahora están a punto de despedirse, y ésta será de verdad la última vez. Porque el capitán Skodel está a punto de marcharse.

Mi hermano me dice algo. Mi hermano me dice que aligere el paso, Yo tengo que aligerar el paso porque mi hermano me dice que el capitán Skodel tiene prisa por marcharse, Me dice que el capitán Skodel quiere llegar a Londres antes de que anochezca y que por eso tiene prisa por marcharse, De manera que yo tengo que aligerar el paso, pero sin arrastrar la cartera del capitán Skodel por la tierra batida de la pista, ¿Cómo puedo aligerar el paso sin arriesgarme a arrastrar la cartera del capitán Skodel que tiene prisa por marcharse? Voy a correr el riesgo de arrastrar la cartera del capitán Skodel por la pista que él conoce como sus bolsillos. Arrastro la cartera.

Levanto la vista para ver si el capitán Skodel se da cuenta de que estoy arrastrando su

cartera, Pero cuando levanto la vista no veo al capitán Skodel porque veo ese único avión, un único avión en medio de la pista, Veo un caza Spitfire en medio de la pista, con el morro hacia occidente, y es el único avión, sobre la pista, El caza Spitfire 808 del capitán Skodel está en medio de la pista y no hay más aviones en ninguna otra parte, Ayer mismo había todavía cuatro aviones, junto al Spitfire 808 del capitán Skodel, pero ahora ya no se ve ninguno más, en medio de la pista. O volando.

Porque éste va a ser el último avión que despegue, El caza Spitfire 808 será el último avión que despegue de esta pista de Sinnington, Inglaterra, Mi hermano dice que éste será el último avión que va a despegar de esta pista de Sinnington, Inglaterra, porque la guerra ha terminado, Ya no habrá más aviones que despeguen de esta pista de Sinnington, Inglaterra, porque la guerra ha terminado hace dos años, Había otros aviones, pero ahora ya no están aquí porque la guerra ha terminado hace dos años y hoy se cierra el aeropuerto militar de Sinnington, Inglaterra, Mi hermano me coge de la mano y me dice que ya no despegarán más aviones de esta pista de Sinnington, Inglaterra, y que tampoco aterrizarán. Éste es el último.

Entonces me asalta el terror de haber perdido mi moneda, Cuando mi hermano me dice que éste es el último avión que va a despegar de esta pista de Sinnington, Inglaterra, de nuevo me asalta el terror de haber perdido mi moneda, De manera que, en vez de apresurarme, me detengo, paralizado por el terror de haber perdido mi moneda, Mi hermano no sabe que he perdido mi moneda, de manera que se vuelve hacia mí y me pregunta algo, Mi hermano no sabe que he perdido mi moneda, de manera que se vuelve hacia mí y me pregunta qué me pasa, También el capitán Skodel se vuelve hacia mí mientras mi hermano me pregunta qué me pasa. Pero yo no contesto.

El capitán Skodel me dice algo y se ríe, no hace más que hablar y reír, El capitán Skodel se ríe con su hermosa sonrisa cansada, Yo sé que está muy triste y que por eso no hace más que hablar y reírse con su hermosa sonrisa cansada, Mientras sonrío con su hermosa sonrisa cansada probablemente piensa en esta pista en la que aterrizó 86 veces, Ve de nuevo esta pista como la veía desde el cielo, cada vez que regresaba, en las 86 veces que aterrizó en esta pista, Regresaba de sus misiones y desde lo alto del cielo al final veía esta estrecha pista en la nada y entonces sabía que volvería a encontrarse con la tierra. De manera que ahora está triste, y se ríe.

He decidido que es mejor caminar porque cuanto antes lleguemos al avión, antes podré buscar mi moneda, Cuando lleguemos al avión podré darle la cartera al capitán Skodel y entonces podré buscar mi moneda en los bolsillos, Le daré la cartera al capitán Skodel y así con la mano izquierda podré buscar mi moneda, Podré buscar mi moneda con la mano izquierda porque la derecha seguiré manteniéndola estrechada a la de mi hermano, Podré buscar en todos los bolsillos de la izquierda, en los pantalones y en la chaqueta, pero no podré hacerlo en los de la derecha porque en esa parte tendré cogido de la mano a mi hermano. Mi hermano siempre me coge de la mano.

Mi hermano siempre me coge de la mano y esto desde el día en que llegué aquí, Siempre me coge de la mano, desde el día en que llegué aquí recién acabada la guerra, Recién acabada la guerra he llegado aquí y mi hermano me ha cogido de la mano prometiéndole a nuestra madre que nunca dejaría de hacerlo, Mi madre le hizo prometer que siempre me tendría cogido de la mano, y sólo con esta condición mi madre le permitió traerme hasta aquí, recién acabada la guerra, Probablemente era sólo una manera de hablar, pero nosotros nos lo hemos tomado al pie de la letra. Vamos cogidos de la mano.

Debemos de haber llegado porque mi hermano me dice que me pare aquí, Yo me paro aquí y veo que hemos llegado a una veintena de pasos del avión, El avión del capitán Skodel está parado a una veintena de pasos de nosotros, de manera que nos paramos, El capitán Skodel mira su avión que está parado a una veintena de pasos de nosotros y no dice nada, Como el capitán Skodel no dice nada y mi hermano tampoco hay un gran silencio en esta pista sola en la nada, donde el avión del capitán Skodel espera parado a una veintena de pasos de nosotros. Sólo está el viento.

Ahora el capitán Skodel cogerá su cartera, Esto es muy importante para mí porque cuando el capitán Skodel coja su cartera yo tendré la mano izquierda libre, Entonces podré buscar en los bolsillos mi moneda con la mano izquierda libre, cosa que no podía hacer mientras tenía que sujetar la cartera del capitán Skodel, Sólo tengo que esperar a que el capitán Skodel coja su cartera, pero él no lo hace, El capitán Skodel no coge su cartera porque ahora está abrazando a mi hermano, Mi hermano y el capitán Skodel se abrazan, mientras yo espero que el capitán Skodel coja su cartera. Se abrazan con fuerza, pero en silencio.

Pero cuando el capitán Skodel hace el gesto de coger su cartera yo no consigo abrir la mano que agarra el asa de su cartera, Quisiera abrir la mano pero no consigo abrirla y el capitán Skodel no puede coger su cartera, Es algo que me sucede de vez en cuando esto de no conseguir hacer los gestos que quiero, de manera que el capitán Skodel hace el gesto de coger su cartera pero yo no consigo abrir la mano que agarra el asa de su cartera, Si no consigo abrir la mano que agarra el asa de su cartera no podré buscar mi moneda y el capitán Skodel no podrá coger su cartera. Pero cuanto más lo pienso, más agarro.

Mi madre decía que no pasaba nada y que es algo que le ocurre a todo el mundo, Mi madre decía que le ocurre a todo el mundo eso de no conseguir hacer lo que queremos, por lo que no pasaba nada si, por ejemplo, estaba mirándome los zapatos, Si, por ejemplo, estaba mirándome los zapatos sin conseguir ponérmelos, mi madre decía que no pasaba nada porque a todo el mundo le ocurre eso de no conseguir hacer lo que realmente queríamos hacer, Mi madre decía que a todo el mundo le ocurre eso de no conseguir lo que realmente queríamos hacer, por lo que no pasaba nada si lo que querías simplemente era ponerte los zapatos. Entonces yo me ponía los zapatos.

Por suerte mi hermano me ayuda a abrir la mano y yo la abro, por fin, Por suerte mi hermano se agacha hacia mí y me ayuda con dulzura a abrir la mano de manera que yo la abro, por fin, Cuando me ayuda con dulzura a abrir la mano yo la abro, por fin, separando los dedos uno a uno del asa de la cartera, Me doy cuenta de que tengo los dedos rojos e hinchados mientras miro cómo se separan uno a uno del asa de la cartera, casi no siento los dedos y me doy cuenta de que están rojos e hinchados mientras miro cómo se separan uno a uno del asa de la cartera. Pero ahora puedo buscar mi moneda.

Esperaré un rato a que los dedos se me pongan normales y luego buscaré mi moneda, Si no espero un rato a que los dedos se me pongan normales me arriesgo a buscar mi moneda y no encontrarla, De manera que espero un rato a que los dedos se me pongan normales mientras el capitán Skodel camina él solo hacia su avión sujetando en su mano su cartera, Mientras espero un rato a que los dedos se me pongan normales el capitán Skodel camina él solo hacia su Spitfire 808 sujetando en su mano su cartera y balanceándola, Sin darse la vuelta el capitán Skodel camina balanceando su cartera como si fuera un día cualquiera. Y sin embargo no lo es.

Me meto la mano en el bolsillo y los motores destruyen la catedral, Me meto la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y los dos motores del Spitfire 808 destruyen el silencio de la catedral, Los dos motores del Spitfire 808 destruyen el silencio de esta catedral de luz, pero yo no me asusto porque estoy buscando mi moneda en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, y eso ocupa todos mis pensamientos, Busco mi moneda en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y así casi no noto que el Spitfire 808 se mueve en silencio sobre la pista mientras sus dos motores destruyen el silencio de esta catedral de luz. Luego, pone la proa al viento y se detiene.

Noto algo en el bolsillo de la chaqueta, pero no es mi moneda, Noto una canica de cristal en el fondo del bolsillo, pero lo que noto no es mi moneda, Si estuviera mi moneda la notaría, pero en cambio noto una canica de cristal y también algo más, pero es de tela, Una moneda la reconoces fácilmente porque no es ni de cristal ni de tela, por lo que saco la mano del bolsillo de la chaqueta, Cuando saco la mano del bolsillo de la chaqueta para meterla en el bolsillo de los pantalones, el capitán Skodel pone a toda marcha sus dos motores mientras yo meto la mano en el bolsillo de delante de los pantalones. Estoy buscando mi moneda.

Ese ascenso que los lleva hasta el cielo, ligeros, Cuánto me gusta ese ascenso dulce que los lleva hasta el cielo, ligeros, Nunca le he dicho a nadie cuánto me gusta ese ascenso dulce que los lleva hasta el cielo, ligeros, Puesto que hablar me hace sufrir, nunca le he dicho a nadie cuánto me gusta mirarlos mientras ese ascenso dulce los lleva hasta el cielo, ligeros, Pero si pudiera hablar sin sufrir, enseguida le diría a mi hermano cuánto me gusta mirarlos mientras ese ascenso los lleva hasta el cielo, ligeros, Ligeros los lleva hasta el cielo y ligeramente ladeados. De través.

De manera que he visto despegar al último avión desde esta pista de Sinnington, Inglaterra, Mientras buscaba mi moneda en el bolsillo de delante de los pantalones he visto despegar al último avión antes de que esta pista de Sinnington, Inglaterra, sea cerrada definitivamente, Es una lástima, pienso yo, porque antes de ser cerrada definitivamente esta pista de Sinnington, Inglaterra, ha visto muchas aventuras, Es una lástima, pienso yo, porque ha visto tantas aventuras de dignidad y valentía, Tantas aventuras de dignidad y valentía y miedo, De dignidad y valentía y miedo y locura. Tantas aventuras de hombres en guerra.

Y justo mientras pienso que es una lástima, el avión del capitán Skodel vira ampliamente en el cielo, Justo mientras pienso que es una lástima, el avión del capitán Skodel vira ampliamente en el cielo y regresa hacia nosotros, Gira ampliamente en el cielo rosado y regresa hacia nosotros bajando de altitud, El avión del capitán Skodel regresa hacia nosotros cada vez más bajo en el cielo rosado hasta que pasa sobre nuestras cabezas en el cielo rosado a gran velocidad, Tan bajo que pasa justo sobre nuestras cabezas mientras surca el cielo rosado a gran velocidad. Para saludarnos.

Podría asustarme pero no me asusto, es más, me río, Podría asustarme por ese estruendo que roza nuestras cabezas, pero no me asusto, es más, me río, Podría asustarme por el estruendo y la sombra negra que roza nuestras cabezas, pero la verdad es que no me asusto, es más, me río con fuerza, La verdad es que me echo a reír y mi hermano también se echa a reír, y los dos nos echamos a reír, La verdad es que nos echamos a reír con fuerza mientras la sombra negra roza nuestras cabezas y el estruendo nos despeina. Nos reímos por la emoción.

Hasta el punto de que por un instante me olvido de mi moneda, pero luego enseguida me acuerdo de ella, Por un instante me olvido de que estoy buscando mi moneda, pero luego enseguida me acuerdo de ella muy bien, Me acuerdo muy bien de que estoy buscando mi moneda en el bolsillo izquierdo de los pantalones, Con la mano estoy buscando mi moneda en el bolsillo izquierdo de los pantalones, pero no la encuentro, Muevo los dedos en el bolsillo izquierdo de los pantalones, pero no encuentro mi moneda mientras el avión del capitán Skodel se aleja en el cielo rosado. Se hace cada vez más pequeño.

Tal vez cuando el capitán Skodel desaparezca, también desaparezca la moneda, Tal vez cuando el capitán Skodel desaparezca en el horizonte, también desaparezca la moneda y junto a ella todo lo que era del capitán Skodel, Tal vez cuando la gente desaparece en el horizonte todo aquello que ha tocado desaparece con ella, incluidas las monedas que ha dejado atrás, Por eso me conviene darme prisa en buscar la moneda antes de que desaparezca en el horizonte junto al capitán Skodel, Me conviene tenerla entre los dedos en el momento en que el capitán Skodel desaparezca en el horizonte. Así la moneda no desaparecerá.

Pero el avión es cada vez más pequeño y yo no la encuentro, El avión del capitán

Skodel es cada vez más pequeño en el horizonte y yo todavía no he encontrado mi moneda, Ahora ya es un pequeño insecto negro en el horizonte que está a punto de desaparecer y yo todavía no he encontrado mi moneda en el bolsillo de los pantalones, Es un zumbido de pequeño insecto negro en el horizonte y yo oigo cómo desaparece mientras muevo los dedos en el bolsillo de los pantalones sin conseguir encontrar mi moneda, Oigo cómo desaparece inexorablemente en el horizonte, sin conseguir encontrar mi moneda. Ahora desaparece.

En el instante en que desaparece, lo juro, siento cómo desaparece la moneda, En el instante en que el avión del capitán Skodel desaparece en el horizonte, siento cómo desaparece la moneda, lo juro, En el instante en que el avión del capitán Skodel desaparece en el horizonte, un silencio infinito cae sobre nosotros, y en ese silencio infinito, lo juro, siento cómo desaparece la moneda, Siento cómo desaparece tragada por ese silencio gélido que ha caído sobre nosotros al mismo tiempo que una repentina soledad, un silencio gélido y una repentina soledad en los que yo siento cómo desaparece mi moneda. Desaparece como una pompa de jabón.

Entonces me entran ganas de llorar, repentinamente, y mi hermano se da cuenta, Me entran ganas de llorar porque he notado cómo desaparecía mi moneda y mi hermano se da cuenta y me estrecha más fuerte la mano y me dice que no llore, Pero yo tengo muchas ganas de llorar, repentinamente, y aunque mi hermano me estreche más fuerte la mano y me diga que no llore yo empiezo a llorar porque he notado cómo desaparecía mi moneda como una pompa de jabón, Porque he notado cómo desaparecía la moneda y cómo llegaba este silencio y esta soledad. Entonces lloro.

Mi hermano me dice que no llore y me pregunta si quiero saber un secreto, Mi hermano sonrío y me dice que si quiero saber un secreto en medio de este silencio y de esta soledad, Y yo le digo que sí con la cabeza, que quiero saber un secreto en medio de este silencio y de esta soledad, de manera que mi hermano me dice un secreto en medio de este silencio y de esta soledad, Me dice un secreto para hacer desaparecer este silencio y esta soledad, me lo dice en voz baja, inclinándose un poco hacia mí. ¿Ves esta pista?, me pregunta.

Es nuestra, dice.

Esta pista es nuestra, dice, porque la he comprado, Esta pista de Sinnington, Inglaterra, ahora es nuestra, porque la he comprado por 70.000 esterlinas, dice, Esta pista de Sinnington, Inglaterra, ahora es nuestra, dice, porque la he comprado por 70.000 esterlinas, junto con toda la tierra que ves a su alrededor, He comprado por 70.000 esterlinas esta pista de Sinnington, Inglaterra, y toda la tierra que ves a su alrededor, dice, porque ésta no es una pista de aviación y no es tierra esta que ves a su alrededor, hasta los árboles, allá al fondo. Es mi circuito, dice.

Y ya no habrá aviones, sino únicamente automóviles, dice, Ya no despegarán aviones desde esta pista, sino que correrán automóviles en esta recta, Ya no despegarán aviones desde esta pista, sino que correrán automóviles devorando esta recta, Ya no despegarán aviones, porque correrán automóviles devorando esta recta y luego girando dieciocho veces en medio del campo, primero devorando esta recta y luego corriendo durante dieciocho curvas en medio del campo hasta regresar a esta recta. Mi circuito, dice.

¿Los ves?, me pregunta, ¿Ves los automóviles corriendo en medio del campo?, me pregunta, ¿Ves los automóviles corriendo suavemente en medio del campo y alejándose para regresar después?, me pregunta, ¿Ves cómo corren disparados sobre esta recta y luego giran en medio del campo para correr suavemente durante dieciocho curvas hasta regresar de nuevo aquí?, me pregunta, ¿Ves los flamantes automóviles cómo corren disparados por el polvo de esta recta para luego girar a la derecha en el campo donde dibujan rápidamente dieciocho curvas que poco a poco los traen de regreso exactamente aquí?, me pregunta. Entonces, yo miro.

Y veo el verde esmeralda de la hierba, la suave curva de una colina apenas esbozada, una incierta hilera de plantas frutales, el cauce seco de un riachuelo, una pila de leña por cortar, la claridad oscura de un sendero, las sinuosidades incongruentes del terreno, un matorral de flores, el cortante perfil de las zarzas, un valladar lejano, la tierra arada de un campo abandonado, una precipitante pirámide de bidones de gasolina, las matas crecidas según un orden inescrutable, un fuselaje de avión al sol, unas cuantas cañas al borde de la ciénaga, la panza de una cisterna partida, la sombra de los árboles en el suelo, el suave descenso en picado de pequeños pájaros sobre la hierba, la telaraña de ramas entre las hojas, el trémulo reflejo de los charcos de agua, muchos nidos ligeros, un sombrero militar sobre la hierba, el amarillo de espigas

solitarias, una huella seca en el barro del sendero, el péndulo de unos tallos muy largos al viento, el vuelo del insecto inseguro, la raíz levantada a los pies del roble, las madrigueras escondidas de animalillos frenéticos, el borde denticulado de hojas oscuras, el musgo sobre las piedras, la mariposa sobre el pétalo azul, las patitas abarquilladas del abejorro volando, las piedras azuladas sobre el lecho seco del arroyo, la enfermedad que quema los helechos, el reflejo verde sobre el lomo del pez en el estanque, la lágrima de savia sobre la corteza del árbol, el óxido de una podadora olvidada, la araña y la telaraña, la baba de la babosa, y el humo de la tierra. Luego veo los automóviles, flamantes.

Son como fantasmas y dan vueltas sin hacer ruido, Son como fantasmas que dan vueltas muy lentamente sin hacer el más mínimo ruido, Son como fantasmas de colores que dan vueltas muy lentamente rozando la tierra del suelo sin hacer el más mínimo ruido, salvo una especie de respiración, Como fantasmas de colores que respiran sin hacer el más mínimo ruido, mientras dan vueltas muy lentamente rozando la tierra, Fantasmas de colores que dan vueltas muy lentamente, rozando la tierra, sin hacer el más mínimo ruido, salvo una especie de respiración regular, Dan vueltas en silencio muy lentamente respirando la tierra, sin hacer el más mínimo ruido, salvo una especie de respiración. Fantasmas de colores.

Cuando, sin decir nada, mi hermano me suelta la mano, Estoy mirando los flamantes automóviles cuando, sin decir nada, mi hermano me suelta la mano, Nunca me suelta la mano mi hermano, pero mientras estoy mirando los flamantes automóviles él, sin decir nada, me suelta la mano y se aleja, Nunca me suelta la mano mi hermano, porque siempre me lleva de la mano, pero cuando estoy mirando los flamantes automóviles él, sin decir nada y sin antes avisarme, me suelta la mano. Y se aleja.

Mi hermano da unos pasos y yo tengo miedo, Veo a mi hermano dar unos pasos y me gustaría seguirlo, pero no consigo moverme porque tengo miedo, Veo a mi hermano que, tras haberme soltado la mano, da unos pasos sobre la pista y me gustaría seguirlo, pero no consigo moverme, de manera que me quedo quieto, con la mano en el aire, paralizado por el miedo, De manera que me quedo quieto, con la mano en el aire, paralizado por el miedo, mientras mi hermano da unos pasos por la pista y luego se para y se agacha tendiendo una mano. Recoge un puñado de tierra, en la pista.

Cuánto tardará en volver, Me pregunto cuánto tardará en volver, Me pregunto cuánto

tardará mi hermano en volver mientras él sigue allí, Me pregunto cuánto tardará mi hermano en volver pero él mientras tanto sigue allí, incorporándose y mirando la tierra que ha cogido en su mano, Mira la tierra polvorienta que tiene en su mano, luego mira los flamantes automóviles, Mira la tierra polvorienta que tiene en su mano, luego levanta su mirada hacia los flamantes automóviles, Mira la tierra polvorienta, luego los flamantes automóviles, luego de nuevo la tierra polvorienta. Luego se mete la tierra en el bolsillo, y sonrío.

Se mete la mano en el bolsillo, la abre, luego vuelve a sacarla, vacía, Mi hermano se mete la mano en el bolsillo, la abre, luego vuelve a sacarla, vacía, Entonces, por fin, mi hermano se mete la mano en el bolsillo, la abre, vuelve a sacarla vacía y regresa hacia mí, Después de haberse metido la tierra polvorienta en el bolsillo, se da la vuelta y regresa hacia mí sin dejar de sonreír, Se da la vuelta y regresa hacia mí sin dejar de sonreír en esta catedral de luz tenue y de soledad donde yo lo espero. Ahora me cogerá de la mano.

Pero él, en cambio, hace una cosa rara, Pero él, en vez de cogermme de la mano, hace algo raro, En vez de cogermme de la mano, hace algo raro que yo no sé entender, En vez de cogermme de la mano, coge un poco de esa tierra que tiene en el bolsillo sin que yo lo entienda, Coge un poco de esa tierra que tiene en el bolsillo y sin dejar de sonreír me mira a los ojos, Coge un poco de esa tierra sin dejar de sonreír y mirándome a los ojos me la mete en el bolsillo, Mirándome a los ojos me mete un poco de esa tierra en el bolsillo de la chaqueta. Es tuya, dice.

Mi hermano me dice que es mía y yo dejo de tener miedo, No sé comprender por qué, pero cuando mi hermano me dice que esa tierra es mía yo dejo de tener miedo, Ha cogido un poco de esa tierra, me la ha metido en el bolsillo diciéndome que es mía y he dejado de tener miedo, Aunque es verdad que mi hermano no me ha cogido de la mano, he dejado de tener miedo cuando él ha cogido un poco de esa tierra y con un gesto amable me la ha metido en el bolsillo de la chaqueta, diciéndome sin dejar de sonreír que era mía. Esa tierra.

Sólo estamos nosotros dos, en este lugar, Sólo estamos nosotros dos, en este lugar, mi hermano y yo, Sólo estamos nosotros dos, en este lugar, mi hermano, yo y esta tierra que es nuestra, Sólo estamos nosotros dos, en este lugar, mi hermano, yo, esta tierra que es nuestra, y los flamantes automóviles, Sólo estamos nosotros dos, en este lugar,

como fantasmas de colores que dan vueltas muy lentamente rozando la tierra sin hacer el más mínimo ruido, salvo una especie de respiración, bajo los arcos de esta catedral de luz y de soledad. Es perfecto.

Entonces muy lento yo me meto la mano en el bolsillo, Entonces muy lento yo me meto la mano en el bolsillo y hundo los dedos en la tierra polvorienta, Muy lento me meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y sin miedo hundo los dedos en la tierra polvorienta para tocarla, Sin miedo hundo los dedos en nuestra tierra tibia aún por el sol, por el placer de tocarla, Los muevo sin miedo en nuestra tierra tibia aún por el sol y no dejo de tocarla hasta que en nuestra tierra tibia aún por el sol mis dedos tocan algo metálico. Mi moneda.

Moneda, mi moneda, ¿Dónde te habías metido, moneda mía?, Te he buscado tanto, pero habías desaparecido, moneda mía, En todos los bolsillos yo te busqué, pero habías desaparecido, moneda mía, ¿Dónde te habías metido, cuando yo te estaba buscando en todos los bolsillos, moneda mía?, Así que no desapareciste en el horizonte, mientras yo seguía buscándote en todos los bolsillos, moneda mía, Pensaba que habías desaparecido en el horizonte, pero mientras yo te buscaba en todos los bolsillos, tú estabas aquí, esperando, moneda mía, Estaba seguro de que habías desaparecido en el horizonte, pero mientras yo te buscaba, tú estabas aquí, esperando ser encontrada. Moneda mía.

Cierro la mano, en el bolsillo, con una fuerza y una seguridad que no reconozco. La tengo un poco inmóvil, apretando bajo los dedos y en la palma la tierra y la moneda. Luego, lentamente pero sin temblar, saco la mano del bolsillo y la giro con cautela hasta que el dorso queda hacia abajo. Abro la mano, con lentitud. Los dedos uno a uno, en orden. No tiemblo, no tengo miedo. Abro la mano, con lentitud. Miro. Nuestra tierra y mi moneda. Mi moneda, sucia de tierra. En mi mano.

Vámonos, hermanito. Tenemos un montón de trabajo por delante, dice.

1950
Mil millas

Era una fonda situada en la carretera nacional, a la entrada del pueblo. Se podía comer y dormir. También había un taller de reparaciones y una gasolinera. Todo era del mismo propietario. Al principio, el surtidor de gasolina era un cachivache rudimentario que perdía por todas partes. Pero después de la guerra lo habían puesto todo moderno, y reluciente. Los surtidores eran dos, de color rojo. Se veían el nombre de la gasolina y los números, que saltaban automáticamente. Lo habían iluminado todo y ahora era el lugar más luminoso del pueblo. También habían arreglado la fonda. Habían puesto unas mesas con plástico por encima. Y había también unos asientos forrados. Era un bonito lugar.

Antes de la guerra, la Gran Carrera, cada año, pasaba por allí. Algunos participantes se paraban a comer algo y muchos se aprovisionaban o hacían pequeñas reparaciones. Había un montón de gente observando los coches y a los pilotos. Muchos se habían hecho amigos. Después de la guerra, no obstante, se decidió que la Gran Carrera evitaría los pueblos, cuando fuera posible, por razones de seguridad. De manera que ahora el trazado se desviaba por una carretera secundaria, un kilómetro antes de la fonda, y daba la vuelta alrededor del vecindario. En la fonda aquello había sentado mal. Pero, para entonces, ya tenían la Gran Carrera en la sangre, de manera que las cosas no habían cambiado mucho. En aquellos días nunca cerraban y si alguien quería saber cómo iba la competición allí lo sabían todo. Había incluso algunos pilotos que hacían aquel kilómetro de más para ir a saludar. O para tomarse algo.

La Gran Carrera era un asunto agotador que los más rápidos se ventilaban en unas doce, trece horas. Pero cualquiera podía presentarse en la línea de salida. Algunos acababan por invertir hasta dos días. Eran mil seiscientos kilómetros, sin paradas. Un par de controles y nada más. Cientos de coches, uno tras otro, arriba y abajo por las carreteras de Italia. La gente se volvía loca con todo aquello. Allí por donde pasaba la Gran Carrera, todo se detenía, los automóviles se llevaban consigo los ojos y los corazones de todo el mundo. Solía haber el muerto de turno. Un piloto, algunas veces, pero más a menudo era gente que había ido a la cuneta de la carretera para ver. Gente normal. Aunque, durante aquellas horas, nadie era normal.

Viejos y niños, y todos los adultos: se volvían raros.

Aquel año la Gran Carrera pasó por el pueblo el 21 de mayo. Fue algo que duró dos días. Pero las cosas ocurrieron por la noche. Empezaron por la tarde, cuando el sol se había puesto, y terminaron cuando todavía era de noche. Desde la fonda se podían ver a lo lejos las estelas de los faros de los coches que competían mientras giraban hacia el campo. En la oscuridad, eran como minúsculos faros marítimos que escrutaran las olas del trigo.

La muchacha salió de la fonda casi corriendo y dando un portazo. Tendría unos quince años. Dieciséis. Llevaba zapatos de tacón y una falda ceñida en las caderas. Se

había ondulado con esmero el pelo negro, y en el cuello llevaba una vuelta de pequeñas perlas. Tenía un hermoso pecho, joven, y lo llevaba guardado bajo una camiseta ceñida y escotada. Llevaba las uñas esmaltadas de rojo.

Dio unos pasos rabiosos y luego se detuvo junto al distribuidor, a plena luz. Miraba en la oscuridad, por delante de ella. Tenía los ojos húmedos y la cara seria.

La puerta de la fonda se abrió de nuevo, bruscamente, y una mujer se asomó un poco hacia fuera, sin salir verdaderamente. Gritaba.

—¡Y no te atrevas a tratar así a tu padre!, ¿entendido? La muchacha no dijo nada. Ni siquiera se dio la vuelta.

—Mírate, pareces una de éstas.

La muchacha se encogió de hombros.

—Te estás echando a perder con tus propias manos, ¿sabes?, ¡así no haces más que echarte a perder, y con tus propias manos!

También la mujer tenía los ojos húmedos.

—¡Y mírame cuando te hablo!

La muchacha no se dio la vuelta. No dijo nada.

La mujer permaneció un momento en silencio, moviendo la cabeza. Dio un paso hacia fuera y dejó que la puerta se cerrara. Se colocó bien un mechón que se le había escapado sobre la frente. Era una mujer hermosa, de unos cuarenta años. Llevaba el delantal de cocina atado en la cintura. Dijo con fuerza:

—No me importa lo que tengas en la cabeza, pero tú a tus padres los tienes que respetar, ¿comprendes?, ¡mientras permanezcas aquí la regla es que tienes que respetar a tus padres y que si quieres salir, tienes que pedirlo, y decir adónde vas! ¿Me has oído?

La muchacha no se movió. La mujer meneó la cabeza y se secó las manos en el delantal. Pero así porque sí, sin motivo alguno. Miró hacia la Gran Carrera, donde viraban los faros de los coches. Se oía el ruido de los motores, en oleadas, y en las pausas el silencio del campo surcado por los grillos. Al final dio algunos pasos hacia la muchacha y se detuvo cuando llegó a su espalda. Empezó a hablar, pero sin gritar.

—No tienes que tratar así a tu padre.

—Yo lo odio, odio a mi padre —dijo la muchacha.

—No digas tonterías.

—Él no me entiende —dijo la muchacha, dándose la vuelta.

La mujer la miró bien, con el aspecto de no conseguir comprenderla, ella tampoco.

Luego dijo:

—¿Cómo te van los zapatos?

—Un poco anchos.

—Con esos zapatos yo no puedo ni caminar.

—Sólo son un poco anchos —dijo la muchacha, sorbiéndose la nariz.

—La verdad es que pareces una de éstas —dijo la mujer, pero esta vez sin maldad. La muchacha se dio la vuelta, dándole la espalda.

La mujer le preguntó adónde pensaba ir vestida de aquella manera.

La muchacha hizo un gesto vago hacia la Gran Carrera.

—No vuelvas tarde. Y no te metas en líos.

Buscó algo más que decir.

—Y no le hagas ninguna carrera a las medias. Sólo tengo ese par.

La muchacha de manera instintiva bajó la mirada hacia sus piernas. Eran unas piernas bonitas, no muy largas, pero delgadas.

—No te las estropearé.

—Vale.

Luego la mujer se dio la vuelta y se encaminó hacia la fonda. Abrió la puerta y echó una última mirada hacia su hija. La verdad es que parecía una de éstas. Pero era hermosa. Se le encogió el corazón. Pero no estaba claro cuál era el motivo.

Entró de nuevo en la fonda, con paso decidido. Dentro había un montón de gente. Y todos estaban hablando de la Gran Carrera. Había unos que comían y otros que tan sólo bebían. La radio estaba encendida y daba música ligera y noticias sobre la Carrera. También había mujeres, pero pocas. Muchos fumaban. Todos hablaban en voz alta. Era como una fiesta. La mujer atravesó velozmente el salón, con aspecto alegre, como si no hubiera pasado nada. Antes de entrar en la cocina cruzó una mirada con su marido. Pero sólo un instante, así, sin que quisiera decirle nada. Alguien le hizo una broma, tal vez sobre su hija. Ella respondió con una carcajada.

Fuera, bajo la luz de la gasolinera, la muchacha cogió uno de esos cigarrillos que se había escondido bajo el jersey y se lo encendió. Miró hacia atrás, hacia la fonda, en parte para asegurarse, en parte como un desafío. Se puso a fumar. No sabía exactamente qué hacer. En ocasiones, lo que podía suceder era que llegaran los pilotos, para repostar o buscando al mecánico. Sabían que allí había uno. Pero era algo que no ocurría muy a menudo. Se arriesgaba uno a esperar durante horas y no ver a nadie. Se quedó un rato por allí, balanceándose ora sobre una pierna, ora sobre la otra, y fumando. Luego, desde la oscuridad surgió la débil luz de una bicicleta. Venía del pueblo. La llevaba un hombre joven. Era alguien del lugar. En la barra llevaba a un niño rubio, un niño de cuatro o cinco años. Cuando llegó delante de la muchacha, el hombre frenó y se detuvo.

—Hola.

—Hola.

—¿Tenéis la fonda llena?

—Sí.

—¿No vas a la Carrera?

—Ahora voy.

El hombre la miró bien. Ella se dejó mirar.

—¿Has visto qué señora más guapa? —le dijo el hombre al niño—. Mira bien qué tetas, porque tetas como ésas no se ven todos los días —añadió, y se echó a reír.

Porque durante la Gran Carrera la gente decía y pensaba cosas que el resto de los días se guardaba.

La muchacha respondió con un gesto que había aprendido en el cine.

El niño sonrió.

El hombre pensó que era una lástima no haber salido solo esa noche. Estaba seguro de que algo habría caído.

—¿Ha pasado ya Fangio? —preguntó.

—No, me parece que no.

—Le he prometido que lo llevaría a ver a Fangio —dijo el hombre señalando al niño.

La muchacha le hizo una caricia al niño.

—Fangio es el más grande —le dijo, sonriendo.

Luego levantó la mirada y posó sus ojos en los del hombre. No tenía ninguna intención, lo hizo únicamente para divertirse.

—¿Lleno? —preguntó, señalando el surtidor de gasolina.

El hombre se sintió turbado. Se rió.

—No —dijo, porque no se le ocurría nada más.

La muchacha seguía mirándolo a los ojos, con una extraña sonrisa.

El hombre echó hacia atrás el pedal. No sabía muy bien qué hacer. Le hizo una caricia en la cabeza al niño.

—Bueno, ya nos veremos —dijo.

La muchacha no dejaba de mirarlo.

—Tened cuidado —dijo.

—Sí, nos veremos en la Carrera.

—Tal vez.

El hombre sonrió. Luego pedaleó y se marchó. No se dio la vuelta.

La muchacha se quedó fumando el cigarrillo. Estaba contenta de haberlo mirado de aquella manera. Quizá aquello incluso le había dado un poco de valentía. De manera que se decidió a ir a la Gran Carrera. Había un poco de camino por delante, y con los tacones no sería muy fácil. Pero si se acercaba algún piloto, en todo caso la vería. Me quedan todavía dos cigarrillos, pensó.

En la fonda todo transcurrió con normalidad hasta el momento en que llegó un hombre, en moto, para decir que había habido un accidente en la curva del Tordo, y que tal vez había muertos. Entonces todos pusieron una cara seria y se abalanzaron hacia la salida. Se veía que el asunto los electrizaba. Todos querían ir corriendo a ver

el accidente. Unos en bicicleta, otros a pie. Un par tenían coche. Se marcharían de allí haciendo chirriar los neumáticos, como la policía en las películas. «Todos los años la misma historia», decían, sacudiendo la cabeza. Pero se veía que les gustaba.

La mujer oyó la noticia mientras estaba en la cocina, en los fogones. Se asomó al salón y vio a algunos que se levantaban de sus mesas y se ponían la chaqueta para marcharse. Y a otros que vaciaban con prisas el vaso. Le dijo algo a su marido, que le respondió que no se preocupara. Se fue hasta la barra a coger los vasos y, mientras tanto, despedía a los que iban saliendo. Luego regresó a la cocina para apagar los fogones. Durante un rato no sería necesario mantener la comida caliente. A lo mejor dentro de dos o tres horas regresarían hambrientos, pero ahora ya no era necesario. Se le vino a la cabeza su hija y se preguntó si se habrían encontrado, ella y su padre, en medio de la multitud del accidente. A lo mejor habían hecho las paces. La Gran Carrera hacía y deshacía, siempre había sido así. Desde el salón las voces se iban diluyendo desordenadamente, entre el ruido de sillas arrastradas y de puertas que batían. Al cabo de un rato sólo había silencio y la radio que estaba dando la noticia del accidente.

Parecía que los de la radio supieran poco al respecto, pero de todas maneras la mujer volvió al salón para oír mejor. Cuando estuvo en la barra, se dio cuenta de que en una esquina, sentado a una mesa, se había quedado un hombre. Tenía un plato vacío delante, y estaba esperando tranquilamente. Se había quitado la chaqueta y la había colgado del respaldo de la silla. Sobre la mesa tenía una botella de vino casi vacía.

—Perdóneme, no lo había visto —dijo la mujer.

—No se preocupe.

—Estaba usted esperando algo, ¿verdad?

—Carne, creo.

—Sí, carne.

—Pero no se preocupe.

La mujer movió la cabeza, como si quisiera sacarse de ella cierta confusión.

—No tengo la cabeza en su sitio esta noche —dijo—. Creía que se habían marchado todos de aquí.

Regresó a la cocina para volver a encender el fogón. No sé dónde tengo la cabeza esta noche, se dijo. Tal vez he bebido demasiado. Una no tendría que beber cuando hay tanto trabajo. Pero luego pensó que era la noche de la Gran Carrera, y entonces se sirvió otro vaso y dijo en voz baja Que se vayan al diablo. Y se rió para sus adentros.

Volvió a la mesa con un plato de carne que humeaba.

—¿No va usted a ver el accidente? —preguntó.

—No.

—Aquí a la gente los accidentes la vuelven loca.

—Ya lo he visto —dijo el hombre, sonriendo.

La mujer cogió el plato de sopa vacío, pero permaneció allí, de pie, cerca de la mesa.

—Usted también estaba aquí anoche, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Es un apasionado de la Carrera?

—No, la verdad es que no, estoy aquí porque espero a un amigo. Tenía que haber llegado ayer, pero tal vez haya tenido problemas por el camino. Habíamos quedado de acuerdo en que yo lo esperaría.

—¿Qué le parece si le traigo más vino?

—Sí, me apetece.

—Y pan, también me he olvidado de eso.

La radio transmitía ahora música. Estaban esperando a saber algo más sobre el accidente. Parecía que había heridos, pero ningún muerto. La mujer volvió a la cocina y pensó que era muy extraño aquel silencio, y aquella soledad, justo aquella misma noche. Era casi como un hechizo. La ponía de buen humor. Pero a lo mejor era sólo el vino.

Cuando regresó a la mesa, con el pan y el vino, se le pasó por la cabeza preguntarle al hombre si podía sentarse con él.

—Claro —dijo el hombre—. Cójase un vaso para usted también.

—Sí, es una buena idea —dijo la mujer, y se fue a coger un vaso limpio a la barra. Antes de volver a la mesa, fue hasta la radio para bajar un poco el volumen. Ahora que se habían marchado todos de allí, ya no era necesaria tanta música.

—Parece que no ha muerto nadie —dijo, sentándose.

—Eso es lo que han dicho.

—Ojalá.

—Sí.

—¿Sabe cuántos muertos he visto en la Gran Carrera? Cuatro. En todos estos años: cuatro. Un piloto, un alemán con un nombre difícil, hace muchos años. Y tres personas, el otro año, que habían ido a mirar. Había incluso una mujer. Pobrecita.

—No es raro que haya algún muerto de por medio.

—El automóvil salió volando fuera de la carretera y murieron en el acto. Los trajeron hasta aquí, ¿sabe?

—¿En serio?

—Los echamos sobre las mesas, con los manteles por encima —dijo la mujer. Luego pensó: pero ¿qué demonios estoy diciendo?

El hombre se dio cuenta y se echó a reír un poco.

—Perdóneme, la verdad es que soy una idiota —dijo la mujer moviendo la cabeza. Y se echó a reír ella también—. Perdóneme, se lo digo de verdad, pero es que

esta noche no doy una. Y, de todas maneras, no fue justo sobre *esta* mesa, se lo juro.

El hombre le sirvió vino y durante un rato siguieron riendo, en voz baja.

Luego la mujer dijo que, a pesar de todo, la Gran Carrera era algo magnífico.

—Eso sin contar a los muertos, quiero decir.

Dijo que ella no se había perdido ni una. Las había visto pasar todas. Excepto en los años de la guerra, claro está, porque en esos años no la habían disputado. Dijo que se acordaba incluso de la primera vez, en 1927. Esa primera vez, ella tenía quince años.

—Fue una maravilla. Nunca habíamos visto algo parecido, la gente, los automóviles... Nosotros vivíamos en el desierto y luego, de un día para otro, nos llegaba de repente todo ese mundo hasta la puerta de nuestra casa. Comenzaban días antes, ¿sabe? Venían a probar el trazado. Probaban las curvas, iban a buscar los puntos para repostar o los talleres de los mecánicos. Llegaban, guapísimos, relajados; se quedaban a comer o incluso a dormir. En los coches tenían una flecha roja con el rótulo «concurante en pruebas». A mí me parecían todos unos héroes, todos, sin excepciones. Incluso los más gordos o viejos, unos caballeros.

El hombre estaba escuchándola, mientras comía la carne.

—Yo me lavaba el pelo cada mañana. Y durante todos esos días no pensaba en nada más. Quince años, piénselo. Creo que me enamoré de una docena de pilotos, sólo en ese primer año. Todos me parecían bien.

Se rió.

El hombre dijo que a lo mejor también los pilotos se enamoraban de ella.

—Quién sabe. La verdad es que me hacían muchos cumplidos. Sabían cómo moverse. Y cuando se marchaban te daban unos besos, y más de uno iba a parar incluso muy, muy cerquita de los labios; todavía noto su bigotito pinchándome aquí, era algo que una esperaba, antes, durante horas. Menuda ansiedad...

Sonriendo, la mujer cambió de sitio la cesta del pan y se puso a alinear las migas sobre el mantel.

Dijo que luego, cuando empezaba la carrera de verdad, a partir de ese momento y durante dos días no volvían a dormir, era una fiesta larguísima.

—¿Sabe?, hubo un tiempo en que pasaba justo por aquí delante, habría sido imposible dormir, aunque hubiéramos querido. A cada minuto se oía el ruido, y los faros, y la gente gritando. Pasábamos todo el tiempo sirviendo de comer y de beber, y además estaban la gasolina o las reparaciones en el taller. Ni siquiera notábamos el cansancio. Y por la noche... qué maravilla, la larga noche de la Carrera, todos estábamos un poco locos, escapándonos para ir hasta la curva del río, y para correr en la oscuridad con los demás; parecía que todo estuviera permitido, todos los rincones parecían buenos para esconderse y hacer lo que uno quería, y nada había que pudiera dar miedo. Era un sueño.

Hizo una pausa, como para escuchar el eco de lo que había dicho. Luego dijo que el día después, terminada la Carrera, todo estaba cubierto de polvo, incluso dentro de casa, sobre las botellas y hasta por los cajones. El polvo de la carretera.

El hombre mojó el pan en la salsa de la carne. Dejó el plato como si lo hubieran lavado.

—Le ha gustado, ¿eh?

—Sí, la felicito.

—Especialidad de la casa.

—Muy bueno, en serio. ¿Puedo servirle un poco más de vino?

—Yo diría que sí —dijo la mujer, cogiendo el plato y levantándose—. Voy a traerle fruta —dijo.

Y yendo hacia la cocina empezó a decirle que ahora querían celebrar las carreras en los circuitos, en esas estúpidas pistas hechas a propósito para los automóviles de carreras. Siguió diciéndole otras cosas mientras ya estaba en la cocina, y cuando salió con la fruta le preguntó al hombre si no le parecía algo triste.

—¿El qué?

—Toda esta historia de los circuitos y de las competiciones de coches.

El hombre sonrió de manera extraña.

—Ya no hay poesía, ni erotismo, ni nada —dijo la mujer—. Corren mil veces la misma vuelta, como si fueran animales idiotizados.

El hombre dijo que si lo pensaba bien, al final vería que no era tan estúpido.

—¿Bromea? —dijo la mujer, volviendo a sentarse delante de él—. ¿Corriendo siempre las mismas curvas? ¿Dónde está lo difícil? Y además sin todo ese mundo que hay alrededor, la gente, la de verdad, la que ha salido de casa llevando todavía el estropajo en la mano o al recién nacido en el brazo... Esos circuitos son algo falso, son falsos; eso es, no se trata de algo verdadero.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo que en qué sentido?, no son carreteras de verdad, son algo que está solamente en la cabeza de los que las hacen. Las carreteras de verdad son éstas, ¿no le parece?

—Y señaló con la cabeza hacia los faros que scrutaban el mar del campo.

—Sí, es posible que así sea —dijo el hombre.

—¿Y no le parecen algo triste?

El hombre estuvo un rato pensándolo. Luego dijo que sí, que en efecto eran algo triste. Dijo que los circuitos eran algo muy triste.

—Lo son —dijo la mujer. Luego se echaron a reír juntos.

La radio seguía transmitiendo música. Tal vez hubieran dado alguna noticia sobre el accidente, pero ellos dos no se habían dado cuenta.

La mujer pensó que tal vez estaba hablando demasiado. También pensó que era

muy extraño que aquel hombre estuviera allí por casualidad, para verse con algún amigo, precisamente en la noche de la Gran Carrera. De manera que le dijo que no le creía, y que seguro que tenía que haber alguna razón por la que él hubiera elegido precisamente aquel lugar, y no otro.

—Sí, a decir verdad, existe una razón.

—¿Cuál?

—Es una historia que, de todas maneras, no tiene nada que ver con la Carrera. Por lo menos, no con ésta.

La mujer se inclinó un poco hacia él y le puso una mano sobre el brazo, apretándolo.

—Pues ahora usted va a contármela.

—Pero no es una historia bonita.

—No importa, cuéntemela.

Se estaba divirtiendo. Se quedó un momento con la mano en aquella posición.

El hombre empezó a hablar un poco tímidamente, pero tranquilo. Dijo que muchos años antes su padre había sufrido un accidente de coche precisamente allí, en la recta que llevaba hasta el pueblo, donde estaba aquella larga hilera de plátanos.

—Sabe a qué hilera de plátanos me refiero, ¿no?

—Claro.

—Mi padre trabajaba de mecánico y corría con un piloto, un conde apasionado por los automóviles. No les iba nada mal. Un día vinieron a disputar una carrera por esta zona y, al llegar a esa recta, el conde, de repente, viró hacia los árboles. Lo hizo acelerando y gritando su nombre.

—¿Quiere decir que lo hizo adrede?

—Sí.

—¿Qué quería hacer?

—Suicidarse, supongo.

—¿Bromea?

—No, no, es todo verídico. Mi padre se dio cuenta y entonces se echó sobre el volante e intentó desviar la trayectoria. Pero el conde no cedió.

—¿Y qué pasó?

—El conde murió. Mi padre salió despedido de su asiento y se salvó. Perdió una pierna y se rompió un poco por todas partes. Pero regresó a casa.

—Lo siento.

—Es agua pasada.

—Vaya historia... Suicidarse en coche...

—Mi padre decía que de todas maneras no era tan extraño. Decía que todos los que corren en coche, en el fondo, lo que buscan es eso.

—¿Y qué es eso?

—Morir.

—Por Dios, no, no es así, de ninguna manera.

—No lo sé.

—Ya le digo yo que no es así. Y mire que yo he conocido a muchos pilotos. No era, de ninguna manera, gente que tuviera ganas de morir. Algunos, tal vez, los más locos, pero créame si...

—Quizá los que corrían en los tiempos de mi padre estaban todos locos. Tendría que haber visto con qué clase de coches iban...

—Eran unos cacharros, ¿verdad?

—Algo increíble.

—Sí, he visto fotografías.

—Y se ponían a 140, 150 por hora...

—Locos.

—Sí.

—¿Y usted ha regresado aquí por lo de ese accidente?

El hombre titubeó un momento, luego dijo que se le había pasado por la cabeza ir a ver aquellos plátanos. Dijo que nunca antes había ido a verlos.

—¿Y ahora, ya los ha visto?

—De lejos. No me ha apetecido ir justo hasta allí. Los he visto de lejos.

—Ya estamos aquí de nuevo hablando de muertos, ¿se ha dado cuenta?

—La Virgen.

A la mujer le gustó que él hubiera dicho la Virgen. No parecía el tipo de persona que dice cosas como ésa. Y, en cambio, lo era. Estrechó con su mano el brazo de él y luego la retiró.

—¿No será que ha muerto también su amigo, el que tenía que venir ayer?

—Caray, espero que no.

—¿Está seguro de que vendrá?

—Sí. Eso creo. No lo veo desde hace un montón de tiempo. Pero me escribió que iba a venir. Hicimos la guerra juntos, él y yo.

—¿De verdad?

—Pero no *esta* guerra, sino la otra, la del Carso. La mujer dibujó un gesto en el aire.

—Ya nadie se acuerda de ésa.

—Yo sí. Yo estaba en Caporetto.

—¿Con su amigo?

El hombre dudó un instante.

—Sí, él también estaba.

Luego dijo que si uno no había estado allí, no podía comprender. Dijo que sin Caporetto su vida habría sido completamente distinta. Y dijo que no veía a su amigo

desde entonces.

La mujer miró al hombre y pensó que no era tan viejo como para haber estado en Caporetto. Preguntó por qué causa se habían separado él y su amigo.

—Acabamos alejados —respondió el hombre.

Se puso luego a contar, sin que ella siquiera se lo pidiera. Era una historia que tenía algo que ver con la Primera Guerra Mundial. Era incluso una historia hermosa, había hasta un tesoro o algo parecido, pero la mujer no escuchó con mucha atención porque, mientras mantenía sus ojos fijos en aquel hombre, se le ocurrió pensar lo gracioso que era aquello, eso de estar allí escuchándolo, ellos dos solos, en aquella noche de la Gran Carrera. Estaba todo tan calmado y, al mismo tiempo, febril. Se le ocurrió fantasear y se imaginó que nadie más volvía, esa noche, y que ellos dos permanecían juntos hasta el amanecer. Mientras el hombre le iba contando, ella vio una serie desordenada de imágenes, y todas le gustaban. Había una en que ella bailaba con el hombre, siguiendo la música de la radio, en el centro mismo de la fonda. Y en otra él dormía, con la chaqueta sobre los hombros, apoyado sobre una mesa. Tal vez ella también dormía. O tal vez estaba mirándolo, y le pasaba la mano por el pelo. Era algo raro. Tal vez tendría que dejar de beber.

Luego se abrió la puerta y el hombre entonces se interrumpió. Entraron dos muchachos y cuando vieron que la fonda estaba vacía se quedaron allí algo aturdidos.

—¿No hay nadie? —preguntaron.

La mujer se levantó, diciendo que estaban todos en la curva del Tordo, porque había habido un accidente.

—¡Un accidente! —dijeron los dos muchachos, abriendo los ojos de par en par.

La mujer les dijo que si se apresuraban podrían encontrar todavía a todo el mundo allí. Mantuvo la puerta abierta mientras ellos salían corriendo y les gritó que tuvieran cuidado. Luego se quedó un momento allí mismo, mirando en torno a la luz del distribuidor y, más lejos, en la oscuridad que se tragaba la carretera. Parecía que buscara algo. Cuando cerró la puerta no parecía tan feliz como antes.

El hombre le preguntó si estaba preocupada por su hija. A ella le gustó que él le hubiera leído el pensamiento. Era un hombre verdaderamente extraño.

—Uf, mi hija... ¿Ha podido disfrutar, antes, de esa escena con su padre?

—Son cosas que pasan.

—Sí, pero delante de todo el mundo...

—No piense más en ello.

—No, lo que quiero decir es si ha visto cómo iba vestida.

—Estaba guapa.

—Ya sé que estaba guapa, pero una no se viste de esa manera; si una se viste de esa manera, es que va en busca de problemas.

—Es la noche de la Gran Carrera, ¿no?

—Sí, pero yo nunca me vestí de esa manera cuando tenía su edad, créame.

—Tal vez no tenía usted necesidad de hacerlo.

La mujer se lo tomó como un cumplido. Y le gustó. Entonces fue hacia la mesa del hombre y no pudo evitar hacerle al hombre una caricia, en la mejilla. Qué es lo que estoy haciendo, pensó.

—¿Usted no tiene hijos? —preguntó, volviendo a sentarse.

—No.

—¿Está casado?

—No.

—¿Cómo es eso?

No tenía claro por qué, pero le apetecía hacer aquellas preguntas, con una voz límpida, de chiquilla. Y bastante bonita, esa voz.

El hombre respondió que no había una razón precisa. No se había casado y punto.

—Vamos, hombre. Siempre hay una razón —dijo la mujer.

—¿Ah, sí?

—Bueno, digamos que, en general, uno *querría* casarse, pero luego la cosa acaba por torcerse.

—¿En serio?

—Por regla general es así. ¿A usted qué se le torció?

El hombre se echó a reír. La verdad es que lo hacía de corazón. Por primera vez a la mujer le pareció que era verdaderamente él, tal y como era, sin escudos, y sin fachadas. Le pareció que la había hecho entrar por algún secreto rincón. Entonces se levantó, se sacó el delantal de cocina, lo dejó sobre la mesa y, volviéndose a sentar, se inclinó un poco sobre la mesa, hacia él, y dijo:

—¿Cómo era? La muchacha, ¿cómo era?

—Mala —respondió el hombre sonriendo.

—Fantástico. ¿Y qué más?

—No estará pensando que voy a contarle toda la historia...

—Claro. ¿Por qué no?

El hombre no halló ninguna respuesta inteligente, de manera que empezó a contársela. Lo hizo de una manera divertida, como si a aquellas alturas fuera algo que ya no quemara. Era una historia de muchos años atrás. A la mujer le hizo morir de risa la escena en la que él, un montón de tiempo después, le había dicho a la muchacha que la amaba; luego, muy serio se había sacado la camiseta y los pantalones, en silencio. Se había quedado en calzoncillos y calcetines. Los zapatos ya se los había quitado antes. La muchacha había empezado a reírse y ya no había parado de hacerlo. Cuando conseguía recuperar el aliento, decía cosas horribles y luego se echaba a reír de nuevo. El hombre lo explicaba divirtiéndose, pero luego juró que en aquel momento se había sentido morir de verdad. Morir. Era lo más

horrible que me había pasado en mi vida, dijo. Por lo que yo sabía, dijo, ella estaba loca por mí.

—Y, en cambio, no lo estaba, ¿eh?

—No sé. No es tan sencillo. *Ella* no era tan sencilla.

—A lo mejor era sólo nerviosismo.

—Sí. A lo mejor tenía problemas con los hombres en calcetines y calzoncillos, no lo sé.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Oh, pues... acabó de una manera extraña.

Lo dijo con una voz tan hermosa que a la mujer le volvió a la mente aquella imagen de ellos dos bailando en medio de la fonda vacía. Añadió incluso que él la estrechaba un poco. Tú eres tonta, se dijo. Pero, así y todo, si él no hubiera continuado ella se habría muerto.

—Si no me explica cómo acabaron las cosas, voy a suicidarme yéndome a estrellar en bicicleta contra los plátanos de la recta.

—Nunca lo conseguiría.

—Usted no me conoce.

El hombre sonrió. Se veía que no tenía ganas de contar aquella historia, pero también que le apetecía un poco contarla.

—Le escucho —dijo la mujer.

Entonces él le contó.

—Fue por esa historia del diario. ¿Sabe?, ella se había puesto a escribir un diario en un momento dado, que sin embargo en realidad no era un diario. Algunas cosas eran ciertas, pero muchas otras no. Se las inventaba. No sé cómo explicárselo. Se inventaba cosas que hacía, o que hacíamos, y eran extraordinarias. Se trataba de esa parte escondida de nosotros, toda ella muy bien contada, incluso las cosas peores. Sabe cuáles son esas cosas escondidas, ¿no?

—Sí.

—Estaban todas esas cosas que le digo. Ella escribía casi cada día y luego dejaba el diario por ahí. Lo hacía adrede, quería que yo lo leyera. Y yo lo leía. Luego lo dejaba en su sitio. Nunca hablábamos de ello, pero los dos lo sabíamos. Las cosas fueron así durante un buen tiempo. Era mucho más que dormir juntos, o que hacer el amor. Era algo muy íntimo, ¿me comprende?

—Sí.

—Para mí era casi como ser novios. Pero luego pasó lo de aquella noche, conmigo en calcetines y calzoncillos y todo lo demás. Después, durante algunos días, todo siguió con normalidad. Pero una mañana en que ella se había ido a dar clases, cogí el diario y en el diario estaba escrito que yo me había marchado. Había desaparecido sin decir nada y dejando la furgoneta allí, con las llaves en su sitio y

todos los pianos en el interior. De entrada me pareció algo raro, pero no me lo tomé demasiado en serio. Pero, en los días sucesivos, en el diario yo seguía estando desaparecido. Y, al final, el diario decía que yo me había marchado de verdad, que me había despedido del trabajo y que me había marchado sin decir ni una palabra. Entonces comprendí. Lo hice todo exactamente como estaba escrito en el diario. Me marché de allí por la misma carretera que allí había escrito, y exactamente de aquella manera. Me despedí de la empresa y sin una palabra siquiera desaparecí en la nada. Es así como terminó la cosa.

—¿Y no volvió a verla nunca más?

—No.

—Pero eso es de locos.

—Si quiere que le diga la verdad, lo que pensaba era que algún día, y de alguna manera, ella me haría saber cuál era el paso siguiente. Estaba convencido de que ella lo tenía todo controlado, y de que antes o después nos reuniría nuevamente. Sin duda alguna habría otra página de diario, después de la última, y ella la escribiría, y yo la leería. Me metí en la cabeza que únicamente tenía que esperar, que ella se encargaría de todo. Pero las cosas no fueron así.

—¿Nunca ha dado señales de vida?

—No.

—A lo mejor lo ha estado buscando y no lo ha encontrado.

El hombre sonrió.

—Quizá —dijo.

—¿Cómo que *quizá*?, ¿ha ido dejando usted alguna huella, algo con lo que esa muchacha pudiera encontrarlo?

—No sé, tal vez en una ocasión, muchos años después. Una vez les dejé una cosa a mis padres, en el único lugar al que ella podría ir a buscarme.

—¿Y qué fue lo que le dejó?

—Toda mi vida —dijo el hombre.

—¿En qué sentido?

—No, eso es demasiado largo para explicárselo.

—Explíquemelo.

Entonces el hombre tendió una mano, rozó por un instante el rostro de la mujer y luego la posó sobre la mano de ella, sobre la mesa.

—De verdad, es una historia demasiado larga, no me obligue a contársela —dijo.

La mujer dejó la mano quieta, con su palma en la de él.

—A lo mejor no era, de ninguna de las maneras, la mujer de su vida. Probablemente era sólo una tontita mimada y vagamente frígida; lo sabe, ¿verdad? —dijo.

—No, no lo era —dijo el hombre.

Luego dijo que sin lugar a dudas era la mujer de su vida.

—¿Y eso por qué?

—Porque era mala. Era mala, estaba loca y completamente equivocada. Era auténtica, espero que entienda lo que quiero decir. Era una carretera llena de curvas absurdas, y que corría por campo abierto, sin preocuparse nunca por el regreso. Sin saber siquiera muy bien adónde estaba dirigiéndose.

Hizo una breve pausa.

—Era una de esas carreteras en las que uno se mata.

Seguían así, cogidos de la mano, y el hombre estaba diciendo algo de sí mismo. Algo que venía de muy, muy lejos, desde un lugar muy dentro de sí mismo.

—Es que yo nunca tuve más posibilidad que la de ser un niño bueno. Había llegado a la conclusión de que era la manera de salvarse.

Pareció estar buscando algo con los ojos, en el aire.

—Pero tal vez no sea así —dijo.

La mujer retiró su mano de la de él. Se colocó bien un mechón en la nuca. Todo aquello la turbaba un poco. Le gustaba, pero la turbaba. En el silencio, la radio seguía transmitiendo una música lenta. Pensó seriamente en levantarse e invitar al hombre a bailar. Para impedirse obrar de esa forma, dijo lo primero que le pasaba por la cabeza.

—Usted habla de una manera extraña, es decir, tiene un acento extraño.

—He estado mucho tiempo fuera de Italia, y se me ha pegado algo de inglés.

—¿Usted sabe inglés?

—Sí, lo aprendí.

—Al final de la guerra, los soldados hablaban de esa manera. Los soldados americanos. Me gustaba con locura.

—Es una lengua bonita.

—Dígame algo. En inglés.

—¿Qué quiere que le diga?

—Usted mismo. Lo que quiera.

—*It's great to be here.*

—Qué bonito. Repítamelo.

—*So nice, you are so nice, and it's so great to be here with you.*

La mujer se rió, cogió el vaso y bebió un trago de vino.

—Usted parece un americano de verdad, ¿sabe? Algo más, dígame algo más.

El hombre sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Venga, dígame algo, sólo algo más y luego ya está.

—No sé —dijo el hombre. Luego dijo *Let me kiss you, and hold you in my arms.* Era un verso de una canción que tenía éxito inmediatamente después de la guerra, en Inglaterra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la mujer.

—Quiere decir que éste es un lugar bonito, y que se está bien aquí.

La mujer se rió. Luego se puso seria. Pero no completamente seria.

—No, dígame qué quiere decir *de verdad*.

El hombre se lo pensó un momento. Luego dijo

—Deja que te bese y que te estreche entre mis brazos.

Lo dijo tranquilo, pero mirándola a los ojos.

La mujer se rió e instintivamente se dejó caer hacia atrás, apoyándose en el respaldo.

Luego levantó la mirada hacia una de las ventanas. Después volvió a mirar al hombre y le sonrió.

—No se ha comido la fruta.

—Ya.

—Tal vez sea el momento de tomarse una copita de licor, ¿qué le parece?

—Sí, buena idea.

—Una copita, venga.

Se levantó y fue hacia la barra. Había dejado el delantal sobre la mesa. Mientras caminaba se alisó la falda, en las caderas, con un gesto rápido. No conseguía poner en orden sus propios pensamientos.

Cogió una botella sin etiqueta y dos pequeños vasos. El licor era transparente. Echó un poco en los dos vasos. Luego levantó la mirada hacia el hombre.

—Lo elaboramos nosotros. El típico aguardiente de la casa, ¿sabe?

Pero se quedó detrás de la barra, dejando la botella junto a los vasos.

Entonces el hombre se levantó y se encaminó hacia la barra. Al atravesar el salón, se sacudió las migas de pan que se le habían quedado prendidas a los pantalones. La mujer lo miró bien, como no lo había hecho hasta entonces. Era para determinar si era guapo. Pero resultaba difícil decirlo. Tenía el rostro de un niño envejecido y estaba muy delgado. Eran bonitas las arrugas sobre su rostro. Tal vez la boca, cuando sonreía. A saber cuántos años tendría. Era limpio.

Llegó a la barra y se colocó frente a la mujer.

—Pues, entonces, por la Gran Carrera —dijo levantando uno de los dos vasos.

—Por la Gran Carrera, por mí y por usted —dijo la mujer.

Se miraron a los ojos. Sí, las arrugas y también los ojos, no el color, sino *el pliegue* de los ojos.

—Ahora será mejor que me vaya a la cocina. Van a volver, tarde o temprano —dijo la mujer.

—Sí.

—¿Se queda a esperar a su amigo?

—Sí, tal vez sí.

—Si quiere más, cójalo sin compromiso.

—Y señaló la botella.

—Gracias.

La mujer sonrió, se dio la vuelta y entró en la cocina.

Delante de los fogones se pudo a buscar las cerillas. Había olvidado el delantal sobre la mesa. Le latía con fuerza el corazón. Levantó una tapa, y luego otra. No encontraba las cerillas. Luego vio al hombre entrando en la cocina. Fue hacia ella, lentamente, sin decir nada. Se detuvo justo a su lado.

La mujer se dio la vuelta hacia el hombre. Él le dedicó una extraña sonrisa.

—Si no le importa, esta vez preferiría no quedarme en calcetines y calzoncillos.

La mujer se rió mucho, pero en secreto, en un lugar muy lejano, e importante, de su corazón.

Puso los brazos alrededor del cuello del hombre y reclinó la cabeza sobre su hombro. Él le puso las manos en las caderas. Se estrecharon. La mujer sintió que su mente era, de pronto, lúcida como una mañana, y que todo era exactamente como ella quería.

—Aquí no, aquí pueden vernos —dijo.

Cogió la mano del hombre y se lo llevó hasta un rincón de la cocina que no se veía desde las ventanas. Luego cogió su cabeza entre sus manos y lo besó. Lo hizo con los ojos cerrados.

El hombre la tocaba, pero con prudencia, como si no tuviera prisa. Primero el pecho, luego bajo la falda. De vez en cuando se abrazaban con fuerza y ella sentía su cuerpo delgado bajo la ropa. Le metió una mano bajo la camisa. Le apeteció apretar sus caderas contra él, al ritmo de la música lenta que llegaba desde el salón. Notaba la respiración del hombre, tranquila, sólo un poco más rápida. No pensaba en nada.

Se oyó un ruido seco. La mujer se dio cuenta de que alguien había abierto la puerta de la fonda. Pero no quería ser ella la que se separara en primer lugar, de manera que no se movió. La puerta se volvió a cerrar. Tampoco el hombre se movió. Permanecían allí, abrazados. Únicamente habían dejado de acariciarse. Una voz masculina preguntó con fuerza

—¿No hay nadie?

La mujer sabía que era algo de locos, pero en modo alguno quería ser la primera que tuviera miedo.

—¿No hay nadie?

Era una voz que la mujer no lograba identificar. Se oyeron los pasos del hombre que había llegado desde fuera cruzando el salón. Luego se oyó el volumen de la radio bajándose de golpe. La voz repitió todavía una vez más, en el silencio, ¿no hay nadie?

Entonces la mujer notó que el hombre se estrechaba contra ella, y ponía su cabeza sobre su hombro, y que con fuerza se estrechaba contra ella. Estamos locos, pensó.

Metió una mano entre el pelo del hombre, y se lo besó, muchas veces, con ligereza, como se hace con los niños.

El volumen de la radio volvió a estar alto, y el hombre, en aquel lado, barbotó algo que resultó incomprensible. La mujer se lo imaginó paseándose entre las mesas, para averiguar qué pasaba. Pensó en la chaqueta dejada en el respaldo y en su delantal sobre la mesa. En la fruta en el plato. Luego oyó cómo se abría la puerta de nuevo. La voz, desde allí, dijo con fuerza algo más.

—Así que todo el mundo está muerto aquí dentro, ¿no?

Luego la puerta se cerró nuevamente. Se hizo de nuevo el silencio. Sólo la música de la radio.

Tal vez del exterior viniera algo así como el ruido de una moto que se marchaba. Pero probablemente era sólo el eco de la Gran Carrera.

El hombre levantó la cabeza otra vez. Se miraron a los ojos. Era necesario saber qué se podía hacer entonces. La mujer volvió a notar aquella lucidez en su cabeza, como el aire de la mañana. Le hizo una caricia al hombre, luego lo estrechó contra sí, con fuerza.

El hombre se había puesto nuevamente la chaqueta y ahora se sentía algo turbado porque, en teoría, tendría que pagar la cena. Seguía llevándose la mano hacia el bolsillo donde tenía la cartera pero, después de lo que había pasado, la verdad es que era un gesto que no había forma de realizar. Al cuarto intento, la mujer se echó a reír y, riéndose como una loca, le dijo que se le estaban pasando por la cabeza un montón de chistes subidos de tono.

—Lo mejor hubiera sido pagar antes, me parece —dijo el hombre, cuando consiguieron ponerse serios.

—Acuérdate de ello la próxima vez —dijo la mujer.

Pero se arrepintió de haber hablado de una próxima vez.

—¿No esperas a que vuelvan del accidente? —preguntó.

No había acabado aún la frase cuando ya se había arrepentido de la misma. Pero ya sabía que, en adelante, sería difícil encontrar algo apropiado que decir, lo sabía y no tenía remedio. Caminarían con pies de plomo hasta el momento en que él desapareciera en la oscuridad del exterior.

También lo sabía el hombre, de manera que dijo que tenía que marcharse inexcusablemente. La mujer no le preguntó nada sobre el amigo que tenía que llegar, y él tampoco habló del tema. Se bebió un trago más de aguardiente y bromearon un poco sobre los licores que se hacen en casa. En la radio, en un momento dado hablaron del accidente, y dijeron que un piloto había sido ingresado en el hospital, con heridas de consideración. Parecía que le había estallado un neumático en plena curva. La cosa había ido bastante bien, porque nadie de entre el público había sufrido daños. El periodista decía que lo ocurrido volvería a poner de actualidad el debate

sobre la peligrosidad de la Gran Carrera.

—Bueno, me voy —dijo el hombre.

—Ya es tarde, ¿adónde puedes ir a estas horas?

—Oh, eso no importa, a mí me gusta caminar de noche.

—Si vas hacia la Carrera puede que alguien te lleve.

—Sí, tal vez haré eso.

Estaban el uno frente a la otra, de pie, junto a la puerta.

Ella dio un paso adelante y sin prudencia lo besó, con dulzura, en la boca.

—Y no te pierdas ahí fuera —dijo.

El hombre le dijo que no se perdería.

Luego le dijo que era una mujer bellísima. Por lo que él podía saber, era una mujer bellísima.

Ella sonrió.

El hombre abrió la puerta y salió. Dejó que la puerta se cerrara y sin darse la vuelta se alejó.

La mujer volvió a la mesa donde el hombre había comido. Cogió el delantal que había dejado allí y se lo ató a la cintura. Acercó de nuevo las dos sillas a la mesa y colocó los restos de pan en la cestita de mimbre. Cogió los cubiertos sucios y el plato de la fruta e hizo ademán de volver a la cocina. Pero luego fue hacia una ventana y echó un vistazo hacia el distribuidor de gasolina. Miró unos momentos alrededor. No había nadie.

—Suerte —dijo en voz baja.

El hombre se alejó del distribuidor. Demasiada luz, pensó. Fue en busca de la penumbra. Tenía la idea de dirigirse hacia la Gran Carrera, pero cuando vio en la lejanía los faros de los coches que viraban en el campo ya no estuvo tan seguro de querer ir hasta allí. Se volvió hacia el lado opuesto y le pareció ver a alguien, en el arcén de la carretera, donde empezaba la oscuridad. Entonces se decidió a ir hacia aquel lado. Cuando estuvo más cerca, vio que estaba sentada en el guardacantón la hija de la mujer. Se había quitado los zapatos y los había dejado, perfectamente colocados, sobre la hierba. Todavía iba bien peinada, pero ahora la piel del rostro brillaba un poco debido al sudor.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó la muchacha.

—No. No fumo, lo siento.

La muchacha volvió a mirar fijamente hacia la oscuridad, por delante de ella.

Él le preguntó si había visto pasar por allí a un hombre muy alto, que salía de la fonda.

—¿Uno grande y gordo?

—Sí, probablemente.

—¿Un poco borracho?

—No lo sé.

La muchacha hizo una mueca, como diciendo que no le había gustado.

—Se ha marchado a ver la Carrera. Ni siquiera sabía lo que era, pero se ha marchado hacia allá.

El hombre se dio la vuelta para mirar hacia la curva, allá abajo, por donde pasaban los faros. Se imaginó a toda la gente, y el polvo que se levantaba bajo los neumáticos, y el olor sutil a aceite quemado y gasolina. Podía oír, como si allí estuviera, el vocerío de la multitud entre un paso y otro. Sabía con qué voz los niños gritaban el número en los costados de los automóviles, y conocía el orgullo de los padres que en ese momento decían el nombre de los pilotos. Se acordaba del cansancio y del miedo, del silencio y del ruido. Se acordaba de todo, porque nunca conseguiría olvidarlo.

Se dio la vuelta hacia la muchacha y vio que estaba llorando, silenciosamente.

—¿Qué hace, señorita? —preguntó.

La muchacha se pasó el dorso de la mano por los ojos. Lloraba en silencio, pero los hombros le iban arriba y abajo debido a los sollozos.

—Todo es una mierda —dijo.

El hombre miró un poco a su alrededor, luego volvió a contemplar a la muchacha.

—No debe decir eso.

—Todo es una mierda —repitió ella.

—No es verdad.

—Sí que es verdad.

Todo es una mierda, dijo una vez más.

El hombre se sacó del bolsillo un pañuelo y se lo ofreció. Ella lo cogió, sin darle las gracias. Se lo pasó por los ojos, sin dejar de llorar.

—Tendría que ir a ver la Carrera —dijo el hombre.

La muchacha sacudió la cabeza y se sonó la nariz con el pañuelo.

Luego dijo que ella odiaba la Carrera. Lo dijo con maldad.

—No se puede odiar todo —dijo entonces el hombre.

La muchacha se dio la vuelta para mirarlo, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

—¿Qué dice?

—Nada, he dicho que no se puede odiar todo.

La muchacha bajó la mirada. Ya no le interesaba. O no lo comprendía.

El hombre intentó decirle algo, pero le resultaba difícil porque la tristeza de los jóvenes siempre es irremediable, y sin razón su dolor.

Luego oyó el ruido de un coche, en la lejanía.

—Alguien se aproxima —dijo.

Desde la zona de la Carrera, los faros de un automóvil iban remontando la

carretera, hacia el distribuidor, a gran velocidad.

La muchacha se volvió para mirar. Achinaba los ojos porque no veía bien, entre las lágrimas.

—Seguro que es un coche de la Carrera —dijo el hombre.

Los dos faros se acercaban veloces, parecían los ojos de una serpiente que se arrastrara en la noche.

—Vaya, dese prisa, seguro que necesitarán gasolina.

La muchacha se levantó y vio cómo el auto entraba en la luz y frenaba bruscamente delante del distribuidor. Entonces recogió los zapatos y llevándolos en la mano empezó a correr por el arcén de la carretera. Mientras corría se iba colocando bien el pelo. Había hecho ya algunos metros cuando se detuvo y se dio la vuelta. Tenía el pañuelo en la mano y lo levantó.

—No importa, vaya —dijo el hombre con fuerza.

La muchacha echó de nuevo a correr.

El hombre vio desde lejos que el coche era un Jaguar plateado, espléndido. Sobre el capó, pintado en rojo, tenía un número muy bonito. 111. Deseó que le trajera suerte a la muchacha. Vio que ésta llegaba al distribuidor y se acercaba al coche. Al cabo de unos momentos las portezuelas se abrieron y bajaron dos pilotos. Así, vistos desde lejos, parecían vestir con elegancia, como unos señores. Quién sabe, pensó el hombre. Bastaría incluso con una frase oportuna para que la muchacha dejara de pensar que todo era una mierda. Pero nunca se puede saber cuándo la gente va a tener ganas de decir frases oportunas.

Echó una última mirada al distribuidor, luego se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la oscuridad. La carretera corría recta y desaparecía en el negro más absoluto. El hombre empezó a contar sus pasos, y cuando llegó a 111 empezó de nuevo desde el principio. Lo hacía por la muchacha. Son trucos que a veces funcionan.

El hombre murió cuatro años después, en el arcén de una carretera, en Sudamérica. Era una de esas carreteras que corren durante cientos de kilómetros, en la nada, sin una curva siquiera. Una de esas carreteras que nadie sabe verdaderamente dónde terminan y dónde han empezado. Dado que el hombre vivía allí, fue allí donde el corazón se le paró.

Epílogo

Dado que se lo había prometido, Elizaveta Seller, viuda de Zarubin, buscó durante años un circuito de dieciocho curvas, construido en la nada y que, probablemente, nunca había sido utilizado. Se lo sabía de memoria y habría podido dibujarlo, con precisión, en cualquier momento y en cualquier lugar: lo hacía, de vez en cuando, ociosamente, en la parte de atrás de cartas inútiles o en la última página de libros que no terminaba.

Disponía de sorprendentes riquezas y gastarlas en inescrutables fines no era la menor de sus aficiones. Cuando firmaba los cheques para hombres que, en cualquier lugar del mundo, ocupaban su tiempo averiguando noticias sobre un circuito olvidado, le gustaba hacerlo bajo la mirada, irritada, de sus asesores financieros. Uno de ellos, un holandés, le pidió permiso, un día, para hacer un repaso de los gastos a los que se había expuesto para financiar aquella insólita búsqueda.

—Permiso concedido —dijo Elizaveta Seller.

El holandés abrió una carpeta y leyó una cifra que tenía cierta solemnidad.

Elizaveta Seller ni se inmutó. Le preguntó al holandés si sería tan amable de calcular durante cuántos años más podría continuar con aquella búsqueda, antes de acabar en la ruina.

—Pero es que no se trata de eso —objetó el holandés.

—Usted límitese a calcular, por favor.

Resultó que, de manera aproximada, todavía le quedaban por delante algo así como ciento ochenta y dos años.

—Lo encontraremos antes —dijo Elizaveta Seller, convencida.

Respecto al hecho de que el circuito existiera de verdad, no tenía dudas. Había conocido a Ultimo y su mundo lo bastante como para saber que esa gente tenía la paciencia del insecto y la determinación del ave rapaz. No habían recibido como herencia el lujo de la duda, y desde hacía generaciones nadie se había planteado nunca que en una vida pudiera haber algo más que una única vida: y una única locura. Con premisas de este tipo, bastaba con que uno tuviera talento y la suerte de estar vivo para hacer lo que quisiera hacer. Desde que Florence le había ofrecido aquel dibujo, doblado en ocho, había comprendido que el de Ultimo no era el sueño pasajero de un chiquillo, sino la serena decisión de un adulto. Gente que durante siglos había tenido la calma de roturar la tierra, cada año, sin dudar de la fidelidad de las estaciones, nunca habría soñado con dibujar algo por el mero gusto de hacerlo, o por la debilidad, para ellos ajena, de jugar con la imaginación. Estaba convencida de ello: *primero* Ultimo había construido el circuito, *luego* lo había dibujado. Y también estaba segura de otra cosa: lo había dibujado *para ella*.

Todo lo que había que hacer era tener paciencia, y buscar. Primero lo hizo en los Estados Unidos, porque le había parecido lo más lógico. Luego soltó a sus hombres por Sudamérica y por Europa. Un año, cediendo a una inspiración inútilmente

romántica, envió a un emisario a Rusia. De vez en cuando le llegaban informes detallados sobre circuitos extraños y absurdos, medio destruidos, completamente olvidados o borrados en las periferias anónimas de grandes ciudades. Ella estudiaba cada caso, con atención e incluso con curiosidad. Descubrió, como a menudo sucede, que por mucho que uno haya tenido una intuición descabellada y genial, siempre hay un buen número de personas, en cualquier parte del mundo, que la han tenido exactamente igual. Incluso era posible encontrar a alguien que había llevado a cabo alguna variante todavía más sorprendente. De Colombia le informaron sobre un circuito en el que, según decían, había corrido Nuvolari en persona. Ahora habían puesto sobre el mismo un lago artificial. Reposaba a una veintena de metros por debajo del agua, habitado por peces. Le divirtió la idea de enviar a submarinistas, para investigarlo y hacer un dibujo del mismo. No tenía dieciocho curvas y, comparado con el trazado de Ultimo, era una cosa de niños.

—Dejadlo allá abajo —dijo.

No buscaba con la febril obsesión de un coleccionista, sino con el tranquilo cuidado de un artesano dedicado a poner juntos de nuevo los añicos de un jarrón roto. No tenía prisa, no tenía rivales, y le gustaba el gesto de buscar. Era una forma de estar con Ultimo, y durante todos aquellos años fue lo único que la suerte le tenía a ella reservado. Otra persona, quizá, se habría rebelado y habría cedido a la tentación de ansiar la realidad de un hecho cualquiera, en vez de aquella inconsistente liturgia de la ausencia. Pero ni siquiera por un instante la asaltó la idea de que tal vez resultaría más fácil encontrar a Ultimo que el circuito. Muchos años antes, ella le había escrito en un diario lo que se esperaba de él, y él lo había hecho. Ahora le tocaba a ella. Había un dibujo, y se trataba únicamente de hacer lo que allí estaba escrito. No es importante el hecho de que las personas, al final, no consigan encontrarse. No traicionarse: eso es lo importante.

Elizaveta Seller buscó durante diecinueve años, tres meses y doce días. Luego un informe procedente de Inglaterra le comunicó que un circuito de dieciocho curvas, que se correspondía por completo con el dibujo proporcionado por ella, yacía semidestruido entre las marismas de Sinnington, un pequeño lugar de Yorkshire. Se le adjuntaban fotografías aéreas. Elizaveta ni siquiera quiso mirarlas. Se marchó el mismo día, con siete baúles, tres personas a su servicio, una bellísima muchacha que se llamaba Aurora, y un chiquillo egipcio. A la gobernanta de su casa de campo le dijo que no sabía cuándo regresaría. Pero le ordenó que cada día hubiera flores frescas en los jarrones y que los senderos del jardín los mantuvieran limpios de hojas muertas. Se marchó sin darse la vuelta. Tenía sesenta y siete años, porque en todos aquellos años había vivido mucho, y nunca se había muerto.

Su agente inglés era un hombrecito muy, muy delgado que se llamaba Strauss. De joven, después de la guerra, había creado una agencia de detectives con un

compañero de colegio, un tipo guapetón y no demasiado listo. Unos años después, el compañero de colegio había desaparecido llevándose las dos cosas más vacuas de la empresa: la secretaria y la caja. De manera que ahora sobre la puerta de la agencia había un único nombre. Strauss.

Inglaterra estaba repleta de circuitos automovilísticos porque los severos límites de velocidad desde siempre habían desaconsejado las competiciones en carretera. Para Strauss, por eso mismo, se había tratado de ir por todo el país, conociendo a la gente más rara y tragándose infinidad de batidas por trazados que no le decían nada. Él no conducía y, con frecuencia, en los coches solía vomitar.

Aunque sólo fuera para no perder el tiempo, se había acostumbrado a aclarar, en los preliminares, que sólo le interesaban circuitos con dieciocho curvas.

—Usted se confunde con el golf —le dijo en cierta ocasión un *driver* escocés, manifiestamente homosexual—. Y se trata de hoyos, no de curvas —había añadido.

Algunos circuitos todavía estaban en funcionamiento, muchos otros habían acabado convirtiéndose en aparcamientos o vertederos. A menudo eran únicamente un recuerdo, sustituido por un montón de gente en edificios de ciudades dormitorio y de niños por cambiar. Incluso aunque fuera inútil, Strauss tomaba nota y enviaba esmerados informes a la dirección romana de Elizaveta Seller. Nunca había hablado con ella, directamente, ni tenía la más mínima idea de por qué una señora rusa tenía una necesidad tan imperiosa de encontrar un circuito automovilístico. Teniendo en cuenta que disponía de una fantasía limitada, se había imaginado una excéntrica multimillonaria que quería meterse en el negocio de las carreras. Pero una noche que estaba un poco borracho, se le ocurrió pensar en un artista, posiblemente de vanguardia, que esculpía circuitos, como si fueran estatuas. No tenía una idea exacta, por otra parte, de lo que significaba la palabra *vanguardia*.

Llegó a Sinnington por casualidad, siguiendo la sugerencia, aparentemente inútil, de un taxista de Liverpool. El taxista hablaba mucho y había querido saber qué oficio tenía él.

—Tengo una agencia de detectives —había dicho Strauss.

—¡Fantástico! ¿Está buscando a un asesino?

—No, un circuito.

Salió el tema de que el taxista había hecho la guerra en la aviación. Un día de viril nostalgia había regresado a la pista de donde había despegado muchas veces en aquellos años en que era un héroe y no un fracasado. La pista existía todavía, pero todo lo demás había cambiado mucho. Habían construido algo sin sentido, pero que se parecía a un circuito. Strauss había peinado todo el Reino Unido y a aquellas alturas ya no sabía qué inventarse para justificar las minutas que enviaba de manera regular a Italia. Hizo que le diera el nombre de aquel lugar.

Cuando llegó a Sinnington llovía y soplaba un viento del norte que no perdonaba.

Se subió a una pequeña colina y echó un vistazo alrededor. No se veía muy bien, pero indudablemente había allí huellas de un circuito. Preguntó en el pueblo si sabían algo al respecto. En aquellos pagos a la gente no le gustaba charlar, y Strauss ostentaba un inevitable aspecto de esbirro. Pero alguien dejó caer que, en efecto, por allí había estado un loco, años antes, que había comprado el aeropuerto y que algo había hecho con él. Strauss preguntó si se acordaban del nombre de ese loco. Uno dijo que era italiano.

—Se llamaba Primero, o algo parecido —dijo, sin convencimiento.

Elizaveta Seller se bajó del coche y continuó a pie para ascender por una pequeña colina desde la que era posible ver algo. Había hecho que la acompañaran únicamente Strauss y un ingeniero de la zona que tenía un hermoso nombre. Se llamaba Bloom. Lucía un bonito sol. Caminó sin levantar la vista porque no quería estropearse la sorpresa. No se hacía demasiadas ilusiones respecto a lo que iba a encontrar, pero sabía que la línea del horizonte, frente a ella, sería la misma que habrían visto, años atrás, los ojos de Ultimo. Era un buen punto desde el que volver a empezar.

Llegaron hasta la cima de la colina y se dieron la vuelta hacia el campo. Durante un rato estuvieron en silencio. Luego el ingeniero, que se había preparado, dijo lo que sabía.

—Es un terreno pantanoso. Hay que ser idiota para pensar en construir algo encima de él.

Elizaveta evitó hacer comentarios. El ingeniero prosiguió.

—Con el tiempo el agua se ha tragado una buena parte. En los restos que ve allá al fondo, antes del bosque, habían hecho una pavimentación a base de ladrillos. Allí algo ha quedado. Pero donde había tierra batida, el barro se lo ha tragado todo.

Luego señaló otra pequeña colina algo inclinada en la que se intuía el trazado de una carretera oscura.

—Hay algunos detalles que son sinceramente sorprendentes. Esa pequeña colina es artificial, se sostiene sobre una estructura de madera. Está estropeada, pero se mantiene en pie.

Strauss dio un paso hacia delante. Quería decir algo.

—Fue la pequeña colina la que me convenció. En el dibujo era exactamente igual, y créame si le digo que no hay muchas pistas con cambios de rasante parecidos.

Elizaveta Seller asintió con la cabeza. Luego dijo algo en voz baja que no se pudo comprender muy bien.

—¿Cómo dice? —dijo el ingeniero.

—Que prosiga —dijo Elizaveta Seller mientras seguía contemplando el campo.

El ingeniero dijo que algunas curvas habían sido peraltadas, y que a aquellas alturas en bastantes tramos del circuito viajaban por debajo del nivel de las marismas, pero que resultaban suficientemente reconocibles. Señaló una franja blanca que

dibujaba una amplia y suave curva y precisó que allí habían probado a pavimentar con piedra y grava, una técnica que se remontaba a los años veinte. Era para resolver el problema del polvo. Dijo que, desde un punto de vista meramente técnico, debía de ser una pista en la que no se podría conducir en la práctica. Demasiadas curvas, no había un ritmo de verdad, y algunos trechos parecían francamente peligrosos. Tal vez con los automóviles de ahora se pudiera hacer, dijo, pero con los coches de entonces no podía funcionar. Añadió que él había buscado en los archivos del periódico, pero no había ni una sola prueba de que se hubiera disputado alguna carrera en ese circuito. Lo más probable es que lo construyeran y luego lo abandonaran, sin siquiera intentarlo, dijo. Luego se quedó tranquilo.

Elizaveta Seller dio unos pasos hacia delante. Por fin había un gran silencio. Miró los restos de la pista, que surgían aquí y allá de las marismas. Y se dio cuenta de que no se había equivocado, ni en lo que se refería a Ultimo, ni en lo que se refería a ella misma. Pensó en dos muchachos perdidos en las carreteras de América en una furgoneta repleta de pianos, y los vio límpidos y fuertes, como nunca antes los había visto. Ahora sabía que tanto como la tierra entera se hubiera empeñado en confundir todos los horizontes, así de lineal y simple había sido su camino, y nítido más allá de toda consideración. Les había parecido, a muchos, una locura y, en cambio, había sido un único gesto exacto, arrancado al caos del acontecer, y llevado a cabo el uno junto al otro. No existe nada, pensó, nada como estar aquí, en este momento. Poniendo orden en el mundo.

Se quedó allí un buen rato, mirando. Había tantas cosas que tan sólo ella podía ver. Era como leer una carta escrita en una lengua que sólo dos personas, en todo el mundo, conocían. Al final se levantó una ligera brisa, llegada desde lanada, y ella pensó que era hora de marcharse. Abrazó una vez más, con la mirada, el sueño de Ultimo, luego se dio la vuelta. Los dos hombres permanecían quietos, con un aire tirando a solemne. Ellos no lo sabían, pero todavía quedaba algo por hacer, para ponerlo verdaderamente todo en su sitio. Elizaveta Seller se acercó al ingeniero y sacó de su bolso una hoja grande, doblada en ocho. Se la tendió.

—Desecad esta mierda de pantano y poned de nuevo en pie ese circuito. Lo quiero idéntico a como era.

El ingeniero tenía una flema inglesa que se enorgullecía de no perder ni siquiera en los peores momentos.

—No estoy seguro de haber comprendido bien —dijo.

Elizaveta Seller lo miró como podría haber mirado un charco de vómitos en el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas.

—He dicho que usted va a levantar de nuevo este circuito, idéntico a como era antes, y que va a hacerlo en tres meses, aunque sea lo último que haga en esta vida.

A Strauss, el detective, se le escapó un grito. Hacía ya tiempo que había perdido

contacto con determinados sueños suyos de juventud y a esas alturas no podía creer que vivir fuera algo distinto a un decoroso ir limitando los daños. El tono de la millonaria rusa resucitó algo en su interior, algo para lo que ni siquiera tenía ya nombre. Probablemente, aquella noche se emborracharía y le diría a la señora MacGovern que tenía un culo como para volverlo a uno loco.

Elizaveta Seller bajó la colina comentando el irremediable desaliño del campo inglés. El ingeniero la seguía, unos pasos por detrás de ella, pensando para sus adentros en una formulación elegante con la que manifestar su consternación. Cuando llegaron al coche, cogió el toro por los cuernos.

—Es una locura —dijo, sintético.

—Usted no tiene ni la más mínima idea de lo que es una auténtica locura —respondió Elizaveta Seller, con el tono que se utiliza habitualmente para dar el pésame.

El ingeniero se vengó diciendo lo que pensaba.

—En una pista como ésa no va a correr nadie nunca. Strauss, el detective, dio un paso hacia delante, porque no quería perderse la respuesta.

—Voy a correr yo, y con eso es suficiente —dijo Elizaveta Seller.

Los trabajos costaron una cifra decididamente curiosa y duraron seis meses y veintisiete días. Era mucho más de lo previsto, pero el ingeniero Bloom logró demostrar que hacer las cosas más deprisa era humanamente impensable. A no ser que contrataran a Superman, aclaró. Según sus parámetros, aquello era un chiste. Bueno, incluso.

Elizaveta Seller se alojó en un hotel de lujo que estaba a treinta y dos millas del circuito y no se movió de allí. No quiso ver las obras, y tampoco se mostró interesada por los destinos turísticos que, no obstante, abundaban en las inmediaciones. Pasaba los días caminando por los jardines del hotel o mirando al vacío, serenamente, sentada en un sillón de mimbre, en el porche. Con las manos en su regazo, escondidas bajo un chal de seda india, se deleitaba tocando a Schubert, sin que nadie pudiera darse cuenta.

Compartía una suite en el último piso con el chico y la chica que la habían acompañado. El personal del hotel no había dejado de juzgar severamente un *ménage* de ese tipo, pero las propinas de Elizaveta Seller tenían cierto toque de espectacularidad; y después de las primeras semanas el umbral del pudor, tras las paredes del hotel, así como en todo el pueblo, se reveló sorprendentemente flexible. Todo el mundo acabó tomándole afecto a aquella señora madura que hablaba de una manera huraña, pero que se movía con dulzura y parecía ajena a cualquier clase de melancolía. Muchos habían llegado a la convicción de que estaba allí por asuntos de negocios, y se vociferaba acerca de un imponente casino que surgiría junto al circuito. Pero los viejos que por el día seguían las obras, de pie, apoyados en las rejas

metálicas, alimentaban la sospecha de que en realidad, en aquellas marismas, ella estaba buscando un tesoro. En cierto sentido, no estaban lejos de la verdad. Un día, Strauss, el detective, le dijo que por lo menos a él, que lo había localizado, le podía decir por qué le interesaba tanto aquel absurdo amasijo de curvas intransitables.

—No es un circuito, es una vida —le espetó ella.

Strauss no disponía ni de la imaginación ni del optimismo necesarios para poder deducir algo de todo aquello.

—¿Una vida? —preguntó.

Por un instante, Elizaveta Seller tuvo la tentación de contárselo todo, de cabo a rabo, sin reservas. Se sentía atraída por la péfida perspectiva de violentar el alma doméstica de aquel hombre, revelándole cuán profunda puede ser una pasión y cuán sofisticado un destino. Pero luego se arrepintió enseguida de su presunción e intentó recordar que todos los amantes se creen únicos, y que ninguno lo es. Le costó un gran esfuerzo, pero lo consiguió.

—¿Le he dicho alguna vez que es usted clavadito a Gloria Swanson? —dijo.

El 7 de mayo de 1969, el ingeniero Bloom se presentó ante su mesa, durante el desayuno, y le comunicó, no sin cierta acritud, que el circuito estaba listo. Elizaveta Seller estaba poniéndole mantequilla a una tostada de pan. Dejó el cuchillo y levantó su mirada hacia el ingeniero. Lo hizo con ternura, porque había trabajado como una mula para construir algo que nunca sabría lo que era.

—Le debo unas disculpas, ingeniero Bloom —dijo.

Bloom esbozó una reverencia.

—Le he tratado a menudo con una aspereza inútil. No puedo decir que me arrepienta de ello, pero he de convenir que ha sido una ligereza completamente gratuita. En cambio, tengo que estarle muy agradecida.

Bloom esbozó otra reverencia.

—Está usted a punto de regalarme uno de los días más hermosos de mi vida.

Luego se dio cuenta de que aquello no era del todo exacto.

—De todos modos, *regalar* tal vez no sea el término técnicamente más apropiado —añadió.

Aquel día lo pasó como si se tratara de un día cualquiera. Por la tarde se encerró en su saloncito y sacó de una bolsa un viejo diario, encuadernado en piel. Tenía algunas páginas descosidas que sobresalían un poco y ella las colocó pacientemente en su sitio. Luego se puso a leer, y lo leyó todo, de principio a fin. Sin prisas. Cuando llegó a la última línea, cerró el diario y se quedó largo rato allí, en el silencio de la noche, pensando. Luego fue hasta el escritorio, cogió una pluma, volvió a abrir el diario por la primera página en blanco y se puso a escribir. Lo hizo durante horas, sin una corrección ni tachadura, simplemente escribiendo, tal y como le salía. Cuánto tiempo hacía, pensó, que necesitaba escribir esta historia. Ya habían dado las dos de

la madrugada cuando se dio cuenta de que un feliz cansancio había descendido sobre sus ojos. Todavía escribió una línea más, sonriendo; luego cerró el diario y se fue a colocarlo de nuevo en la bolsa. Se durmió en el sillón, sin cambiarse siquiera. Cuando la luz del alba la despertó, decidió hacerlo todo en silencio, para no despertar a los dos chicos que dormían del otro lado. Se lavó, se maquilló, y se puso un traje elegante y apropiado que se había traído desde casa para la ocasión. Tenía un corte masculino, y eso era inevitable, dado el uso que iba a hacer de él. Pero no le faltaban ni el esplendor ni el atrevimiento de un traje de noche. Salió de la habitación sin hacer ruido, se presentó en el salón de los desayunos y pidió un café con leche, diciendo que no iba a consumir nada más. En el salón únicamente había una pareja de franceses, quienes discutían sobre la presunta superioridad de las mermeladas inglesas. Cuando salió, se encontró con Strauss, quien estaba esperándola. Se había vestido con elegancia y llevaba una abundante dosis de brillantina en el pelo. Elizaveta Seller pensó que se parecía a Gloria Swanson después de que le hubieran echado por encima una copa de gelatina.

Había tenido tanto tiempo para preparar ese día que no había descuidado ningún detalle. Naturalmente, no pensaba conducir el coche ella misma, pero también la idea de confiárselo a su chófer habitual le había parecido poco acertada. Durante un tiempo había pensado en un piloto de verdad, luego se había imaginado sus inútiles comentarios sobre lo raro de aquella pista. Al final, había optado por un piloto de pruebas. Había pedido que fuera joven y, a ser posible, que no fuera feo. Strauss se lo había encontrado. En cuanto al coche, sabía que no podía elegir uno cualquiera. Los modernos los había descartado por instinto, convencida de que, desde un punto de vista llamémosle *estilístico*, no serían apropiados. Intentó acordarse de si en alguna ocasión Último había revelado alguna preferencia por algún modelo en particular, pero la verdad es que él casi no se fijaba en los coches, considerando que eran un fútil corolario de la belleza de las carreteras. Así que al final optó por el Jaguar XK 120. Era un biplaza descapotable y magnífico que ella había comprado en 1950. En ese periodo acababa de empezar a vivir de nuevo, y entre las cosas absurdas que le había parecido que debía hacer estaba la de participar en una carrera de locos que se corría en Italia, y que se llamaba Mil Millas. Era para profesionales, pero también para aficionados. Se disputaba por carreteras normales, las de cada día. Ella se había comprado el Jaguar y había elegido como compañero a un caballero ruso, él también viudo, que tenía un pasado de deportista. Al final la carrera le gustó tanto que, una vez acabada la prueba, conservó el automóvil, como recuerdo. Era de color plateado. En el capó y los costados llevaba el número, en rojo. Era un número hermoso 111. Cuando llegó el momento, le pareció que era el coche apropiado para el circuito de Último. Mientras todavía se estaban llevando a cabo las obras, había hecho que se lo llevaran, en barco, desde Italia. Y allí se lo encontró aquella mañana, en la recta de

salida, espléndido y reluciente. Con el piloto de pruebas al volante. Quieto sobre sus cuatro neumáticos limpios. Una maravilla, pensó.

Les dijo a Strauss y a Bloom que se apartaran de allí y se encaminó hacia el Jaguar. No había ni testigos ni público, había sido perentoria al respecto. Le hizo un gesto al piloto de pruebas para hacerle entender que subiría ella sin ayuda y ocupó su lugar en el asiento vacío, de piel rojiza. Cerró la portezuela, deleitándose con el chasquido mecánico suministrado por la diligente tecnología inglesa. Se dio la vuelta hacia el piloto de pruebas.

—Magnífico día, ¿verdad?

—No parece que estemos en Inglaterra.

—¿Usted de dónde es, jovencito?

—Francia. Del Midi.

—Hermoso lugar.

—Sí, señora.

Elizaveta Seller lo miró atentamente. Tuvo un pensamiento grato hacia Strauss. La verdad es que le había encontrado a alguien que no estaba nada mal.

—Así que es usted piloto de pruebas.

—Sí, señora.

—¿Y qué clase de oficio es ése?

El jovencito se encogió de hombros.

—Pues un oficio como cualquier otro.

—Sí, pero ¿exactamente qué hacen?

—En la práctica, lo que hacemos es conducir un coche hasta que se muere. Hacemos miles de kilómetros y tomamos nota de todo lo que ocurre. Cuando se muere, hemos acabado.

—No tiene pinta de ser muy excitante.

—Depende. En la fábrica, es peor.

—Ya.

En medio de aquella inmensa nada, únicamente estaban sus voces. Parecía una catedral vacía y sin techumbre.

—¿Ya le han dicho lo que estamos a punto de hacer, jovencito?

—Creo que sí.

—Resúmame.

—Salimos y damos vueltas. Y nos paramos cuando usted diga.

—Perfecto. ¿Ya ha probado el circuito?

—Algunas vueltas. Es un poco raro. No parece un circuito.

—¿No?

—¿Tiene usted alguna idea de quién lo hizo, y por qué?

Elizaveta Seller dudó un instante. Miró a la cara al jovencito. Tenía los ojos

negros, y hermosos labios. Era una lástima que fuera, a aquellas alturas, demasiado tarde.

—No —dijo.

Luego él le preguntó si lo único que deseaba era recorrer el trazado o bien le interesaba hacerlo con velocidad, es decir, como si fuera de verdad una carrera. Vaya lo más rápido que pueda, dijo ella, y deténgase sólo cuando yo le haga una señal. Él hizo un gesto para indicar que había comprendido, pero luego añadió algo más.

—Tengo que advertirle que como circuito no es muy seguro, sobre todo a gran velocidad.

—Si quisiera estar tranquila me habría quedado en casa, haciendo pajaritas de papel.

—De acuerdo, ¿nos vamos?

—Sólo un momento.

Elizaveta Seller cerró los ojos. Intentó imaginarse a Ultimo, sentado al volante, un día de muchos años atrás, en la línea de salida de su circuito. Su motor en aceleración, en el silencio del campo. Ningún testigo, ni un alma. Sólo él y aquellas dieciocho curvas, el destilado de toda una vida.

—Hola, Ultimo —pensó.

He tardado un poco, pero aquí me tienes. He estudiado. El circuito me lo sé de memoria y todas las notas que escribiste, para cada una de las curvas, podría repetírtelas. Todo saldrá bien, y yo me perderé en tu vida, como tú querías. Luce el sol. Y no hay ninguna posibilidad de equivocarse.

Abrió los ojos de nuevo.

—Ahora ya podemos salir —dijo.

No hubo prelude, ni tampoco un verdadero y auténtico principio: el coche de inmediato estuvo en la carrera, a esa velocidad en la que la anchura de la pista se reduce a un nervio tenso que hay que mantener aferrado entre las ruedas. Al final de la recta, Elizaveta Seller pensó que todo había terminado ya antes de empezar, y que acabarían estrellándose en el campo, como un proyectil enloquecido. Ya estaba muerta cuando el Jaguar encontró, milagrosamente, una larga curva a la derecha, estrecha y prolongada. Se metieron dentro de ella y Elizaveta apenas logró comprender que se estaba salvando en la panza de la U de Ultimo, como la escribiera, en rojo, Florence, en aquella caja de cartón de los secretos de su niño. La verdad es que se había imaginado algo un poco más tranquilo. Como el placer intelectual de ver combarse un objeto y su descripción. No había pensado en la velocidad. Y ahora todo era fulminante, rápido y brutal, calentísimo, y peligroso. No había razonamiento, era sólo emoción. Casi sin respirar se fue precipitando de una curva a otra, como en un abismo, descubriendo que no estaba leyendo la vida de Ultimo, sino que la estaba viviendo, a un ritmo desaforado. Allí estaba todo lo que ella sabía, pero el automóvil

iba más rápido que su cerebro y siempre llegaba antes, de manera que todo era una sorpresa, y un latigazo al corazón. Subió los virajes del Collado de Tarso como si fueran los pasos de un tango brutal, descendió estupefacta por el cuello de una mujer hermosísima y como una larga respiración recorrió la mullida curva de la frente de un viejo matemático que buscaba a su hijo. Sin darse cuenta de ello, se encontró en el talud de Piasebene, gritando en el salto, y comprendiendo lo que quiere decir tener la frialdad de gritar tu propio nombre cuando la tierra te lanza disparado hacia el cielo. Descansó en la larga recta que había llevado a Ultimo al hospital, donde estaba su padre, y que, a decir verdad, por un instante le dio la impresión fehaciente de que a partir de entonces todo estaría bajo control. Pero volvió a cortarle la respiración la ese suave y alargada del perfil de un tenedor que Ultimo había salvado del desastre de una retirada, y que había elegido como la única curva de toda una guerra. Quemó curvas que eran lomos de animales, y pliegues de sonrisas, y crepúsculos. Se convirtió en meandro del río y en huella sobre la almohada, y por un instante fue la mujer que viajaba escondida, en el automóvil que era el primero que veía aquel niño. Ascendió por la quilla de un barco, la espalda de una luna americana y la panza de una vela al viento sobre el Támesis. Fue proyectil y disparo, a una velocidad inimaginable, hasta que se encontró frente a la última curva, la que en el dibujo estaba explicada con una única, una simple palabra: *Elizaveta*. Se había preguntado muchas veces qué tendría que ver ella con aquella curva tan ordenada, e impersonal. Apenas tuvo tiempo para darse cuenta, con los ojos, de lo que sintió venirle encima de repente, con el automóvil ascendiendo por la suave pared, y de cómo, al ser disparada por la fuerza centrífuga, circunvolaba la amable acrobacia de cuatro neumáticos colgados de una curva parabólica. Elizaveta sintió que desaparecía toda clase de peso y se dio cuenta de que estaba volando sin despegarse del suelo. Era imposible respirar. Pero ella dijo en voz baja, y sonriendo:

—¡Qué cabrón!

Luego sintió cómo se disolvía la curva en la recta de la que habían salido, con una suavidad que en la vida no podía pensarse siquiera. Un instante después y ya estaba de nuevo en la respiración cortada de Ultimo, en aquella pista de aviación, bajo las botas de los verdugos, en medio de los prisioneros, donde todo había empezado. No se movió. Dejó que el automóvil apuntara de nuevo al desastre para encontrar al final la comodidad de una curva en U, pintada de rojo, en una caja de cartón.

Siguió dando vueltas, durante un tiempo que ninguna aguja midió nunca. Elizaveta no contó cuántas veces vio la recta de llegada, pero se dio cuenta de que, poco a poco, estaba sucediendo lo que Ultimo había intentado explicarle con frecuencia. Notó cómo cada una de las curvas se disolvía gradualmente en el orden ilógico de un único gesto, y percibió en su propia mente aquel círculo que no existía más que para ella. En el corazón de la velocidad, encontró la perfección de un simple

anillo. Pensó entonces en el caos de todas las vidas, y en el arte refinado de las cosas que saben articularlo en una única figura, completa. Y comprendió qué es lo que nos conmueve en los libros, en la mirada de los niños y en los árboles solitarios, en medio del campo. Cuando se dio cuenta de que había arribado al secreto de aquel dibujo, cerró los ojos, vio los ojos de Ultimo, sonrió. Luego apoyó una mano sobre el brazo del muchacho que conducía. El automóvil fue bajando de velocidad como si se hubiera despegado de una fuerza invisible que lo había arrastrado hasta allí. Recorrió por inercia todavía dos curvas, que parecieron, en aquella antigua lentitud, ser curvas de nuevo. Luego, al llegar a la recta, el coche se detuvo.

El muchacho apagó el motor.

Volvió un silencio que se habría dicho perdido para siempre.

Elizaveta Seller se colocó bien el traje, descompuesto por el aire y por la velocidad.

—Muy bien —dijo.

—Gracias.

—Lo ha hecho usted muy bien.

Se bajó del Jaguar y se encaminó con pasos lentos hacia los dos hombres que la esperaban sobre la colina. De pronto parecía cansada y tal vez hasta indecisa. Se dio cuenta ella también, pero no tenía ganas de mostrarse distinta a como se sentía. Subió por la colina lentamente, porque estaba pensando. Por primera vez, sentía un deseo inmenso de estrechar a Ultimo entre sus brazos, y de tocarlo, y de sentir su cuerpo. No me importa nada más, pensó, es lo único que querría. Quiero algo perdido, se dijo.

Cuando llegó ante el ingeniero Bloom, Elizaveta Seller ni siquiera se detuvo. Siguió caminando e hizo únicamente un gesto hacia el circuito, limitándose a decir, en un tono perentorio:

—Destruyanlo.

El ingeniero Bloom, en aquellos seis meses, había cambiado.

—Como usted quiera, señora —dijo.

Elizaveta Seller murió once años después, a la orilla de un lago, en Suiza. Era uno de esos lagos que parecen haber sido dibujados por la mano de un cirujano, como un medicamento para la tierra. Uno de esos lagos que uno no sabe de verdad si dispensan paz o dolor. Dado que Elizaveta Seller vivía allí, fue allí donde el corazón se le paró.

Nota

Tal vez no sea gratuito aclarar, para los más avisados y los más curiosos, que en este libro —como en todos mis libros, por otra parte— las informaciones históricas casi siempre son correctas, o por lo menos así deberían ser, pero que conviven con algunas variaciones fantásticas que me ha apetecido diseminar aquí y allá. Así, por ejemplo, la historia del Itala es esencialmente fiel a los acontecimientos, aunque el señor Gardini ha acabado convirtiéndose en la síntesis de muchos pioneros distintos y, en consecuencia, en un personaje imaginario. La Ouverture relata una carrera que realmente tuvo lugar, pero también recoge muchas otras historias que, al día siguiente, contribuyeron a hacer de dicha carrera una leyenda. Por lo que se refiere a Caporetto, no he tenido que inventarme nada porque allí la realidad superó a cualquier clase de ficción. La base de Sinnington nunca existió, pero muchas como ella existieron de verdad, a menudo transformándose, en tiempos de paz, en circuitos automovilísticos. Los de Steinway&Sohns pensaron, verdaderamente, que las pianolas acabarían arrinconando a los pianos, y llevaron a cabo fehacientemente esa idea de enviar por ahí a maestros que regalaran lecciones de piano; de todas formas, no podría asegurar que se hiciera de la manera y en los años que se describen en el libro. Podría continuar, pero lo importante es comprender que la Historia, en estas páginas, es menos real que la que se puede ver en el Canal Historia, pero mucho más que la que se puede encontrar en *Cien años de soledad*. (Por otra parte, el límite entre fidelidad histórica e invención adopta, a menudo, perfiles surrealistas. Cuando escribí *Seda* me inventé el nombre del pueblo en el que vivían los protagonistas combinando dos nombres que había visto en un atlas. Lo que me salió fue Lavilledieu. Años después, me escribió el alcalde de un pueblecito del sur de Francia. El pueblecito se llamaba Lavilledieu. En su carta, el alcalde me explicaba que, en el siglo XIX, en aquel lugar iban tirando gracias a la cría de gusanos de seda. También me invitaba a inaugurar la nueva biblioteca municipal. Naturalmente, fui. La recuerdo como una hermosa jornada. En otra ocasión me sucedió que una lectora mía inglesa reconoció, en un personaje de *Océano mar*, a una hermana que hacía tiempo que había desaparecido en la nada. Estaba convencida de que yo la había conocido, y de que había escrito su historia en mi libro. Me pedía si podía echarle una mano para encontrarla de nuevo. Escribir una respuesta, en casos como ése, es un asunto que a uno puede llevarle hasta semanas.)

A propósito de hermanas, quisiera decir algo más. El cinco por ciento de los derechos de autor de este libro no va a acabar en mis bolsillos, sino en los de una asociación que acaba de nacer, llamada CasaOz. Ellos se ocupan de niños con enfermedades graves o incurables, así como de sus familias. Estudian sistemas para ayudar a todos ellos a vivir de la forma menos inhumana posible esa experiencia tan

cruel de sus vidas. Si queréis saber algo más, podéis ir a esta página:

www.casaoz.org

Por mi parte, preferiría no saber siquiera que existen niños gravemente enfermos, es algo que me provoca un miedo terrible. Pero entre los fundadores de CasaOz está una hermana mía. Ella ha pasado por ese problema, y sabe. De manera que me ha convencido para que sacara la cabeza del suelo. Por regla general, suelo sentirme inclinado a confiar en la gente que cura heridas que conoce de cerca. Psicoanalistas deprimidos, urólogos que van al lavabo continuamente, personas así. Por ello la idea de ayudar a CasaOz me ha parecido una buena idea. Eso es todo.

Agradecimientos

Un agradecimiento particular para Donatella Biffignandi. Con gran generosidad y sorprendente competencia siempre ha contestado a todas mis preguntas sobre automóviles, carreras, pilotos. Y eso es lo de menos. Por lo que le estoy agradecido de verdad es por haber depositado sobre mi mesa la fotocopia de un artículo suyo sobre la París-Madrid de 1903. «Tal vez esto le interese», me dijo, con una indiferencia típicamente saboyana (Donatella Biffignandi dirige la Biblioteca del Museo del Automóvil de Turín). En resumen, si no hubiera sido por ella este libro habría empezado en la página 25 y, por tanto, habría sido un libro peor. ¡Gracias una vez más, doctora!

Entre los muchos libros que me han ayudado a escribir sobre la guerra o sobre los automóviles me apetece recordar dos de ellos, con admiración y gratitud. *Cuori e motori* de Daniele Marchesini es el texto, tan hermoso, que me hizo pensar por primera vez en una novela sobre las carreras automovilísticas. En cambio, *Il rumore sordo della battaglia* de Antonio Scurati es la novela que me transmitió cierta idea, peligrosa, de hermandad, que luego vi salir a flote en las líneas en que yo intentaba comprender la locura de las trincheras. ¡Gracias por tanto a Scurati y Marchesini, y a los editores que los han publicado!

De todas formas, la pasión por la Primera Guerra Mundial (es increíble: las cosas que pueden apasionar a la gente) se la debo a Paola Lagossi, quien, entre otras cosas, es también la valiosa editora de estas páginas. ¡Gracias, Lag!

Y no puedo olvidar que Paolo Stefi me enterró bajo una montaña de vídeos en la que vi después la Primera Guerra Mundial. ¡Y verla no es lo mismo que leer sobre ella! Gracias, por tanto, a Stefi y a Hobby&Work. ¡Me lo enviaron todo gratis!

Odio los signos de exclamación. En estas líneas coloco tantos porque el único tono que se me ocurre para dar las gracias es el surrealista que siempre tiene Vonnegut en sus libros, una milagrosa vía intermedia entre la cogorza y el humor inglés. Es de él de quien proceden todos estos signos de exclamación. ¡Larga vida al gran Vonnegut!

He invertido tres años en escribir *Esta historia* (con largas pausas y haciendo un montón de cosas distintas, por otra parte). En todo este tiempo algunas personas han vivido cerca de mí, defendiéndome del mundo y de mí mismo. ¡Pero sus nombres no los voy a poner aquí! Eso es mi vida, y es privado.

En cambio, digo gracias a Damir Jellici y a Gianluigi Toccafondo. Las tapas de este

libro (y me divierte mucho utilizar el plural) son de ellos. ¡Qué bien lo hacen! ¡Trabajar con ellos es una fiesta! ¡Publicad con Fandango y vosotros también podréis comprobarlo!

A todos los de Fandango. Digamos a todos, porque es muy antidepresivo tener un despacho con ellos. Pero en particular les doy las gracias a quienes han trabajado para publicar de la mejor de las maneras posibles este libro. Éstos son los nombres: Filippo Bologna, Giovanna Ferrara, Manuela Maddamma, Emanuele Scaringi y Tiziana Triana. ¡Por no hablar de Laura Paolucci! ¡Gracias también de parte de Ultimo, chicos!

Luego está también Rosaria Carpinello, quien los ha guiado en esta empresa. Es mi jefa, por decirlo de algún modo, desde hace años. Primero estaba en un despacho con ficus, vistas a Milán y secretaria. Ahora está en una habitación llena de sol romano y estanterías de IKEA. ¡Eso es lo que yo entiendo por hacer carrera! ¡Gracias y felicidades, Rosaria!

Domenico Procacci. Bueno, aquí tengo poco que decir. Él hace de productor como yo hago de escritor. Dicho así, lo que en muchos ambientes podría sonar como un insulto, ¡para nosotros es en cambio un gran cumplido! ¡Así somos nosotros! Gracias, hermano.

Y, en fin, si no hubiera decidido, hace ya tiempo, dejar de dedicar los libros a alguien, este libro se lo habría dedicado a Valentino Rossi. Nunca he estado con él y tampoco acabo de entender muy bien qué clase de persona es. Pero la historia esa de bajarse de la Honda y subirse a una moto que no tiraba ha sido una de las cosas más hermosas de estos años. Me ha enseñado mucho. Probablemente, y por mucho que pueda parecer una tontería, es una de las cosas que me ha llevado hasta Fandango. Cada uno tiene los maestros que se merece. Gracias, por tanto, a Valentino, por su descaro, valentía y talento. ¡Toda la velocidad que se narra en este libro es para él! ¡Que alguien se lo diga, por Dios!

Acabo de decidir en este instante que a partir del próximo libro ya no voy a escribir más agradecimientos.



ALESSANDRO BARICCO. Nacido en Turín en 1958, es autor de las novelas *Tierras de cristal* (Premio Selezione Campiello y Prix Médicis Étranger), *Océano mar* (Premio Viareggio), *Seda*, *City*, *Sin sangre* y *Esta historia*, al igual que el monólogo teatral *Novecento*, la majestuosa reescritura de *Homero, Ilíada* y los ensayos recogidos en *Next (Sobre la globalización y el mundo que viene)*. Baricco dirigió el programa de libros «Pickwick» para Raitre, que «invitó a los italianos a redescubrir el placer de la lectura» (Claudio Paglieri), y en 1994 fundó en Turín una escuela de «técnicas de escritura», llamada Holden (como homenaje a Salinger), que ha tenido, bajo su dirección, un éxito clamoroso. A partir de *Seda*, que se ha convertido en un *longseller* ininterrumpido, tanto en Italia como internacionalmente, se consagró como uno de los grandes escritores italianos de las nuevas generaciones

Notas

[1] Téngase en cuenta que automòbile es, en italiano, palabra de género femenino, por lo que el texto en realidad habla de «reinas». (N del T) <<

[2] Las expresiones en cursiva de este capítulo se encuentran en español en el original, salvo aquellas, obviamente, que están en francés. (N del T) <<

[3] El personaje realiza un juego de palabras basado en la similitud entre plan (piano) y piano (pianoforte). (N del T) <<